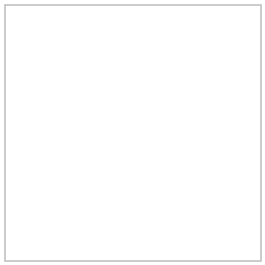
Empezar otra vez



Emma Lord

AUTORA BEST SELLER DE TWEET CUTE

VR YA



TODO LO QUE VALE LA PENA COMIENZA CON UN CAOS

El plan de Andie Rose es sencillo:
Va a transferirse a una universidad extremadamente competitiva, va a especializarse en Psicología y, por supuesto, será la mejor en ello.
Pero sus planes se desmoronan en un instante…
A pesar de su extraordinario talento para arreglarlo todo, su complicada relación con su novio solo parece empeorar, no sabe cómo ayudar a su compañera de cuarto y, Milo, su gruñón asistente de residencia, con ojos verde espuma de mar, de alguna manera está alterando todas sus ideas, de una broma a la vez.
A veces hay que dejar que la vida tome el mando y, cuando Andie se una a una estación de radio clandestina que fundó su propia madre antes de morir, no solo descubrirá el poder de su voz, sino que se puede empezar otra vez.

Encuentra tu camino en esta poderosa historia de amor y amistad.

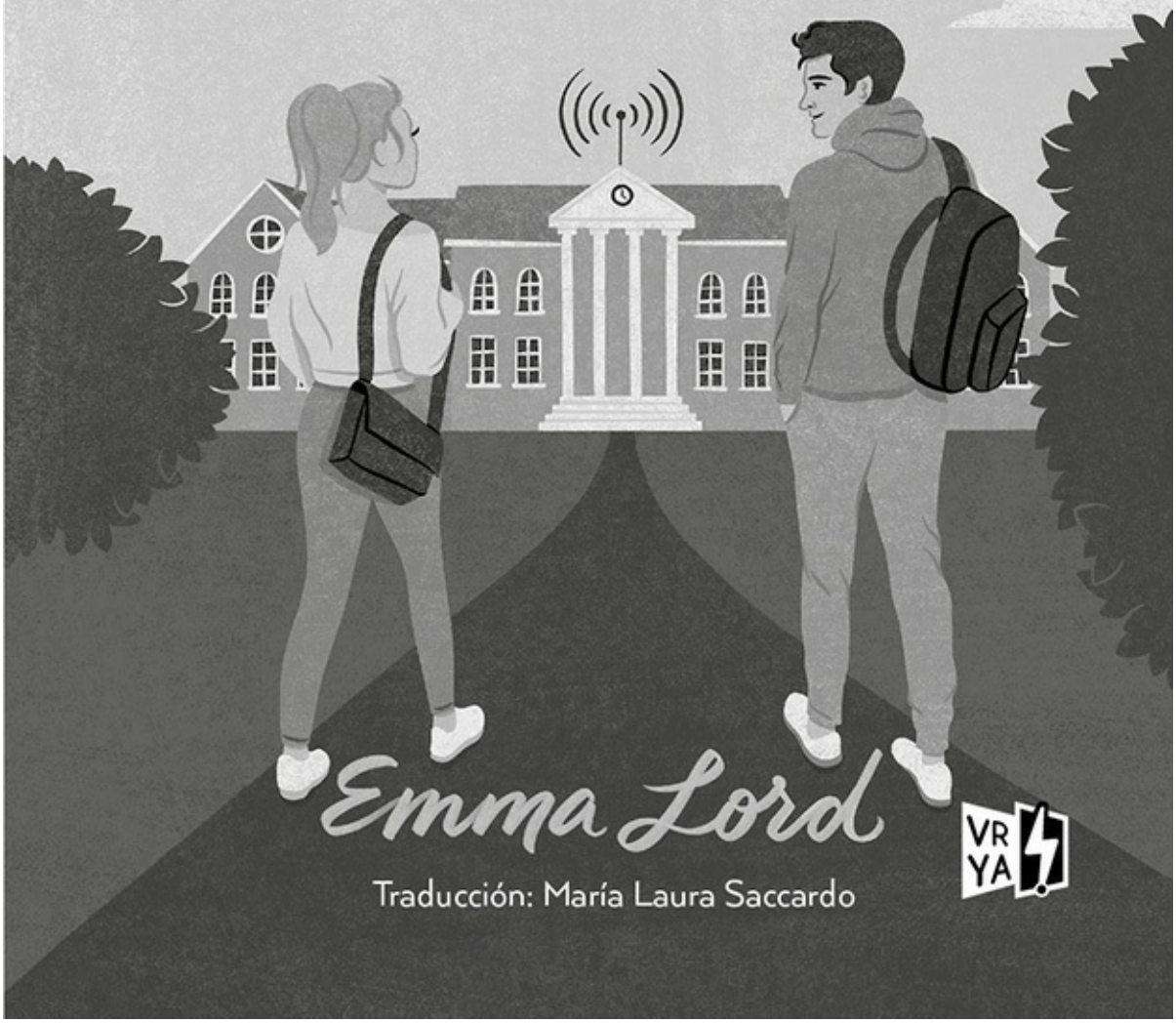
Emma Lord

Es autora best seller de *The New York Times*, escritora sénior en BuzzFeed y una aficionada a los postres que vive en Nueva York. Además de escribir, le gusta correr y cantar a los gritos en el teatro local.

Tiene una maestría en Psicología en la Universidad de Virginia y es experta en actualizar sus fanfictions en clase sin que nadie lo note. Fue criada entre glitter, mucho amor y demasiados tostados de queso.

Tras su divertida y popular novela *Tweet Cute*, *Empezar otra vez* es su segunda novela publicada por VR YA.

Empezar otra vez

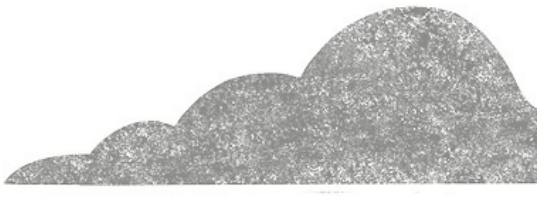


Emma Lord

Traducción: María Laura Saccardo

VR YA

A mis mejores amigos (¡es una categoría!), los amo.
Y lamento que seguro esté retrasada en todos los chats grupales, me pondré al día.







CAPÍTULO UNO

Seré honesta: no creo en cuentos de hadas. Después de mis últimos dieciocho años de vida, tendría que ser tonta para darles crédito. Sin embargo, sí creo en el destino, en especial, en nuestro poder sobre él.

Es por eso que contra todo pronóstico me encuentro aquí, de pie frente a la universidad de mis sueños, como una de las pocas estudiantes transferidas a mitad de primer año en la historia de la Estatal Blue Ridge. Lo mantuve en secreto durante el receso de invierno porque debía resolver el aspecto financiero, pero ya es oficial. Por una vez, todo empieza a encajar en su lugar.

Presiono el colgante en forma de A del viejo collar de mi madre, lo reacomodo debajo de mi abrigo y llamo tres veces a la puerta del apartamento fuera del campus.

–¿Quién es? –pregunta alguien desde adentro.

–Eh… –Repasé este momento en mi mente tantas veces esta mañana que no puedo olvidar la expectativa de que Connor abriera la puerta, me mirara con los ojos color ámbar bien abiertos y se alegrara tanto de verme que me levantara del suelo en un abrazo. En cambio, procedo a decirle al extraño–: Soy Andie. Connor es mi…

Pensaba decir “novio”. Aún lo es, aunque apenas nos hayamos visto desde agosto, cuando él

se mudó a dos horas de distancia para estudiar aquí, mientras que yo me quedaba en la universidad local.

–Em, acabo de mudarme –avisa un chico a través de una hendija de la puerta–. Pero no conozco a ningún Connor –agrega con los ojos entornados.

–Me refiero a Whit –ratifico. Sus compañeros del equipo de fútbol siempre lo han llamado por el apellido, tanto que estoy segura de que no recuerdan cómo se llama. Incluso su perfil de Instagram ahora es solo "Whit".

–Tampoco.

–Ah. –Retrocedo para comprobar la dirección; parece ser la misma a la que he enviado provisiones todos los meses, pero es posible que entre el caos de guardar mi vida en dos maletas haya confundido la numeración. Mientras saco el móvil de mi bolsillo para llamar a Connor, comienzo a disculparme–: Lamento molestar… –Pero la puerta se cierra en mi rostro–. Eres un… –balbuceo y me alejo.

Me llevo el móvil al oído, pero responde el buzón de voz.

–Galletas azucaradas –resoplo, una costumbre que copié de la abuela Nell, que se rehúsa a decir groserías de verdad y se sobresalta de forma exagerada cuando alguien lo hace frente a ella.

Esperaba encontrar a Connor antes de la inauguración de la búsqueda anual de listones de la universidad, una tradición para ingresantes con la que sueño desde… bueno, desde que tengo consciencia. Por lo que oí en la transmisión en vivo del programa de radio clandestino *La guardia de Caballeros,* comenzará a las diez en punto en el parque. Pero mi día ya estará muy ocupado con una mudanza acelerada, clases nuevas e intentar encontrar un trabajo de medio tiempo decente, así que supongo que será mejor buscar a Connor más tarde. No es que vaya a faltarnos tiempo ahora que estudiaremos en la misma universidad.

Entonces, vuelvo al coche donde me esperan mis abuelas, exhibiendo la sonrisa que solía llamar de "presentadora televisiva", tan ensayada y automática que ya casi no se siente falsa.

–Lo olvidé, tenía práctica temprano –explico al abrir la puerta.

–Ah, ¿sí? –pregunta la abuela Maeve, que enciende el motor alzando una de sus cejas perfectas por detrás de sus gafas de sol rosadas.

Ambas sabemos que mentí por el bien de la abuela Nell, por lo que también la miro con los labios apretados a través del espejo retrovisor para hacerle saber que me descubrió. Eso es mejor que dejar que Nell entre en una de sus espirales de fatalidad; puede derivar de "Connor no responde el teléfono" a "fue abducido por un culto que le robará los órganos" en dos segundos.

–¿A Cardenal, entonces? –continúa Maeve, refiriéndose a la residencia que me asignaron.

–Quisiera que nos dejaras subir contigo. –La abuela Nell gira hacia mí haciendo pucheros y con la misma mirada de cachorro de ojos azules que heredamos mi padre y yo.

–No me molesta si quieren… –respondo desde el asiento trasero.

–¿Y arruinar tu imagen con dos viejas gruñonas antes de que puedas siquiera hacerle ojitos a un chico?

–Tengo novio –le recuerdo con paciencia, con lo que me gano un resoplido de su parte. La abuela Maeve no es fan de Connor actualmente, no desde que él habló de tomarnos un descanso el semestre pasado, cuando la distancia comenzó a hacerse difícil. Aunque no puedo culparlo del todo, Blue Ridge tiene fama de hacerles las cosas difíciles a sus estudiantes. Estoy segura de que fue por eso que no me admitieron al terminar la secundaria; nada en mi registro académico brillante ni en mis actividades comunitarias pudo compensar la serie de calificaciones bajas que obtuve en tercer año, que fueron más que suficientes para llevarme a la pila de "rechazados" de la universidad más competitiva del estado.

–Y *yo* no gruño –agrega la abuela Nell con delicadeza.

–Claro que no, Nellie. –Maeve le da una palmada en el hombro con la mano que no tiene sobre el volante.

El asunto con mis abuelas es que tienen tan solo dos cosas en común: una larga y casi preocupante obsesión con Ryan Reynolds, y yo. Excepto por eso, bien podrían ser el día y la noche. Maeve es impertinente, usa accesorios llamativos y dice lo que piensa; Nell es dulce, usa cardiganes de algodón y no dice lo que piensa, sino que demuestra lo que no le agrada de manera pasivo agresiva. El único motivo por el que no hicieron estallar nuestra casa en Little Fells es que hace siete años, cuando mamá murió, ambas decidieron mudarse con nosotros para ayudar a mi padre a criarme. Puede que la palabra "ayudar" haya quedado muy corta. La abuela Nell había enviudado hacía ya tiempo y Maeve llevaba ya varios divorcios en su haber, por lo que hacían casi todo el trabajo, hasta que tomaron el control total cuando mi padre consiguió empleo a dos horas de casa, mientras que yo me quedé para terminar la escuela. En poco tiempo, se hicieron tan conocidas en el vecindario que los vecinos por poco acampaban en nuestro jardín para escuchar otra desventura detrás de alguno de los tatuajes de Maeve o conseguir una ración de la famosa jalea de chocolate y cerezas de Nell.

Desde que recibí la carta de aceptación hace unas semanas, había conseguido ignorar cierto escozor en mi interior bastante bien. Tuve una infancia singular, pero sin dudas buena, y aunque estarán a solo dos horas de distancia, se siente mucho más que eso.

Mi corazón da un vuelco al llegar a la entrada de Cardenal. Intento pensar en qué decir mientras bajamos del auto, algo que les dé seguridad a ellas y a mí, pero la abuela Nell interrumpe con un codazo a la abuela Maeve.

–Lo olvidaste.

–¿Qué? –pregunta Maeve con el ceño fruncido.

–Sabía que lo olvidarías. Los lis…

–Ah, tienes razón. Mierda. –Señal para un sobresalto típico de Nell–. Espera un momento,

polluela –indica Maeve mientras busca algo en la cajuela. Luego presiona tres listones en mi mano, uno rojo, uno amarillo y uno azul, todos con la estampa desdibujada del Caballero en el logo de Blue Ridge. Por último, me entrega el cuarto: un listón blanco con la "A" de mi madre escrita con tinta permanente. Se me cierra la garganta; no los veía desde que mi padre los había guardado, ni siquiera estaba segura de que aún los conserváramos–. Los busqué entre las cosas de tu madre. Estoy segura de que hubiera querido que los tuvieras.

No nos gusta hablar de mi madre frente a otras personas. Nuestro pueblito de Little Fells la vio convertir su programa de radio local en uno reconocido en todo el estado, por lo que se ganó el amor incondicional del pueblo como "fiera local" y todos ansían la oportunidad de compartir recuerdos sobre ella. Sin embargo, siempre hemos compartido un duelo sagrado y privado entre mi abuela Maeve, mi padre y yo en los pocos momentos en que él lo reconoce. Por lo tanto, no me sorprende que Maeve cambie de tema de inmediato y me entregue una bolsa de monedas para la lavandería. Un instante después, Nell me entrega media tienda de dulces dentro de una bolsa de compras, de la que estuvo a punto de dejar caer a la acera un par de pastelillos y biscochos en envoltorios individuales.

–Para tus nuevos amigos –anuncia emocionada, y le devuelvo la sonrisa.

Mi cuerpo cosquillea por la anticipación. Desde que recibí la carta de aceptación, me prometí a mí misma que no solo sería un nuevo comienzo académico, sino también una nueva oportunidad para hacer amigos; algo en lo que no tengo mucha experiencia, ya que crecí en un pueblito lleno de gente a la que conozco desde que nací. Un ligero soborno a mis compañeros con bocadillos en miniatura parece un buen comienzo.

Las dos me abrazan. El de la abuela Maeve es un apretón fuerte que transmite amor hasta los huesos; el de la abuela Nell es suave y huele a las manzanas asadas de esta mañana, hechas en la freidora de aire. Debo tragar la inútil bola de nervios de mi estómago.

–Llámanos cuando termines de instalarte –indica Maeve al subir al automóvil.

–¡Llama a diario! –exige Nell.

Luego, Maeve me lanza un beso y presiona el acelerador, por lo que Nell protesta con un chillido e intenta, en vano, tomarme una fotografía por la ventana. Las saludo con la sonrisa intacta cuando dan vuelta a la esquina, antes de abrir el bolsillo oculto de mi maleta para guardar los listones, seguros y fuera de la vista.







CAPÍTULO DOS

La residencia Cardenal se encuentra en los límites del campus, entre otra hilera de dormitorios y el bosque detrás de la universidad. El lugar es tan imponente como prometían todos los folletos promocionales que recolecté con los años, y siento que la profundidad del dolor en mi pecho podría dejar marca. No es solo por los ladrillos descoloridos de los edificios, los caminos arbolados de ensueño, ni las vistas deslumbrantes de las montañas desde las colinas más altas, sino porque ya lo he visto antes, en el fondo de las fotografías de mis padres que encontré en una caja bajo su cama. La Estatal Blue Ridge es donde se conocieron.

Pero enderezo los hombros: esta es mi historia, no la de ellos. Y dado que tengo un piso lleno de nuevos amigos por hacer, un cronograma de clases por disputar y, llegado el momento, a una estrella de fútbol con hoyuelos por sorprender, este trabajo está hecho para mí.

Un ascensor me lleva al cuarto piso, al que me asignaron. En el corredor, paso junto a un grupo de estudiantes que llevan laptops delgadas y libros de texto y se ríen de algo que sucedió en una fiesta al final del semestre pasado. Algunos me miran con curiosidad, pero parecen muy unidos, de modo que cierro la boca antes de recordar en qué mano tengo la provisión de pasteles.

Respiro hondo, me prometo intentarlo más tarde y llamo a la puerta con el letrero “AR”,

donde vive el asistente de residentes.

–No hay nadie en casa.

–Soy Andie Rose. La estudiante transferida –respondo con una risa nerviosa.

Se oye movimiento desde el otro lado de la puerta, que se abre para dejar ver el logo más moderno de Blue Ridge. Parpadeo antes de alzar la vista desde la camiseta hasta los ojos de un chico altísimo, que debe ser el Milo Flynn con el que estuve intercambiando correos electrónicos. Él parpadea con el desconcierto de alguien que, sin dudas, no duerme hace una semana. Permanece en la entrada con los ojos caídos, pero me observa con una intensidad tan inesperada que mis mejillas se encienden. Al final, se aclara la garganta y ambos desviamos la mirada.

–La estudiante transferida. Claro –balbucea, más para sí mismo que para mí, luego se acomoda los rizos oscuros–. Mierda. ¿Ya es lunes?

Su voz me resulta familiar, al punto en que pienso en preguntarle si asistió a una escuela cerca de Little Fells, pero su habitación me distrae de inmediato. Está llena de tazas de café, la mayoría alrededor de una cafetera Keurig diminuta, ubicada en el centro del lugar como un altar.

–Sip –afirmo–. ¿Te encuentras bien, Milo?

–Estupendo –masculla mientras se frota los ojos con el pulgar y el índice como si intentara revivir–. Bien, lo tengo. Estarás en la habitación con Shay.

Esta es la parte que estuve esperando de verdad: tener una compañera de dormitorio. En especial teniendo en cuenta que mis anteriores compañeras, que Dios las bendiga, eran candidatas a la seguridad social y pasaban la mayoría de las noches discutiendo sobre la división entre tomates y fresas en la huerta del jardín. Hace mucho tiempo que perdí las esperanzas de tener hermanos, pero ahora veo un rayo de luz: compartiré habitación con alguien de mi edad. Alguien que no piense que ver *La propuesta* dieciocho veces al mes es un rasgo de su personalidad. Una compañera de carne y hueso.

Milo me guía por el corredor con sus piernas largas, por lo que lo sigo casi al trote hasta la puerta “4A”. Nadie contesta.

–Shay debe estar en la ducha –comenta señalando distraído el corredor–. Eh… los baños están a la izquierda. Después hay un salón de estudio. Al final del pasillo está la sala de descanso.

–Bien.

–Las reglas: em… El horario de silencio inicia a las nueve. Si piensas beber, no lo hagas frente a mí, por favor, no tengo tiempo ni ganas de reportarte. Esta es tu llave –indica al sacarla de su bolsillo trasero y colocarla en mi mano. La suya tiene la calidez de alguien que estuvo durmiendo–. No la pierdas, reemplazarla es caro.

–¿Algo más? –Aferro la llave como si fuera un talismán.

–Es probable. –Toma una inhalación larga y exagerada–. Lo siento. Tuve una noche larga.

¿Tienes alguna pregunta?

–No, gracias. –Leí la guía de estudiantes tan detenidamente que puede que conozca las reglas mejor que él. No hago nada a medias.

–Genial, porque todavía no reviví lo suficiente para responderlas. Tuviste suerte –agrega señalando la puerta cerrada–. Shay es mi persona favorita de este piso.

–¿Y a qué se debe? –pregunto, ansiosa por saber más sobre ella. Lo único que pude averiguar sobre Shay Gibbins fue a través de su Bookstagram, en donde publica una infinidad de libros hermosos color pastel sobre sábanas o estantes, acompañados de tazas de café, chucherías o calcetines abrigados. Solo sé cómo luce porque encontré fotos en las que la etiquetaron su hermana y sus amigas; tiene una sonrisa conspirativa de labios apretados, mejillas redondeadas y, al parecer, una colección interminable de suéteres que enorgullecería a mi abuela Nell.

Milo se inclina para ponerse a mi altura; ya está más despierto y alcanzo a ver el verde intenso y la determinación de sus ojos.

–A que respeta el horario de silencio. Es algo muy, muy sagrado para mí. ¿Comprendido?

–Comprendido –digo con un saludo tras reírme. Él no ríe.

–Bien –expresa y vuelve a enderezarse a su altura descomunal, de modo que tengo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo–. Y, eh… buena suerte con eso de la transferencia a mitad de año.

–Gracias, supongo.

–Por nada. Estaré para lo que necesites –ofrece. Luego se corrige–: Excepto durante el horario de silencio.

Se acerca una chica afroamericana por el corredor, envuelta en una bata rosada y con sandalias de goma, a la que reconozco de inmediato como Shay. Choca los cinco con Milo sin que ninguno se detenga; él desaparece devuelta en su habitación, y ella saca una llave del bolsillo de la bata.

–Tú debes ser Andie –afirma con una sonrisa cálida como la de las fotografías.

–Y tú Shay. –Me enderezo e intento transmitir la misma sensación, a pesar de que mi estómago es un torbellino.

–Para bien o mal –dice al abrir la puerta–. Me disculpo de antemano… Mi lado del dormitorio es, em…

–Guau.

No sé cómo pensaba terminar la frase, pero la estética del lugar me deja boquiabierta, así que creo que no lo hubiera escuchado de todas formas. Su mitad de la habitación está cubierta del suelo al techo con velas, libros, almohadones, calcomanías brillantes del club literario de la universidad y de la organización Campus Pride y fotografías enmarcadas de ella con sus amigas, sus padres y su hermana. Todo es tan personal y bonito que ni siquiera quiero mirar mi lado vacío y arruinarlo. Me recuerdo ir a la tienda de manualidades cercana para intentar crear algo al

menos la mitad de adorable. Eso, claro, si me queda dinero después de pagar todos los gastos del programa de estudios. La matrícula universitaria no es barata.

–Ajá. Puedes leer lo que quieras –ofrece Shay.

–Santo Dios –expreso mientras miro los libros con más detenimiento. Tiene una mezcla de todos los géneros; romance, juvenil, histórico, ciencia ficción, fantasía, terror. Aparto la vista solo porque la calavera en uno de los lomos me inquieta–. Debes leer un libro por día.

–A veces dos –confiesa.

–¿*Aquí*? –inquiero mientras dejo mis maletas sobre el colchón vacío.

–Todavía no elegí especialidad, así que no tengo mucho que hacer –dice encogiéndose de hombros. Cuando se saca el gorro de baño, revela un zigzag intrincado de trenzas africanas, recogidas en una cola de caballo, luego toma el libro de portada candente de su mesa de noche–. ¿Y tú? ¿Has elegido la tuya?

–Psicología –respondo con esperanzas de que al mirarme no sepa de inmediato que los únicos dos libros que poseo son manuales de cocina y estilo de vida escritos por celebridades. En cambio, me mira con pesar por detrás de su novela.

–Bien, supongo. Tiene sentido que estés aquí, ya que el programa de Psicología es muy completo. Casi le da una paliza a mi hermana, pero ya está en su posgrado y lo agradece.

–Uff, no ansío llegar a eso. –Intento no estremecerme como ella y concentrarme en desempacar la mochila en la que traje todo lo esencial.

–Si conseguiste que te transfirieran en mitad del primer año, supongo que estarás bien. Es algo casi inédito.

Con eso sí me sobresalto y giro sobre los talones para enfocarme en la bolsa rebosante de bocadillos antes de que ella lo note. No es casi inédito, es totalmente inédito. Según los registros, no solo soy la única estudiante transferida en primer año, sino que soy la primera que aceptan en años. No es que no haya tenido buenas calificaciones; me deslomé el primer semestre, escribí quince borradores del ensayo para mi solicitud y conseguí recomendaciones estelares de mis dos profesores preferidos. Sin embargo, no puedo evitar sospechar que gran parte de mi suerte se debió a, bueno, a falta de mejores palabras, la carta de la “madre muerta”.

El caso es que cuando tienes la carta de la “madre muerta” en tu baraja, todo tu mundo queda un poco desbalanceado. De repente, tus amigos de la infancia dudan antes de hablar sobre sus madres frente a ti, incluso sobre sus problemas, como si les preocupara molestarte con sus asuntos porque creen que no se comparan con tu problema. Los adultos del pueblo se vuelven demasiado amables, te dan dulces a escondidas en la fila de la tienda o participan con demasiado entusiasmo si recolectas fondos lavando coches. Y, de pronto, creces un poco y, al mirar alrededor, te percatas de que llevas una marca, una sombra que se ha cernido sobre todo lo ocurrido en tu vida desde entonces. Fuiste marcado como un otro entre tus amigos y ya no

puedes relacionarte con ellos igual que antes. Obtuviste una pequeña ventaja con todos los demás, como si pudieran hacer algo para compensar la peor tragedia de tu vida.

Es por eso que me encantaba escribir la columna de consejos anónimos en el periódico escolar y por lo que seguí haciéndolo aún después de graduarme. Nadie supo quién era; fue mi forma de ayudar a mis amigos con sus problemas después de que la mitad de ellos comenzaran a sentirse incómodos contándomelos. Además, sé que la reputación que he conseguido escribiéndola es solo mía y no resultado de ser hija de Amy Rose.

En cambio, no estoy tan segura respecto a la Estatal Blue Ridge. Aquí amaban a mi madre tanto como en Little Fells. Por muy feliz que esté de que todo haya funcionado, parte de mí se pregunta de quién será el mérito, mío o de ella.

–¿Tienes algún amigo aquí? –quiere saber Shay.

–Sí. –Aclaro la garganta y recupero la sonrisa–. A mi novio, Connor –afirmo apenas más animada de lo planeado.

–¿Tu novio?

–Sí. Salimos hace tres años, pero somos amigos desde siempre. –Dejo las camisetas que estuve sacando de la maleta y me acerco a la cama–. De hecho, que esté aquí es una sorpresa para él. Todavía no pude decírselo. Estoy pensando cuál será el lugar más romántico para hacerlo.

Mi mente, de poca ayuda, no deja de pensar en el arboreto, un área extensa del bosque en el límite del campus, llena de senderos, lugares ocultos con puentes y quioscos y una arboleda llena de pajareras. Hay un lago justo en medio, rodeado por un sendero; es pintoresco como el lago enorme al que mis padres solían llevarme cuando era pequeña. En un impulso, llegué a buscar mis viejas botas de senderismo, hasta que vi el dibujo de Hello Kitty y recordé, de forma abrupta, que ya no tenía diez años y que no me harían ningún favor aquí.

Además, Connor siempre fue demasiado inquieto para esa clase de actividades. Si está al aire libre, tiene que ser para un partido de fútbol, entrenar o hacer algo “productivo”. Si pienso en todas las veces que rechazó mis intentos de llevarlo a caminar en la escuela, dudo que aprecie que lo haga aquí, cuando podría verlo en un lugar menos lodoso.

–Ah, qué bien. –Shay me observa con curiosidad–. Mientras que no me abandones para unirte a un *reality show* como mi última compañera.

–Intentaré mantener a los directores de reparto de MTV a raya –bromeo y sacudo mi cabello hacia atrás de forma dramática.

Shay resopla por lo bajo, e intercambiamos una sonrisa precavida. Intercambiamos mensajes las últimas semanas, pero fueron más que nada acerca de arreglos para la mudanza. Aunque me pone nerviosa pensar en hacer amigos aquí, ya puedo decir que nos llevaremos bien.

–¿Quieres un bocadillo Zebra? –le ofrezco uno de la bolsa de la abuela Nell.

–Ah, sí, claro que sí –responde con la mirada ansiosa.

Le arrojo uno, que atrapa en el aire con facilidad y abre enseguida. Yo también tomo uno para mí y me acerco para brindar con ella.

–Por las nuevas compañeras. –Justo en este momento, mi móvil suena sobre la cama, así que me disculpo para contestar.

–Hola, Andie. Perdón por no haber respondido antes.

Apenas escuchar la voz de Connor hace que el mundo parezca más pequeño otra vez, más fácil de manejar. Nos conocemos desde el jardín de niños y, a veces, su voz me resulta tan familiar como la mía.

–No te preocupes. Eh, ¿estás en tu apartamento? ¿O camino a clases?

–Es gracioso que preguntes eso… –Suelta una de sus risitas fáciles, de las que siento en todo su cuerpo cuando tengo la mano sobre su pecho.

–Dime dónde estás –exijo y recupero la llave de arriba del colchón–. Y quédate ahí.

–Estoy afuera de tu edificio de Psicología.

Me quedo helada en la puerta. Siento la mirada de Shay sobre mí.

–¿En el de Blue Ridge?

–No, Andie, en el tuyo.

La llave de pronto se siente demasiado pesada y enorme, por lo que casi la dejo caer al suelo de linóleo.

–¿Por qué…?

–Me transferí a Little Fells. Para estar contigo.

Mis ojos se disparan hacia Shay, conscientes de que acaba de escuchar cada palabra a través de mi móvil viejo. Me quedo boquiabierta, también ella, justo antes de murmurar con empatía:

–Por todos los cielos.







CAPÍTULO TRES

Cuando eres adolescente y les dices a los demás que algún día no muy lejano escribirás un libro que será en parte de autoayuda, en parte tus memorias, es de esperarse que consigas unas cuantas risotadas, pero eso nunca desdibujó mi visión del libro. Se llamará *A través de una lente rosa*. Poco sutil, dado que mi apellido es Rose y mis gafas son rosadas, pero el optimismo incansable siempre me caracterizó y no me disculparé por eso.

Pero el asunto es que, para escribir un libro acerca de cómo encontrar la felicidad, debes ser una autoridad en el área. No puedes vender un final feliz basándote solo en tus consejos, tienes que *ser* el final feliz. Tienes que ganártelo. Y pienso hacerlo. No soy de las personas más brillantes que conozco, ni remotamente, pero sí una de las más trabajadoras. Estudiaré, haré lo necesario para conseguir un programa en mi especialidad, encontraré mentores en el área y luego haré mi propio camino, hasta convertirme en mentora de los nuevos estudiantes. Y cerraré todo con el broche más brillante y dulce: la prueba de que el amor en serio puede conquistarlo todo.

–Connor…

–¿Sí?

–Me transferí a Blue Ridge. –Hago pucheros con el móvil apretado contra la mejilla.

Shay se estremeció otra vez, y no puedo culparla. Sé que debo sonar como una chica que puso su vida de cabeza por amor al estilo de Elle Woods. Pero no es así. Asistir aquí está en mis planes desde antes de nacer. Mi madre siempre habló del campus como si fuera mágico. Mientras que otros niños soñaban con Narnia, la Tierra Media o mundos míticos, yo contemplaba el mapa del campus en la taza de mi padre o me envolvía en el sofá con la bufanda de la universidad de mi madre.

Y aunque fuera así, Connor no es cualquier chico. Es una constante presente en toda mi vida. Es el chico que me llevó a la enfermería de la escuela cuando me lastimé la rodilla jugando al piso es lava. Con el que compartía historias de terror en la fogata anual de malvaviscos en el Parque Little Fells. Con el que nos enamoramos con tal sincronía que, a los quince años, ambos nos invitamos al baile al mismo tiempo, del mismo modo público y cursi. Es el novio que nos invitó a mis abuelas y a mí a todos sus eventos familiares, desde cumpleaños, hasta días de Acción de Gracias y Navidades. Después de la muerte de mi madre, sentí que una distancia extraña me separaba de muchos de mis amigos, pero Connor siempre se aseguró de que fuera parte de su mundo.

Incluso en este momento, a tantos kilómetros de distancia, puedo verlo cerrar los ojos y exhalar ante la improbabilidad de lo que está sucediendo como si estuviera frente a mí.

–¿Lo hiciste? –pregunta en voz baja. Le doy la espalda a Shay en caso de que se me llenen los ojos de lágrimas. Suelo mantener el control, pero esta es una situación sin precedentes, sin dudas.

–Sí –admito en tono devastado–. ¿Y tú…?

–¿No es posible que te trasfieras de vuelta aquí?

–Eh… –Algo se revuelve dentro de mi estómago.

–No, lo siento. Claro que no puedes –se corrige enseguida–. Además, debes haber usado todos tus ahorros, ¿no? –Puede que él no pague su propia escolaridad, pero por todos los trabajos de medio tiempo que tuve para ahorrar dinero, sabe que yo sí–. No te merezco.

Sacudo la cabeza, mientras que el agujero en mi estómago se hace más profundo. *No lo hice solo por ti*, pienso, pero estoy demasiado ocupada intentando despertar de este sueño absurdo como para decirlo.

–No puedo creerlo. De haber sabido que tú…

–Tranquila, Andie, no pienses en eso. Si sirve de algo, esto prueba lo mucho que nos amamos.

Amor. Es una palabra que no oí de su boca en los últimos meses. No me enorgullece saberlo, pues no creo que el amor se trate de llevar un registro, pero me alivia tanto escucharlo que no puedo fingir.

–Déjame ver qué puedo hacer –digo. Me aferro a la idea de que puedo arreglarlo como si fuera un salvavidas.

–Sí. También veré qué hacer. Todo estará bien, ¿de acuerdo? Ambos comenzamos las clases

hoy, así que, demos un paso a la vez. Ve a clases, pensaremos después. –Como si pudiera ir a clases sin verme como si la culpa estuviera comiéndome viva. Si se lo hubiera dicho; si no hubiera estado tan determinada a que fuera una sorpresa. Es la recreación de la invitación al baile, solo que dudo que alguno de nosotros se ría de esto en un futuro cercano.

–En el peor de los casos, estaremos separados un semestre más. Lo resolveremos, siempre lo hacemos.

–Siempre lo hacemos –repito.

Me tomo un momento después de colgar. En la escuela, leí un artículo acerca de cómo contener las lágrimas; el primer paso es inhalar durante cuatro segundos, exhalar durante dos. Sigo los pasos con la mirada en la pared.

–Rayos. ¿Vas a llorar? –pregunta Shay.

Algo en su comentario directo pero empático me hace reír y hace su magia, así que guardo el móvil en el bolsillo de mi vestido y giro hacia ella. Sé por su mirada firme que su intención fue hacerme reír.

–No –le digo con la voz afectada–. Al menos no si engullo este pastelillo ahora mismo.

Ella asiente con la cabeza, alza el suyo y se levanta de la cama.

–Genial, porque tengo que llegar a mi turno de las diez treinta.

–Ah, por todas las Ritz de cheddar.

A diferencia de otros, no se sorprende por mi excentricidad.

–Aprecio la empatía. ¿Tú tienes clases? –pregunta y busca una boina de franela gris.

–Estadística a las once, pero tengo que llegar al parque. –Me tomo la libertad de mirarme al espejo que colgó junto a la biblioteca. Aunque parezca imposible, luzco intacta como hace cinco minutos; el cabello rubio aún en la coleta inmaculada y rizada, el delineador en su lugar, el brillo labial color fresa fijo en mi sonrisa dudosa. Teniendo en cuanta el legado de estudiantes de Blue Ridge con fideicomisos y calificaciones inmaculadas, no sabía qué esperar de este lugar, pero me aseguré de lucir como uno de ellos.

–Tengo que pasar por ahí para llegar al trabajo. –Mi compañera se cuelga al hombro una bolsa de tela llena de libros que debe pesar la mitad de ella. Por los títulos que alcanzo a ver, es seguro decir que el noventa por ciento de ellos no son parte del programa de estudios de Blue Ridge–. Puedo llevarte.

–Gracias –respondo, ajusto mi cabello y tomo mi pastel Zebra para el camino.

Cuando salimos rumbo al aire fresco de enero, el campus está atestado de estudiantes, las aceras y caminos se ven tan llenos que es como si toda la población de Little Fells estuviera en unas pocas calles. En un principio, estoy demasiado impactada por la enorme cantidad de *jóvenes*. Es como si alguien hubiera raptado a todas las figuras de autoridad. No puedo evitar mirarlos a todos y, por accidente, hacer contacto visual demasiado directo y agresivo con algunas

personas, de modo que comienzan a mirarnos mal.

–Luces como si acabaras de llegar de otro país –comenta Shay. Me guía tocando mi brazo cada vez que debemos cambiar de dirección.

–Little Fells es algo pequeño –le cuento negando con la cabeza–. No estoy acostumbrada a tantos…

–¿Compañeros con resaca y en pijama? –sugiere.

Hasta aquí llegó mi idea de lucir como una de ellos. Luzco más como si fuera a dar una clase que a tomarla. Antes de que pueda responder, termina una clase en un edificio cercano, del que sale una horda de estudiantes que por poco nos aplasta. Shay me aleja hacia el césped antes de que quedemos atrapadas entre el torbellino de codos y tazas de café azules, y desde aquí los vemos pasar, como Simba a la manada de ñus.

–Creo que vi pasar toda mi vida ante mis ojos –digo cuando estamos a salvo.

–¿Y fue buena?

–La verdad, hubo mucho tiempo en Instagram.

Shay mira con los ojos entornados a la multitud que esquivamos, que se dirige al parque frente a nosotros.

–Ah, claro, la Cruzada de Caballeros. ¿Por eso querías llegar al parque? ¿Quieres entrar a una de las sociedades secretas?

–Sí, ¿y tú no? –Acelero el paso para alcanzar a la multitud, pero desacelero al ver que Shay permanece atrás.

–Ah, creo que no. Ya estoy muy ocupada. Y, además, es probable que lo que haya detrás de esa búsqueda de listones sea una pérdida de tiempo de todas formas.

–Pero no lo sabes. –Pienso en los listones de mi madre, que siguen a salvo en mi maleta, y de pronto agradezco no haberlos sacado frente a Shay.

–¿Y tú sí? –pregunta entretenida, con una ceja en alto.

Abro la boca para defender la búsqueda de listones, las sociedades secretas, mi obsesión con ser parte de eso, pero la verdad es que no sé mucho al respecto. Lo único que sé es que es una parte tan grande del legado de mi madre que siento que también está ligado a mí.

Por mi expresión, Shay cambia de enfoque y agrega:

–Bueno, si sabes del evento de apertura, supongo que has estado escuchando *La guardia de Caballeros.*

–Así es –asiento, agradecida por el cambio de tema. Aunque “escuchar” es poco decir. Más bien diría que “viví y respiré” el programa. Lo sigo desde que era niña, en vivo o en la versión descargable posterior.

–¿Y qué piensas?

Ya llegamos al parque, y me distrae la pequeña multitud de estudiantes que se reunió en el

césped frente al escenario de cemento.

–¿Del programa? –Cuando la miro, tiene una sonrisa taimada que no puedo interpretar.

–Sí. Y del Caballero de este año.

Me sonrojo y espero, otra vez, que no lo haya notado. “El Caballero de este año” es el estudiante anónimo que conduce el programa *La guardia de Caballeros*, que cambia cada vez que el anterior se gradúa. Suelen tener alguna clase de rutina, pero su trabajo es más que nada relatar lo que sucede en el campus, lo que incluye anunciar cada primavera ubicación y horario de los eventos de búsqueda de listones; los estudiantes de primer año se presentan, cumplen alguna consigna y reciben un listón rojo, azul o amarillo. Cada uno de los listones representa una sociedad secreta y si al final del semestre tienes suficientes de algún color, puedes unirte a esa sociedad. El problema es que nadie sabe cuántos son suficientes para hacerlo, es por eso que todos se apresuran por conseguir la mayor cantidad posible y escuchan con atención cada palabra del Caballero.

–Creo que es fantástico –respondo enseguida e insto a mi rostro a enfriarse–. El anterior también era genial, pero el nuevo es muy gracioso. Ya no puedo escucharlo en público porque me hace reír a carcajadas.

–Espera –dice mirándome con la cabeza de lado–, ¿lo escuchabas antes de venir a estudiar aquí?

–Habrás notado que soy un *poco* previsora –comento con una risa nerviosa.

–Bueno, al menos encajarás bien aquí –afirma mientras mira alrededor–. No puedes dar un paso sin cruzarte a otro nerd.

Me aferro a cada una de sus palabras. Si es así, tal vez hacer amigos será más fácil de lo que pensé. Quizás incluso me sienta lo suficientemente cómoda como para lanzar mi columna de consejos sin esconderme detrás de un nombre falso.

Pero, aunque es verdad que soy previsora en todos los aspectos, eso no tiene nada que ver con mi obsesión con *La guardia de Caballeros*. Ni con el hecho de que no solo sepa del último Caballero, sino también del anterior a él y del anterior y de todos los anteriores hasta el origen del programa, hace unos treinta años.

El caso es que mi madre fue quien comenzó todo. Es la “Caballera” original.







CAPÍTULO CUATRO

¿Recuerdan escuchar el argumento de *Footloose* por primera vez y pensar *Guau, ¿de verdad un grupo de adultos prohibió que los niños bailaran? ¡Qué ridículo!?* La Estatal Blue Ridge fue algo así en los noventa, porque, al parecer, prohibieron la creación de organizaciones estudiantiles. Su argumento fue que no había suficientes profesores para supervisarlas, pero según mi madre, una estudiante de periodismo parlanchina con una habilidad sorprendente para develar secretos, la causa real era que el director de la universidad estaba malversando fondos destinados a programas de estudiantes. Y, al parecer, expresó esa idea en el programa de la radio universitaria que conducía en aquel momento.

No es de sorprender que la despidieran de su puesto diez minutos más tarde. Sin embargo, en lugar de echarse atrás, se alió con algunos amigos, averiguó cómo volver al aire con una emisora clandestina y dio inicio a *La guardia de Caballeros*, un programa que informaba sobre lo que los estudiantes necesitaban saber, pero la universidad no quería que supieran.

Con el tiempo, evolucionó hasta convertirse en lo que es hoy en día, no tanto una forma de rebelión, sino un medio de noticias alternativo. Como no es parte de la especialidad en Medios, no es controlado por la universidad, más bien es tolerado. Los Caballeros son conocidos por ser

directos y críticos de los avatares del campus; el actual despotrica con tanta frecuencia acerca del costo de la matrícula y de la falta de oportunidades decentes en el programa de estudio y trabajo, que no puedo mentir, me da nervios salir a buscar uno. Pero todos tienen lo suyo; uno era un comediante emergente, a otro le obsesionaba descubrir bandas locales.

Lo de mi madre fue organizar la primera Cruzada de Caballeros. La universidad había prohibido la creación de organizaciones nuevas, pero no los eventos. Entonces, cuando a un grupo de estudiantes se le ocurrió crear nuevas agrupaciones a espaldas de la institución y usar búsquedas del tesoro como medio de difusión para confundir a las autoridades, mi madre les ofreció una plataforma. Anunció por la radio el día en el que los estudiantes debían reunirse en el campus y luego participó de la búsqueda de listones también. Es por eso que los listones siempre tuvieron cierta carga tradicional. Tenía los suyos exhibidos sobre el aparador junto con las fotografías familiares; eran suficientes para unirse a cualquier sociedad, pero cada vez que le preguntaba cuál había escogido, me pellizcaba la nariz y decía que era un secreto, que lo descubriría cuando fuera mayor.

Resulta ser que, como forma de honrar el origen secreto de las organizaciones, es tradición que los miembros no revelen si pertenecen a una hasta que la otra persona ingrese también. En parte, fue por eso que estaba decidida a ingresar a la universidad ahora en lugar de esperar hasta el año próximo: la única oportunidad de ingresar a una sociedad es en el segundo semestre del primer año. Después de tantos años, es posible que por fin descubra a qué organización pertenecía mi madre y qué significaba para ella. Y qué podría significar para mí.

Eso, claro, si consigo suficientes listones para ingresar a todas.

Una alerta de mi móvil nos interrumpe a Shay y a mí. Es la respuesta de Connor al mensaje que le envié diciendo que participaría del evento, luego iría a clases y lo llamaría más tarde. Su mensaje dice:

> Mierda. Me perderé la búsqueda de listones.

Me revuelve el estómago.

–Uff. ¿Y esa expresión? –pregunta Shay.

Ah, no es nada, solo un abismo de culpa dentro de mis entrañas.

–Es mi novio, también quería buscar listones –le explico.

–Ah –dice. También sabe bien que solo se puede participar durante la primavera del primer año aquí–. Apesta.

Por la forma en que me sobresalto alarmada, Shay mira alrededor como si hubiera visto a un monstruo.

–Podría recolectarlos para ambos, ¿no? –reflexiono.

–Supongo que sí –admite con la nariz arrugada–. No creo que comprueben cómo los obtuviste.

–Iré a todos los eventos que pueda y conseguiré listones suficientes para mí *y* para él –digo en voz alta, más para mí que para ella, como si así lo hiciera realidad–. Él volverá el próximo semestre y todo retomará el curso que planeamos.

Llegamos al final de la multitud en medio del parque, donde Shay se desvía un poco hacia la izquierda, en dirección a la calle principal de la ciudad. Aferro mi bolso con fuerza, pues me inquieta dejar las cosas así; creo que esta no es una buena primera impresión.

–Escucha –suspira–, te aconsejaría que no ataras tus planes al chico con el que sales, pero puede que sea una lección que debes aprender por ti misma. –Luego se estremece de repente–. Como cuando me cambié a Gobierno en colocación avanzada por mi exnovia del último año. Dios, espero que ese libro esté ardiendo en el infierno.

–No até mis planes a él –me apresuro a decir. Agradezco tener oportunidad de explicarlo y me estiro para continuar, tanto como es posible para alguien de un metro cincuenta y cinco–. Ya tengo todo un plan para mi vida. Y resulta que Connor está en él.

–Bueno, me entrometeré –dice entretenida–. ¿Cuál es tu plan?

Tomo una inhalación bastante larga antes de comenzar con la exposición de mi plan para los próximos veinte años de mi vida.

–Seré terapeuta. Obtendré mi diploma en Psicología, luego la especialidad en Psicología clínica y, durante los primeros siete a diez años, me dedicaré a ganar presencia con mis columnas de consejería con mi alter ego en redes sociales. Luego continuaré escribiendo mis memorias.

Me sobró mucho aire al final, pero lo dejo salir. Mi sueño solía ser más extenso; quería ser como mi madre, tener una imagen pública que pudiera usar para hacer el bien. Puede sonar precoz para una niña de once años, pero con una madre en el negocio, mi plan cerraba: buscaría podcasts y programas locales, conseguiría un agente y trabajaría en crear mi marca como experta en el campo, hasta convertirme en una personalidad reconocida. Lo apuntalaría con entrevistas en programas matutinos, publicaciones en redes bajo mi nombre real; arrasando con todo. Quizás hasta tendía mi propio programa de televisión.

Pero dejé atrás esa parte de mi sueño hace mucho, mucho tiempo.

–Vaya. Imagínate tener todo resuelto. Nunca será mi caso –comenta Shay cuando termino de hablar. Le di una versión abreviada, pero hay un límite entre alarmar a alguien un poco o demasiado, y no conozco tan bien a Shay como para arriesgarme a cruzarlo. Se quedó mirando el parque con expresión inquieta–. Es decir, ni siquiera pude elegir mi especialidad aún.

–Todavía hay tiempo, ¿no?

–Tenemos que inscribirnos a alguna a fin de año para conservar los beneficios de estudio y trabajo –explica negando con la cabeza.

Claro, lo había olvidado. Estuve tan preocupada por conseguir un lugar en el programa de

estudio y trabajo de la universidad que olvidé la regla sobre la especialidad. Aunque nunca tuve que preguntarme cuál sería la mía.

Enderezo los hombros y le sonrío con alegría, como si eso pudiera suavizar la arruga en su ceño.

–Entonces, esta noche tendremos que hacer una tormenta de ideas.

–Ah, ¿sí? –pregunta sonriente.

–Así es –afirmo contenta. Si en algo soy buena es resolviendo problemas. Y Shay podría ser mi oportunidad de hacerlo aquí con una persona real–. Después de la cena. Tendré un tablero de ideas listo.

–¿Un tablero de ideas? –repite con un dejo de gracia, como si aún no decidiera si estoy exagerando o no. Nos interrumpen las campanadas de la capilla del campus, que advierten que se acercan las diez de la mañana–. Debo darme prisa. Suerte con Hutchison.

–Gracias. –Me lamento al sentir una ola de pánico bajo las costillas. El que conozca el apellido de mi profesora de Estadística sin haber tomado sus clases es un mal augurio para mi futuro académico.







CAPÍTULO CINCO

Todavía estoy muy excitada por el resultado de la ceremonia de lanzamiento, así que el camino a clases se siente casi como un sueño. Por fin comienzo a caer en la cuenta de que estoy aquí, no solo en la universidad de mis sueños, sino que, por primera vez, estoy por mi cuenta. Podré ir a todas las búsquedas de listones próximas sin avisar a mis abuelas; puedo escoger cualquier cafetería para almorzar sin necesidad de coordinar con el horario de clases de los demás; y si quisiera ir al arboreto esta tarde después de clases, podría tomar mi bolso e *ir*.

Todo este tiempo, estuve demasiado ansiosa por llegar aquí y no pensé mucho más. Ahora siento que tengo todo un mundo nuevo por descubrir y me siento tan hambrienta que quisiera correr y devorar este lugar entero.

Por el momento, tomo aire para tranquilizarme y controlo la sonrisa con los labios apretados mientras guardo el listón blanco en mi bolso. Es el listón clasificatorio, el que solo puedes conseguir en la ceremonia de apertura y firmar con tu nombre, lo que hizo mi madre hace muchos años. Los demás eventos se harán en fines de semana y serán múltiples oportunidades para conseguir cada uno de los demás colores; los fines de semana de enero serán para el azul, los de febrero, para el rojo y los de marzo, para el amarillo. Pero solo hay una oportunidad para

conseguir el listón clasificatorio, sin el que no puedes participar.

Dicho eso, cuidaré el mío con mi vida.

El único problema es que, dada su naturaleza, solo podré conseguir uno. Dudo que haya una forma de conseguir otro para Connor, pero le debo hacer el esfuerzo. Determinada, enderezo los hombros y empujo la puerta del auditorio.

La puerta cerrada con cerrojo del auditorio.

Retrocedo y abro el cronograma de clases que guardé en mi móvil, en mi computadora e incluso imprimí y guardé en algún lugar de mi bolso. Estoy en el lugar indicado, sin dudas. Intento otra vez para comprobar si la puerta estará atascada, pero como no se abre, llamo despacio. Se oyen murmullos desde el otro lado, seguidos por lo que estoy segura que es un estudiante que se acerca a abrirme desde una de las últimas filas. Doy un paso atrás, pero en lugar de un estudiante, frente a mí aparece una mujer mayor con una blusa floreada dentro de pantalones de vestir formales, que no puede ser más que la profesora Hutchison.

–Llegas tarde.

Las palabras hacen eco por todo el auditorio y con una mirada detrás de ella, confirmo que cien pares de ojos giraron a mirarme. De un momento al otro, parte de mí abandona este lugar. La mitad de mí volvió a los doce años, a una asamblea escolar, con el rostro a centímetros del micrófono, la misma cantidad de ojos sobre mí y la garganta cerrada hasta no poder respirar. Hago a un lado el recuerdo y me obligo a enfrentar la mirada impaciente de la profesora Hutchison.

–Eh… Lo siento. Estaba…

–¿Con el grupo escandaloso del parque? –pregunta con desdén, y sigo su mirada hasta el listón incriminatorio que asoma de mi bolso.

–Sí –admito. La pantalla de mi móvil se ilumina, por lo que compruebo que pasan varios minutos de las once. Estaba tan inmersa en la emoción de mi nueva libertad que, por primera vez desde que tengo memoria, perdí la noción del tiempo.

–En el primer día de clases, que bien debe saber por mis numerosos correos electrónicos, es el día del examen de nivelación.

–Yo… No lo sabía. –Mi mente ignora las palabras “examen de nivelación” para evitar que me ahogue con mi propia saliva–. Fui transferida. Mi correo electrónico comenzó a funcionar ayer.

Mi corazón late con fuerza como si se hubiera multiplicado. No puedo fallar en esta clase si quiero graduarme en esta especialidad. Si quiero evitar que todo mi plan de vida quede destruido.

–Tiene una oportunidad. –Aunque me mira con los ojos entornados, sostiene la puerta abierta para mí–. Pero primero, entrégueme eso –dice mirando el listón.

–Pero…

–Ahora, jovencita.

Llevo la mano al listón, pero me detengo. Espero que cierre con una broma, pero el peso de docenas de miradas sobre mí y el sonido de risas contenidas me dice que el chiste soy yo, así que le entrego el listón.

–Eh, lo… Lo siento –repito. Ahora es *mi* voz la que hace eco hasta la eternidad, como si hubiera arrojado un búmeran y volviera a golpearme en el trasero.

La profesora no reconoce mi disculpa, solo toma el listón de mi mano y lo guarda en su bolsillo. Mi alma se separa de mi cuerpo lo suficiente para que pueda encontrar un asiento disponible. A continuación, la profesora coloca un examen frente a mí. Inhalo cuatro segundos, exhalo dos. Razonaré con ella después y recuperaré ese listón. Puedo con esto.

Hasta que bajo la vista a la página y veo lo que bien podrían ser garabatos. Nuestra secundaria no dictaba Estadística, solo Álgebra y Precálculo, y no tomé ninguna de las dos en el primer semestre de universidad porque sabía que no transferirían los créditos aquí. Echo un vistazo alrededor para ver si alguien más está al borde del colapso silencioso, pero veo que todos tienen una calculadora junto a sus hojas. Al cerrar los ojos, ubico la mía a la perfección: sepultada dentro de mi bolso de viaje en mi dormitorio, el lugar más inútil en el que podría estar.

Trascurren diez minutos, en los que contemplo el examen y me pregunto si debería intentar fingir, pedir una calculadora prestada o escribir “LO SIENTO” en letras mayúsculas en la primera página y salir corriendo.

De acuerdo. Tomaré aire. Enderezo los hombros, preparándome para la vergüenza que me espera al declarar que necesito una calculadora, pero luego detecto una letra tallada sobre el escritorio: una pequeña “A” muy prolija, con una espiral al final.

Antes de que mis pensamientos tomen forma, me encuentro con la mano sobre el dije en mi cuello, el que tiene la misma espiral. Estoy segura de que si colocara el dije ahora sobre el escritorio, la “A” encajaría a la perfección sobre el grabado; era la forma en que mi madre firmaba todo. Los cheques para pagar la cuenta de la electricidad; los autógrafos para los fanáticos de su programa; su listón blanco. Mi padre encargó el dije para ella antes de que yo naciera, y mi madre lo lleva puesto en casi todas las fotografías que tengo de ella.

No hay forma de que sea su firma la que está sobre el escritorio, pero tampoco hay forma de que no lo sea. La garganta se me cierra de repente, tan rápido que debo toser para no ahogarme. Estuve enfadada con mi padre por haberme ocultado partes de ella por tanto tiempo, pero ahora que estoy más cerca de lo que había estado en años, solo puedo pensar en que la estoy decepcionando.

Me pongo de pie.

–Este examen representa gran parte de su calificación –declara la profesora Hutchison desde el frente del auditorio–. Si sales de aquí, no volverás a entrar.

Aunque abro la boca, esta vez las palabras no salen. Siento todas las miradas sobre mí y tengo

doce y dieciocho años a la vez; estoy tan avergonzada que lo único que logro hacer es asentir con la cabeza como una marioneta y retroceder hacia la puerta. Ella es la primera en desviar la mirada, con un movimiento tajante y un chasquido de desaprobación que no alcanzo a oír, pero sí a ver.

Y luego me encuentro fuera del auditorio y del edificio, caminando de vuelta hacia el parque en piloto automático. Pero los estudiantes mayores ya no están, al igual que los listones blancos y mi oportunidad de hacer la búsqueda con ellos.

No lloro de regreso al dormitorio; es todo demasiado absurdo y profundo. Lo que sucedió con Connor me desanimó, por supuesto, y ahora no tengo un listón. Ahora entiendo que estoy hasta el cuello en el aspecto académico. Pasé dieciocho años esperando llegar aquí, pero me tomó apenas una hora echarlo todo a perder.

Gracias a la organización de mis horarios de clases para conseguir trabajo, no tengo otras clases el día de hoy. Pensaba usar el tiempo libre para tocar puertas y, de hecho, encontrar un trabajo (el programa no está pensado para transferidos, y el Caballero no exageraba al decir que la universidad dificulta conseguir uno decente), pero eso puede esperar. Necesito ir a casa, ver a mis abuelas, reencontrarme con Connor. Tengo que googlear el horario del autobús que va a Little Fells y…

–No me digas que ya estás harta de este lugar, chica nueva.

Me detengo de golpe en medio del corredor, con la mochila reorganizada a las apuradas colgando sobre el hombro. Me encuentro frente a una versión un poco más despierta de Milo, el asistente de residentes, con los rizos mojados por la ducha y un ligero aroma cítrico que me provoca una falsa calma momentánea.

–Yo, eh… volveré mañana. –Reacomodo la mochila para lucir menos ridícula de lo que me veo al huir del campus tras solo una hora de vivir en él–. Solo iré a casa por esta noche.

Milo me observa un momento, igual que en nuestro primer encuentro, pero esta vez, sus ojos se detienen en mi rostro. Me quedo congelada, intentando no apartar la vista aunque un cabello suelto cae sobre mi rostro. Así que mi coleta se está cayendo. Solo Dios sabe cómo luce el resto de mí.

–Mm, no. No lo harás –niega después de un instante y extiende una mano para que le entregue mi mochila.

La aferro con necedad y, cuando él mueve la mano otra vez, pienso que es para dejarla caer, pero, en cambio, la posa sobre mi hombro. El peso es firme y resulta extrañamente reconfortante en alguien que parece no dormir desde el 1800. Aunque el gesto resultara aplacador, sus siguientes palabras fueron bruscas:

–Escucha, conozco esa expresión. Significa que estás sobrepasada. Y te aseguro que lo último que debes hacer cuando sientes eso es ir a casa, porque no hará más que empeorar.

Asiento sin pensar mientras me pregunto cómo conoce esa expresión, hasta que recuerdo que debió haber tenido una hora de su entrenamiento como asistente de residentes dedicada a ella. Pero luego el asentimiento se convierte en negación, y aferro la correa de mi mochila con más fuerza. La última vez que tuvo que lidiar con ingresantes aterrados, todos estaban en eso juntos, mientras que yo estoy en esto sola. La hoja en blanco que pensé que sería aquí (en la que nadie sabría de mi madre ni habría una barrera invisible que me impidiera encajar con los demás), nunca existió. Los demás ya encajaron, y yo creé una nueva barrera por mi propia cuenta.

–Ya arruiné todo –suelto–. Connor no está aquí, tendré un cero en el primer examen de mi clase más difícil, ni siquiera sé cómo empezar a buscar un puesto de estudio y trabajo, la profesora Hutchison me sacó mi listón blanco…

–¿La profesora Hutchison? –pregunta algo sorprendido.

–¿También la conoces? –replico. ¿Qué tan aterradora será para que las dos únicas personas que conocí en el campus la reconozcan?

–Pasé por ella. Pero escucha. –Aprieta la mano que sigue en mi hombro y me mira fijo a los ojos. Ahora que está más despierto, puedo ver la gama de verde en ellos, que contrasta con su cabello oscuro. Me encandilan tanto que esta vez, cuando lleva la mano a mi mochila, la dejo caer de mi hombro para que la tome–. El trabajo puede esperar. Usa el resto del día para aclarar tu mente o algo. Date tiempo para adaptarte.

–Pero…

La ausencia del peso de la mochila sobre mi hombro me desestabiliza un poco, pero ver los pasos decididos de Milo hacia mi dormitorio me estabiliza otra vez.

–Y oye, si aún tienes esa expresión en unas semanas, puedes abandonar este lugar como haré a fin de año –ofrece mientras se aparta para que pueda abrir la puerta.

–Espera, ¿tú intentas abandonar? –suelto. Me indigna hasta el punto en que considero arrancarle mi mochila de las manos otra vez.

–Lo intenté. –Cuando abro la puerta, se detiene en la entrada a contemplar la decoración detallada de libros y cosas cursis de Shay–. Vaya, lindo. Espero que no haya terremotos.

–¿Por qué quieres abandonar? Eres asistente de residentes, ¿no te graduarás el año próximo? –inquiero. Lo sigo tan de cerca que por poco me golpeo la nariz contra su hombro cuando deja mi mochila sobre la cama. No parece inquietarlo verme a dos centímetros de distancia cuando voltea.

–Estoy en segundo año. Y a diferencia contigo, no fui aceptado a mitad de año en ningún lado, así que quizás tenga más suerte esta vez.

–¿De verdad es tan malo este lugar? –Si queda alguna parte de mi corazón en su lugar, acaba de caer a un suelo metafórico.

Milo por fin se detiene un instante.

–No, la universidad está bien. Estarás bien. –Vuelve a mirarme a los ojos–. Además, no pareces de las que abandonan. Si es que las tres páginas del correo electrónico que nos enviaste a los supervisores es algún indicativo.

Tiene razón, yo no abandono. Vi todas las temporadas de *Grey's Anatomy*. Dirigí una recaudación de fondos de la escuela lavando coches durante un huracán. Una vez corrí una maratón de cinco kilómetros con Connor a pesar de no haber corrido un metro en mi vida. Mientras pienso en eso, encuentro lo que estaba buscando: la parte testaruda de mí que no conoce la palabra "no". La Amy Rose dentro de mí. Puede que sea pequeña, pero es suficiente. El mundo se detiene un momento, respiro hondo y miro a Milo otra vez.

–¿Lo leíste?

–Tu propuesta de hacer una camiseta para la residencia no estuvo mal. Es económicamente inviable, pero no estuvo mal. –Aparta la mano de mi hombro de forma tan casual que creo haberlo imaginado. Luego se dirige a la puerta–. Iré a clases. Dile a Shay que esconda las velas si hay un simulacro de incendio.

–De acuerdo –afirmo, solo que la palabra no suena tan firme como planeaba. Espero que él lo ignore, pero voltea hacía mí y me observa apoyado en el marco de la puerta. También lo observo y me pregunto por qué me resultó familiar más temprano. Sus ojos cansados y sus rizos oscuros son bastante reconocibles, pero no luce como nadie que haya conocido.

–Y… Tómate un descanso. Desempaca. Ve a caminar por el campus. –Señala la ventana al pasar–. Creo que no tendrás ningún problema para hacer amigos.

Eso me hace sonreír. No es mi sonrisa televisiva ensayada ni el gesto de poder a pesar de las lágrimas, sino una sonrisa auténtica, y la sorpresa me hace dudar de mi propio rostro.

–Gracias –digo. Una de las comisuras de sus labios se eleva, como si se le hubiera escapado, pero al despedirse, no hay rastro de ella.

–Sabes dónde encontrarme.

Cuando cierra la puerta, la breve sensación de seguridad se va con él. Por primera vez en mucho tiempo, no sé qué hacer. Es lo bueno de tener los objetivos claros, siempre tienes un mapa a seguir. Puede que no sea fácil, pero al menos es claro. Y ahora es más difuso que nunca. Tengo mucha energía, pero no sé hacia dónde ir. Me acerco a la ventana para mirar el campus a mis pies e intento imaginarme aquí de verdad, no en el sueño que he tenido desde niña. Aun así, todavía veo la sombra de alguien más, de una chica que ya estaba dejando su marca, que no solo hacía planes, sino que los cumplía. Una chica que dibujaba una espiral distintiva a su "A" y no seguía un mapa, hacía uno propio.

No puedo evitar mirar estos caminos zigzagueantes, ver sus pasos en todos ellos y preguntarme si alguna vez podré llenar sus zapatos.







CAPÍTULO SEIS

La abuela Maeve no solo se ríe, suelta una carcajada. Una tan larga que tengo que alejar el teléfono de mi oreja.

–Presentí que algo saldría mal en tu plan de sorprenderlo.

–Ambas lo tuvimos –agrega la abuela Nell.

Estoy en altavoz, señal de que, aunque ambas amenazaron con buscar un lugar propio después de que me fuera, siguen viviendo juntas en nuestra casa. No había notado lo preocupada que me tenía hasta sentir el alivio sobre mí.

–¿Y por qué no me dijeron *algo*? –exijo con los brazos cruzados sobre el pecho para aplacar el frío. Little Fells es bastante frío en invierno, pero como Blue Ridge es más elevado, la sensación cala aún más profundo. Me senté en una banca frente al lago del arboreto para tomar aire fresco. El agua está congelada ahora, y su brillo bajo el sol es más hermoso de lo debería ser el día en que podría haber arruinado mi futuro de forma irremediable.

A pesar de todo, estar aquí tiene algo aplacador, tranquilizador. Me alegra que Milo me haya convencido de quedarme. Me alegra poder sentir este alivio, desconocido hasta ahora, que resulta de estar sola y caminar a mi ritmo. Se siente como si hubiera lugar infinito, suficiente para que,

por una vez, no deba preocuparme por encajar.

–Porque debías ir allí de todas formas, polluela.

–Y yo adoro ese lugar de *bagels* fuera del campus –agrega la abuela Nell–. Es bueno para visitas a almorzar.

–¿Dejaste que me lanzara sin paracaídas en la decisión más importante de mi vida solo por *bagels*?

–No, querida. –Nell toma las riendas de la conversación por primera vez–. Lo hicimos porque ya eres una mujer y debes forjar tu propio camino.

–Es extraño tenerlas tan lejos. –Siento que mi mentón tiembla más que nunca. Presiono el móvil contra mi mejilla, como si así pudiera sentirlas más cerca.

Ninguna de ellas dice lo que todas pensamos, que tendría que mudarme tarde o temprano, lo dejamos pasar. En cambio, dicen lo que más necesito escuchar.

–Andie Rose, sabes que estaremos allí de inmediato siempre que nos necesites –asegura Maeve–. Incluso los días que transmitan *Deadpool* en la televisión.

–Ajá. Y puedes venir a casa siempre que quieras. Iremos a buscarte cuando tú lo pidas.

Aunque me arden los ojos, no me molesto en inhalar cuatro segundos y exhalar dos. Mis abuelas son las únicas dos personas frente a las que nunca me incomodó llorar. Ellas me conocen de la cabeza a los pies, por dentro y por afuera.

–Está bien. –Estoy demasiado sobrecogida para decir algo más.

Entonces, se produce una pausa. El silencio cargado por el que ya sé bien lo que la abuela Nell preguntará a continuación.

–¿Llamaste a tu padre?

Fijo la vista en un grupo de patos que andan sobre el hielo.

–Ah –expreso, y la falsedad en el tono resuena incluso en mis oídos–. Pensaba hacerlo, pero entre todo el caos, lo olvidé.

Las tres nos quedamos en silencio, pero el de ellas es diferente. Es su estrategia de abuela en la que ambas intentan convencerme de lo mismo, pero no se ponen de acuerdo en el método. Por el contrario, mi silencio no es más que un producto del dolor.

El caso es que, hace unos meses, mi padre me pidió que le enviara recortes de mi columna *Caricias de rosas*, la misma sobre la que dudé en contarle durante casi toda la secundaria. Y después de que lo hice (le envié un catálogo de todas las preguntas que respondí, reuní todas las columnas, las imprimí y las guardé en un sobre), él no dijo ni una palabra al respecto. Ni una sola.

–Está muy emocionado de que estés allí –ofrece la abuela Maeve. Con eso no quedan dudas de que él estuvo llamando a casa para hablar sobre eso. Ella no apoya el programa “Arregla las cosas con tu padre” al igual que Nell, quien lo hace con justa razón, dado que es su madre y todo

eso–. Hablar con él podría hacerte sentir mejor.

–Tienes razón –respondo de forma automática, aunque es más probable de que primero aprenda patinaje artístico sobre este lago semicongelado. Luego, más que nada para cambiar de tema, pregunto–: ¿Cómo van sus masas madres?

Como imaginaba, inician una discusión de diez minutos, en la que cada una defiende su propia masa madre para el pan de esta semana. "La suya es demasiado agria", protesta Nell, a lo que Maeve responde "¿Y qué, quieres una masa insulsa?". Así, el foco se aleja del asunto de mi padre y, para cuando colgamos, todo el asunto quedó olvidado.

Paso el resto del día desempacando y mirando el móvil, intentando decidir si llamar a Connor o esperar a que él me llame. Llegado un momento, la pregunta dio tantas vueltas por mi mente que el consejo de Milo de que me tomara un descanso quedó olvidado. Estoy desesperada por encontrar otra cosa en que ocuparme, así que comienzo a enviar correos electrónicos a posibles puestos de estudio y trabajo. Sé bien que no hay puestos disponibles en el campus, pero supongo que escribirle a algunos departamentos de la universidad no hará daño. Después de agotar todas las opciones, saco el anotador gigante de mi maleta, observo la mitad de la habitación de Shay y escribo las palabras que se me ocurren. Empiezo por "libros, velas, suéteres acogedores, Instagram, colores pastel, café". Luego ojeo un poco su Instagram y agrego "hermana, té de burbujas, girasoles, senderismo, comedias románticas, películas de terror, emoji mareado, podcasts de crímenes reales, perros famosos de Instagram, Janelle Monáe, fotografía". Cuando mi compañera llega con una bolsa gigante de comida para llevar, estoy tan inmersa en mi tablero de ideas que ni siquiera noté que ya estaba anocheciendo.

–Ups. ¿Me perdí el horario de la cena en la cafetería?

–Si te quieres a ti misma, nunca pongas un pie en una de las cafeterías de aquí. Ten, traje esto para ti –dice y me ofrece un *bagel* rebosante de queso crema.

El aroma por sí solo es suficiente para que lo mire enamorada como el protagonista en la portada de alguna de sus novelas románticas. Le doy un bocado; el interior esponjoso es perfecto, el exterior está tostado; el queso crema agridulce no se parece a nada que haya probado en mi vida.

–Esto es… de otro planeta. –Si es del mismo lugar del que hablaba la abuela Maeve, no me sorprende que estuviera dispuesta a vender mi futuro por carbohidratos–. ¿Cuánto es?

–Trabajo en Bagelópolis, así que son gratis –responde mientras desenvuelve el suyo–. Tienen al menos veinte variedades de queso crema, pero supuse que el de masa de galleta sería el indicado para ti. Creo que prefieres lo dulce.

–Mi sangre es noventa y ocho por ciento azúcar –confirmo–. ¿Puedes trabajar fuera del campus en el programa?

–Habla con Milo –indica señalando el corredor con el pulgar–. Tiene miles de hermanos con

los mejores contactos de estudio y trabajo.

Quisiera darle las gracias, pero tomé un bocado tan grande que necesitaré otra boca para masticarlo. Shay se detiene a mirarme de camino a su cama con justa preocupación.

–Lo siento –declaro mientras me limpio la boca con el dorso de la muñeca. Intento no hacer esa clase de cosas, en especial por lo pulcros que son Connor y su familia, pero a veces me emociono y pierdo los modales. Necesito masticar unas cuantas veces más antes de tragar–. Tenemos mucho que hacer antes de la reunión de residencia de esta noche.

–¿Reunión?

–Hay un anuncio en el corredor.

–Ah, nadie va a los eventos de la residencia en realidad. Milo cuelga los anuncios por obligación o algo así. Igual que la caja de comentarios junto a su puerta. Nadie la usa.

–Quizás pueda arreglar eso –sugiero con el ceño fruncido. Shay abre la boca, supongo que para preguntar cómo lo haré, pero la interrumpo colocando el tablero de ideas sobre su falda–. Te presento el tablero de ideas para tu especialidad.

–Vaya. –Observa todas las palabras que recopilé y come un bocado de su *bagel* de queso amarillo mientras las procesa–. Es como si le hubieras tomado una captura de pantalla al interior de mi mente.

–Ese era el plan, hacer un mapa de tu mente. –Señalo el espacio en blanco que dejé para ella–. Puedes completar lo que me haya faltado, luego le echaremos un vistazo, descubriremos qué se supone que deberías hacer de tu vida y buscaremos tu especialidad a partir de allí.

Suspira del modo exasperado pero afectuoso que conozco muy bien gracias a una vida de inmiscuirme en los problemas de mis amigos. Cuando comenzaron a dudar en recurrir a mí después de la muerte de mi madre, con frecuencia debía tomar el asunto en mis manos para poder ayudarlos. Me hubiera sentido desanimada si mi registro de problemas resueltos no fuera casi impecable.

–Escucha, lo aprecio –dice e intenta devolverme el tablero–. El problema es que lo único que de verdad quiero hacer es leer.

–Ah. –Me dejo caer en la cama, con mi cena aún en la mano. Que todo se resuelva así de rápido arruina un poco el clima–. Literatura, entonces.

–Solo leo los libros que *quiero* leer. Y el director del departamento de Lenguas de Blue Ridge es un anciano que impone libros de hombres blancos muertos.

Escuchar eso me impacta. Por más progresista que sea el cuerpo estudiantil de la universidad, no siempre aplica lo mismo a los programas de estudio. Aunque avance con cada camada de estudiantes y profesores, aún le falta mucho por hacer. No se compara con el Bookstagram de Shay, en el que cada semana publica nuevos lanzamientos de autores *queer*, marginados, afrodescendientes o indígenas en sus historias y destaca sus preferidos en su perfil. Aunque

reseña libros de todos los géneros, su mensaje principal es la importancia de que el lector se reconozca en los personajes, de que todos puedan verse en la historia. El público de su perfil recibe una educación literaria mucho mejor que en la mayoría de los programas universitarios.

–Buen punto. –Repaso sus pies de foto un momento–. Podrías ser escritora –declaro con emoción renovada.

–Solo escribo reseñas –niega.

–¡Ah! –Fue desafortunado morder otro bocado enorme justo en este momento, porque casi me ahogo por la emoción–. Periodismo. –Debo darle crédito, pues no parece para nada impresionada por mi actuación. Me alegra que se esté acostumbrando rápido a mí; todos lo hacen tarde o temprano, pero a veces lleva más tiempo–. ¡Podrías ser crítica literaria!

–¿Con esta economía? –pregunta con la nariz arrugada.

–*Touché* –murmuro frustrada–. Bueno, seguiré pensando.

–Es lindo que te intereses por mi futuro académico y todo, pero guarda energía para cualquier otra cosa, por favor. Soy una causa perdida, una adorable, pero perdida de todas formas.

Eso no hace más que incrementar mi necesidad de resolución.

–Tengo cierta tendencia a querer resolver problemas –admito.

–No me digas –replica mirándome con el mentón hacia abajo.

–Pero me detendré si quieres –ofrezco con el resto de mi *bagel* en alto como bandera blanca–. Sé que soy intensa.

La regla general de mi madre era no ayudar a alguien que no quiere tu ayuda, así que, aunque la ofrezca con determinación, intento asegurarme de que sea bienvenida de verdad antes de actuar. De lo contrario, intentar ayudar es como gritarle a una roca para que se mueva o querer convencer a mis abuelas de ver una película sin Ryan Reynolds, un esfuerzo en vano.

Pero, algunas veces, tengo tantas ideas que me emociono demasiado y tengo que insistir.

–Bueno… –Shay me analiza un instante–. Tengo que definirlo antes del final del semestre. Así que, claro, dime si tienes alguna idea. Pero no pierdas mucho tiempo en eso –agrega encogiéndose de hombros.

Para el final de su oración, ya empecé a idear un plan de cuatro meses para encontrar su especialidad al final del semestre, que incluye un diagrama, varias encuestas de personalidad que seleccioné en Internet y opciones de pasantías en las inmediaciones de la Estatal Blue Ridge.

–Genial.

De repente, suena una alarma en mi móvil.

–¿Tienes que ir a algún lado? –inquiere Shay con una mirada curiosa.

–Sí. –Acomodo la diadema que me dio la madre de Connor para que usara en mis fotografías de la graduación, agito el cabello para darle volumen como ella me enseñó y busco la bolsa gigante de bocadillos que me dio la abuela Nell esta mañana–. A la reunión de residencia.

–No te hagas ilusiones –advierte mi compañera mientras me sigue hacia la puerta–. La residencia Cardenal no es famosa por socializar.

Proceso la información, al tiempo que inicio la primera etapa de mi plan llamando a todas las puertas del corredor. Primer paso: llamar la atención de todos. Segundo paso: atraerlos hacia la sala de descanso con abundancia de pasteles individuales. Si aún tengo una oportunidad de comenzar desde cero aquí, tendré que arrancar la tirita de una vez, antes de que suceda otra cosa que me aterre.

–Todos se dedican a estudiar, más que nada –continúa Shay, que tiene que acelerar un poco el paso para seguirme–. Y Milo no bromea respecto al horario de silencio.

–Nos queda una hora –le recuerdo y lo enfatizo golpeando la puerta de Milo con fuerza.

–¿Alguien perdió una pierna? –lo escucho decir mientras sigo avanzando.

–No –responde Shay.

Continuo con el zigzag entre las puertas a cada lado del corredor. Golpeo con la fuerza suficiente para que comiencen a asomar cabezas. El primero en abrir la puerta es un chico con un libro del tamaño de un bebé.

–¿Sí?

–¿Perdiste tu llave otra vez? –pregunta otra chica pensando que es su compañera.

–¡Tengo bocadillos! –anuncio con la bolsa en alto sobre mi cabeza.

Lucen perplejos con buena razón, pero en cuestión de segundos tengo una pequeña fila de estudiantes siguiéndome por el corredor como un desfile de insomnes. Shay no bromeaba al decir que aquí nadie socializa, ni siquiera hay luces encendidas en la sala de descanso. Busco una mesa para descargar el contenido de la bolsa y me complace ver la variedad de pastelillos completa: Ring Dings, Hostess CupCakes, Kandy Kakes, Twinkies, Donut Sticks, Yodels, Moon Pies, Zinger Cosmic Brownies. Hay azúcar suficiente para desmayar a un dentista. Luego meto las manos en los bolsillos de mi vestido y siento un escalofrío por la espalda. Aunque no esté acostumbrada a hacerlo, me encanta conocer gente; estoy segura de que fui un perro labrador en otra vida.

–¿Me presentas a los que conozcas? –le pido a Shay.

–Eh. –Ella se acerca y me habla de lado–: No conozco a nadie.

–Ah. No creí que fueras introvertida –respondo mientras saludo a los rostros confundidos que se acercan desde el otro lado de la puerta vidriada.

–No lo soy –afirma al observar al grupo de chicos que nos siguió hasta aquí–. Todos mis amigos son de clubes literarios o de la revista literaria de la universidad.

Por lo que veo, logré atraer a suficientes personas para que eso haya cambiado al final de la noche. Acerco una silla a la puerta para mantenerla abierta y saludo con un alegre “¡Hola!”.

–¿Hola? –repite uno de los chicos, que se acomoda la gorra de béisbol de la universidad

mientras nos mira confundido.

–Sírvanse –indico señalando la montaña inestable de pasteles–. Soy Andie, por cierto. Si quieren volver a estudiar, está bien, pero si se quedan, tengo un juego muy divertido para proponer…

–¿Eres la nueva asistente de residencia? –pregunta una chica con un pijama del Hombre Araña de una pieza.

–No, no. La asistente es Miley –la corrige su amiga, que lleva una camiseta suelta con un bordado a medio terminar de un basurero en llamas.

Shay suspira con fuerza como para mover un molino de viento, pero se mantiene cerca y toma un Kandy Kake de mantequilla de maní. Al menos sé que tengo una seguidora.

–Se llama lobo feroz –explico–. Nos dividimos al azar entre lobos, ángeles y aldeanos. Después, todos cerramos los ojos, el lobo elige una víctima y…

–Ah, buena onda –interviene el chico del gorro de béisbol–. Jugué una versión en la que los vampiros podían atacar y matar a los lobos si había más de uno.

–Me encanta –declaro y le ofrezco un Ring Ding–. Juguemos.

–Yo juego –anuncia la chica del pijama enseguida, con evidente interés por el chico de la gorra.

–De donde vengo, lo llamábamos mafia. –La chica del basurero en llamas me sonríe de lado, con lo que el aro de su labio destella–. Y había alcohol.

–Bueno… tengo pasteles. –Estoy segura de que Milo no se tomaría bien que colabore para embriagar a la mitad de los ingresantes de este piso el primer día del semestre.

–Servirá. Por cierto, soy Tyler –ofrece el chico del gorro–. Esperen, iré por los chicos. –Luego hace una pausa–. Están en la residencia Azulejo, ¿no hay problema?

–¡Cuántos más seamos, mejor!

Con eso, Tyler desaparece, y deja a la chica Hombre Araña deslumbrada a su paso. Su amiga del basurero en llamas la despierta de un sacudón.

–Soy Harriet. La chica araña en pijama es Ellie. Y necesitamos más jugadores –comenta al ver a las tres personas que se acercan–. Traeré a más gente del piso, pero solo porque soy amante de los Cosmic Brownies.

Harriet se vale de tácticas de intimidación para reunir a los que dudaban en el corredor, y Tyler trae a medio piso de Azulejo, junto con varias bolsas a medias de nachos y un cubo enorme de salsa, que es obvio que robaron de la cafetería. Formamos un círculo en el suelo, aprendemos nuestros nombres para evitar confusiones y comenzamos el juego enseguida. A medida que avanzamos, vamos agregando reglas incoherentes y ridículas de las versiones de la infancia de cada uno.

Con el correr de la noche, voy descifrando la configuración de Cardenal. Está Harriet, con sus

comentarios hilarantes sobre la situación vital de cada participante a lo largo del juego. Tyler, con su risa estruendosa y su ejército de amigos, que mantienen la energía viva toda la noche. Está Ellie, con sus sonrisas tímidas, sus chillidos cada vez que Shay anuncia que otro aldeano "murió" y su forma de acercarse a Tyler cada vez que los dos quedan eliminados. Y también Shay, que pierde demasiado rápido, de modo que toma el papel de narradora y crea historias elaboradas y muy creativas detrás de la muerte de los aldeanos en manos de lobos y vampiros. Por un momento, es como si hubiéramos entrado a una realidad paralela, un lugar tan lejos de nuestras preocupaciones que podemos olvidarlas.

Por un momento, también olvido mis preocupaciones. Olvido mi aprehensión a hacer amigos aquí. Olvido que arruiné las cosas con Connor. Olvido que mi listón descansa en algún lugar del cajón de la profesora Hutchison. Olvido que esta universidad me sobrepasa, llena de estudiantes sobresalientes, que de seguro eran de los mejores de sus clases en la escuela. Olvido que en serio estoy lejos de casa por primera vez, no en un campamento de verano, sino de forma semipermanente.

No olvido las cosas profundas, las que tengo tan grabadas que son como un zumbido lejano constante, pero sí las aterradoras, las más inmediatas. Durante alrededor de una hora, dejan de inquietarme, y puedo reír, gritar y compartir historias vergonzosas con todos los demás.

Eso dura hasta que la puerta se abre para dar paso a un asistente de residentes muy alto y falto de sueño.

–¿Qué demonios está pasando aquí?

Los aldeanos asesinados están más cerca de la puerta, así que Ellie suelta un "Uh-uh", y Tyler finge intentar esconderse detrás de la capucha del pijama de ella. Shay se acomoda en su silla; antes, tenía los brazos extendidos en una actuación de la muerte de Harriet, que cayó en manos de un vampiro que la llevó engañada detrás de escena durante una producción escolar de *Mamma mía!*, usó un traje de utilería para amarrarle las piernas, la ahogó con brillantina y le succionó la sangre. Los chicos de Azulejo lo miran con indiferencia absoluta, pero los de Cardenal se aclaran la garganta y miran alrededor como si los hubieran atrapado robando un banco.

Milo observa la escena como si pensara que está sonámbulo y quisiera despertar de un sueño extraño.

–Ya pasó el horario de silencio –dice en voz baja.

–¿Hicimos mucho ruido? –Le ofrezco una sonrisa a medias, y él se detiene en mí de un modo que deja en claro que sabe que soy la responsable de esto.

–Escuché a alguien gritar "¡Véngame!" a ocho dormitorios de aquí.

–Y nadie lo hizo –señala Tyler.

Milo hincha las fosas nasales, pero sin apartar la vista de mí. Señalo la montaña de pasteles, que es más bien una colina después de que todos la atacáramos.

–¿Un Snowball? –ofrezco. Aunque entorna los ojos, avanza a paso firme hacia la mesa. Todos permanecen en silencio y transfigurados mientras él evalúa la variedad de pasteles, escoge un Tastykake y lo abre mirándonos de a uno a la vez.

–Si continúan con esto, tienen que bajar al menos ocho decibeles, ¿entendido?

–A la perfección –responde Shay antes que yo.

Milo asiente con seriedad, es evidente que confía más en su palabra que en la mía, así que mantengo la boca cerrada. Luego da un bocado enorme a su pastel y se marcha con la misma solemnidad con la que llegó.

Tras varios segundos de silencio, se oye una risa contenida. Cuando Shay vuelve a hablar, es apenas un susurro:

–Seremos muuuy… silenciosos, ¿de acuerdo?

–Así que me matarás suavemente, ¿eh? –suspira Harriet.

Contengo la risa y le indico a Shay que me espere antes de levantarme y salir detrás de Milo por el corredor; algo nada fácil teniendo en cuenta que uno de sus pasos es como dos de los míos.

–Espera.

Él no deja de caminar, pero sí baja el ritmo de sus pasos de piernas largas para que pueda alcanzarlo.

–Tú de nuevo –dice sin voltear.

–Yo de nuevo –confirmo–. Primero que nada, perdón por el ruido.

–Disculpa casi aceptada –dice con otro bocado al Tastykake.

–Genial. Eh, el caso es que Shay mencionó que podrías ser la persona indicada para hablar sobre el programa de estudio y trabajo.

Con eso, deja de caminar, pero se toma su tiempo para masticar. Por un momento, permanecemos parados en el corredor, yo con la cabeza inclinada para mirarlo, él evaluándome como si hubiéramos entrado a una negociación de alto riesgo.

–¿Qué te parece esto? Yo te ayudo a conseguir un buen trabajo y tú aceptas dejar de provocar escándalos en mi dormitorio.

–¿Puedo aceptar intentarlo? –arriesgo y me muerdo el labio.

A juzgar por lo poco que lo conozco, no espero que la respuesta funcione, pero se nota que está demasiado cansado para discutir. Me mira a los ojos, luego al paquete de Tastykakes a medio comer y de vuelta a mí.

–¿Eres activa en las mañanas? –Por mi forma de animarme de inmediato, levanta una mano para interrumpirme–: No sé por qué lo pregunto –dice más para sí mismo antes de extender un brazo, duda un instante y me da otra palmada en el hombro–. Te veré en Bagelópolis mañana a las nueve.

–¿De verdad? –replico más fuerte de lo que pensaba–. ¿Estás seguro?

–Seguro de que estoy seguro.

Quiero tomarle la palabra, de verdad, pero es un favor demasiado grande y no tengo nada que ofrecerle a cambio más que pasteles y silencio.

Debe leer algo de eso en mi rostro, porque se detiene en la puerta y pasa una mano por sus rizos.

–Escucha, chica nueva, este lugar ya es avasallante de por sí, y el programa es un desastre. Hay que hacer lo posible por facilitarnos las cosas.

Me pregunto si el instante siguiente también lo toma por sorpresa a él. Cuando nuestras miradas se conectan, algo más lo hace con ellas. Cierta tristeza, incertidumbre. Aunque la veo apenas un instante, la reconozco de inmediato; no puede ser otra cosa, pues es igual que la mía.

Su dolor no es asunto mío, pero si pasa un segundo más conmigo en este corredor, mi impulso de solucionar problemas será demasiado fuerte para resistirlo.

–De acuerdo. Gracias –respondo para aplacarlo–. Hasta mañana, entonces.

–Solo si prometes que no me despertará otro aullido esta noche. –Mira hacia el final del corredor de forma tan neutral que creería que imaginé lo que vi antes de no ser por la sombra entre nosotros.

–Lo haré. Promesa de lobo –saludo.

Milo responde con un gruñido antes de terminarse el pastel y desaparecer detrás de su puerta.

Me dispongo a volver con el grupo cuando mi móvil vibra en mi bolsillo trasero. No es un mensaje de texto, sino un mensaje de voz de Connor, como cuando te saltas la llamada a propósito para llegar al buzón de voz. Sé cómo funciona porque mi padre solía hacerlo la primera vez que se mudó; cuando me llamaba, no había mucho de lo que yo quisiera hablar.

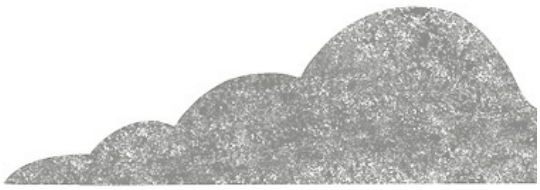
Me acerco el móvil al oído para escuchar la voz de Connor. Suena tranquilo, centrado, como si hubiera ensayado las palabras en su mente antes de llamar.

–Hola. Estuve pensando… Esforcémonos este semestre y tal vez pueda transferirme de vuelta el próximo año. Veremos cómo nos sentimos al final del semestre y lo definiremos.

Veremos cómo nos sentimos. Eso implica que no es solo la universidad lo que está en juego, también nuestra relación.

El mensaje no dice nada más, y no le devuelvo la llamada. En cambio, respiro hondo y hago lo único que puedo hacer para tranquilizarme: una lista mental de todo lo que tendré que hacer durante los próximos meses para enmendar esto.

Pase lo que pase hasta entonces, sé que el próximo capítulo de mis futuras memorias acaba de complicarse *mucho*.







CAPÍTULO SIETE

Nunca uso el despertador porque estoy configurada para despertarme a las siete en punto desde que nací, como un reloj de sol humano. Reuní todos mis productos de higiene y mi ropa antes de dormir para no despertar a Shay, pero al mirar hacia su lado de la habitación, Shay no está ahí. La cama está tendida, con la montaña de almohadones esponjados encima, y su abrigo no está junto a la puerta.

El silencio de la mañana trae nuevo potencial, como si lo que necesitaba fuera que el sol saliera y reiniciara el día de ayer. Mi respiración se hace más liviana con el vapor de la ducha; mis pasos se aligeran cuando Ellie enchufa su secador de cabello frente al espejo y me pregunta si podemos jugar al lobo feroz todas las semanas.

La herida de ayer sigue abierta, así que me salto mi rutina habitual por segundo día consecutivo mientras empaco la mochila. No escucho el episodio de *La guardia de Caballeros* de esta mañana, pues cualquier referencia a los listones no hará más que aumentar mi estrés de saber que arruiné mis posibilidades de jugar. Me permito un instante de autocompasión admirando los listones de mi madre que dejé anoche sobre el escritorio, luego enderezo los hombros y envuelvo la bufanda alrededor de mi cuello.

Bagelópolis se encuentra a alrededor de un kilómetro y medio de Cardenal, por el camino principal que divide el campus de la ciudad, rodeado por otras tiendas pequeñas; una pastelería, una tienda de juguetes, un almacén y la tienda de un artesano local. La acera adoquinada es ancha, con mucho espacio para mesas y sillas, aunque nadie las usa con el frío de enero. Es como una obra de arte pintoresca y, por un momento, me siento parte de la escena. Como si alguien fuera a pintarme en este lugar, como si estuviera donde debo estar.

–¡Andie! –Escucho. Al girar la cabeza, veo a Shay asomando de Bagelópolis y haciéndome señas para que entre–. Necesitamos refuerzos.

Entro de prisa a la tienda, que se siente como el abrazo de una hogaza de pan gigante y recién salida del horno. El aroma a pan recién horneado invade mi olfato, con un calor que viaja directo a mi pecho y baja hasta los dedos de mis manos y pies. El lugar es pequeño y acogedor, tiene unas pocas sillas mullidas y mesas en el salón, pero el menú con los colores del arcoíris ocupa casi toda una pared. La vitrina junto a la caja exhibe al menos dos docenas de quesos crema, infinidad de *bagels* de todos colores, quesos y aderezos. Se me hace agua la boca mientras ojeo algunos nombres: Puro *pretzel*, Masa madre con chispas, Crocante de Toffee y maní, Orgullo con toques de fresa, Sal y queso gratinado. Antes de que termine el relevo de variedades, Shay me arroja un delantal celeste, con un *bagel* y el nombre de la tienda bordados al frente.

–Supongo que sabes usar una caja registradora.

–Ah. Eh…Creí que tendría una entrevista.

–Creíamos lo mismo, pero el coche de Sean, el hermano de Milo, no arranca, así que… ¡Felicidades! –explica y prende una tarjeta blanca a un cordón en el bolsillo del delantal–. Estás contratada.

–Estos delantales son muy adorables –señalo mientras termino de atármelo en la espalda y me arremango. Luego, Shay ingresa algo en la caja, acerca mi tarjeta al lector y me da acceso de invitada.

–Es parte de lo que me motivó a tomar este trabajo. Pero créeme, esto será mucho menos adorable en unos minutos.

–¿Qué ocurrirá en unos minutos?

Suena el teléfono, Shay levanta un dedo índice antes de responder y yo retomo mi análisis del menú, tan variado que merece su propia novela y adaptación a película de Netflix. Y entonces, suena la campana de la puerta, seguida por un grupo de primer año que especula a viva voz sobre la fecha de la primera búsqueda de listones.

–Oye, me distraje menos de un segundo, ¿por qué tienes esa expresión desolada? –pregunta Shay.

–No podré buscar listones –confieso después de tragarme la amargura–. La profesora me sacó el listón clasificatorio. –En ese preciso momento, una mano me bloquea la vista, una que sostiene

un listón blanco con mi nombre en él–. ¿Qué de…?

Cuando levanto la vista, veo a Milo, que, si es posible, luce aún más cansado que ayer por la mañana, pero consciente y con lo que bien podría ser un boleto ganador de la lotería. Como estoy demasiado perpleja para moverme, lo guarda en el bolsillo de mi delantal y explica:

–Hutchison y yo tenemos historia.

–Milo, yo… –Aunque suene absurdo, tengo que contener las lágrimas–. Gracias.

Quiero preguntarle cómo logró esta hazaña, pero ya se alejó para ocuparse de la máquina de café detrás de mí, que es de un tamaño descomunal. Supongo que tendrá algo que ver con los "miles" de hermanos que mencionó Shay.

–Bueno, problema resuelto –comenta mi compañera–. Ahora necesitas otro para Connor, ¿no?

–¿Quién es Connor? –pregunta Milo.

–Su novio. Se transfirió aquí para sorprenderlo, pero él también se había transferido para sorprenderla a *ella*. Es como su propia comedia romántica.

–No me cambié por él. –Podría enfatizarlo, pero estoy demasiado emocionada por el regreso milagroso de mi listón blanco como para molestarme. En cambio, meto la mano en el bolsillo para sentir la tela sedosa con el pulgar–. Y… lo resolveré.

–Ah, para qué molestarse. El amor ha muerto de todas formas –comenta Milo. Está vaciando una bolsa gigante de granos de café en el molinillo y, antes de que pueda preguntarle de dónde salió un comentario tan lúgubre, sacude las últimas migajas y agrega–: Esperen, necesito más granos.

–No le hagas caso –advierte Shay cuando él desaparece hacia la cocina, donde alcanzo a ver hornos descomunales, un calentador y una montaña infinita de *bagels* de todos los sabores imaginables–. Su hermano Harley le robó a su novia. Ahora se rehúsa a hablarles a ambos o a reconocer su existencia, por lo que hay una división de proporciones épicas en la familia Flynn. Es por eso que intenta escapar del estado como una especie de antihéroe de un drama adolescente.

Milo reaparece con una nueva bolsa de granos colgada sobre el hombro. Por un segundo, veo el mismo destello de lo que sea que haya notado anoche en su rostro, antes de que ambos lo ignoráramos lo más rápido posible. Sin embargo, su voz es firme al hablar:

–Haces que parezca superdramático.

–Estás moliendo una mezcla de café especial a la que llamaste "Oscuridad eterna" –replica Shay mientras destapa el molinillo por él–: Creo que tienes tu propia cuota de drama.

–¿Oscuridad eterna? –pregunto. Milo asiente al tiempo que vierte otra dosis de granos y controla el peso con los ojos entornados.

–Tiene toda la cafeína legalmente posible. Pero el ingrediente especial es no tener consideraciones por tu mortandad.

Shay gira con agilidad desde el molinillo hacia el mostrador, donde esperan varias tazas de café llenas.

–Ten, el lote de prueba de hoy –dice al ofrecerme una.

Me la acerco a la nariz y tengo que esforzarme por no hacer arcadas. No hay forma de que acerque eso a mí, mucho menos a mi boca.

–Huele a muerte.

–Huele a resurrección –me corrige Milo.

–¿Es por esto que duermes tan mal? –cuestiono y le regreso la taza a Shay, que, para mi sorpresa, se encoge de hombros y la bebe como si fuera una medida de tequila–. ¿Porque bebes cinco tazas al día?

–Tres –replica ofendido.

–Y otras diez de la cafetera de su habitación –confiesa Shay en secreto con la boca de lado antes de girar de vuelta hacia mí–. Habrás notado que tiene una cantidad de tazas como para abastecer un bazar.

–Mira quien habla, Barnes & Nobles –replica Milo.

–Pero los libros no arruinan mi rutina de sueño. –Él intenta rebatirla, pero Shay se corrige–: Por lo general.

–Ajá –la desestima–. Pensé en dejarlo en el receso de invierno, pero después pensé que ya estoy muerto, así que es igual.

–¿Intentaste cambiarlo por té? –sugiero.

–¿Escuchaste eso? –le pregunta a Shay, con las cejas perdidas detrás de sus rizos rebeldes–. Escuchaste que la nueva quiere asesinarme.

Nos interrumpe el molinillo de café y la repentina proximidad del grupo de primer año, con miradas ávidas de carbohidratos.

–Hola, ¿qué podemos ofrecerles? –los recibe Shay y se hace a un lado para que pueda usar la caja registradora, pero, por suerte, se queda cerca en caso de que arruine el artefacto.

Aún mientras ingreso las órdenes en el sistema para los cocineros, soy muy consciente de la cantidad de estudiantes que se forman detrás. Tomo las órdenes sin retrasos antes de interrogar a Shay.

–¿Qué está pasando?

–La hora pico del primer período –explica. El siguiente chico de la fila debe ser cliente regular, porque ella ingresa la orden sin que tenga que decirla–. La mitad del campus es adicta a Oscuridad eterna.

No exageraba; una hora más tarde, siento que tomé suficientes órdenes de Oscuridad eterna para enfurecer a Satanás por meterme en su territorio. Shay y yo hacemos buen equipo entre la caja y las órdenes de café, mientras que Milo transmite las órdenes de *bagels* a la cocina. Solo se

detiene para beber otra taza de café a toda prisa, como si compitiera en una olimpiada de no dormir.

–Eso *no* puede ser bueno para él –comento cuando desaparece en la cocina en busca de otra ronda de órdenes.

–Creo que lleva bastante tiempo así. Estará bien –afirma Shay.

–¿De verdad? –replico dudosa–. Hace unos días, lo vi chocar contra un cesto de basura y pedirle disculpas.

–Está un poco sobrecargado de actividades –comenta con un rastro de preocupación, pero no de sorpresa–. Bueno, quizás muy sobrecargado –agrega cuando Milo reaparece a tiempo para que lo veamos comer un grano de café entero.

–Mmm… –tarareo mientras lo observo entregar los *bagels* a un grupo de estudiantes; ojos inyectados en sangre, rizos descuidados, postura desgarbada.

–Ay, no. Ya conozco esa mirada –advierte Shay.

–¿Qué mirada? –pregunto con inocencia y una sonrisa para la nueva oleada de estudiantes.

–La mirada de la señorita "Puedo arreglar esto". Y créeme, cuando se trata de Milo y su matrimonio con la cafeína, estás destinada al fracaso.

Es probable que tenga razón, pero el punto es que Milo me ayudó, así que ahora me siento en la obligación de ayudarlo también. Sé que el problema con su hermano y su exnovia no es asunto mío, pero el café no es un asunto personal.

–Ya lo veremos –respondo sin perder la sonrisa, que luego apunto hacia los estudiantes que aferran sus computadoras como si fueran salvavidas–. ¿Qué van a llevar?

Superamos la locura matutina sin inconvenientes. Tomo infinidad de órdenes lo más rápido posible y, aun así, me da tiempo a tener suficientes conversaciones significativas como para que me inviten a dos fiestas, un club de tejido vecinal y un gimnasio de escalada. Intento definir si mi calzado deportivo sobreviviría a semejante hazaña cuando Milo aparece como salido de la nada y me entrega un gafete que dice "Andie", escrito a la perfección.

–Por si no quedaban dudas, estás contratada –explica.

–Somos oficialmente compañeros –celebro mientras lo prendo en el delantal.

–A pesar de tu aversión a mi obra maestra –replica al voltear hacia el molinillo de café. Aunque el movimiento es breve, es suficiente para notar el temblor ligero de su cuerpo, como si tuviera demasiada energía contenida.

Esta vez soy yo la que coloca una mano en su hombro. Él lo hizo por mí en dos ocasiones, y en ambas sentí una tranquilidad tan inmediata que me resultó casi instintivo hacer lo mismo por él. Pero en el momento en que apoyo la mano, cuando mi palma hace contacto con el calor de su piel y la firmeza inesperada de su brazo, me invade una inseguridad atípica en mí y me olvido de cómo hablar. Pero me aclaro la garganta.

–Puedes mandarme a volar, pero ¿y si tengo una idea para ayudarte con el asunto del café?

–Te diría que es una causa perdida –dice tras fruncir los labios.

–¿Seguro?

–¿Sabes qué? De acuerdo, si tienes alguna idea, dímela. –Mueve el hombro con sutileza, casi como atraído por el contacto–. Pero ten en mente que si tiene algo que ver con esas hojas remojadas a las que llamas "té", estás despedida.

Le sonrío a su espalda cuando voltea y se aleja. La hora pico por fin termina cuando inicia el período de media mañana, y es evidente que ninguno de los tres tiene clases los martes, pues seguimos aquí limpiando el lugar.

Recién cuando las aguas se calman aparece un pensamiento indeseado en la superficie de mi mente. Intento distraerme reponiendo las servilletas y los cubiertos descartables, pero no dejo de reproducir todas las conversaciones que escuché durante el día de otros ingresantes emocionados por las búsquedas de listones y haciendo planes para reunirse. Todos sonaban muy preocupados por conseguir suficientes de cada color y, por más que quisiera compartir su emoción, no puedo dejar de pensar en la imposibilidad de conseguir suficiente para mí *y* para Connor.

Saco el listón blanco de mi bolsillo por la que debe ser la décima vez del día. Después de haber sentido la textura en las manos y de guardarlo otra vez, me encuentro a Shay frente a mí.

–Vi los listones en tu escritorio, esos superviejos –dice por lo bajo para que Milo y los cocineros que están en descanso no escuchen–. Tu obsesión con *La guardia de Caballeros* tiene algo detrás, ¿cierto?

–Sí –respondo con cautela. Quiero hablarle de mi madre, de verdad. Su calidez brusca ya me es familiar como para saber que no se sentirá incómoda ni se alejará por el dolor que implica, como han hecho muchos amigos de mi infancia. Sé que contárselo no abrirá la misma grieta que sentí en el pasado. Sin embargo, pasé tantos años evitando el tema que siento que el riesgo es demasiado grande, al menos ahora que apenas comenzamos a conocernos. Ahora que se supone que comience de nuevo como Andie a secas, no como Andie con la carga de su pasado.

Pero Shay se limita a asentir con seriedad, con la mirada firme como antes, y a responder un decidido, "De acuerdo".

–¿De acuerdo?

–Sí, te ayudaré –afirma de camino a la máquina de café–. A conseguir listones.

Sacudo la cabeza al tiempo que atrapo el paño de cocina que me arrojó para limpiar el área trasera de café y de té.

–Ah, no es necesario…

–Bueno, no puedo conseguirlos yo misma, pero si necesitas que te cubra aquí para ir a un evento o algo, cuenta conmigo –explica mientras aparta los jarabes del camino.

–Lo aprecio, Shay, de verdad. –Aunque es difícil discutir mientras intentas despegar jarabe de

una encimera, lo intento–. Pero no es necesario.

–Tú me ayudarás a encontrar especialidad, ¿no? –Deja de fregar un momento para mirarme.

–Por supuesto. –Aprieto los puños sin pensarlo al sentir mi energía renovada.

–Entonces, deja que yo te ayude a ti. No tengo ninguna intención de unirme a alguna sociedad secreta, pero no me molestaría ayudar. Leo suficientes novelas románticas como para perderme de atestiguar esta. –Luego deja su trapo y extiende la otra mano para que la estreche–. ¿Trato?

Ignoro la mano para pasar directo a un abrazo. Ella suspira por la sorpresa antes de corresponderme.

–Debí verlo venir –balbucea mientras palmea mi espalda. Nos interrumpe un "ding" desde su bolsillo que la hace estremecer–. Recibimos alertas cuando tenemos resultados de nuestros exámenes –explica al sacar el móvil.

Yo también debería recibirlas, pero mi móvil es demasiado viejo para configurar las notificaciones de la aplicación. Así que sigo el ejemplo de Shay y abro mi aplicación para estudiantes, algo que lamento de inmediato con cada fibra de mi ser.

–Ah, por toda la jalea de fresa –mascullo.

–Un sabor infravalorado –coincide y espía sobre mi hombro–. ¿Qué sucedió? –Le muestro el enorme cero que obtuve en mi examen de Estadísticas, el que representa un porcentaje demasiado alto de mi calificación total. Calcularía cuánto, pero es irónico, no puedo hacer la cuenta–. Uff. Dame eso –dice al sacarme el móvil de las manos–. ¿Qué tienes que hacer mañana a las tres de la tarde? –pregunta mientras presiona algunos botones.

–¿Mirar un pozo sin fondo metafórico y cuestionarme todas las decisiones matemáticas que he tomado en mi vida?

–Bueno, postérgalo. Te agendé una cita con un tutor de Estadísticas en la biblioteca. –Luego aleja el móvil de su rostro para mostrarme la pantalla–. Y tu padre está llamando.

–Eh, lo llamaré después –respondo, recupero el móvil y lo guardo en el bolsillo de mi delantal.

–Puedes tomar tu descanso ahora si quieres. –Señala la parte trasera con la cabeza. Hay una pequeña sala de descanso decorada con pinturas de *bagels* en acuarela y alrededor de una docena de tazas manchadas de café, que sin dudas pertenecen a Milo.

–De acuerdo –concedo de camino a la sala.

Una vez acomodada en una de las sillas confortables, no me molesto en devolverle la llamada a mi padre, tan solo contemplo la pantalla del móvil el tiempo suficiente para que ya deba volver a trabajar. De salida para enfrentar la nueva hora pico entre clases, escucho el mensaje de voz que dejó.

–Hola, Super-A, espero que tu primer día haya ido bien. Saldré de viaje por unos días y no tendré buena señal telefónica, pero pasaré por allí de camino, dime si quieres que almorcemos juntos.

La culpa llega rápido y con fuerza, y la rabia que la sigue es más confusa y difícil de definir. No es que no quiera verlo, sino que tuvo todas las oportunidades del mundo para verme durante los últimos años y eligió alejarse de todas formas. Decidió hacer algo al respecto hace muy poco tiempo, se comunicó con más frecuencia y pasamos Acción de Gracias y Navidad juntos. Estuvo bien. A veces más que bien. A veces lo suficiente como para hacerme creer que siempre fue así y siempre lo será.

Pero no lo fue y es posible que nunca lo sea. Es por eso que hago estas cosas aunque sé que no debería; ignoro sus llamadas, dejo que los planes queden olvidados y me tomo siglos para responder a sus mensajes. Lo mantengo a una distancia prudencial para que no pueda acercarse demasiado. Nunca lo dejo volver a entrar por completo en mi vida para que nunca tenga otra oportunidad de irse.

Así que le escribo una respuesta rápida, “¡Perdón por no poder contestar! Será la próxima vez. ¡Disfruta el viaje!”, y devuelvo el móvil al bolsillo de mi abrigo. Suelto un suspiro largo y fuerte que se evapora en el aire de la tarde, y deseo que la culpa se evapore con él.







CAPÍTULO OCHO

En mi defensa, no me desperté el miércoles por la mañana con la intención de desentrañar el secreto mejor guardado de Milo ni de violar la santidad de las tradiciones más famosas de la Estatal Blue Ridge. Además, solo intentaba ser una buena compañera de dormitorio cuando sucedió.

Aún es de noche cuando me despierta la puerta cerrándose. Enciendo la luz junto a mi cama para confirmar que Shay no está y ver la hora, y llegan dos pensamientos a mi mente: uno, que son las seis de la mañana; dos, que aún no escribí una sola palabra para la columna de *Caricias de rosas* de esta semana. Entre tanta locura, no fui capaz de poner mi mente en ello.

Suelto un suspiro, señal de que no volveré a dormirme en un futuro cercano, y al estirarme alcanzo a ver un destello en la mitad de Shay de la habitación; es su llave del dormitorio, olvidada sobre su cama recién hecha.

–Ah, por los rollos de canela –balbuceo mientras tomo la llave, me pongo un par de pantalones deportivos y las pantuflas junto a mi cama. Asomo la cabeza hacia el corredor y veo a Shay y a Milo subiendo al elevador, pero la puerta se cierra antes de que alcance a llamarlos, así que bajo por las escaleras lo más rápido posible y salgo sin sujetador ni abrigo al frío desgarrador de la

mañana. Sin embargo, a Shay no se le mueve ni un solo pelo cuando grito su nombre. El dúo da un giro abrupto e ingresa al edificio de Psicología cerca de los dormitorios, así que los sigo al paso ligero de alguien que se está congelando y, a la vez, usando los antebrazos como sujetador improvisado. No lo hago solo porque estaré todo el día en clases y en tutoría de Estadísticas y no podré abrirle la puerta, sino porque mi mente no se explica que dos no–estudiantes de Psicología entren aquí antes de que la mayoría de los estudiantes de Psicología hayan siquiera abierto los ojos. Demasiada curiosidad como para detenerme.

Una vez adentro, veo a Milo abrir una puerta y a Shay siguiéndolo adentro; siguen sin escucharme porque ambos llevan auriculares, así que me veo obligada a arrastrar mis pantuflas hasta la puerta sin identificar y detenerla antes de que se cierre.

Shay me ve primero y me saluda con un "Ay, mierda".

–Tu llave –suelto con la mano temblorosa extendida.

Recién entonces, cuando los dos se quedan congelados en el lugar, me detengo a observar la habitación: el aislamiento acústico en las paredes, el tablero de sonido sobre una mesa, el cubículo miniatura detrás de un plástico transparente, con sillas y micrófonos. Un letrero desgastado que reza: **BLUE RIDGE UNDERGROUND.**

–Ah, cielos. Gracias por traerlas –dice Shay al tomarlas. Le lanza una mirada a Milo que no puedo descifrar–. Ups… Lo siento.

Pero él está quitándose la chaqueta para arrojármela. Apenas alcanzo a atraparla, porque otro letrero atrajo mi atención, uno en la pared de la izquierda en el que dice **LA GUARDIA DE CABALLEROS**, con muchas fotografías de estudiantes enmarcadas debajo. La más cercana a la punta es una de Milo, en la que luce un poco más descansado y con la sonrisa seca y genuina que dejó entrever en mi primer día aquí. Un letrero que explica la situación tan rápido que no puedo evitar abrir la boca y escupir lo último que querrán escuchar.

–Tú eres el Caballero –afirmo mirándolo atónita–. *La guardia de Caballeros*… tú grabas el programa.

Por eso creí reconocerlo cuando lo conocí; no tenía nada que ver con su rostro, sino con su voz. Pasé los últimos seis meses escuchándolo; mañanas en el jardín de mis abuelas, caminando por el campus de la universidad local, recostada en la cama viendo salir el sol para poder escucharlo en vivo.

El calor que me recorre es suficiente para que no necesite el abrigo de Milo, quizás ningún abrigo nunca más. Shay se estremece, pero él solo se encoge de hombros sin energías.

–Perdón –lamenta Shay–. Se supone que sea un secreto –me dice.

–Sí, lo sé –afirmo mientras recorro la habitación minúscula con la mirada; observo todo menos las fotografías en la pared o el rostro adormecido de Milo.

–No, no solo quién es el Caballero, sino toda esta instalación. –Shay acomoda el soporte

desvencijado de un micrófono frente a un taburete–. A las emisoras de los programas periodísticos no les agrada mucho que el programa aún sea más popular que los suyos después de tantos años, por eso fuimos relegados a este, eh… –Echa un vistazo alrededor–. ¿"Armario" sería muy generoso?

–Pero ¿por qué en el edificio de Psicología? –pregunto.

–Siempre fue aquí, al menos eso fue lo que me dijeron. –Milo se encoge de hombros otra vez.

Mi madre siempre me dijo que emitían el programa desde un lugar secreto, pero yo aún era una niña. Imaginaba un recinto truculento fuera del campus, un lugar escondido que requiriera huella digital o contraseña para ingresar. Supongo que para ellos tuvo más sentido esconderse a plena vista; pasé frente a esta puerta muchas veces y jamás la noté.

–¿Te dijeron qué hacer si no solo una, sino dos de tus residentes descubrían tu gran secreto? –inquiere Shay.

–Eh. Haremos que firme un acuerdo de confidencialidad y amenazaremos con secuestrar a su primogénito si nos delata. Estaremos bien.

–No se lo diré a nadie –aseguro enseguida.

–Lo sé –afirma Milo. Por un momento, su mirada sobre la mía es tan intensa que, si es posible, mis mejillas se encienden todavía más. Lo atribuyo a sentirme avergonzada; no puedo creer no haber sabido que era él–. Está bien. Además, aunque hablaras, nadie fuera de nuestra residencia sabe mi nombre.

–Está bien. –Retrocedo hacia la puerta–. Yo… eh… Me iré y nunca volveré a hablar de esto.

–Puedes quedarte si quieres. –Milo prueba el micrófono, con un auricular en un oído, mientras nos escucha con el otro.

–Ah, no podría.

Pero sí lo haría. Ahora que estoy aquí, es evidente que este lugar tiene más años que nosotros tres juntos, y es como si pudiera sentir el eco de su energía. Lo siento en el olor polvoriento de las alfombras, en la luz tenue de las lámparas de techo, en la forma en la que todo parece envolvente y contenedor… seguro.

Shay empuja la silla junto a la suya con el pie, pero estoy a punto de rechazarla. Esto tiene un tinte irreal, como si estuviera en un sueño o en una fantasía de mi madre. Pero me siento muy consciente de que, desde algún lugar en ese muro de fotografías, ella está mirándome.

–¿También trabajas en el programa? –le pregunto a Shay, que enciende la computadora mientras Milo se ocupa del micrófono.

–Algunas veces a la semana, para tener horas extra de estudio y trabajo. Ayudo a organizar lo que envía la universidad para que Milo pueda escribirlo. Más que nada, leo los correos electrónicos y preguntas de los oyentes.

Acabo por ponerme la chaqueta de Milo de todas formas, solo porque sería muy evidente que

no traigo sujetador de no hacerlo. Es de franela suave y tiene ese aroma cítrico y amaderado característico que hace que desee abrazarme las rodillas y hundirme en él.

Cuando Shay ingresa a la cuenta del programa, suelto un silbido por lo bajo al ver los ciento setenta y tres correos sin responder.

–Ah, son los que quedan de Año Nuevo. Recibimos correos con las resoluciones de los oyentes. –Por poco suelto "Lo recuerdo", antes de que ella continúe–: Tenía intenciones de revisarlos y eliminarlos, pero, no lo sé, se siente raro.

–¿Raro?

–Algunos son un poco… ¿personales? No lo sé. Quizás debería eliminarlos y ya.

Nos interrumpe un golpe de la base de la taza reutilizable de Milo, que succiona las últimas gotas de café y parpadea algunas veces. Aún intenta despertarse.

–Debí haber traído otra –protesta.

–Saldrás al aire en dos segundos –anuncia Shay tras poner los ojos en blanco y presionar el botón de impresión de la pantalla, en la que hay un cronograma escueto que dice cosas como "clima: máxima -2, mínima -7", "banquete de padres cambia al veintidós de febrero" y "trivia por listones, a confirmar". Antes de que pueda enfocarme en la última frase, una vieja impresora polvorienta cobra vida en una esquina, y luego Milo retira la hoja impresa.

–¿Qué haría sin ti? –pregunta.

–Alarmarías mucho a nuestros compañeros. ¿Listo?

–Tanto como podría estarlo –responde él con una mirada nostálgica a su taza vacía. Luego cierra el panel de la sala de grabación.

Cuando gira el dial, se oyen las últimas notas de una canción de Bruno Mars (la estación reproduce los cuarenta temas más escuchados de los últimos años entre cada programa), seguidas por el "tin-tin-tin" que anuncia el comienzo del programa. La transformación de Milo al ocupar el taburete es tan inmediata que parece un truco de la iluminación; sus ojos se encienden, su espalda se endereza y su voz seca adquiere una especie de energía eléctrica que hace imposible no mirarlo.

–¿Qué tal? Les daría los buenos días, pero la primera noticia de hoy es que, una vez más, algunos de ustedes decidieron revivir los "miércoles de perros calientes" para el desayuno en la cafetería. –Comienza con naturalidad, como si estuviera poniéndose su suéter preferido–. Sus pedidos fueron escuchados, monstruos. Así que les deseo una pésima mañana a todos ustedes. Ahora sí, pasaremos al clima…

Durante los primeros minutos, ambas observamos en absoluto silencio cómo lee las notas básicas y las amplía ("El banquete de padres fue reprogramado para el veintidós de febrero, por lo que será conocido como el inigualable Día de sobriedad"), y cómo bromea sobre los menesteres del campus ("Me pidieron que les recordara que el arboreto es un lugar de

aprendizaje, no reposo; pero espero que los que vayan a reposar allí lleven abrigo apropiado"), hablándole al micrófono como si fuera un amigo cercano. Pero termina de revivir cuando comienza a hablar de los esfuerzos de la universidad por reformar el programa de estudio y trabajo, un tema candente que trata todas las semanas. Se inclina hacia el micrófono con todo el cuerpo, los músculos tensos y los ojos más enérgicos.

–Si alguien más estuvo llevando la cuenta conmigo, estamos en el día cinco millones cuarenta y cinco en el que la administración ignora que los aumentos exagerados a la matrícula provocaron que las solicitudes para el programa de estudio y trabajo superen los puestos disponibles –relata con la misma voz cautivadora de antes, pero con un tinte nuevo–. Les agradezco a todos los que firmaron el petitorio en línea para que la universidad congele la matrícula y expanda el programa de trabajo a más tiendas locales. A todos los que no lo hicieron: están muertos para mí. Y deben ser demasiado ricos como para saber que este es un problema vigente, así que aceptaré una disculpa en forma de sándwich gratis o de automóvil.

No es la primera vez que tengo que contener la risa esta mañana. Es como ver a la abuela Nell encargándose de la corteza temática de sus tartas o a Connor barriendo el campo de juego en busca de un compañero de equipo libre; una persona en su elemento, que disfruta cada momento. Pero verlo también despierta un dolor al que ya no estoy acostumbrada, al menos no con una fuerza tan intensa. Hubo un tiempo en el que esto también me hacía feliz, el usar una plataforma para conectarme con las personas en tiempo real, ya fuera hablando en asambleas escolares, ayudando con la conducción del concurso anual de talentos para niños en el pueblo o las pocas veces que mi madre me dejó ser "invitada" en su programa. En algún momento asumí que eso era lo que haría el resto de mi vida.

"Soy la valiente del equipo" solía bromear mi madre con sus colegas, algo que me resultaba tonto en su momento. Pero tenía razón; con su humor descarado, su determinación a tratar temas difíciles con sus invitados y su compromiso implacable con causas locales, era la persona más valiente que conocí. Era una brisa de aire fresco en la radio, la anfitriona que todos sintonizaban para iniciar el día, para reír y para establecer el ánimo que los acompañaría por el resto de la jornada. No era convencional, y por eso la amaban. Pero tenía su cuota de pánico escénico: no quería aparecer fuera de la radio, prefería la particularidad y la quietud detrás del micrófono. Yo era la que soñaba más en grande, tanto que sentía que no tenía límites, que el potencial del futuro me permitiría correr en cualquier dirección sin llegar nunca al final del camino.

Y ahora ni siquiera puedo usar mi verdadero nombre en la columna de una secundaria a la que ya no asisto.

Espero que el dolor se desvanezca como siempre lo hace; los últimos años, fue más como un miembro fantasma que uno real. Pero, en cambio, parece profundizarse, reclamar territorio olvidado y hacerme sentir inquieta dentro de mi propia piel.

–Vaya –susurro para Shay en un intento de olvidarlo–, es muy bueno. –Aunque "bueno" no le hace justicia. Pero Shay asiente con la cabeza.

–Dejó la especialidad en Biología el semestre pasado –comenta y vuelve a enfocarse en la pantalla de la computadora–. Supongo que se postulará al programa de Medios de aquí.

Asiento despacio con la cabeza. Que Milo sea el Caballero no es un secreto solo por tradición; a los directores de los programas de Medios y periodismo no les encanta que exista el programa de radio, así que ser conocido como el anfitrión de seguro no le dará puntos a favor.

–Tiene sentido. ¿Por qué especializarse en Biología cuando puede hacer *esto*?

La atención de Shay vuelve a la bandeja de correo sobrecargada, pero noto cómo su sonrisa se desvanece frente a la luz de la pantalla.

–Harley se especializa en Biología. Creo que Milo pensaba seguirlo a medicina o algo así. Eran muy unidos.

No te entrometas, dice la parte de mi mente que sabe lo que pasará si lo hago. *No te involucres*. Así que, por más que muero por pedirle más detalles sobre el asunto Harley-Milo-Novia, me asomo sobre su hombro, decidida a inmiscuirme en asuntos de desconocidos en su lugar.

–Veamos algunos correos de Año Nuevo mientras él hace lo suyo.

–Lo haría –suspira Shay con la mirada en la lista interminable–. Pero no sé qué decirle a la gente.

–Puedo responder algunos. –Analizo los asuntos como si estuviera evaluando el cerebro de un extraño.

–¿De verdad quieres hacerlo?

–Déjamelo a mí –afirmo con los dedos sobre su teclado.

Como son correos anónimos, los respondo con la misma facilidad con la que escribo *Caricias de rosas*. Excepto por el hecho de que cuanto más leo, más siento que por fin soy parte de algo más grande en este lugar; como si tener un pantallazo de los problemas diarios de otros estudiantes derribara la barrera entre ellos y yo. Como si conociera al que intenta ahorrar, al que se peleó con un amigo o al que tiene miedo crónico a las primeras citas. Son problemas tan personales pero universales que me recuerdan que, en el fondo, somos más parecidos de lo que pensamos, como suele suceder al escribir una columna. Nos agobian las mismas preocupaciones; pedimos deseos a las mismas estrellas.

No logro que el dolor desaparezca, pero esto lo aplaca, lo vuelve más fácil de ignorar.

–Guau, los redujiste a sesenta y siete –señala Shay al cerrar el explorador al final de la transmisión.

–No es nada, podría responder más.

–Solo podemos acceder al servidor desde aquí. Supongo que no querrás despertarte a las seis

para venir con nosotros. –Antes de que pueda responderle con palabras, el brillo de mis ojos lo hace por mí–. Claro, olvidé con quién estaba hablando –agrega con una sonrisa de suficiencia–. Me asomaré al corredor para ver si el chico que debe editar y subir la versión para el podcast esté bien despierto.

Shay se fue y Milo está ocupado dejando el tablero de sonido como lo encontró. Como no levanta la vista cuando lo miro, supongo que está muy concentrado en lo que hace y puedo echarle un vistazo a la pared. Apenas doy dos pasos y ahí está ella; en lugar de seguir un orden cronológico, lo que la ubicaría en primer lugar, el retrato de mi madre está en el medio de todos los demás. Su sonrisa radiante y gigante hace que me duelan las mejillas, y tiene el cabello rubio separado al medio y extendido sobre los hombros; es una versión de ella que no creo haber visto antes, en una edad tan cercana a la mía que el parecido no es solo sorprendente, sino también perturbador. Así que aparto la vista y me enfoco en la placa grabada que dice **AMY JANSON, FUNDADORA DE LA GUARDIA DE CABALLEROS**, seguido por los años en los que asistió a la universidad.

–¿Lista para irte?

Doy un paso abrupto lejos de la pared, que Milo no pasa por alto, por lo que me mira intrigado.

–Sí –respondo y me aclaro la garganta–. Buen programa, por cierto.

–Doy lo mejor por nuestros siete oyentes. –Desestima el cumplido encogiéndose de hombros y saca el juego de llaves de su bolsillo.

–Deben ser unos cuantos miles. –Le doy un golpe suave en el brazo mientras cierra la puerta–. De verdad, eres bueno en esto.

Él hace una mueca como si fuera a negarlo, pero al dar la vuelta a la esquina y enfrentarnos a una ventana, vemos una ráfaga de nieve intensa, que luce como si alguien hubiera agitado el globo de nieve de la universidad. Shay nos alcanza y se une a las miradas atónitas.

–Es hermoso –comento por lo bajo. Me pregunto cómo será la vista en el arboreto, si es que logro escabullirme para echar un vistazo.

–Sería mucho más hermoso si cancelaran las clases –replica ella.

–Que los dioses del clima te oigan –coincide Milo.

–Gracias por… –comienzo mientras me saco su abrigo, pero él ya va de camino a la puerta.

–Puedes devolvérmelo en la residencia –dice.

–Pero es tu chaqueta, y está nevando y…

–Estaré bien. Además, si mueres congelada, tendría que hacer una tonelada de papeleo que prefiero evitar.

Aunque sonríe, algo en su tono me dice que discutir sería una pérdida de tiempo. Comienzo a reconocer su forma testaruda de cuidar de los demás. Cómo fingió hacer un trato conmigo antes

de ayudarme a conseguir trabajo. Cómo finge aborrecer su puesto de asistente de residentes, aunque deja su puerta abierta por “accidente” para que las personas entren y salgan durante el día.

Vuelvo a ponerme el abrigo, cómoda con el calor que genera, pero intranquila por otra cosa, por la sensación de que alguien me cuide, cuando suelo estar determinada a ser yo quien cuide a los demás. Me inquieta la gratitud y lo que la acompaña, algo demasiado cálido e indistinto para nombrarlo.

Me envuelvo con el abrigo lo más ajustado posible y dejo que el golpe de frío borre esa sensación.







CAPÍTULO NUEVE

Unas horas más tarde, me ajusto mi propio abrigo para recorrer la nieve de camino a la biblioteca, donde me espera la tutora que Shay consiguió para mí. La busco en las mesas cercanas al puesto de café; solo hay una ocupada, o al menos eso creo. Hay demasiados libros apilados sobre la mesa, así que tengo que rodearlos para poder ver a la chica de cabello castaño y grueso y pómulos altos, que observa un libro con el ceño fruncido y con una mano elevada sobre un cuaderno.

–¿Valeria? –pregunto, y levanta la cabeza tan rápido que pienso en disculparme por haberla asustado.

–Ah, tú debes ser Andie –comenta mientras parpadea como si intentara volver de algún lugar lejano. Luego hace el cuaderno a un lado, se pone de pie y contempla las dos pilas de libros, preguntándose cuál mover para hacerme lugar–. Sí, soy Val. Lo siento, perdí la noción del tiempo.

–No te preocupes. Moveré la pila de romances, tú puedes mover la… –Ojeo los lomos de los libros; al parecer, todos tienen dagas, calaveras o rosas con espinas–. ¿Pila de asesinatos?

–De fantasía –me corrige–. Gracias.

–¿Te uniste a quince clubes de lectura por accidente? –Bajo algunos libros al suelo, pero el espacio aún es mínimo.

–Eso quisiera. –Val suelta una risita y responde con voz baja y cálida–. Intento salir de mi bloqueo de escritora. Pensé que leer todo lo que tuviera a mi alcance ayudaría.

Aparto la silla vacía del camino de las pilas inestables que formamos, apoyo el bolso en ella y busco mi libro de Estadísticas.

–Ah, supuse que estudiarías matemáticas.

–Eso hago –afirma y palmea la pila de libros como si fuera una madre con su hijo–. Escribo solo para matar el tiempo.

Ya aprendí que esa es una respuesta típica de Blue Ridge. Todos tienen mucho talento, así que no se trata de si podrán tener éxito en algo, sino de que elijan en qué creen que serán buenos. Contemplo mi libro de Estadísticas; lo único que Val necesita es un vistazo a mi intento de resolver los problemas de esta semana para saber que soy una excepción a la regla.

–¿Y qué te bloquea? –pregunto al mover el bolso para sentarme.

–Eh… –Se acomoda el flequillo detrás de las orejas y hace pucheros. Con sus ojos oscuros imponentes, pestañas gruesas y sonrisa amable, podría ser una de las heroínas hermosas de los libros a nuestros pies–. Es una larga historia.

En circunstancias normales, insistiría para saber si le gustaría contarme la historia. Pero ahora que estoy aquí, a punto de confesarle a otra estudiante lo sobrepasada que estoy por esta clase, no puedo contener los nervios indeseados que parecen tener voluntad propia.

–Pero pude cambiar los nombres de los personajes tres veces. –Levanta el cuaderno lleno de notas garabateadas y lo mira con ojos entornados–. Así que es un pequeño avance.

–Bueno, progresaste más que yo con Estadísticas –revelo.

–Pero puedo ayudar con eso –sonríe. Mi expresión debe revelar mi inquietud, porque agrega–: Créeme, llevo casi un año con el programa de tutorías. Cual sea tu situación, podremos revertirla.

Resulta que mis nervios fueron infundados. Suelo ser muy consciente de que tardo mucho en comprender conceptos y mucho más en aplicarlos a la resolución de problemas, pero Valeria me guía con paciencia y se queda en silencio cuando sabe que puedo descifrar algo sola. No me embrollo como solía ocurrirme en la escuela cuando me sentía observada.

En medio de la clase de apoyo, Val se levanta a buscar un café, y aprovecho para revisar mi móvil; me alivia ver varios mensajes de Connor en la pantalla: uno es un meme de la mascota de la escuela secundaria, otro es una *selfie* suya frente a mi antiguo edificio de Psicología de la universidad local. Tiene el cabello rubio ceniza acomodado a la perfección debajo del gorro que le regalé para su cumpleaños. **¿Te llamo esta noche?**, pregunta en otro. Aliviada, presiono el móvil contra mi pecho.

–¿Y esa sonrisa?

–Ah, es que recibí un mensaje de mi novio. –Es un alivio decirlo en voz alta, como si fuera una afirmación hacia el universo. Todo sigue como siempre. Todo está bien. Al menos, hasta que veo el cambio en la expresión de Val.

–Ah –dice animada para compensarlo.

–¿Ah? –presiono.

–Eh, es una tontería. –Frunce los labios de costado–. Ya le quemé los oídos a mi compañera de dormitorio hoy temprano. Mi exnovio rompió conmigo durante el receso de invierno e intento superarlo, pero no deja de escribirme. Y no es muy claro qué es lo que quiere.

–¿Cómo si quisiera asegurarse de que aún estás disponible o algo así? –ofrezco con conocimiento.

–Sí, es así. Porque en cuanto respondo, desaparece otra vez. Me vuelve loca. –No mira al teléfono al decirlo, sino a su cuaderno, que ya está desgastado de tanto uso.

–¿Y por eso el bloqueo de escritora?

–No tiene sentido –lamenta con el rostro entre las manos–. Empecé esta historia antes de conocerlo, pero cada vez que me siento a escribir, mi mente se estanca pensando en qué es lo que pretende.

–¿No hay clubes literarios en el campus? –pregunto y miro alrededor en busca de algún anuncio. Estoy casi segura de que vi uno de camino aquí–. Tal vez si hablas con otros escritores o compartes algo de tu trabajo, alguno podría ayudarte.

–Ay, no. No, no, no. –Val se estremece mientras tropieza con las palabras–. Si alguien lo leyera moriría de vergüenza.

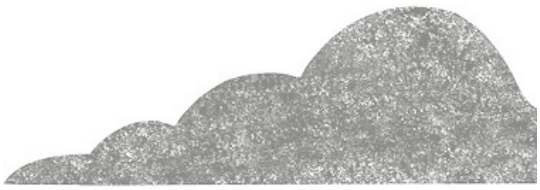
–¿Por qué?

–Porque es… mío. –Sus mejillas adquieren un tinte rojo adorable–. Y si cualquier persona coherente leyera un libro acerca de una heroína bisexual, mitad española, mitad italiana, que usa matemáticas para salvar un mundo mágico, de seguro pensaría “Ah, es un fanfiction autorreferencial”.

–¿Acaso no lo son *todos* los libros? –replico inclinada sobre la mesa.

–Este de seguro no lo es –dice señalando el de Estadísticas.

–*Touché* –río, resignada a seguir con los números.







CAPÍTULO DIEZ

–Si muere, yo no tuve nada que ver –dice Shay.

–Es por su bien –afirmo decidida mientras abro la puerta del dormitorio y salgo al pasillo. Llevo el resultado de varios días de prueba y error: una bolsa llena de una mezcla medio descafeinada que sabe tan similar a Oscuridad eterna que quizás ni siquiera Milo, que confunde café con oxígeno, note la diferencia.

Necesité de la ayuda de Shay para encontrar el sabor perfecto, claro, porque estoy segura de que otro trago me hubiera convertido en supernova. Aunque Milo aceptó que lo ayudara con su consumo de café, no accedió a ayudarme a mí con una sobredosis. Su puerta está abierta cuando llegamos, así que Shay entra como de costumbre. Y yo la sigo, pero Milo brilla por su ausencia.

Shay echa un vistazo al corredor, porque no es un evento infrecuente. A veces, sale a hacer rondas por la residencia para asegurarse de que nadie esté llorando con una lista *lo-fi* de Spotify, algo que sucedió varias veces en la sala de estudio como para provocarme aprehensión respecto a mi promedio académico. Pero Shay y yo no tenemos tiempo esta noche.

–Lo encontraremos después –dice.

–Irá por su décima taza para entonces –suspiro.

Considero dejar la bolsa en su habitación, pero no quiero arriesgarme a que quede sepultada debajo de una pila de tazas con frases como **TAL VEZ HOY, SATANÁS** o **CIENCIA: ES COMO MAGIA, ¡PERO REAL!** y otra con un collage inexplicable de fotografías de gallinas.

Mientras Shay grita el nombre de Milo por el corredor para ver si aparece, doy un paso atrás para observar el resto de la habitación. Todo es de azul marino y rojos intensos, con el aspecto acogedor de cosas que fueron usadas y amadas antes de llegar a él. Cosas con historias detrás, como una pequeña casa de segunda mano. Por accidente, rozo el cobertor de plumas con la rodilla de camino a la salida, y su suavidad me provoca nostalgia, pues parte de mí siempre quiso tener hermanos, compartir historias e intercambiar consejos con personas que me conocieran por completo.

Shay me saca de mis pensamientos al entrar y señalar la puerta con el pulgar.

–Déjalo en la caja de comentarios.

La sigo afuera, dejo la bolsa de café molido en la caja y uso un cuaderno de mi bolso para improvisar una nota, que dejo sobre la caja para que no la pase por alto. “Oscuridad semieterna. ¡Intenta beber esto después de las 2 p. m.!”.

–Insisto en que la palabra “semieterna” no tiene lógica –comenta Shay.

–Descansa tu mente brillante para esta noche de trivia –replico con una palmada a la manga de su abrigo rosado.

Esta noche es una gran apuesta para ambas; ayer, antes del programa, Milo supo por los organizadores de la Cruzada de Caballeros que los eventos de búsqueda de listones azules comenzaban este fin de semana y serían noches de viernes y sábados al azar durante el resto de enero. Se puede participar en las cafeterías del campus o en algunos restaurantes fuera de la universidad que tienen sus propias propuestas. Me había resignado a comer lo que Milo llamó con cariño “un insulto a la comida” sola en la cafetería todos los fines de semana para recolectar suficientes listones, pero resulta que el club de lectura de Shay tiene un equipo de trivias que se reúne en un restaurante cerca de Bagelópolis y que está feliz de incluirme; en especial porque el premio de las noches de trivia es una tarjeta de regalo de cincuenta dólares para la librería en la zona antigua de la ciudad.

Shay se adelanta para encontrarse con el grupo, lo que me da tiempo para salir a caminar y centrarme. Me dirijo al arboreto; ya deambulé por fuera varias veces y tengo algunos lugares preferidos, uno es una banca medio escondida debajo de un arbusto descuidado. Desde ahí, puedo ver el lago y los límites del campus, pero a menos que alguien preste atención, nadie me ve a mí.

Una vez allí, tomo aire y saco el listón blanco para acariciarlo. Es extraño que se sienta ligero en mis manos, cuando su peso es muy significativo en mi corazón. Un peso que cargo hace mucho tiempo, y se siente extraño estar aquí, a punto de hacer algo al respecto por primera vez.

Suena ridículo, pero siento un poco de miedo. Pasé toda la vida anticipando esta búsqueda de listones, pero nunca pensé que podría fracasar, que adaptarme podría ser tan difícil como adaptarme a muchas otras cosas de aquí; al esfuerzo de seguir el ritmo académico; a la dificultad de encajar en un mundo nuevo; a la tensión de no saber cómo estamos Connor y yo. Y, sobre todo, al dolor de sentarme en ese estudio y responder correos de oyentes, mientras intentaba evitar la mirada estática de mi madre desde la pared.

La mayor parte del tiempo puedo esconder el miedo. Cuanto más rápido me muevo y más ocupada estoy, más fácil es ignorarlo. Y no es solo la idea de que podría fracasar en la búsqueda de listones, es haber comprendido la fragilidad de las cosas cuando las considero, lo fácil que se desbaratan los planes. Pasé mi infancia guardando sueños que se hicieron más pequeños con el paso del tiempo, pero que aferré con todas mis fuerzas. Pero ahora, con cada contratiempo, no puedo evitar preguntarme si seguirán encogiéndose.

Guardo el listón en mi bolso y me ajusto el abrigo; no sé por qué sigo viniendo a este lugar. Quizás porque pensé que, si me permitía sentirlo, el miedo se iría o al menos se convertiría en algo más fácil de comprender. Sin embargo, en ocasiones, cuanto más tiempo paso sentada, más crece la sensación de estar en una guerra entre dos versiones de mí misma, una que quiere mirar al miedo a la cara y otra que se niega a admitir que siente miedo alguno.

Recibo una llamada de Connor y, por primera vez desde que tengo memoria, pienso en no contestar.

–Perdón por perderme la noche de cita por FaceTime –dice a modo de saludo–. Estaba muerto. Mi padre me está haciendo trabajar horas extra en la oficina.

Me sobresalto al escucharlo porque sé que odia trabajar en la empresa de bienes raíces de su padre. El señor Whit es muy estricto y no hace una excepción con su hijo.

–Está bien, no te preocupes –respondo con honestidad. No confieso que también estaba agotada, siento que sería grosero hablarle demasiado sobre lo que hago aquí, como si se lo estuviera restregando en la cara. *Yo estoy aquí y tú no*–. ¿Cómo va el trabajo?

–Tan divertido como una visita al dentista. ¿Qué harás esta noche?

Por un instante, siento una oleada de emoción sin sentido al pensar que lo pregunta porque está considerando venir a verme o pedirme que vaya. Pero el último autobús entre Little Fells y Blue Ridge sale a media tarde, así que no es posible.

–De hecho, esta noche es el primer evento de listones azules –respondo con el móvil presionado contra mi rostro.

–Ah, mierda. Reunirás para mí también, ¿no?

–Claro –asiento aunque el pánico se renueva, caliente en mi garganta. Fue el plan desde que llegué aquí, pero ahora comienzo a entender que pondrá mi vida de cabeza. No sabemos cuándo ni dónde serán los eventos hasta el viernes previo, así que, si estoy determinada a conseguir

listones suficientes para los dos, nunca podré hacer planes para el fin de semana con anticipación–. Pero sabes que no funcionará sin el listón blanco, ¿no? –le recuerdo.

Esperaba que suspirara, pero, en cambio, casi puedo sentir el calor de su sonrisa cuando responde:

–No me preocuparé, estoy seguro de que todo se resolverá.

Su seguridad hace que me tense por un instante. Aunque nunca lo hayamos mencionado, la situación de Connor y la mía siempre han sido diferentes. Su familia tiene un mejor pasar que la mayoría de las familias de nuestro pueblo y sumada su apariencia de niño bueno, no está acostumbrado a que le digan que no. Creo que no es consciente de lo mucho que debemos remar los demás bajo la superficie para mantenernos a flote a su lado. Ni de lo mucho que otras personas trabajan para mantenerlo a *él* a flote. Que él no esté preocupado, probablemente signifique que dejará que la preocupación recaiga sobre mí.

–Quisiera poder estar ahí –afirma con voz tan sincera que siento como me derrito–. Te extraño.

Me levanto para ir hacia el restaurante, al tiempo que una idea cobra forma en mi mente.

–Tienes solo una clase los viernes, ¿no? Podríamos hacer algo en San Valentín. Shay pasará la noche con su hermana, así que tendremos el dormitorio para nosotros.

–Ah, ojalá pudiera, pero… Ofreceremos una casa abierta con mi padre. Ya sabes cómo es.

–Sí, por supuesto. –Me aclaro la garganta–. Bueno, iré en las próximas semanas.

No estoy segura cuándo, y él no pregunta. En su lugar, hablamos de nuestros excompañeros y de un *spoiler* que circuló sobre una serie que veíamos juntos. La conversación adquiere un ritmo familiar y simple y, de no ser por el alboroto de la calle Main que me centra en el campus, pensaría que nunca dejé Little Fells.

Cuando llego a Barb’s, un restaurante diminuto cerca de Bagelópolis, Shay ya está allí y me llama desde la mesa que reservó al fondo. Ya está llena con una montaña de nachos con queso, un plato de bastones de mozzarella y una pila de alitas de pollo con muchas opciones de salsas. Justo en ese momento, Connor recibe una llamada de uno de nuestros amigos, así que nos despedimos antes de que llegue a la mesa y me quede boquiabierta.

–¿Todo esto es para nosotras?

–Le agrado a Barb. Y mis amigas buenas para nada del club de lectura, que me plantaron para otra maratón de películas de Jane Austen –protesta antes de meterse un nacho en la boca y clavarle los dientes–. Creen que habrá mucho alboroto con todos los equipos extra que competirán por los listones, pero no podemos competir a menos que seamos cuatro jugadores.

–Quizás otro equipo quiera recibirnos –arriesgo mirando alrededor.

Mi compañera mira a los otros grupos con los ojos entornados, y recién entonces me percato de la tensión competitiva de la habitación. Es como el comienzo de uno de los partidos de

Connor, excepto que hay menos Gatorade y muchos más menores de edad intentando usar identificaciones falsas para conseguir cerveza barata.

–El equipo Ratas rabiosas de biblioteca no se fusiona con nadie.

–Bueno… –Con otro vistazo alrededor, detecto una cortina de cabello grueso y oscuro que brilla cerca de la salida–. ¡Val!

–Andie. –Se detiene y gira con una de sus sonrisas radiantes de labios unidos–. Me alegra verte fuera de la biblioteca –dice con calidez.

–¿Vienes por la trivia?

–No, no. Terminé una clase de apoyo –explica señalando otra mesa.

–¿Y *quieres* quedarte para la trivia?

–Eh. Mm…

–Podemos compartir el premio de Final de la Historia si ganamos –ofrece Shay desde la mesa, con lo que Val alza una ceja apenas una fracción de segundo, pero suficiente para saber que la tenemos.

–Ya tienen mi atención –declara mientras descuelga el bolso de su hombro y se acerca a la mesa.

Conseguimos una jugadora, nos falta uno más, así que envío un pedido de auxilio al chat grupal de Cardenal que creé en la semana. Ellie responde con al menos diez emojis que está visitando familiares; Harriet fue al cine; Tyler está terminando un trabajo en la torre de astronomía.

Justo cuando estoy por recurrir al plan C de acosar a extraños, recibo otro mensaje. Esta vez, es de Milo:

Elimíname de ese condenado chat grupal.

Pongo los ojos en blanco antes de responder.

Solo si vienes a la trivia.

Él empieza a escribir algo, luego lo borra y comienza otra vez.

Dile a Shay que está en deuda conmigo.

Me acerco a la mesa de inscripción para agregar los nombres de Val y de Milo a nuestro equipo y, cuando vuelvo, las chicas están en medio de una conversación tan acalorada sobre la protagonista de una novela romántica reciente que ninguna nota mi presencia.

–Ese *es* el punto. Es la versión de 1867 de una película de Navidad de Hallmark –afirma Shay–. Si no hubiera tenido que volver a su pueblo…

–Pero en su caso, Nueva York era malo para ella –replica Val. Están tan cerca que podrían golpearse las cabezas si se descuidan.

–Es *Mujercitas* a la inversa –insista Shay–. Jo March se está retorciendo en su tumba.

–Jo March es inmortal, ¡cómo te atreves! –jadea Val, y Shay suelta una carcajada, por lo que tiene que renunciar al nacho que apuntaba a su boca.

–Te concederé eso. Pero nada más, ya que, al parecer, estamos descalificadas.

–Le escribí a Milo –anuncio al ocupar la silla frente a ellas.

–Ay, Andie. –Shay vuelve a reír, con fuerza suficiente para sacudir la mesa.

–¿Qué? –La miro de lado.

–Podrías amenazarlo de muerte y estoy segura de que ni así lograrías traerlo a Barb's un viernes por la… –Se queda boquiabierta antes de terminar, así que sigo su mirada detrás de mí y veo a Milo, que entra despreocupado y esquiva a un estudiante ebrio que agita una cerveza en el aire. Levanto el brazo para hacerle señas, al tiempo que Shay masculla–: No puedo creerlo.

–¿Lo ves? Viene a apoyarte –digo con una mueca presumida.

–La verdad, dudo que lo haga por mí –replica con las cejas en alto.

Antes de que pueda contradecirla, se oye un chirrido del micrófono, seguido por la voz de la presentadora que da inicio a la trivia. Milo se sienta sin el más mínimo cuidado, así que la mitad de sus extremidades tocan las mías; luego se desenvuelve la bufanda y se saca el gorro, con lo que revela sus mejillas irritadas por el viento.

–¿Te teletransportaste? –le pregunto.

–Estaba con mis hermanos en el estacionamiento de Bagelópolis.

Por como lo dice, más para su abrigo que para alguna de nosotras, sospecho que hay una historia detrás, pero el juego empieza de inmediato. Pienso confesar que soy inútil para las preguntas de cultura general, hasta que la presentadora anuncia que, de todos los temas posibles, la primera categoría es sobre vampiros en la cultura popular.

–Mierda –lamenta Shay y deja caer la cabeza sobre sus manos–. Hace al menos cinco años que no leo *Crepúsculo*.

–Yo… tengo unos colmillos de Drácula de Halloween –ofrece Val.

Pero yo me arremango, porque con Connor hicimos maratón de *True Blood*, *The Vampire Diaries* y *Buffy, la cazavampiros*, y también vimos todas las adaptaciones de novelas vampíricas, desde *Drácula* hasta *Entrevista con el vampiro*.

–Ajusten sus cinturones, compañeros –digo por lo bajo.

Gracias a mi conocimiento alarmante sobre vampiros, arrasamos con la primera ronda. Luego pasamos a la siguiente, que es sobre geografía. Milo se acaricia los rizos con resignación, confiesa que su hermana Jeanie comenzó a trabajar como profesora de Geografía de secundaria y procede a aplastar a todos los demás equipos. Responde incluso cuál es la capital de Chipre.

–Salud –dice para chocar su Coca Cola con mi chocolate caliente–. Por las *mentes maestras* de Ratas rabiosas de biblioteca.

Brindo con él y respondo a su media sonrisa de satisfacción con otra sonrisa. Por suerte, ambos nos retiramos en ese momento, antes de que nuestra vanidad se convierta en nuestra perdición, pues somos inútiles en las rondas siguientes, una sobre razas de perros desconocidas (territorio de Shay), otra sobre nombres reales de celebridades (la especialidad de Val). Luego seguimos con musicales de Broadway, y ambas por poco se arrancan los brazos para levantar nuestra paleta con las respuestas.

Al final, tenemos un triunfo arrollador. Somos tan buenos que decidimos volver a reunirnos la semana próxima, liberar a las amigas del club de lectura de Shay y bautizarnos Caballeros de la noche (inspirados en parte por la indiferencia de Milo hacia el buen descanso). El alivio enorme de tener un equipo para este mes de búsqueda de listones es casi embriagador, y Shay y Val están tan emocionadas con la tarjeta de regalo que se olvidaron por completo de la comida sobre la mesa. Alguien nos entrega dos cajas para llevar, así que Milo comienza a guardar las sobras para el desayuno de mañana.

Mientras tanto, me acerco al podio improvisado para enseñarle mi listón blanco a la anfitriona y reclamar el azul, igual que los jugadores de los equipos en segundo y tercer puesto. Después vuelvo aturdida con el listón entre los dedos, esperando sentir algo más que alivio o la idea que lo sigue: *tengo uno, faltan muchos más*.

–Oigan –exclama Val con una mano en mi brazo–. ¿Quieren ir al karaoke?

–Otros equipos irán a un sitio en esta calle –agrega Shay. Le brillan los ojos por la ilusión del premio.

–Si intento cantar, haré sufrir a todos los perros a un kilómetro a la redonda –me excuso negando con la cabeza.

–No reconozco la palabra “karaoke” como sustantivo ni verbo –comenta Milo, que ya va de camino a la puerta–. Pero ¡vayan con Dios!

Tardo un minuto en ponerme el abrigo y guardar nuestra porción de las sobras en el bolso, así que no espero encontrar a Milo afuera del restaurante, apoyado contra la pared con las manos en los bolsillos. Puedo verlo un instante antes de que me note y capturo un momento infrecuente de su rostro en reposo; noto su ceño pensativo, la sagacidad de sus ojos y el rastro de recelo debajo de ellos. Su imagen despierta un calor familiar en mi pecho, como el de ver un rostro que, además de conocer, comienzas a interpretar en detalle.

–¿Verás a tus hermanos?

Él se aparta de la pared y sigue mi ritmo, entonces me percato de que estaba esperando para que camináramos juntos. Pero contengo la sonrisa, porque sé que dirá algo para repelerla si la ve.

–Eh, creo que ya vieron mi rostro lo suficiente por hoy –responde.

Percibo que su mirada se desvía hacia el letrero de Bagelópolis, que está apagado porque la tienda ya cerró. Oímos un ruido metálico desde atrás del lugar, que debió ser alguien sacando la basura, y Milo acelera el paso, por lo que tengo que mover mis piernas cortas a toda marcha para seguirle el ritmo.

–¿Qué traman?

–Nada nuevo. Otro intento bimensual de que Harley y yo tiremos la toalla.

Es lo más cerca que estuve de recibir una invitación para inmiscuirme, pero no estoy segura de aceptarla. Esta vez, no es solo que me preocupe sobrepasarme, sino que Milo parece querer hablar, pero a juzgar por su expresión, no estoy segura de que deba hacerlo.

–¿Te encuentras bien? –pregunto entonces, para darle la oportunidad de profundizar o evadirlo al estilo Milo.

–Tanto como una persona con la mitad de su dosis de cafeína en sangre podría estarlo –dice con ironía. Eligió la segunda opción.

–¡Probaste mi receta! –El brinco de emoción me facilita seguir su velocidad absurda.

–Probé tu… brebaje. Y no está mal para ser semieterno.

–Pensé en llamarlo "Luz en la oscuridad", pero no parecía tu estilo –comento tras encogerme de hombros.

–Tampoco estar tan cansado a las diez de la noche.

–Creo que es el ritmo circadiano –replico con sarcasmo; Shay y Milo están contagiándome–. Bueno, si te gustó, el resto está en la cocina de Bagelópolis. Además, investigué un poco y descubrí que hay una variedad de té tostado que tiene la misma consistencia que el café. Podrías probarlo.

Espero que desmerezca a los bebedores de té como hace siempre, pero está callado y redujo el paso. Cuando estamos por llegar a la parte del campus en la que los árboles tapan la calle, echa otro vistazo hacia Bagelópolis y luego baja la vista al suelo.

–¿Quieres hablar de eso? –ofrezco. Nos detenemos en la esquina y, en lugar de responder, me mira a los ojos.

–Shay me dijo que tienes cierta obsesión con solucionar problemas.

–Ah –digo sonrojada. Tiene razón; es algo que tengo tan grabado que no recuerdo *no* ser así. Uno de mis primeros recuerdos es haberles pedido a las maestras que bajaran las hamacas del parque de juegos para que los niños de preescolar también pudieran usarlas–. Sí, bueno, creo que así es.

–Entonces, te lo advierto de antemano, esto no tiene solución.

–Eso no significa que no merezca la pena hablar al respecto, si quieres.

El semáforo cambia, pero tardamos un momento en movernos. Milo se encorva para protegerse del frío antes de avanzar, sin dejar de mirarme a los ojos.

–¿Por qué te interesas tanto? –No suena molesto, sino curioso.

–Eres mi… –Decir “asistente de residentes” suena muy formal, pero “amigo” suena demasiado pretencioso, al menos para referirme a Milo, que parece darle mucha más importancia a los actos que a las palabras–. Me importas.

Con eso, sí aparta la vista.

–Me refiero a lo demás –aclara y saca la mano del bolsillo para señalar el aire frente a nosotros–. A lo de solucionar problemas.

–Ah… –Me aclaro la garganta–. No lo sé. –Le ofrezco una sonrisa y una respuesta general que se siente segura para dejar el tema lo más rápido posible–. Todos tenemos problemas, creo que nos viene bien contar con un amigo extra de vez en cuando.

–Mm… –Me mira con la cabeza hacia un lado, y la brisa sacude sus rizos.

–¿Qué? –pregunto imitando su gesto.

–Esa sonrisa… –señala sin mirarme y vuelve a enfocarse en la acera–. No fue la de siempre.

De hecho, fue mi sonrisa televisiva; supongo que no tuve motivos para exhibirla frente a él hasta ahora. Apretada dentro de ese armario de grabación con él y con Shay soy más feliz que en cualquier otro lado.

–Bueno… –Me froto el mentón con la muñeca, como para rascarme un escozor inexistente mientras desdibujo la sonrisa–. La oferta está en pie si alguna vez quieres hablar de tus hermanos.

–Lo aprecio –dice frotándose la nuca–. El asunto con Harley… nuestro padre murió hace unos años. Un accidente de autos. Así que todo esto es un gran lío.

Mi corazón reacciona antes que yo, se comprime dentro de mi pecho y me deja sin aire.

–Vaya. –Cuando levanto la vista y nuestras miradas se encuentran, recuerdo lo familiar que me resultó cuando lo conocí. Quizás no fue solo por su voz. Existe una clase de dolor especial que surge de haber perdido a un ser amado, la clase de dolor que está siempre viva bajo la superficie, tan universal que no puedes evitar reconocerla en los demás, aunque aún no sepas lo que ves–. Lo lamento, no lo sabía.

–Pero lo entiendes –responde en tono precavido.

Tomo aire para evitar o cambiar el tema como hice cada vez que se habló de padres desde que llegué aquí. Pero ahora es diferente; por primera vez, no me preocupa que mi pasado pueda distanciarnos. Por el contrario, me preocupa la distancia que generaría si me lo guardara, si me tragara las palabras que quiero decir sabiendo que es una de las pocas personas que podría entenderme.

Así que suelto el aire. Él me confió su dolor, yo puedo confiarle el mío.

–Sí. Mi madre murió cuando yo tenía once. De cáncer. –Sentí el impulso de encogerme de hombros para intentar aligerar tanta franqueza, pero algo en esta caminata (el silencio del frío,

cómo parecemos aislados de todo lo demás), libera toda la tensión–. Y mi padre nunca lo procesó realmente. Guardó todas las cosas de mi madre y consiguió trabajo a dos horas de casa, así que tampoco tuvo que lidiar conmigo. Me criaron mis abuelas, más que nada.

Tenso la mandíbula a la espera de un cambio entre nosotros, en nuestra dinámica, ahora que ambos expusimos lo peor que nos pasó en la vida. Pero Milo choca mi hombro despacio, y siento que una sonrisa intenta dibujarse en mis labios.

–También lo lamento.

No le doy las gracias, ya que ambos sabemos a estas alturas que decirlo no tiene mucho sentido. Solo le devuelvo el choque de hombros. Un ida y vuelta silencioso.

Luego, se queda callado un momento, aunque no es un silencio incómodo, sino que está pensativo, mirándome como si esperara que siga hablando. Como no lo hago, pregunta:

–¿Y eso derivó en resolver los problemas de los demás porque…?

–Porque…

El dolor reapareció, pero ya no es solo dolor. Es punzante y exigente; sabe que estoy cambiando de forma y lo está haciendo conmigo. Lo que quiere es que enfrente la mirada inquisitiva de Milo y le diga la verdad, una verdad que desconocía hasta que él le abrió el camino. Una verdad que no entiendo lo suficiente para explicarla.

Parte de mí disfruta dar consejos y ayudar en todo lo posible, no solo porque es una derivación natural de lo que hacía mi madre, sino porque se siente bien. Es algo que, la mayoría de las veces, me sale de maravillas. Pero en los últimos años se convirtió en algo más. No es solo una pasión, sino también un apoyo. Y si pienso demasiado en un apoyo para qué, podría llegar al fondo de algo que no quiero ver.

Así que decido decirle parte de la verdad.

–Me hace feliz saber que hay cosas que pueden solucionarse. Que puedo ayudar a sacar un peso de los hombros de alguien.

–Ah. Así que mi triángulo amoroso no es más que una fuente de serotonina para ti, ¿no? –bromea.

–Me atrapaste –rio aliviada, y él guarda silencio otro instante.

–Suena feo lo de tu papá. Creo que mi mamá hizo todo lo contrario. Ahora está excesivamente pendiente de todos. Aunque parezca difícil con siete hijos.

–Siete –digo maravillada.

–La verdad, es un milagro que recuerde mi propio nombre –comenta al patear una rama del camino.

–Debe ser agradable. Siempre quise tener hermanos.

–Sí, puede ser –bufa.

Dejo de caminar, y él se detiene un segundo después para mirarme intrigado.

–Te lo diré de frente, Milo.

–Eh, suerte con eso –dice mirando mi metro cincuenta desde arriba, así que planto los pies en el pavimento y lo miro fijo.

–Es probable que tenga una obsesión con solucionar problemas y me estoy esforzando mucho para no inmiscuirme en tu conflicto con tu hermano. Tanto que descarté al menos ocho tazas de Oscuridad semieterna fallida en el basurero detrás de Bagelópolis. –Sus labios se elevan en una mueca. Yo me acerco un poco y bajo la voz–. Quizás no pueda arreglar todo, pero quizás hablar ayude.

–Bueno, ya conoces los detalles. –Milo se inclina sobre los talones y observa el parque detrás de mí.

–Algo así.

Sé que tenía novia y que su historia fue similar a la mía con Connor (fueron vecinos y crecieron juntos, así que fue cosa del destino). También sé que, en octubre del último semestre, Milo encontró a la chica con su hermano Harley, besándose en la última fila de un cine lejos del campus mientras veían *El extraño mundo de Jack*. Es por eso que ahora odia esa película y la idea del amor verdadero.

Y sé que no habla con ninguno de los dos desde entonces.

–Escucha, chica nueva, la moraleja es la misma: la familia es complicada. –Antes de que pueda responder, agrega–: Como el asunto con tu padre. Conoces los detalles, ¿no? Y eso no cambia nada. No borra el pasado.

No estoy acostumbrada a que me tomen por sorpresa, mucho menos tan seguido.

–Eso creo… –No puedo mentirle. A nadie, en realidad–. En su defensa, creo que intenta arreglar las cosas.

–Harley también lo intentó. –Se encoge de hombros–. Eso no significa que tengan arreglo.

Eso no es verdad, pienso decirle, pero no quiero meterme en los pormenores del caso. No puedo negar que Milo debería intentar solucionar sus problemas con Harley sin comprometerme a estar abierta a solucionar los míos con mi padre.

–Quizás… –digo para llenar el silencio antes de que mi consciencia lo haga–, es cuestión de estar listo.

Tengo que morderme la mejilla para contener la oleada de culpa y la irritación que la acompaña. No quiero que Milo tenga razón, pero tampoco quiero sentirme obligada a arreglar las cosas con mi padre. Yo no fui quien se marchó.

–Oye –dice con una mano en mi hombro, y al mirarlo, me percato de que mi rostro está contorsionado en algo parecido a un ceño fruncido, algo muy lejano a una sonrisa televisiva que no sé cómo catalogar–. Eso no significa que uno de los dos sea el malo de la película ni nada. Pero hay cosas que no tienen solución.

Llegamos a los dormitorios, Milo usa su tarjeta para abrir y hablamos de temas triviales en el ascensor, a las que ninguno de los dos les presta atención en realidad. Debajo de las quejas sobre el menú de la cafetería, ambos estamos expuestos e inseguros, como si haber dejado el frío atrás nos hubiera devuelto a la realidad: las realidades inciertas sin madre y sin padre que compartimos uno con el otro, para bien o para mal.

Llegamos a mi puerta, donde nos detenemos de forma abrupta.

–Eh… Buenas noches –digo con la garganta cerrada.

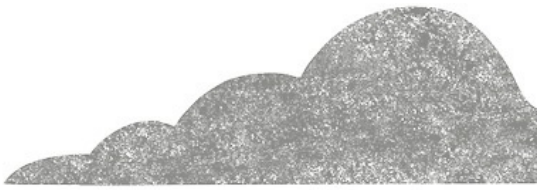
–Seminoches –me corrige.

Suelto una risa que es casi un suspiro y me acerco a él. O quizás él se acerca a mí. Lo único que sé es que en un momento estamos inseguros frente a mi puerta y, al siguiente, sus brazos están rodeándome, y los míos a él. Es un abrazo silencioso y firme. Al dejarme llevar por su calor y su aroma cítrico familiar, me doy cuenta de que hacía mucho tiempo que no abrazaba a alguien de verdad. Hacía mucho más tiempo que no abrazaba a alguien y sentía esta clase de comprensión mutua; siento que a veces las palabras no solucionan nada, pero esto puede hacer que duela menos.

Mientras comenzamos a alejarnos, nos interrumpe un aullido agudo desde el corredor. Suena tan fuerte que me tambaleo hacia atrás y Milo retrocede y baja los brazos muy rápido, por lo que parece imposible que sean los mismos que me abrazaron hace un segundo. Sigo su mirada para ver al estudiante que nos vio, lista para fulminarlo con la mirada, pero quien fuera ya se escondió en el baño.

–Eso fue muy grosero –protesto con las manos en la cintura.

Pero al alzar la vista hacia Milo, tiene la cabeza gacha y no puedo ver su rostro. Masculla “buenas noches”, se da vuelta y desaparecer en su dormitorio sin mirar atrás.







CAPÍTULO ONCE

–Eh, creo que podemos asegurar que tenemos la entrada prohibida al departamento de Ciencia de los alimentos hasta nuevo aviso –dice Shay y amortigua la risa debajo de la bufanda mientras huimos del edificio de Ciencias.

Miro hacia atrás por temor a que nos estén siguiendo y escurro mi cabello empapado.

–Bueno, mira el lado positivo, al menos ahora sabemos cómo detonar una bomba LaCroix.

–Ah, claro. Muero de ganas de explorar esa rama de la supervillanía contigo. –Se detiene para pasar el pulgar bajo mis ojos para limpiar la máscara–. Espera, luces como si te hubieran dejado en la noche del baile.

Suspiro mientras arregla mi rostro y agradezco que cuando creamos un geiser, la mayor parte salpicó sobre mí y no sobre ella o el resto de los estudiantes desprevenidos. Más allá de nuestras aventuras en el laboratorio, tras dos semanas de iniciado el semestre, todo marcha bastante bien. Gracias a Valeria, ya no tengo un cero en Estadísticas (después de probarle a la profesora Hutchison que no tenía configurado el correo electrónico, dejó que rehiciera el examen). Gracias a Shay y al equipo de trivia, conseguí suficientes listones azules para Connor y para mí para alcanzar a los demás estudiantes. Y gracias a… bueno, a mí, Shay no está más cerca de decidir

su especialidad, pero sí de descubrir lo que *no* será.

Abro la aplicación de listas de mi teléfono y tacho Ciencia de los alimentos. La catástrofe reciente es una de las tres aventuras para "encontrar la especialidad de Shay" que emprendimos hasta ahora, que incluyeron la invitación de estudiantes de Premedicina para ver la disección de un cerdo (duramos unos cinco minutos antes de escapar y ver varios episodios de *Bake Off* para quemarnos el cerebro), un taller para conectar con el niño interior del departamento de Teatro (nos hicieron caminar en cuatro patas y hacer ruidos de animales; jamás me había mugido una mujer adulta con tanto resentimiento como esa tarde), y un experimento interactivo con el departamento de Ciencia de los alimentos que, bueno, no puedo decir que no haya terminado haciendo volar la tapa de una bebida hacia la lámpara de techo y sobre la cabeza del profesor.

Aunque progresamos alrededor de un cero por ciento hacia encontrar la especialidad de Shay, al menos forjamos un lazo eterno por el horror mutuo hacia la oferta académica de Blue Ridge.

Nos ayuda el hecho de haber adoptado una rutina; la alarma de Shay suena temprano, y yo la sigo a ella y a Milo a la sala de grabación, más que nada para responder correos electrónicos (ya leímos la mitad, no puedo controlarme), pero también porque es una buena forma de enterarme de los eventos de búsqueda de listones y de que Shay sepa cuándo habrá clases abiertas de otros departamentos. Eso, sumado a que me siento un *poco* responsable por el bienestar de Milo, ya que lo estoy desintoxicando de una droga legal, una dosis de Oscuridad semieterna a la vez.

El tiempo demostró que mi intervención fue positiva: unos días después de haber reducido su dosis de cafeína, Milo apareció en el estudio más vivo que muerto. Y hoy, cuando llegamos con Shay al estudio para la reunión de equipo de los domingos por la tarde, luce como un ser humano. Sus ojeras son mucho menos oscuras y, por primera vez, no parece estar siempre al borde de un bostezo.

–Sabes que no te pagaremos, ¿cierto? –pregunta cuando entramos. Es su saludo habitual casi siempre que sigo a Shay hasta aquí.

–Nuestra compañía es invaluable –dice Shay. Milo nos mira con suficiencia antes de detenerse en mí de forma abrupta.

–¿Qué te pasó? –pregunta sin ocultar la preocupación.

Tenemos más contacto visual que en toda la última semana, desde el momento incómodo en que nos abrazamos en el corredor. No me preocupé tanto por eso, pues sabía que se resolvería solo si lo dejábamos seguir su curso. No es que estemos interesados uno en el otro; en especial cuando yo tengo una relación y él declaró más de una vez que el amor está muerto.

De todas formas, me sorprende el calor que siento en mis mejillas al tocarlas.

–Ah, eh… tuvimos un pequeño percance.

–Todavía te ves como un anuncio de advertencia para adolescentes –resopla Shay–. Espera, tengo un espejo en algún lado.

–Está bien. –Le resto importancia y me sacudo las pestañas para sacar los últimos restos de máscara–. Solo la pantalla de la computadora puede juzgarme.

–Y el muro de excaballeros, eternos vigilantes –comenta Shay con ironía.

Mi mirada se dispara hacia ellos y se detiene de inmediato en la imagen de mi madre. Disfruto de su compañía. Responder estos correos electrónicos me hace sentir como si tuviera un papel en este campus enorme en el que aún no encontré mi lugar. Es agradable tener alguna clase de rutina. Aunque son solo pequeñas cosas que se suman a una más grande: es lo más cerca que estuve de mi madre en mucho, mucho tiempo.

Al apartar la vista, aún siento la mirada de Milo sobre mí.

–Parece que será una semana tranquila en el campus, así que tendremos que buscar noticias locales –informa Shay mientras le entrega los correos de la junta estudiantil, de organizaciones del campus y de la oficina académica que imprimimos más temprano.

–Gracias –responde Milo. Apenas mira las hojas antes de girar en su silla para mirarnos una a la vez–. Pero ¿hablaremos de que tus respuestas estilo *Dear Abby* llegaron al aire o…?

Me arden las orejas. El viernes, Shay y yo tuvimos el primer turno en Bagelópolis, así que no estuvimos en la transmisión, pero escuché todo el programa más tarde, por supuesto, incluso cuando un oyente usó el viernes de llamados para agradecerle al Caballero por el consejo sobre cómo administrar el tiempo como estudiante con dos especialidades. Milo respondió enseguida:

–Solo soy el Caballero, no la caballería que responde sus correos, pero me alegra que te haya ayudado… –Sin dudas, fue un momento sin precedentes en la historia de *La guardia de Caballeros*.

–Bueno, puede que me haya dejado llevar respondiendo los correos de Año Nuevo –confieso tras aclararme la garganta.

–Qué sorpresa –dice un tanto entretenido.

–Pero puedo dejarlo –agrego enseguida, aunque la idea me revuelve el estómago. Los correos ya son más que práctica para dar consejos, son una razón para estar aquí, cerca de mi madre, cuando no tengo ninguna excusa real para hacerlo. Y también son una forma de distraerme del dolor que aún me acecha en ocasiones, en los momentos en los que Milo no está al micrófono y yo me detengo a mirarlo, pensando en la chica que solía ser. En la que podría haber sido.

–No, está bien. Sigue tu extraño pasatiempo de columnista impaga –dice al menos con un cincuenta por ciento del contacto visual normal, así que sé que es en serio–. Pero a juzgar por esa llamada, creo que los oyentes usarán los viernes para pedir más consejos, así que necesitaremos un plan. El único consejo que puedo dar empieza por “¿Probaste con otra taza de café?”.

–Estoy segura de que no recibirás más llamadas –afirmo, pero Shay nos interrumpe señalando la computadora.

De algún modo, acumulamos una docena de correos nuevos de la noche a la mañana. Y no son

de personas que envían eventos o información para compartir en el programa, sino de gente que pide consejos. Abro uno y ojeo el contenido: “Le respondiste a un amigo, así que me preguntaba si podría decirte…”.

–Mierda –suelta Milo, y no sé si es por horror o por sorpresa.

–Bueno, eh… Si llama alguien más, podría… escribir una respuesta rápida para que tú la leas –sugiero.

Milo se inclina para mirar la pantalla con los ojos entornados, tan cerca que su sombra se siente como una especie de lámpara de calor. Soy muy consciente de su cercanía, así que me siento lo más rígida posible hasta que se aleja en su taburete con ruedas.

–O puedes venir y dar los consejos tú misma.

–No, es imposible. –Mi estómago da un vuelco.

–¿Por qué no? –insiste con el ceño fruncido.

–Porque *La guardia de Caballeros* es… –El aire se siente demasiado pesado, como cuando el pánico escénico intentaba dominarme, antes de que me diera cuenta de que era infranqueable y renunciara a enfrentar multitudes–. Debe ser solo el Caballero. Siempre fue así.

–Eso no significa que siempre deba serlo. –Milo se encoge de hombros mientras gira despacio en la silla.

–Sí –afirmo con más firmeza de la esperada, por lo que Milo deja de girar y Shay levanta la vista de su planificación–. Es decir… te eligieron por una razón.

–Está bien. –Milo levanta las manos en señal de rendición–. Pero si cambias de parecer…

–No lo haré –respondo enseguida y vuelvo a enfocarme en la computadora–. Revisaré esto mientras ustedes planifican.

Después de eso, me dedico a lo mío, pero mientras leo el resto de los correos, mantengo un oído atento a su conversación, no tanto para escuchar lo que dicen, sino en qué tono lo hacen. Milo se ríe más de lo habitual y hace algunas bromas que, por primera vez, no suenan como sentencias de muerte de un villano de Disney. Luego, cuando nos marchamos, él para cenar con sus hermanos, nosotras a nuestro dormitorio, podría jurar que hay un ligero rebote en sus pasos.

–Creo que es hora de pasar a la siguiente etapa de *descafeinización* –le digo a Shay.

–Te meterás en algo mucho más grande que tú, Andie Rose. Mucho más que todos nosotros –responde con las cejas en alto.

Al haber crecido con la abuela Nell, santa patrona de las cosas deliciosas, nunca arruinaría el sabor de algo tan atesorado como Oscuridad eterna. Pero ya voy por el onceavo lote y perfeccioné una mezcla tan impía y amarga como la original, pero sin una pizca de cafeína.

–Será una versión para la tarde. Ve cuánto mejoró con la medio descafeinada. Hoy no chocó contra ningún objeto inanimado –señalo. Ella abre la boca para discutir, pero la interrumpo–: Ni hizo esos parpadeos tan largos que piensas que se durmió de pie.

Shay suspira mientras abre la puerta de Cardenal.

–Tienes razón. Pero te lo advierto, no lo aceptará.

–Mañana le haré una degustación. Ni siquiera Sean notó la diferencia, y es casi tan adicto al café como Milo.

Mi móvil comienza a vibrar de repente, y me tenso tan de golpe que Shay me mira con el ceño fruncido. Ya pasé una hora al teléfono con mis abuelas y una hora y media con Connor, así que solo puede ser una persona. Pero cuando miro la pantalla, no es mi padre, es la madre de Connor.

–Eh, tengo que contestar –digo con el móvil contra mi pecho.

Mi compañera inclina la cabeza, un gesto que ya aprendí a leer como "No preguntaré ahora, pero lo haré después". Siento una oleada de gratitud enorme, que no puedo evitar asociar con todas las veces que deseé tener una hermana más que nada en el mundo. Parece una locura pensar así habiendo compartido tan poco tiempo, pero es lo más cerca que estuve de sentirlo.

–Hola, señora Whit –contesto desde las escaleras, mientras que Shay se aleja–. ¿Cómo está?

–Hola, Andromeda –saluda en su tono monótono habitual. No me estremezco solo porque sé que es capaz de hacer que todo suene circunspecto, incluso el nombre en mi acta de nacimiento, el que mi madre insistió en ponerme, pero nunca usó. Fue un chiste familiar durante años, una de las decisiones impulsivas de mi madre, apoyada por mi padre. Después de su muerte, solo los padres de Connor lo usan–. Imagino que estarás muy bien allí.

–Ah, sí. Es genial –respondo con inocencia, ajena a que fue una prueba y no una pregunta.

–Me alegra que lo estén disfrutando –responde, y entonces me percato de que su calidez habitual se enfrió por completo–. No quisiera que fueras tan miserable como mi Connor. No se lo desearía a nadie.

–¿Qué? –Mi corazón se acelera. El asunto es que hablo con Connor a diario, mucho más que el último semestre, y es un alivio saber que aún podemos hacerlo. Podría describir nuestras conversaciones de muchas formas, pero no diría que él suena "miserable".

–No es extraño –continúa con delicadeza–. Connor es consciente de que no cumple con las expectativas que teníamos en él al asistir a la universidad local. Una idea que nunca se le hubiera pasado por la cabeza hace unos meses.

Las lágrimas comenzaron a acumularse en mis párpados antes de que termine de procesar sus palabras. Amo a Connor y a sus padres también. Siempre me recibieron como parte de la familia. El señor Whit me ayudó a postularme a mis primeros trabajos de medio tiempo; la señora Whit me llevó al centro comercial a elegir mis vestidos para los bailes de bienvenida, de primavera y de graduación. Ni siquiera podría contar la cantidad de días festivos, reuniones y eventos sociales a los que me invitaron. Estaré en deuda con ellos de por vida.

–Yo… –Es muy fácil hablar cuando aconsejo a otras personas, pero ahora, los engranajes de mi mente están atorados y no tengo idea de por dónde empezar, mucho menos por dónde

terminar–. No sabía que él también pensaba transferirse. De verdad. Quería sorprenderlo.

–Entonces, que sirva de lección para ser honestos entre ustedes. Si es que Connor alguna vez se recupera de esto, claro.

No recuerdo haber pensado en sentarme contra el vidrio frío de la ventana en la escalera, pero es lo único que mis piernas pueden soportar. La señora Whit es lo más cercano que tengo a una madre hace muchos años, nunca creí poder hacer algo que ella fuera a desaprobar ni imaginé tener una conversación como esta. Siempre quisimos lo mismo: lo mejor para mí y lo mejor para Connor.

Es la primera vez desde que tengo memoria que esas dos cosas no coinciden. Cierro los ojos, y fluye una nueva oleada de lágrimas.

Aunque los Whit siempre fueron muy generosos conmigo, siempre sentí que debía ser cuidadosa y no abusar, no aprovecharme de ellos. Parte de mí sabía que su cariño hacia mí siempre sería condicional. Y ahora, a pesar de mis esfuerzos, rompí esa condición.

–Connor puede volver a transferirse y no quedará en su registro académico –le aseguro–. Lo investigué. –Ninguna de las dos habla, y me percato de que espera que continúe–. Lo siento. En verdad, no lo sabía –repito porque no sé qué más decir.

La señora Whit balbucea un "ajá" que preocuparía a cualquiera, pero que para mí es un alivio. Conozco todas sus expresiones, y ese sonido significa que admite que tengo razón, al menos en parte, aunque no quiera.

–Bueno –dice con sequedad–. Al menos sabemos que lo apoyarás sin importar qué.

–Por supuesto –afirmo, agradecida de que ella lo haya mencionado por mí–. Siempre nos cuidaremos la espalda. Somos mejores amigos.

–Espero que tengas razón. –Se oye una voz de fondo, que reconozco como la del señor Whit y me pregunto si estará tan molesto como ella–. Recuérdalo, Andromeda. Su éxito en Blue Ridge te beneficia a ti tanto como a él.

Intento respirar sin tener hipo, pero es inevitable. Es como si las palabras hubieran caído hasta mi estómago y vuelto a subir a mi garganta. Quiero decirle "y viceversa", pero ya lo sabe. Ella y su esposo siempre fueron prueba de eso. No se trata de que prioricen a Connor porque tiene más potencial, sino de que él es su hijo y yo no. Lo más estúpido es que creí que estaría orgullosa de mí. Imaginé su llamado muchas veces, solo que empezaba con "felicidades" y seguía planeando una visita al campus para conocer la parte histórica de la ciudad.

Debió tomar mi silencio como respuesta, porque suspira antes de agregar:

–También me preocupa que estés allí sola. ¿Estás bien?

–Sí, sí. –Es una concesión mínima, pero alcanza para que no me quiebre–. Estoy bien –le aseguro animada.

–Tenía el presentimiento de que encontrarías la forma de ingresar a esa universidad. Tu madre

hablaba maravillas de ella.

Con eso, apoyo la cabeza contra la ventana. La señora Whit y mi madre crecieron juntas en Little Fells, más razón para que mi historia con Connor fuera inevitable más que potencial; nuestra historia en común nos precede. Más razón para que esta llamada no solo duela, sino que me atraviese por completo. Mis abuelas siempre fueron abuelas; son poco convencionales, me aman con locura y siempre están de mi lado. Pero ninguna de las dos podría haber sido una madre para mí, no como lo llegué a sentir por parte de la señora Whit.

–Espero que todo se solucione. Y que este semestre termine lo más pronto posible –desea. Quiero decirle que yo igual, pero me interrumpe–. Nos trajeron la cena, tengo que dejarte.

Después de despedirnos, sostengo el móvil contra mi oído, a la espera de la ola de humillación que aún no me golpeó. Siento que estoy congelada en este momento, que si no me levanto, si cierro los ojos con fuerza, quizás podría volver a diciembre. Podría decirle a Connor que aceptaron mi transferencia y revivir las últimas semanas como se suponía que fueran, los dos aquí y sus padres tratándome como a una hija y no como la chica que podría haber arruinado el futuro de su hijo.

De repente, la humillación se endurece y se convierte en otra cosa. Yo no le pedí a Connor que se transfiriera, nunca lo hubiera hecho, y la señora Whit debería saberlo. La idea de que pueda pensar eso de mí después de tanto tiempo de conocernos es un golpe que no llego a procesar.

Y sé por qué le devolví la llamada a mi padre aún antes de presionar el botón: él está orgulloso de mí, sé que lo está. Y a pesar de que estemos distanciados, en este momento necesito escuchar su voz. No porque sea él, sino porque es alguien que sabe lo que esta universidad significa para mí. Alguien que no incluiría a Connor como factor de la ecuación.

–Super-A –dice como saludo con voz estruendosa–. ¿Cómo está mi estudiante de Blue Ridge preferida?

Escuchar mi apodo hace que presione el dije de mi collar y seca las últimas lágrimas. Me llama así desde que tengo memoria. Mi madre Amy era la A original; yo soy Super-A.

–Bien. –No es mentira del todo, hace diez minutos estaba bien–. ¿Y tú? ¿El viaje?

–Tú sabes, lo mismo de siempre –responde. Desde que aceptó un trabajo a dos horas de Little Fells viaja mucho, así que está acostumbrado a llevar su vida en una maleta. Aunque no sepa cómo es su Airbnb, puedo imaginármelo en este momento: apoyado contra la encimera, la camisa fuera de los pantalones porque dio el día por terminado, y la cerveza que bebe cada noche con la cena en la mano–. Sobrevivo a pizza y pasteles miniatura de tu abuela. ¿Ya lanzaste tu columna de consejos en Blue Ridge?

Está provocándome, y el orgullo es evidente en su voz. Desearía que no me irritara, pero aún no dijo nada sobre los recortes de *Caricias de rosas* que le envié. Sé que debería preguntarle si los leyó y ya, pero el punto es que no quiero tener que preguntárselo. Quisiera que se interesara

lo suficiente como para haberlos leído y mencionarlo él mismo.

Pero, de pronto, como si leyera mis pensamientos a través del teléfono, pregunta:

–Oye, ¿por qué no me enviaste tus recortes?

–Eh. –Sorprendida, suelto el collar–. Lo hice. Te los envié hace algunas semanas.

–Me enviaste los de tu expediente académico. Buen trabajo, por cierto. No me sorprende que te hayan aceptado en Blue Ridge a mitad de año.

Me hace sonrojar. Mis abuelas siempre le envían copias de mis calificaciones. Él guarda varios papeles en un archivador viejo y uno de los segmentos tiene todos mis informes académicos desde el jardín de niños. Me sorprende que continué en la universidad. Y me avergüenza haber estado molesta con él durante semanas por algo sin sentido. Siempre intento ser directa con las personas y considerar todas las posibilidades y escenarios posibles, pero cuando se trata de él, es demasiado personal y se vuelve caótico.

–Eh, gracias. Bueno, te los enviaré cuando…

–Cuando tengas tiempo –concluye enseguida–. Supongo que estás arrasando con tus clases en Blue Ridge.

–No tanto. –La idea me hace reír y ahogarme al mismo tiempo. Antes de profundizar, me apresuro a cambiar de tema–. ¿Te instalaron en un lugar bonito?

–En realidad, estoy quedándome con Kelly.

–¿Eh? –No era mi intención que sonara como pregunta, porque no debería serlo. Sé que mi padre sale con Kelly hace unos meses gracias al día en que compartí unos tragos con unos amigos de Little Fells y revisé un poco su Facebook; parece una mujer agradable. Tiene una gran sonrisa, dientes blancos y cabello brillante. Es dentista infantil y su pasión es hacer jabones con formas no convencionales, como hormas de queso, calaveras y traseros de perros corgi. Mi padre me preguntó si quería almorzar con ellos en Little Fells el mes pasado, pero lo rechacé porque estaba preparando los exámenes finales. Y porque la idea de que mi padre saliera con alguien siempre fue tan lejana que ver a un perro saltando en patineta tendría más sentido para mí.

–Sí, su familia tiene una casa en Lago Anna –explica–. Así que nos quedamos aquí para reducir gastos de la compañía.

Él trabaja para una empresa sin fines de lucro y siempre se esforzó por ahorrar dinero. Aunque no logre procesar que esté quedándose con ella, me alivia saber que no eligió otro motel de mala muerte.

–¿Una casa en el lago? Suena elegante –digo moviendo las cejas.

–Te encantaría el lugar –afirma de inmediato, y yo me hundo más contra la pared, porque no sé cómo asimilar todo esto. Dijo muchas cosas como esa en el último tiempo, invitaciones a ser parte de su mundo, las que quería escuchar siendo niña, pero que nunca llegaban. Y no puedo definir si saber que coinciden con la llegada de Kelly a su vida me provoca amargura o me hace

sentir agradecida–. La vista es hermosa. Tiene un pórtico enorme. Podrías tomarte un fin de semana largo… o venir en el verano. Nos encantaría que vinieras.

Nos encantaría. Me alegra que no pueda ver cómo me estremezco. Apenas supe de él en singular mientras crecía y, de repente, habla de "nosotros".

Sin embargo, no puedo negar que la oferta es algo tentadora. A pesar de mi horario atiborrado, estuve haciéndome tiempo para explorar algunos senderos del arboreto, para respirar y centrarme. Me preocupaba que pudiera recordarme demasiado a las caminatas que solía hacer con mis padres cuando era pequeña, pero, en su lugar, despertó recuerdos que había olvidado (como la brújula vieja que mi madre siempre llevaba en el bolsillo y fingía que no sabía leer para que el camino decidiera a dónde debíamos ir). O cuando mis padres inventaron su granola especial para las caminatas con una dosis extra de chispas de chocolates. O las ocasiones en las que mi madre estaba de viaje por trabajo, así que mi padre y yo salíamos solos; él se detenía y me explicaba con paciencia qué plantas veíamos, seguía el canto ocasional de algún ave o señalaba los letreros en caso de que alguna vez quisiera caminar sola cuando fuera mayor. A veces, recorríamos grandes distancias en un silencio apacible, cómodos con el ritmo del otro sin siquiera notar que había un ritmo.

Ahora es difícil recordarlo y pensar en que se marchó. Desde entonces, no creo que haya habido un silencio que no me haya sentido obligada a llenar.

–Sí, tal vez –respondo. En general, este es el momento en el que nos invade el silencio incómodo, hasta que uno de los dos encuentra una excusa para colgar. Pero esta vez, él me sorprende rompiéndolo por los dos.

–Tus abuelas me dijeron que estás en Cardenal –comenta con un rastro socarrón en la voz, que reconozco por haberlo oído de niña más que ahora–. No será Azulejo, pero imagino que te tratan bien, ¿no?

–Sí –repito, pero esta vez es de verdad–. Adoro a mi compañera, se llama Shay. Me consiguió trabajo en la tienda de *bagels* cerca del campus.

–¿En Bagelópolis?

–Sip.

–Escucha, confía en tu viejo –anuncia tras un silbido bajo–. ¿Aún tienen el de queso crema con fresas en *bagel* de ajo y queso?

–*Papá* –digo horrorizada.

–Espera, *confía* en mí –insiste entretenido–. Es excelente cualquier día, pero es la mejor cura para la resa… ajam. Bueno.

–Entendido –respondo conteniendo la risa–. Lo recordaré para después de todas las fiestas a las que asistiré.

–Espero que puedas ir a algunas fiestas. Con responsabilidad –enfatiza. Tras un segundo,

agrega–: Aunque no es que me preocupe por eso contigo.

En circunstancias normales, me irritaría que se creyera en el derecho de preocuparse por mí, pero esta noche se siente diferente. Quizás sea porque no estamos hablando solo como padre e hija, sino como padre e hija *adulta*; no estamos al mismo nivel, pero es más cerca de lo que estuvimos hasta ahora.

–Tendré tu recomendación nefasta en cuenta.

–Por nada de antemano –dice con una risotada.

–¿Alguna otra recomendación culinaria, ya que estamos en tema?

–Ah, demasiadas –afirma. Puede que mi gusto por lo dulce venga de ambos lados de la familia, pero mi padre lo lleva a otro nivel. El Monstruo de las Galletas se inclinaría ante él–. ¿Tienes tiempo?

–De sobra. –Abro la aplicación de Notas en mi móvil con una sonrisa tan escurridiza y amplia que la conversación con la madre de Connor podría no haber ocurrido–. Cuéntame.

–Bien. Primero que todo, en el distrito histórico hay una tienda de dulces con tazas de mantequilla de maní gigantes. Es rosada, no puedes pasarla por alto. Luego, si caminas un poco más, hay un lugar de crepas escondido (tu compañera debe conocerlo, la mayoría de los estudiantes lo conocen). ¿Qué sucede? ¿Qué le pasó a tu conejito?

–¿Qué? –pregunto confundida, pero él no me escucha.

–No te preocupes, se puede arreglar. Lo volveremos a coser –dice. Su voz es una décima más aguda, un tono que reconozco y que me hace sentir como si hubiera vuelto en el tiempo. Volví a un momento en el que mi madre aún vivía, en el que yo era pequeña y podía pararme en los pies de mi padre, y él usaba esa misma voz conmigo.

Luego, escucho sollozos. Con más precisión, sollozos de niño. Me quedo helada con el móvil contra el oído y el corazón como un tambor. Se percató de lo que sucede antes que mi cerebro.

–Bigotes estará bien, créeme –asegura mi padre. Se oye una respuesta lejana que no logro entender, o quizás no quiero entender–. Lo siento. Emergencia médica con un animal de felpa –explica.

–¿De quién? –pregunto aunque ya sé la respuesta, aunque se me cerró la garganta y me siento culpable. Aunque siento resentimiento por una niña a la que no conozco y que no hizo nada para merecerlo.

–De la hija de Kelly, Ava –dice como recordatorio.

–Claro –digo con la voz firme, como si no corriera una lágrima por mi rostro que ya humedeció mi abrigo–. Ah… No sabía que tenía una hija.

–¿Tus abuelas no lo mencionaron? –inquiere luego de una pausa.

Tengo que morderme la lengua para no replicar *¿Ese no debería ser tu trabajo?* Y así llega el sabor amargo que me es tan familiar: cada vez que tenemos una conversación que parece normal,

nos encontramos con uno de estos obstáculos. Es como si tuviéramos la construcción de una relación padre e hija perfecta, con muros firmes y un techo sobre la cabeza, pero si atravieso la puerta, es cuestión de tiempo para que dé un paso que atraviese el suelo. Nunca creamos una base sólida donde pararnos.

Pero esta vez se siente diferente, más personal. Hace mucho tiempo que somos cordiales uno con el otro, mantenemos una relación superficial, en parte porque apenas nos conocemos, en parte para que yo no tuviera que preocuparme por algo como esto. Para no sentir que alguna de sus decisiones tuvo que ver conmigo y no me afectaran.

Es difícil seguir fingiendo que no lo hace cuando está jugando a ser padre de otra niña. Una niña que revivió ese tono de voz que yo casi no recuerdo.

–Supongo que no. Bueno, eh, recibí un mensaje de mi compañera para ir a cenar. Debo irme.

–Vaya. –Suena sorprendido, aunque no como si no me creyera–. ¿A dónde irán?

–A la cafetería –miento, al tiempo que me aparto de la pared para ir rumbo al dormitorio. Ninguna de mis técnicas funcionará. Voy a llorar, y *mucho*. Casi siento la cuenta regresiva en el cuerpo, como si fuera una bomba–. ¿Hablamos otro día?

–Sí, cuando quieras. No desaparezcas.

Es lo más cerca que estuvo en su vida de decirme que me mantenga en contacto sin pedírmelo, pero mi mente no puede registrarlo. Estoy demasiado ocupada intentando mantener mi rostro intacto. Logro llegar a la puerta de la habitación, pero la llave se atasca y es un segundo agónico; se me escapa una lágrima, luego otra, hasta que *por fin* logro abrir la estúpida puerta. Es un alivio que el dormitorio esté oscuro y vacío, así puedo hundirme en la cama y dejar que las lágrimas fluyan.







CAPÍTULO DOCE

–Lo llamé unas quince veces –lamenta Shay mientras camina de un lado al otro por la sala de grabación–. No contesta.

–Quizás está conduciendo –deseo en voz alta.

–Aunque admire tu optimismo inquebrantable, es obvio que se quedó dormido. Empecé a llamarlo hace media hora y la casa de sus padres está a diez minutos del campus. –Se aleja el móvil del oído para soltar un gruñido–. Y estamos a *cinco* minutos de la perdición.

Ya son cuatro minutos según mi móvil, que también estuve usando para enviarle mensajes a Milo. Intento no sobresaltarme; *no* es mi culpa. Ni esto ni todo el caos que se desató en el campus durante las últimas veinticuatro horas.

El caso es que ayer, a la profesora Hutchison por poco le da un ataque cuando no solo uno, ni dos, sino tres estudiantes se quedaron dormidos durante la clase de Estadísticas. Shay me contó que su profesor de Literatura terminó la clase más temprano porque él, cito: “se dormiría parado”. Y Milo estaba tan cansado que decidió quedarse a dormir en la casa de sus padres después de cenar.

Él ya estaba dormido cuando recibí un mensaje de Sean, en el que reveló que me sobrepasé en

mi intento de *deszombificar* a Milo. Sean olvidó leer la etiqueta que coloqué en la mezcla descafeinada de Oscuridad eterna y, en consecuencia, dejó sin cafeína a la mitad del cuerpo estudiantil por accidente. Incluso a un Milo Flynn desprevenido.

Y así fue como llegamos a este momento.

–¿No hay un plan de emergencias o algo? ¿Alguien que reemplace a Milo?

–Tenía que encontrar un reemplazo, pero *por supuesto* que no lo hizo –responde mientras se frota los ojos con fuerza suficiente como para amoratarlos.

–Bueno, tú conoces la información para el programa de hoy como la palma de tu mano. ¿No puedes hacerlo tú?

–Bueno… –Hace una pausa para fruncir el ceño.

Me siento derecha en la silla giratoria frente a la computadora y aferro mi té.

–De hecho, podría ser otra oportunidad excelente para que explores una posible especialidad –señalo–. Puedo imaginarte como presentadora de *podcasts* profesional. Tienes buena voz, sentido del humor…

–¿Por qué no lo haces tú? –replica.

Aunque sea vergonzoso, me ahogo con mi propia saliva.

–No tiene sentido, llevo unas pocas semanas aquí –explico al reponerme.

–Semanas que dedicaste a responder infinidad de correos de oyentes –argumenta señalando el micrófono–. Y hoy es viernes de llamadas. A juzgar por el programa de la semana pasada, harías lo mismo, solo que en voz alta.

Niego con la cabeza mientras siento que el sudor corre por mis sienes y se acumula debajo de mis brazos.

–Yo… –Me aclaro la garganta–. Soy mala haciendo cosas de improviso. Necesito un guion, práctica.

–Piénsalo como una conversación. Como si coordinaras una ronda de lobo feroz en la residencia o hablaras conmigo a solas –insiste y tamborilea el respaldo de la silla–. No necesitas un guion para decirme a *mí* lo que debería hacer.

Suelto una risa aguda, como si me apretaran la garganta.

–Shay, no puedo.

–¿Por qué no?

–Porque…

El dolor ya no es tan intenso estos días, porque se convirtió en una constante. Pero ahora está cambiando de forma otra vez, se hace más duro. Me recuerda los primeros días después de la muerte de mi madre, cuando creí que era el único sentimiento posible.

La primera vez que me humillé en público fue unas semanas después de su muerte, durante una asamblea escolar sobre seguridad vial. Era una de las estudiantes que asistía a la guardia de

cruce escolar y estaba decidida hacer una sátira con Connor sobre cascos para ciclistas. Pero cuando él se aseguró el casco bajo la barbilla y esperó a que yo dijera mi línea, miré a todos los estudiantes (que me observaban como no lo habían hecho antes, con una mezcla de intriga y de lástima), y me sentí como una extraña dentro de mi propio cuerpo. Como si no fuera la persona que reflejaban sus ojos ni los míos. Y me quedé sin aliento.

No me rendí con ese evento. Por un tiempo, me ofrecí para dar los anuncios matutinos o para ayudar con el concurso de talentos de la escuela. Fue una especie de terapia de exposición amateur; creí que podría sacarme el miedo si lo confrontaba, pero, en cambio, contraatacó con más fuerza. Nunca me había sentido nerviosa liderando actividades, pero comencé a sentir todas las miradas sobre mí y las palabras, que antes fluían con facilidad, se secaban en mi boca.

Durante muchos años fui "la audaz" (en los que soñé con llegar a grandes medios, con hablar en escenarios y presentarme en estudios de televisión), hasta que, sin advertencia, la audacia desapareció. Fue Connor quien me convenció de no ser dura conmigo misma, me aconsejó que buscara otras formas de canalizar lo que quería hacer.

–¿Y si haces algo detrás de escena? –sugirió–. Si hicieras algo, pero nadie supiera que eres tú, ¿te daría miedo?

Esa fue la semilla que creció para convertirse en *Caricias de rosas*, cuando acepté en silencio que ciertas partes de mis sueños cambiarían junto conmigo. Y sentí un alivio, aún más silencioso, al pensar en que ya no debía preocuparme por el legado de mi madre, pues me alejaría de ese camino antes de poder hacer algo para arruinarlo.

Y esa es la explicación. El miedo que siento por hacer esto no se originó en una estúpida sátira en una asamblea, tampoco por un traspié en un concurso de talentos. Se debe a…

–¿Es por tu madre?

Con eso me percato de que mi mirada volvió a desviarse hacia la pared y vuelvo a centrarla en Shay, tan rápido que veo lucecitas de colores.

–Andie, te vi mirando esa fotografía muchas veces. No tuve que navegar mucho en Google para encontrar a Amy Janson y hacer la conexión. Estás aquí porque tu madre fue la primera Caballera.

Entonces, cierro los ojos, no por tristeza, más bien por agradecimiento. Me obsesioné con mantener esa parte de mí escondida y no pensé que Shay lo descubriría por su cuenta. Tampoco pensé que, en lugar de alejarse como muchos de mis amigos de la infancia, ella se lo guardaría hasta que fuera el momento adecuado para mencionarlo.

–Sí –admito e intento que la inmensa gratitud y el alivio repentino no me sobrepasen–. Pero no es solo eso. Disfruto mucho responder los correos de los oyentes y pasar tiempo contigo y con Milo. Es la mejor parte de mi día.

Shay coloca su mano sobre la mía y presiona un instante.

–Bueno, sí que eres rara, no le desearía a nadie tener que despertarse a esta hora –bromea y me hace reír–. También nos gusta tenerte aquí. Y creo que llevas esto en la sangre.

–Ese es el punto –digo mirando al micrófono–. Siento que… si lo hago mal, la decepcionaré.

–¿Cuántos años tenía cuando empezó con esto? ¿Dieciocho? –replica con una mueca–. ¿Crees que era perfecta?

No es que espere que fuera perfecta, sino que yo solía serlo; al menos mi versión pequeña pensaba que lo era. Solía ser muy fácil, lo hacía con naturalidad y, aunque lo intente de nuevo, nunca será lo mismo. Nunca volveré a ser la pequeña inocente con el micrófono, la que hacía sonreír a mi madre.

–Quizás… Otro día que Milo no esté. –Mi voz sueña patética incluso para mí, pero eso no cambia la realidad–. Cuando haya tenido tiempo de pensarlo.

–O sobrepensarlo –añade Shay.

Me sostiene la mirada por un instante, hasta desviarla con un suspiro. Espero sentir el mareo y el silbido que siguen a una descarga de adrenalina y que el alivio los aplaque, pero lo que siento es más fuerte, algo mezclado con una decepción extraña.

–De acuerdo –concedo–. Pero tienes que sentarte a mi lado con las notas y señalar lo que me esté perdiendo.

Hago a un lado todo lo demás y me pongo en acción. Shay se ubica frente al micrófono, yo me acomodo a su lado y repaso las notas con atención extrema, tanto que logro tatuarlas en mi mente en apenas treinta segundos. “obras en calle Main entre las dos y las seis; listones edificio LA 5; inscripción concurso de talentos @portal…”.

–Muy bien –me digo a mí misma mientras proceso la información–. Bien.

–¿Bien? –repite Shay al acercarme el atril con las notas.

–Lo tengo.

–Genial –afirma y, de repente, se levanta de la silla sin explicación y acerca el micrófono a mi boca–. Estás al aire en cinco… cuatro…

–*Shay*. –Me extiendo para sujetar su brazo, pero ya no está a mi alcance.

Presiona el botón de grabación para demostrar que no está bromeando y balbucea, “Tres… dos… uno”.

Pasan varios segundos de aire muerto, en los que yo estoy boquiabierta, los ojos de Shay están aún más abiertos, si es posible, y ambas apostamos a ver quién se acobardará primero. El juego podría terminar conmigo lanzando las galletas que tengo en el estómago (Ellie nos compartió una caja enorme de Oreos anoche), sobre el micrófono.

Tras respirar hondo, por fin digo “Hola”.

Shay frunce el ceño y me cuestiona con la mirada. *¿Hola?*

Me encojo de hombros a tal velocidad que es un milagro que no me golpeen las orejas. Shay

señala el micrófono, y yo tomo aire, pero se atora a mitad de camino.

–Eh, hola. Viernes. –Me estremezco mirando a mi compañera, segura de que me echará; este es el momento en el que alguien interviene, una maestra que me baja del escenario u otro estudiante que sigue por mí. Luego, Connor me dice que está bien, que todos tenemos fortalezas diferentes y que soy afortunada de tener muchas otras. Pero Shay no hace nada de eso, en cambio, me mira a los ojos al borde del pánico y me indica que continúe–. Es decir, es viernes. Así que… ¡qué suerte para nosotros!

Ajá. Observo las notas que ayudé a Shay a organizar hace unos pocos minutos y parecen escritas en jeroglíficos. Debo haber comenzado a sudar en algún momento, porque lo siento en las axilas y en la frente, acompañado por el revuelo en el estómago.

Tapo el micrófono para gesticular la frase "No puedo hacerlo".

–¡Lo estás haciendo! –susurra Shay, con esa mirada inflexible antitonterías, que tiene cierta energía estilo abuela Maeve–. Sigue adelante. Cualquier cosa menos aire muerto.

Aire muerto. Recuerdo que mi madre me explicó lo que significaba. Cuando se enfermó y comenzó a hacer quimioterapia, la estación contrató a un reemplazante. "Deja aire muerto como para poner a los oyentes a dormir", protestó. Luego, cuando le pregunté si había aire vivo, se rio con más fuerza que en toda la semana.

Pensar en eso me hace sonreír. Recuerdo cómo me miraba con chispas en los ojos cuando me llevaba al estudio para participar en segmentos rápidos, y éramos como dos llamas gemelas en el cubículo pequeño. Pienso en un tiempo en el que esto no se hubiera sentido como una pesadilla, sino como una oportunidad, como un comienzo.

Mis hombros se relajan y mis pulmones se llenan con el aire fresco del estudio.

–Bueno, en caso de que la voz aguda no me haya delatado, no soy el Caballero –anuncio al tiempo que deslizo el trasero hacia adelante para acercarme al micrófono–. Soy… la… Escudera.

Shay levanta una manga para ahogar la risa. Sonrío con ella, y el momento rompe parte del hechizo. Por un instante, parece que somos solo nosotras teniendo una conversación, como dijo ella.

–Viernes de llamadas –me recuerda.

Asiento con la cabeza y recuerdo que, por supuesto, nadie puede verme.

–Eh… También soy quien estuvo respondiendo sus correos pidiendo consejos, así que si tienen alguna pregunta, pueden comunicarse con nosotros cuando lleguemos a la sección de llamadas del día de hoy. –Todavía me tiembla la voz, pero podría ser peor–. Pero, primero, las últimas noticias.

Tomo aire una vez más y siento que estoy inhalando mi propio miedo, como si pudiera tragármelo antes de que me consuma.

–Para sorpresa de nadie, la obra en la calle Main está tardando más en terminar que un

estudiante en su tercera carrera, así que tendrán que evitar la zona entre las dos y las seis de la tarde. –No manejo bien el ritmo, así que por un momento hablo demasiado rápido. Me detengo a tomar aire otra vez e invocar en parte a mi padre, en parte a Milo–. Pero si quieren aprovechar el tiempo que les toma hacer el camino largo, pueden pensar en una presentación para el Concurso de talentos anual de la Estatal Blue Ridge, porque las inscripciones para muestras grupales e individuales abren hoy en el portal de estudiantes. Y si están cerca del edificio de Artes literarias, ¡felicidades! Tendrán asientos de primera para ver el baño de sangre de ingresantes en busca de listones en la siguiente ronda de trivia de la Cruzada de Caballeros, esta noche a las cinco.

Shay levanta los pulgares, pero dura poco. El tablero de sonido se iluminó: tenemos un llamado.

–Parece que recibimos el primer llamado del viernes –anuncio. Estoy tan nerviosa que intento hurgar en el fondo de mi mente en busca de lo que Milo suele decir en estos casos. No encuentro nada. Lo único que escucho es el palpitar de mi corazón en cada vena de mi cabeza.

–Guardia de Caballeros –anuncio cuando la llamada se conecta–. ¿En qué podemos ayudarte, amigo?

–Eh… vaya. Creo que primero quiero darte las gracias. Si eres la misma Escudera que ayudó a mi compañera con sus finanzas, debo decir que está mucho más tranquila.

–Ah. –Mi corazón da un pequeño salto de felicidad, y le sonrío a Shay sin pensarlo. Ella ya tiene una sonrisa de satisfacción–. Me alegra escucharlo.

–También a mí. Por eso me preguntaba si podrías aconsejarme sobre mi trabajo. Soy asistente general de la empresa a medio tiempo. Mi jefa es genial y todo, pero siempre me pide que haga cosas como recoger a sus hijos de la escuela o buscar algo para su hermana. Y creo que no es parte de mi trabajo.

–Uff, lo entiendo. Estuve ahí. –Es verdad. Tuve muchos trabajos de medio tiempo en los que la línea entre “necesito una recepcionista por la tarde” y “¿Puedes recoger mis compras de la tienda de camino a casa?” se volvía difusa–. Primero, ¿cómo es tu relación con ella?

En los diez minutos siguientes, repasamos la historia laboral de la oyente, creamos un plan para que hable con su jefa e incluso un plan de contingencia en caso de que reaccione mal. Después atendemos a dos oyentes más, hasta que, para mi sorpresa, Shay señala un reloj invisible en su muñeca para indicar que vaya redondeando.

–Bueno, ya saben dónde contactarme. Buen viernes para todos –digo antes de entrar en pánico y concluir con un “¡Tachán!”.

Y luego se acabó. Sobreviví. Di consejos en tiempo real, mientras personas reales me escuchaban. Claro, fue anónimo y, claro, no podía ver a nadie; pero la adrenalina es tan intensa que, por un momento, no importa. Después de todo el tiempo que pasé intentando encajar aquí, siento que acabo de hacerme un lugar que es todo mío.

El orgullo dura unos dos segundos, hasta que recuerdo el completo desastre que fue el resto de la transmisión. Espero a que Shay cierre el micrófono, luego tomo mi suéter y hundo el rostro en él. Shay me da una palmada en el brazo.

–¿"Tachán"?

–Mátame –lamento.

–Lo haría, pero ¿quién tomaría mis fotografías aéreas para Instagram cuando estoy ocupada sosteniendo libros? –repone. Levanto el rostro del bollo de tela y veo que sigue sonriéndome–. Vamos. Ya se nos ocurrirá una frase de cierre espectacular, pero ahora tenemos que llegar al trabajo –me recuerda al arrojarme mi abrigo.

Una vez que aterriza sobre mis piernas, levanto los brazos para dejar que mis axilas respiren.

–Estoy sudando a través de varias capas de ropa.

–Hermoso, cuéntame más. –Abro la boca, pero levanta una mano para evitar que profundice–. Andie, estuviste *bien*.

Me obligo a no mirar la fotografía de mi madre en la pared mientras me pongo el abrigo. Aunque pueda ignorarla, no puedo ignorar la sensación de mareo familiar, en la que sé que no vomitaré, pero sí sentiré un nudo en el estómago durante el resto del día.

–Tendría que haberlo hecho mejor.

–Y lo harás. La próxima vez –afirma Shay y señala la puerta con la cabeza–. Ahora salgamos de aquí antes de que Milo aparezca y descubra que envenenaste su café.

De hecho, Milo no lo descubre por sí solo, pero recibe la información enseguida. Aparece en Bagelópolis con una chaqueta de pana acanalada demasiado grande y vaqueros, la mirada brillante pero cautelosa, las manos en los bolsillos y postura arrepentida. Su mirada se fija primero en mí.

–No puedo creer que me quedé dormido. Ayer fue de locos –declara con una mano entre los rizos–. Estoy tan…

–Fue mi culpa –interrumpo antes de que se disculpe–. ¿Recuerdas mi versión descafeinada de Oscuridad eterna?

–Sí, todavía escucho los lamentos de mis ancestros italianos –afirma de inmediato, por lo que me estremezco un instante.

–La dejé en la cocina y Sean la usó por accidente.

Por un momento, él tan solo parpadea.

–¿Estás diciendo que ayer bebí tres tazas llenas de mentiras?

–Y te quedaste dormido, y yo hice un *terrible* programa esta mañana. Y tienes todo el derecho a…

–Ah, escuché el programa. Estuviste genial –comenta tan al pasar que ni siquiera me mira a mí, sino al exhibidor de queso crema.

Casi me deja boquiabierta. Estoy segura de que va en contra de alguna regla de asistente de residentes aplastar lo que queda del ego de un estudiante, pero tampoco es necesario que reescriba la historia.

–Milo, fue un desastre.

–Pudiste revertirlo –afirma sin darle importancia–. Como sea, resérvate los viernes por la mañana, necesito un día libre.

No ocurrirá, pero estoy demasiado sorprendida para insistir.

–¿De verdad no estás enfadado?

–Eh. Para ser claro, si vuelves a meterte con Oscuridad eterna, tomaré el té Earl Grey que tanto amas y lo arrojaré al lago como si fuera el puerto de Boston –advierte apoyado en el mostrador. Me mira a los ojos a su modo superenfocado, solo que hay algo diferente esta vez. Cierta burla. Parece entretenido–. Pero no, no estoy enfadado. Molesto, quizás. También impresionado.

–En serio lo lamento.

–Si de verdad lo sientes, compénsame con un *bagel* Puro *pretzel* con tocino, huevo y queso.

La media sonrisa en su rostro varía, lo suficiente para hacerme sentir que caigo con ella. Hasta que la culpa por haber hecho que se quedara dormido reaparece y tengo que apartar la vista.

–Por supuesto –afirmo antes de ingresar su orden en la pantalla. De repente, su hermano Sean se aclara la garganta detrás de mí.

–¿Qué? ¿No robaste suficiente comida de casa esta semana?

–Creí que debía mantenerme en tema después de haberme robado tu chaqueta vieja –responde Milo al dar un paso atrás y meterse las manos en los bolsillos.

–No es mía, viejo. Es de Harley. –Noto cómo frunce el ceño detrás de mí. La expresión de Milo se queda rígida; su semisonrisa inmóvil hace que también me paralice–. Eh… quizás fue mía antes. No recuerdo, son muchos hermanos –agrega Sean–. Te queda bien.

La actitud de Milo cambia otra vez cuando saca las manos de los bolsillos. Antes de que pueda interpretar algo y repetir mi mantra “no te involucres”, vuelve a mirarme.

–Lo digo en serio, chica nueva.

Me alejo del mostrador y trago las náuseas residuales.

–Milo, yo… –Pero él alza una mano para interrumpirme.

–Si te hace sentir mejor, durante mi primer programa estaba tan nervioso que eructé sin control.

No era mi intención sonreír, solo lo hago porque recuerdo su primer programa. No suelo perdérmelos, mucho menos si se presenta un nuevo Caballero. Fue cautivador como siempre, a pesar de que eructó lo suficiente como para que lo auspiciara una marca de sodas.

–Sí, sí. –Pone los ojos en blanco al percibir mi sonrisa–. Te veré en el estudio.

Sean vuelve con el *bagel*, al que Milo le clava los dientes justo allí, en la caja. Me da tiempo para sentir pánico por el hecho de que no soy lo suficientemente buena para conducir ningún programa, mucho menos uno semanal.

–Mierda –pronuncia Milo con la boca llena–. ¿Cómo es que estos *bagels* son cada vez mejores?

–No haré… –Comencé a decir, decidida.

–Nop. Dormiré los viernes. Me lo debes –sentencia Milo–. Sin peros ni excusas. –Antes de que pueda objetar, toma el café que Sean preparó y advierte–: Si no es el verdadero, recen para que no muera primero y los aceche por el resto de sus vidas. –Aunque me ofrece una sonrisita, levanta su taza y vuelve a salir.

En la calma entre clientes, espero insegura a que el dolor vuelva a intensificarse o me revuelva el estómago. En cambio, parece hacer algo inédito: asciende, asciende y bosteza.







CAPÍTULO TRECE

–Muy bien –anuncia Shay–. Estoy lista para convertirme en un granizado humano.

–No tienes que hacerlo, en serio –digo por vez un millón en el día.

No sabemos de qué se trata el evento de búsqueda de listones de esta noche, solo que debemos encontrarnos en el parque bien abrigados, ya que tiene algo que ver con la nieve que cubrió el campus recientemente. Es un milagro que hayamos recibido una pista bastante concisa para el programa de esta mañana; mientras que los eventos de listones azules de enero fueron trivias, más que nada, los de listones rojos de febrero parecen ser anárquicos. No tienen tema en común ni explicación. Hasta ahora, tuve que ir al centro de vida estudiantil para un desafío de hacer memes con el folleto de la universidad, al parque frente al edificio de Física para ayudar a pintar el logo de la universidad en un muro de ladrillos y, ahora, al parque a congelarme el trasero, supongo.

–Lo sé –afirma Shay mientras se pone el abrigo–. Y si es una estupidez, abandonaré. Pero lo dije en serio, te ayudaré a conseguir listones para que tú y tu novio salido de una película romántica puedan tener su felices por siempre. –Hace una pausa para ponerse los guantes–. Y escuché un rumor sobre chocolate caliente gratis.

Contengo una sonrisa, porque ambas sabemos que tiene acceso a chocolate caliente gratis en Bagelópolis de por vida. De salida, pasamos por la habitación de Milo y observamos la puerta cerrada, señal de que debe estar en una clase. Esta mañana fue el segundo viernes seguido en el que intentó convencerme de conducir el programa; me negué con firmeza, él se aferró a su nueva frase "la próxima semana, entonces", y yo seguí fingiendo que no tiene importancia, cuando debe ser lo más importante para mí.

–Y ¿cómo fue que comenzaste a trabajar en el programa con Milo? –pregunto de camino al parque. La nevisca de la mañana se detuvo hace tiempo, y ahora el campus está cubierto por un manto blanco, con los caminos y aceras recortados en él–. ¿Y cómo comenzó él?

–Me dijo que empezó a trabajar en la cafetería en primer año. Daba anuncios en los altavoces, como que se había terminado cierto plato o para reiterar un mensaje de seguridad del campus por décima vez mientras todos comían. Imagino que le puso su toque personal y… pum, reclutado.

–¿Debo preguntar qué toque?

–Ah, ya sabes cómo es con el programa de estudio y trabajo. Al parecer, cuando vio a los estudiantes luchando por conseguir un puesto en la cafetería, investigó un poco y comenzó a hacer comentarios al respecto. Tuvo suerte de que lo reclutaran, porque debía estar a un bocadillo de que lo despidieran.

–¿Y quién lo reclutó?

–Algún profesor –dice encogiéndose de hombros–. Como sea, lo descubrí a principios del primer semestre porque estaba durmiendo en su descanso en Bagelópolis y habla dormido.

–¿Confesó que era el Caballero mientras dormía?

–No, peor que eso. Dio una transmisión completa del programa, con su voz de radio y todo. Excepto porque su informe del clima incluyó perros voladores.

–Me gustaría ver eso –digo mirando el cielo gris.

Al llegar al parque, nos encontramos con al menos otros cientos de ingresantes expectantes. Después de un rato, una mano en el aire llama mi atención, y veo a Ellie y a Harriet a poca distancia. Las saludo también antes de ir hacia ellas, justo cuando alguien comienza a hablar por los altavoces.

–Su misión es hacer un muñeco de nieve. Su equipo debe ser de tres personas como mínimo, seis como máximo, y el muñeco debe medir al menos un metro y medio de altura. Cuanto más creativos sean, más listones conseguirán –explica el estudiante de último año con un manojo de listones rojos en alto–. Tienen una hora. ¡Adelante!

Antes de que lleguemos con las chicas, los demás empiezan a recoger nieve como si fuera a acabarse. Ellie se queda helada, con los ojos amplios, y Harriet analiza el parque, entretenida. Extiendo una mano entre nosotras, imitando lo que aprendí en las dos o tres películas deportivas que vi en mi vida.

–Todas para una –digo. Luego, las miro de a una por vez–. Shay y yo reuniremos nieve para la base. Harriet, puedes recolectar para el centro. Ellie, tendrás la parte superior. También necesitaremos tu cinturón. ¡Uno, dos, tres, en marcha!

Nos dividimos enseguida. Shay y yo comenzamos a reunir y a apilar nieve de forma azarosa hasta que se nos ocurra un plan.

–Podemos hacerlo de cabeza –digo sin aliento–. Así se destacará.

Con algunos de los chicos con los que crecí en Little Fells perfeccionamos el arte de muñecos de nieve de cabeza cuando teníamos nueve o diez años. Mi padre nos enseñó a hacerlo un invierno en el que las tormentas y nuestra energía parecían infinitas. Muchos padres del vecindario dejaban salir a sus hijos a la calle para quemar energías; si el mío no estaba trabajando, era el primero en unirse y transmitirnos su conocimiento sobre iglús, ángeles de nieve o raspados de escarcha.

Se me cierra la garganta, no solo por el recuerdo, sino por la culpa. Todavía no le envié los recortes de *Caricias de rosas*. Tampoco le hablé mucho desde que supe de la hija de Kelly. Me pregunto si estará con ella en la nieve, enseñándole los mismos trucos.

–Claro, si tú crees que puedes lograrlo –dice Shay, con lo que me despierta de mis pensamientos, así que los hago a un lado y le sonrío con alegría.

–Quizás despierte tu pasión por la arquitectura y esa podría ser tu especialidad.

–Como alguien que se sentó por accidente en la casa de muñecas de su hermana, lo dudo. ¿Tenemos un tema?

Me sacó las palabras de la boca.

–¿Hay *bagels* en mi bolso? –pienso en voz alta–. Podrían ser orejas de Mickey o algo así.

Shay tararea dudosa, así que me esfuerzo por pensar en otra cosa. Suelo trabajar bien bajo presión; no trabajo bien bajo la sombra de una persona alta que me mira desde arriba. Levanto la vista y veo a Tyler observándonos a las cuatros con un burrito Chipotle en la mano.

–Hola, sé que es tarde. ¿Pero puedo unirme si tengo una idea?

–Permiso concedido –respondo sin aliento tras haber agregado varios centímetros a nuestra bola de nieve–. ¿Qué tienes en mente?

–Bueno… si están decididas a que sea de cabeza… –dice con brillo en los ojos.

Luego sale corriendo a una residencia cercana y regresa con una cubeta, pero sin explicaciones. Veinte minutos más tarde, tenemos nuestro muñeco de nieve. Supera el metro y medio (usamos mi metro cincuenta y cinco como cinta métrica, igual que varios equipos que nos imitaron), y está de cabeza… y sobre un “barril de cerveza”. Ellie sacrificó su cinturón de BB-8, que ahora asoma de la cabeza del muñeco y entra a la cubeta. Los *bagels* de mi bolso son los ojos y la nariz, a la que Harriet tuvo la genial idea de agregarle una argolla. Después de varios intentos fallidos de bautizarlo, Shay decidió llamarlo Granizado, y eso le decimos a la jueza

cuando se acerca.

–Excelente trabajo, Caballeros… –dice encantada por nuestra creación. Cuando exhibimos los listones blancos, nos entrega tres listones rojos a Harriet, a Ellie y a mí; sé por otros eventos con jueces que es lo máximo que puedes recibir–. Estoy impresionada.

Seguimos admirando nuestra obra cuando el primer golpe derriba a Harriet; la impactó una bola de nieve de costado con fuerza suficiente para empujarla contra Ellie, que después cayó contra Tyler en un dominó humano. Escuchamos a alguien gritar "¡Guerra de nieve!", justo antes de que el parque se convierta en un caos absoluto.

Miro a Shay esperando que se retire, pero ya está formando una bola con el trasero de Granizado y apuntando a la multitud.

–¡Por mi reino! –exclama.

Hago una nota mental para añadir Teatro a sus posibles especialidades, pues la imagen es, sin dudas, dramática. Es como las noches de lobo feroz en la residencia, solo que con un millón de personas más, sin alianzas claras y…

–¡Cheerios de miel! –exclamo cuando alguien me da en la cadera.

–Mantén la mente en el juego, Rose. –Shay intenta apuntarme con un dedo dentro del guante lleno de nieve.

Guardo los listones en mi bolsillo y hago un escaneo rápido para ver si hay más ataques apuntados a mí; entonces, veo a una persona alta, con expresión un tanto alarmada, asomando sobre la trifulca. Milo debió estar distraído con su móvil y se metió en medio de la batalla.

–Objetivo identificado –dice Shay–. Yyyyyy ¡fuego!

Cuando el proyectil impacta contra su pecho, Milo apenas se sobresalta y nos mira sin piedad.

–Oh-oh –balbuceo. Me pregunto si hicimos que se molestara de verdad, hasta que revela la bola de nieve que tenía en la espalda y contraataca tan rápido que debió haberlo planeado hace mucho tiempo.

–¡Cuidado! –grito y me lanzo frente a Shay.

La escena hubiera sido digna de una película de acción. Una toma esplendorosa en cámara lenta, con una orquesta de fondo y un acercamiento a mi rostro heroico y determinado. Lo hubiera sido si la bola de nieve no hubiera impactado entre mi abrigo y mis vaqueros.

Cuando logro recuperarme de la conmoción, al tiempo que el hielo corre desde mi cadera hasta mis rodillas, veo a Shay riéndose a carcajadas y a Milo con los labios de lado en su característica media sonrisa. Quizás sea porque casi me congelo, por la falta de sueño o todo el azúcar de las galletas que comí hoy, pero algo me impulsa a seguir la señal de esa sonrisa, formar mi propia bola de nieve y arremeter contra él.

–Ah, vamos, chica nueva –dice, parado como una estatua en medio del caos–. Déjame fuera de… ¡Auch! –Ellie, bendita sea, se alió con Harriet para atacarlo con dos bolas desde atrás. Le

lanzo la mía cuando está distraído, pero al parecer no lo estaba, pues la ataja con su guante–. Ajá –expresa analizando la bola de nieve y luego a mí–. ¿Qué haré con esto?

–No podrías. –Estamos muy cerca; si me la arroja, me convertiré en un témpano humano.

Los labios de Milo se tuercen de costado, y los míos hacen lo mismo, pero solo porque veo la escena que se desarrolla frente a mis ojos: Tyler reapareció con la cubeta llena de nieve y, antes de que mi risa lo delate, la voltea sobre la cabeza de Milo.

Esta vez es él quien suelta un chillido poco elegante antes de saltar hacia adelante a toda velocidad; no me percato de lo cerca que estábamos hasta que está sobre mí. Al parecer, se da cuenta de que caeremos al suelo antes que yo, porque me toma de los hombros y nos hace girar para caer primero, conmigo sin aliento encima de él.

Por un momento, los dos estamos demasiado perplejos para movernos. El ruido de la guerra de nieve quedó silenciado mientras jadeamos uno frente al otro; el pecho de Milo se eleva y contrae debajo del mío con tanta fuerza que es como si nuestros corazones estuvieran pegados. Quiero disculparme, pero antes de que pueda hacerlo me encuentro perdida en el verde de sus ojos, con un calor crepitando debajo de mi piel que se siente antinatural, dada la cantidad de nieve alojada en mis pantalones.

Milo es quien rompe el silencio.

–¿Estás bien?

Aunque no tengo idea, asiento despacio con la cabeza, pues parece que mi boca se olvidó de cómo formar palabras. Milo levanta una mano para limpiar algo de mi cabello; un poco de nieve. Lo veo en la periferia porque no puedo apartar la vista de sus ojos.

Siento que el sentido común vuelve de a poco hacia mí (la voz que dice *sal de encima del asistente de residencia* se aclara la garganta en mi mente), pero antes de que pueda reaccionar, mi móvil suena con *Immigrant Song* de Led Zeppelin.

–Connor –jadeo y me aparto de Milo tan rápido que vuelvo a impactar contra la nieve. Luego saco el móvil del bolsillo y contesto lo más rápido posible–. Hola.

–Hola, Andie.

–¿Cómo estás?

–Eh, es… ¿me escuchas? No te escucho.

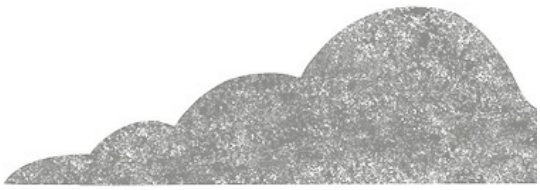
–Sí, te escucho. Perdón, estoy en medio de…

–¿Andie?

Me levanto a los tumbos en busca de la salida más rápida del parque. Es bastante fácil de encontrar, ya que es el camino que tomó Milo. Ya se alejó bastante y apenas llego a verlo a través de la nueva cortina de nieve que acaba de empezar a caer.

–Sí, espera –digo mientras reacomodo mi abrigo y pantalones mojados–. Dame un segundo…

Intento seguir a Milo para salir del laberinto, pero cuando alzo la vista, ya no está.







CAPÍTULO CATORCE

Si pudiera tener un superpoder, sería evitar las matemáticas.

–Así que… –Me inclino sobre la mesa de la biblioteca y aparto el libro de Estadísticas con disimulo–. *El reino de Lumarin* debía ser un romance, ¿pero la heroína no termina con la persona que ama?

Valeria suspira y su cabello cae por la mesa al posar el mentón sobre las manos. Tiene las uñas pintadas de rosa para el Día de San Valentín, con pequeñas gemas en forma de corazón en el medio que destellan con la luz de la mañana que se cuela por las ventanas.

–El final es *ambiguo* –dice–. No se sabe si termina con ella o no.

–Pero Shay me dijo que los romances tienen reglas –replico apuntándola con un dedo–. Y que tu final entre la heroína y la hechicera enemiga con la que se alía para salvar el reino… –Intento recordar las palabras de indignación que acompañaron su mirada también indignada al terminar el manuscrito de Valeria, que devoró más rápido que a un especial de Bagelópolis–. Va contra las reglas del género.

–No debí dejar que lo leyera. –Frunce los labios de forma adorable–. Ni siquiera sé qué se apoderó de mí. Es que… cantamos tanto esa noche en el karaoke que debió embriagarme el espíritu de ABBA del ambiente. Me pidió leerlo y yo… –Hace un gesto con los brazos en el aire, como si su manuscrito de trescientas cincuenta páginas hubiera llegado flotando y no adjunto en

un correo electrónico.

–¿Y cómo terminan? En tu mente. –No leí la novela, pero conozco lo básico gracias a Shay, que la sacó a colación fuera de contexto a cada hora desde que la leyó.

–¿La verdad? –pregunta con una mueca–. No lo sé. Sentí demasiada presión para cerrar el romance con broche de oro al final.

–Uh. ¿Entonces cambiarás el género o el final?

–No lo sé. –Deposita su bolsa sobre la mesa con un estruendo y busca una calculadora–. Tampoco tiene importancia. Nadie más la leerá. –En ese momento, su móvil vibra del otro lado de la mesa. Estoy por decirle que no me molesta que conteste, pero lo desestima antes–. Debe ser mi ex otra vez. Estuvo escribiéndome todo el día.

–¿*Sigue* molestándote?

–Es una locura. Dijo que fuéramos amigos y no respondió mis mensajes durante casi *un mes* luego de terminar, pero ahora me escribe de la nada y mira todas mis historias de Instagram. Tuve ex que volvieron a hablarme, pero ninguno que vaya y venga como él.

–Puedes bloquearlo.

Desliza la calculadora TI-84 hacia mí, pero tiene la mirada perdida en algún rincón lejano de la biblioteca. Es evidente que se quedó pensando en algo.

–Lo haría. Pero… parte de mí se siente aliviada. Terminó conmigo de forma tan abrupta que me pregunté si le habré importado alguna vez. Y otra parte de mí está muy enojada con él, claro, y también conmigo por preocuparme por él por empezar. –Se pasa una mano por el cabello y los dedos se pierden entre los mechones gruesos–. Y por dejar que se metiera en mi cabeza y afectara esta historia estúpida.

–Es comprensible –reconozco. No digo nada más, pues las grandes revelaciones de sentimientos suelen llegar en momentos de silencio. Como esperaba, Valeria respira hondo con los hombros elevados como si fuera a continuar, pero un vitoreo desde la esquina de la biblioteca la devuelve a la realidad.

–Cierto. Capítulo cinco –dice al enderezar los hombros–. Dijiste que tenías problemas con… Ah, ups. –Cuando saca la tapa de la calculadora, un listón blanco cae sobre la mesa.

–¿Es un listón clasificatorio? –pregunto de inmediato.

–Sí –afirma. Observa el listón, luego el interior de su bolsa y la cierra con cuidado.

–¿No estás en segundo año? –Tengo que esforzarme con cada fibra de mi ser para no tomar el listón y salir corriendo.

–Eh, lo encontré el otro día y nadie lo reclamó. –Desvía la mirada hacia uno de los cestos de basura–. Debería tirarlo.

–Espera –suelto. Su mano se detiene sobre la mesa y sus cejas se elevan–. Eh, yo lo tomaré. Si no te importa –agrego en voz baja.

–Creí que ya tenías uno –dice sorprendida–. ¿No fue por eso que faltaste el sábado pasado a la hora con la profesora auxiliar para revisar las preguntas que no respondiste en el examen? ¿Para conseguir listones rojos?

Me sonrojo, aunque no admitiré en voz alta que esa no fue la única ocasión en la que una búsqueda de listones interfirió con mis estudios. Hay miles de eventos con la intención de que puedas perderte algunos y aún conseguir todos los listones necesarios, pero el problema de reunir para dos personas es que no puedes perderte ninguno. Es por eso que también se me hace difícil mantenerme al día con la columna *Caricias de rosas* y tampoco pude volver a Little Fells a visitar a mis abuelas, ni siquiera a Connor. Sé que el semestre comenzó hace muy poco, pero los extraño. Y pensar en que tendré que esperar a que la búsqueda de listones termine en marzo para verlos me duele.

Pero al menos si tengo un listón clasificatorio para Connor no será en vano.

–Mi novio no tiene un listón blanco –confieso–. El que se transfirió a otra universidad. Intenta transferirse de vuelta.

–Ah, entonces, sé feliz –dice al deslizarlo por la mesa hacia mí–. Feliz Día de San Valentín.

Tocarlo es como magia. Parte de la culpa por la situación de Connor desaparece por el alivio inmenso y ridículo que me provoca. Aún podré hacer esto por él y enmendar las cosas. Podré…

–*Uff*. –Mi silla recibe un sacudón abrupto por parte de un grupo de estudiantes que corren hacia la puerta a tal velocidad que podrían causar una ráfaga de viento a su paso–. Espera, ¿se activó la alarma de incendios o algo?

–No –responde Valeria al ver una notificación en su móvil–. Resulta que no era mi ex. Dispusieron que hoy es el Día libre.

El Día libre es una tradición famosa de la Estatal Blue Ridge, tanto que las universidades de todo el país nos envidian por eso. Una vez por semestre, la universidad dispone un día al azar en el que cancela las clases sin aviso previo. El semestre pasado, Connor lo usó para sorprenderme en la universidad local con un picnic afuera del edificio de Psicología.

Miro mi móvil al pensar en él, pero no tuve noticias, ni siquiera un mensaje de “Feliz día de San Valentín”. Me recuerdo que está ocupado con su padre y que pasamos casi toda la noche de ayer mirando episodios viejos de *True Blood*.

–Pero ya que estamos aquí, deberíamos terminar –sugiere Valeria, con la mirada en las páginas, pero el cuerpo inclinado notoriamente hacia la puerta.

–Por supuesto que no –declaro. Me adelanto en la silla, cierro el libro con un agradable *pum* y señalo a los estudiantes que fluyen fuera del edificio–. Corre. Sé libre. Las matemáticas no existen hoy.

–¿Estás segura?

–Seiscientos por ciento. –Señalo el libro–. Es una estadística, ¿no? Ya hiciste tu trabajo del

día.

–Iré a pasar el día en casa de mis padres y trabajaré en el final de la novela con paz y tranquilidad –reflexiona y me da un abrazo breve–. Pero retomaremos esto en la semana, ¿de acuerdo?

–Suena bien –afirmo, una mentira a medias, y presiono su espalda con fuerza. Se está convirtiendo en mi amiga muy rápido, aunque las matemáticas sean mis eternas enemigas–. ¿Te molestaría si leyera tu libro?

–Manuscrito –me corrige y se muerde el labio inferior mientras lo evalúa–. No. Pero solo si descansas de los listones este fin de semana y le dedicas más tiempo al estudio.

Me sobresalto ante su seguridad. Es difícil ocultarle algo cuando ve mi progreso en Estadísticas cada semana. Basándome en su sugerencia, asumo que no progresé demasiado.

–¡Envíame el final cuando lo descubras! –exclamo para evitar el tema.

–Tienes más fe en mí que yo –responde de camino a la salida.

Para cuando llego a Cardenal, el lugar es como un pueblo fantasma. En mi cama hay una nota de Shay diciendo que fue a visitar a sus padres. Evalúo viajar a Little Fells, pero Connor está ocupado y mis abuelas fueron de paseo a Washington para catar macarrones y muffins en Georgetown.

De todas formas, no tiene caso que me deprima por estar sola, así que me dispongo a seguir la rutina que hago cuando siento que caeré en un pozo de autocompasión: tomo una ducha y hago una lista mental de todo lo que puedo hacer con el tiempo libre inesperado.

–Santo Dios. Es un oso de felpa viviente.

No proceso las palabras hasta que me encuentro frente a Milo, que me observa desde el corredor asombrado e impresionado con mi bata. No es el único que tiene algo que decir de ella; es larga hasta el suelo y esponjosa en exceso, y tiene un turbante para el cabello que, quizás, tenga pequeñas orejitas.

–Sigues aquí –comento cohibida al detenerme con mis pantuflas. Y no es solo porque estoy más esponjada que una nube, sino porque es la primera vez que nos vemos sin ningún evento social de por medio desde que caímos juntos en la nieve.

Estudio su rostro con detenimiento, pero luce como Milo; tosco y de ojos suaves, sin rastros de la incomodidad que esperaba. Siento cómo se relajan mis hombros al tiempo que él levanta la mano izquierda y sacude la llave del automóvil justo sobre mi cabeza.

–No por mucho tiempo –declara.

–¿Sean necesita ayuda en Bagelópolis? –pregunto al pensar en un plan B. Si pudiera cubrir más horas de trabajo ahora, no tendría que preocuparme en épocas de finales–. No tengo nada que hacer.

–Es el Día libre –niega con la cabeza–. Trabajar es ilegal.

–Ja, ja –sentenció–. En serio.

–En serio. La tienda está cerrada. El Día libre implica que todos estarán ebrios hasta la médula esta noche, así que Bagelópolis cambia de horario para aprovechar a los estudiantes borrachos que deambularán por las calles en busca de queso crema.

–¡Cheez–Its de cheddar! –lamento por lo bajo y apunto hacia mi puerta–. Nos vemos luego, entonces.

Espero otro comentario sobre mi aspecto, pero en cambio Milo se apoya contra la pared y suelta un suspiro.

–¿De verdad quieres trabajar hoy? –pregunta. Me detengo y giro hacia él–. Porque tengo unas horas extra con una de las encargadas del campus. Estoy seguro de que no le molestaría tener un poco más de ayuda.

–¿De verdad? –replico demasiado rápido. Él saca su móvil y se pone más cómodo contra la pared.

–¿Puedes estar lista en cinco minutos?

–Dame seis –respondo.

De vuelta en mi habitación, trenzo mi cabello mojado, me pongo crema hidratante tonalizada y me visto con la misma ropa que usé para encontrarme con Valeria; vaqueros oscuros desgastados, un suéter rojo abrigado de cuello ancho y un par de botas bajas, que es evidente que son réplicas de las Old Navy que la madre de Connor usó todo el año pasado. De todas formas, me siento desnuda al salir a mitad del día mucho menos arreglada de lo habitual, pero Milo ni siquiera parpadea al levantar la vista de su móvil.

–Tengo una sola regla para esta excursión –advierte–. Debes ser amable con Stella.

Con “Stella” se refiere al Jetta 2006 de color azul que ha tenido días mejores, de seguro antes de pasar por varios hermanos Flynn. El parachoques tiene varias capas de calcomanías desgastadas, como si el automóvil en sí mismo estuviera en medio de una crisis existencial. Veo una calcomanía de una media maratón de Disney por la mitad, junto a alguna clase de calco de *Star Wars* desteñido, medio oculto debajo de uno que parece decir **MI LABRADOR SERÁ TONTO, PERO ES MÁS BONITO QUE TU ESTUDIANTE DE HONOR**. El interior está impecable, pero huele a café y patatas fritas viejas. Con todo, hay algo en ver a Milo colocar la llave en el arranque sin dificultades, asegurarse de que me haya colocado el cinturón de seguridad y retroceder por el estacionamiento, que me hace sentir que Stella es un auto de escape.

En el viaje de diez minutos a través del campus y del arboreto, hablamos más que nada acerca de *La guardia de Caballeros*; yo aún me rehúso a encargarme del programa del viernes; Milo aún se rehúsa a probar el té como alternativa al café. Para cuando bajamos de Stella, ambos nos reímos con tanta fuerza que no noto a la mujer que se acerca hasta que su sombra altísima está sobre mí.

–¿Quién es esta joven risueña?

Me enderezo de la risotada que me dobló en dos y levanto la vista hacia los ojos verdes demasiado familiares como para no reconocerlos. Me compongo de inmediato; la mujer con abrigo a cuadros y cabello rizado no puede ser más que la madre de Milo.

–Hola. Soy Andie –me presento con una mano extendida–. Encantada de conocerla.

–Soy Jamie. –Estrecha mi mano entre las suyas con fuerza suficiente para sacudirme entera. Luego se dirige a Milo–. Trajiste refuerzos, pero está vestida como una muñeca.

Yo lo miro con pánico, pero él se encoge de hombros.

–Puede pintar así, mamá.

–No con ese suéter precioso –replica y le chista a su hijo antes de enlazar mi brazo con el suyo–. Ven conmigo, buscaré algo que se pueda ensuciar. Hoy pintaremos el gallinero.

–Ah, no quiero causarle inconvenientes, señora Flynn.

–Jamie –me corrige–. Con "ie" al final. ¿Y el tuyo, muñeca?

–También con "ie".

–Eso era lo que esperaba. –Jala nuestros brazos lo suficiente para que nuestros cuerpos estén pegados y me guía hasta una casa de ladrillos en el límite del arboreto, con persianas azules, una puerta amarilla y luces de Navidad que aún no descolgaron. En el recibidor hay una docena de zapatos, botas, sandalias y mocasines desparejados, todos desparramados como si las personas fueran y vinieran todo el tiempo. Enseguida siento la presión de la nostalgia en el pecho por algo que nunca tuve (una familia grande, el caos de las vacaciones, el bullicio constante), pero antes de que penetre muy profundo, Jamie libera mi brazo y dice–: Sé justo lo que necesitas.

Espero dudosa durante los diez segundos que tarda en volver con una camiseta Henley y un mono, que deposita en mis manos con una sonrisa.

–Eran de Milo, cuando era bajo como tú –explica con una palmadita en mi cabeza–. El baño está por el corredor. Ve a cambiarte. Mientras buscaremos un pincel para ti.

Luego se da la vuelta, desaparece otra vez y me deja para que me cambie la ropa por la de Milo, gastada y con aroma floral. Avanzo por el corredor con las paredes llenas de fotografías de los hermanos Flynn sonriéndole a la cámara, todos con rizos oscuros y con las extremidades desgarbadas sobre los demás, hasta que encuentro el baño. Mi cambio de vestuario no luce nada lindo, pero sin duda es más apropiado para pintar.

–¿*Tu madre*? –le chisto a Milo al reencontrarlo afuera, en el frío.

Él me entrega un rodillo con una mano, mientras sostiene una lata enorme de pintura rosa con la otra.

–No será el primer miembro de la familia Flynn para el que trabajas, y probablemente no sea el último.

–Sí, pero luzco ridícula –señalo.

–Te ves bien –dice con el ceño fruncido–. Ahora terminemos con esto antes de convertirnos en paletas heladas.

Nos lleva hacia un sector del arboreto que nunca había visto, a unos cuantos metros de la casa, donde hay un gallinero, una zona cercada con cabras y algunas huertas pequeñas. Me explica que el lugar existe en parte para la especialidad en agricultura (que Shay tachó de su lista *muy* rápido), pero más que nada porque su madre, encargada principal del campus de Blue Ridge, decidió que la universidad necesitaba gallinas, así que llevó gallinas. Apenas logro esquivar a las que van paseando por allí, con las plumas alborotadas por un perro labrador viejo al que Milo llamó Bozo de forma afectuosa y luego le dio un bocadillo de un pequeño contenedor colgado en la puerta del gallinero. Gira hacia mí con una sonrisa de lado, iluminada por el sol invernal, que resalta el tinte rosado de sus mejillas pálidas.

–Ten –dice al darle una pincelada a mi hombro.

–¡Milo! –exclamo con un paso atrás–. Es *tu* camiseta.

–Ya lo sé. Como también sé que pasarías la próxima hora aterrada de mancharla, así que me adelanté antes de que tu lado perfeccionista apareciera.

–No soy perfeccionista –protesto, al tiempo que aparto la vista de la pared a la que ya le estaba enmascarando los bordes con cinta en mi mente.

–Claro que sí –afirma y se inclina para abrir la lata de pintura.

–¿Y en qué evidencia te basas? –Me agacho junto a él, por lo que nuestras miradas están al mismo nivel durante un momento incómodo.

Milo no duda antes de responder; retoma la conversación del coche mientras vierte pintura en un contenedor.

–Amas el programa de radio. Sé que es así porque, de lo contrario, no vendrías al estudio con nosotros a horas nefastas. –Hace una pausa. La lata de pintura ya está vacía–. Pero no quieres hacerlo los viernes ¿porque…? Creo que dar consejos al aire no es muy diferente a lo que haces con tu columna o con los correos electrónicos.

Sumerge su rodillo en la pintura, así que lo imito, mientras me muerdo el interior de la mejilla ante la mención de la columna. La verdad es que también estoy atrasada con eso, y no es por los listones, sino porque después de terminar la de esta semana me percaté de que nada de lo que escribí tenía el formato apropiado para un periódico escolar. Lo escribí como si fuera un guion, como para leer al aire, en tono demasiado casual y demasiado abierto, como para dar lugar al diálogo con quien pidió consejo.

Sé que tengo que reescribirlo pronto, pero cada vez que lo pienso siento un pánico extraño, como si ya supiera que no podré darle la forma indicada ahora que probé otra versión posible. Ahora que imaginé otra versión posible de mí misma.

Cuando levanto la cabeza, Milo ya comenzó con un lado del gallinero y me mira de costado, a

la espera de mi respuesta.

–Porque… –Porque tengo miedo de decepcionar a mi madre. Es un pensamiento reflejo, aunque sepa que no es verdad. Nunca podría decepcionarla. La realidad es que esa idea pone una barrera gruesa entre la verdad y yo: tengo miedo de decepcionarme a mí misma. A pesar de los planes que tengo de ayudar a las personas, aunque sea aquí en Blue Ridge, aún me siento muy lejos de ellas (de lo fácil que parecen moverse por el mundo, de cómo todas parecen encajar), tanto que me siento una intrusa. Luego lo sobrepienso y no logro conectarme en tiempo real como lo hago cuando no estoy bajo presión, cuando nadie me ve. Cuando nadie sabe quién soy.

Cuando puedo esconderme.

–No es que quiera ser perfecta –replico–. Eso solo que… me gustan las situaciones que puedo controlar. Escribir sola en mi habitación es algo que puedo controlar, pero un programa en vivo es diferente. Y creo que ya hay demasiadas cosas que se escapan de nuestro control.

Me mira con el rodillo en pausa y asiente con la cabeza, porque lo sabe. Pienso en todos los zapatos mezclados junto a su puerta y lamento que el par de su padre no esté allí.

–Pero puedo hacer planes y atenerme a ellos. Como mi especialidad, mi carrera, mi…

–¿Tu novio?

Alzo las cejas por la pregunta, pero él no me mira, está concentrado en una línea de pintura rosada como si estuviera decidido a fingir que no dijo nada. Y con gusto fingiré con él aunque haya tocado una fibra sensible. Connor es seguro y estable; no es algo que pueda controlar, pero sí alguien con quien puedo contar. Pero no lo amo por eso. Lo amo como amo contemplar el cielo despejado o a la sensación del césped bajo mis pies; es una sensación que conozco desde siempre.

La garganta se me cierra de pronto y, sin pensarlo, saco mi móvil para echarle un vistazo. No hay ningún mensaje.

–Si algo puedo decir es que no puedo planificar por él –respondo, esforzándome por no apretar los dientes mientras guardo el móvil–. Sus padres son muy estrictos. Son ellos quienes están al mando, no yo. Tienen expectativas muy altas.

–También para ti, imagino.

–Así es. –El impulso de defenderlos es inmediato, pero no cambia la realidad.

Milo se queda callado durante varios trazos de pintura; él se ocupa de la parte superior, yo de la inferior.

–Si sirve de algo, parte de la diversión de la radio está en lo que no puedes controlar. Aún en las partes vergonzosas. –Inclina la cabeza hacia abajo lo suficiente para que vea su sonrisa de soslayo–. Ahora puedo hacer chistes sin ahogarme con mi propia saliva, pero debes recordar mis primeros programas.

Me sonrío a mí misma al recordarlos. A los estándares de un conductor de radio profesional,

no fue perfecto. Fue perfecto a su manera, es decir, con un tono determinante, mezclado con una serie de groserías cuando perdió el hilo de las notas. Y, claro, el ataque de eructos fatídico.

–Recuerdo la parte en la que increpaste a todo el cuerpo administrativo con tu primer segmento sobre el programa de estudio y trabajo.

Con eso, me apunta con el rodillo como si fuera un dedo.

–Y gracias al programa, logré que escucharan a los negocios fuera del campus que querían participar en el programa y se abrieron nuevos puestos disponibles.

–Entre ellos, Bagelópolis.

–Y algunos más –afirma–. Pero es una solución temporal. El problema es que la matrícula está subiendo demasiado, así que obligan a los estudiantes del programa a trabajar en lugares donde no hay puestos suficientes o haciendo que se endeuden hasta la médula.

Cualquiera que conozca la historia de *La guardia de Caballeros* sabe que todos eligen un tema o segmento personal en particular, así que sé que él comprende cuando pregunto:

–¿Y por qué decidiste que el programa de estudio y trabajo fuera lo tuyo?

Su mirada está firme en el rodillo, pero su mente parece estar enfocada más allá mientras piensa en la respuesta.

–Sabes que mi madre trabaja para la universidad. Mi padre también lo hacía. Así que todos los hermanos asistimos aquí y todos tuvimos trabajos del programa. Y con los años, se han hecho cada vez más difíciles de conseguir. –Hace una pausa a la pintura y lanza una mirada en dirección a la casa–. Ahora, la mayoría de mis hermanos trabajan para la universidad o para la comunidad, así que Blue Ridge siempre será importante para mí. Quiero que le haga justicia a su promesa: es una universidad estatal, debería ser accesible. Pero ahora no lo es, y si no hacemos algo, ya no será la misma comunidad en la que crecí. El lugar al que las personas pueden venir para construir un hogar.

Es más de lo que esperaba que dijera; más de lo que creo haberlo escuchado decir sobre algo tan importante para él. Yo también dejé de pintar para mirarlo y, una vez más, me impactó reconocer algo en él, algo que compartimos y que no había notado hasta este momento: una conexión con la Estatal Blue Ridge que es mucho más profunda que el terreno en el que se asienta.

–En verdad amas este lugar, ¿eh?

Recién entonces nota mi mirada sobre él y regresa la atención a la pintura, con sus mejillas tan rosadas como la pared.

–Sí. –Se aclara la garganta y vuelve a pintar, pero no sin antes lanzarme una mirada aguda–. En conclusión, no tenía idea de lo que hacía cuando me metí en el programa. Solo sabía que tenía cosas para decir. Las personas que solo hacen cosas para las que ya son buenas acaban limitándose. Y lamentándolo.

Las palabras penden en el aire entre los dos y se toman el tiempo para asentarse. No es que no haya escuchado algo parecido antes, sino que, viniendo de Milo, cobran otro sentido. Es alguien que está haciendo lo que yo siempre quise hacer, que se esforzó mucho para mejorar y que me cree capaz de hacer lo mismo.

–Y dices que no quieres dar consejos en el programa –bromeo en voz baja.

–De hecho, no es un consejo mío. Me lo dio mi padre –explica con expresión apenada–. "Todo lo que vale la pena empieza con un caos".

Una vez más, dejamos que las palabras pendan en el aire con su propio peso silencioso. Luego, Milo alza la vista para mirarme otra vez.

–Me gusta el mensaje –afirmo–. Es como si dijera que… para tener un nuevo comienzo no es necesario limpiar el pasado, solo recoger los pedazos. Empezar otra vez.

–Sí –coincide. Ambos nos quedamos en silencio, como si estuviéramos pensando en los fragmentos que intentamos dejar atrás, los que nunca nos dejarán en realidad. Los fragmentos que solo nos echarán atrás cuanto más finjamos que no existen.

–Suena como un buen hombre –comento.

–El mejor –dice en voz más baja. Desvía la mirada al suelo, inhala rápido y agrega–: Ahora presta atención antes de que Tommy te arranque un ojo de un picotazo.

Recién entonces noto a las gallinas curiosas que merodean alrededor de nuestros pies. Para cuando terminamos, ya aprendí los nombres de todas, el gallinero luce como una casa de Barbie ecológica venida a menos y Bozo consiguió que Milo le diera tres premios más.

Al volver a la casa, nos recibe el aroma inconfundible a queso fundido. Mientras Milo desaparece para cambiarse los pantalones por un par que no esté manchado de pintura rosa, yo me lavo las manos en el fregadero y me siento a la mesa. Jamie ocupa el lugar frente a mí y me lanza una mirada conspirativa.

–Tú eres la chica que inició la cruzada contra el café, ¿eh?

–Mi reputación me precede –admito mientras me froto las manos para calentarlas.

–Me alegra que alguien cuide de él en el temible campus de Blue Ridge –dice con un guiño–. Disculpa mi broma de gallinas, pero Shay y tú parecen buenos polluelos.

–Nos alegra que nos haya tomado bajo sus alas. –Mis mejillas se calientan más rápido que todo el resto de mí.

Deja escapar una risa estruendosa y palmea mi mano.

–Me agradas.

Mientras gira para sacar el queso grillado de la estufa, parpadeo sorprendida por el impacto de esas dos palabras simples. Es muy fácil hablar con Jamie, eso es todo. Me siento cómoda en el mono viejo de su hijo y sentándome desplomada en una de las sillas de madera de su cocina. En cambio, cuando estoy con los padres de Connor, evalúo constantemente cada palabra que saldrá

de mi boca y las señales de su madre e intento seguirle el ritmo a su padre. Con ellos, nunca sé muy bien cuál es mi lugar.

–Huele bien aquí –dice alguien que, sin dudas, no es Milo, pero levanto la vista y veo a un chico que luce como él; el mismo cabello oscuro y los mismos ojos verdes, pero con barba de unos días y una presencia muy diferente. Parece más agudo, con movimientos rápidos y mirada fugaz. Junto a él hay una chica pelirroja de una belleza imponente, que parece suavizarlo al instante al estar a su lado.

–Harley, cariño, creí que irían a esa fábrica de cerveza –comenta Jamie con el ceño fruncido.

De repente, me congelo en mi asiento como sucede cuando te preparas para un choque.

–Sí, íbamos a hacerlo, pero…

–¿Qué haces aquí? –Y llegó el impacto. Milo está parado en el corredor detrás de mí, con los ojos abiertos como platos, las mejillas más rojas de lo que las vi jamás y los brazos tan rígidos a los lados que siento como mis músculos se comprimen en simpatía con los suyos.

–Hola –responde Harley con evidente nerviosismo–. No sabía que estarías en casa hoy.

–Claro que lo sabías –replica Milo con voz tensa, pero tan temblorosa como la de su hermano.

–Milo –dice la chica con cuidado.

–No. –Él sacude la cabeza en un movimiento brusco–. Me voy.

Con eso, empujo mi silla para seguirlo. No sé cuánto me falta saber de esta historia, pero conozco a Milo. Si quiere irse, lo seguiré.

–Milo, no seas tonto –interviene Jamie y da unos pasos hacia él–. Esta también es tu casa. Quizás sea una buena oportunidad para que hablen de esto.

Milo mete los brazos en las mangas de su abrigo y sale como una estampida, que resulta un poco cómica por la forma en la que cierra la puerta con mucho cuidado detrás de sí. Jamie suspira y vuelve a enfocarse en el queso grillado.

–Discúlpanos –dice mientras envuelve el queso en servilletas de papel y me entrega una bolsa con mi ropa–. Nunca hay un momento aburrido en la familia Flynn.

–Gracias. Fue agradable conocerte.

–A ti también, muñeca.

Siento las miradas del hermano y de la exnovia de Milo sobre mí cuando me apresuro a salir. Afuera, lo encuentro apoyado contra Stella con las fosas nasales hinchadas y la mirada en el concreto de la entrada como si hubiera cometido un crimen contra él.

–Yo conduciré –ofrezco.

–No es necesario. –Me mira sorprendido, como si no hubiera esperado que lo siguiera.

–Dame las llaves. Prometo que seré buena con Stella.

Milo suspira, pero cede y me entrega las llaves. Una vez adentro, tengo que mover el asiento casi un kilómetro para acercarlo al volante, y al menos eso es suficiente para que él suelte el aire

casi como si se riera. Luego, le entrego el queso grillado.

–Gracias –dice.

–Así que ese era Harley –comento al tiempo que compruebo los espejos para retroceder. En lugar de responder, Milo se mete al menos la mitad del queso en la boca de forma deliberada. Una estrategia para evitar conflictos al mejor estilo Andie Rose. Espero a que termine de masticar para preguntar–: ¿Estás bien?

–De lujo.

–Milo –insisto, a lo que vuelve a suspirar.

–Es un idiota. Él sabía que vendría a casa. Le dije a Sean que le dijera a mi madre que le avisara a Harley. Y se aparece aquí con Nora como una emboscada, es…

–Así que Nora es tu ex.

Se frota los ojos con el índice y el pulgar y apoya un codo sobre el tablero.

–Sí. Mierda. –Casi puedo sentir cómo intenta fruncir el ceño pero no logra que su rostro obedezca, pues aún de reojo, veo que se desmorona–. Es extraño llamarla así. Éramos… Bueno, pensé que éramos…

–Uno para el otro –concluyo por él.

–Estaba equivocado –declara y vuelve a enderezarse.

–Lo siento –digo en voz baja y me cuido de no decir nada más. No es que me sienta fuera de mi zona, sino que me preocupara que él lo esté.

–¿Qué? ¿Ningún consejo de Andie Rose? –pregunta después de un momento.

–¿Lo quieres? –replico al salir a la calle principal.

–Creo que lo recibiré en algún momento de todas formas –comenta con la vista en sus pies, más para ellos que para mí. Me aclaro la garganta y decido ignorar el tono de su voz.

–Entonces, podemos hablar en algún otro momento. No quiero decir nada que no quieras escuchar ahora.

–Sí –insiste con un rastro de disculpa en la firmeza de la palabra–. Quiero escucharlo. –Me observa expectante desde su asiento. Le doy un instante, segura de que se desmoronará como antes y, cuando no sucede, respondo con cuidado.

–Bueno, aún te duele. Llevará tiempo. –Él sigue inmóvil, mirándome como una estatua–. Pero en algún momento tendrás que resolverlo, ¿no? No puedes ignorarlo a él y al resto de tu familia para siempre.

–No estoy evitando al resto de mi familia.

–Acabas de hacerlo –afirmo en tono amable–. Dices que Harley sabía que estarías en casa. Quizás no fue una emboscada. Creo que es posible que quisiera hablar contigo.

Alcanzo a ver un rastro de la arruga profundizándose en su ceño antes de que desvíe la mirada.

–Y sea lo que sea que haya pasado, creo que cuando se trata de dolor, es más fácil sanar si lo

procesan juntos. –Pienso en mi padre al hablar, en cómo se alejó cada vez más con los años. En cómo hubiera sido mucho más fácil recuperar ciertas partes de mí si él hubiera estado allí para encontrarles sentido–. El punto es que –continúo, haciendo a un lado mi dolor–, la familia es para siempre. Pero el asunto con Nora… Creo que lo superarás tarde o temprano.

–¿Eso crees?

–Bueno… Eso espero. –Su pregunta directa me toma por sorpresa.

–¿Lo harías si se tratara de Connor?

–Milo, estamos hablando de ti –replico con una mueca.

–¿Sí? Porque parece que estás diciéndome que supere a mi ex cuando tú no puedes superar a un tipo que estuvo evitándote todo el semestre y ni siquiera se molestó en escribirte el Día de San Valentín. –Él se sobresalta antes que yo, sorprendido de haber dicho eso.

–Eso fue innecesario –digo de todas formas.

–Lo siento –se disculpa ya sin rastros de irritación. Se pasa una mano por el cabello; y, por el rabillo del ojo, noto que tiembla un poco–. Mierda. Yo…

–Lo sé.

Seguimos el resto del camino en silencio; yo con la vista en la calle, él jugando con la cremallera de su abrigo y lanzándome miradas furtivas. Mantengo una expresión compuesta, una versión neutral de mi sonrisa televisiva. Y, de repente, me percato de que la incomodidad que estuve anticipando desde el momento en la nieve está aquí, espesando el aire entre nosotros. Es como si hubiera estado esperando un catalizador, a que alguno de los dos pasara demasiado cerca del otro.

–En serio lo siento, Andie –repite mientras estaciono el auto.

–Estoy aquí si alguna vez quieres hablar de esto de verdad, ¿de acuerdo? –le digo y le entrego las llaves de Stella. Su mano roza la mía cuando las recupera. Se detiene un instante, como si fuera a decir algo más, así que alzo la vista y veo que su expresión comienza a abrirse con algo honesto, real y miserable.

–¡Andie!

Los dos desviamos la mirada tan rápido que la mención de mi nombre bien podría haber sido la explosión del caño de escape de otro vehículo.

–*¿Connor?*







CAPÍTULO QUINCE

Ahí está, como una especie de aparición de cabello dorado y sonrisa amplia, saliendo de su coche con la chaqueta del equipo de fútbol de Little Fells y un ramo de rosas rosadas, mis preferidas. Gira para dejarlas en el asiento antes de que yo empiece a correr, porque sabe que me lanzaré sobre él como un proyectil.

–*Auch* –bromea cuando impacto contra él, que absorbe la inercia con facilidad y me levanta del suelo–. Hola.

–Hola, hola, hola, hola, hola –repito en su oído, con tal exaltación que siento que alguien me inyectó un espectáculo de fuegos artificiales en las venas. Nos abrazamos con fuerza y, por un momento, el tiempo se congela por completo. Solo estoy yo, la presión del cuerpo de Connor contra el mío y el palpitar firme de nuestros corazones que laten en sintonía.

–¿Cómo es que estás *aquí*?

–Mi padre me dio el día libre, así que subí al coche y… –Nos apartamos con los brazos aún entrelazados; sus ojos brillan–. Feliz Día de San Valentín.

–Te extrañé mucho. –Hundo la cabeza en su pecho y siento su aroma herbal que conozco muy bien.

–Yo te extrañé más.

Lo dudo, pero ahora no importa, porque no puedo ver más allá de su figura familiar y de la oleada de alivio arrolladora.

–Pero ¿qué pasa, Andie? –pregunta con un pulgar debajo de mi ojo–. Te ves molesta. –Siento la vibración de su voz contra mi pecho.

–Yo…

Él desvía la mirada hacia Milo, que está de espaldas y va de camino a Cardenal.

–¿Quién es él?

–El asistente de residentes –le digo, porque es más fácil que explicarle que no solo acabamos de tener una discusión de amigos, sino una en la que él mismo hizo su aparición hace menos de cinco minutos–. Fue un día largo, eso es todo.

–¿Pasó algo con tu padre? –inquiere por lo bajo.

Dudo un momento, porque técnicamente sí pasó algo, aunque no sea lo que me tiene alterada ahora. Connor no espera la respuesta, en cambio, me da un beso en la sien, y yo me dejo llevar por la sensación de que el peso de tantas semanas separados desaparece de mis hombros y vuela con el rocío invernal.

–Ven, te mostraré mi dormitorio –le digo jalando su manga.

Una vez arriba, le muestro todo: los libros que Shay me deja tomar prestados, mi plan de estudios nuevo y todas las tareas que trae consigo. Y claro, los listones que conseguí hasta ahora, la mitad para mí, la mitad para él.

–No sé qué decir –expresa al tocarlos uno por uno.

Intento evitar sentirme posesiva mientras los saca de la caja en la que los guardé con cuidado junto con los de mi madre y los extiende sobre mi cama. Pero parte de mi mente aún quiere recuperarlos, como si estuviera por robarme una parte de mi madre.

–¿Cómo los conseguiste?

–Fui a todos los eventos –explico con orgullo.

–¿No son todos los fines de semana?

–Sí. Aún no me perdí ninguno.

–Vaya –ríe–. Tus clases deben ser mucho más fáciles que las yo tenía aquí para que puedas lograrlo.

Mi sonrisa se desdibuja, algo se quiebra debajo de mis costillas.

–Bueno, a veces pierdo tiempo de estudio. –Y tiempo de escribir y de verlo a él y a mis abuelas. Controlo la voz, hago los pensamientos a un lado y agrego–: Pero es solo un semestre.

–Sí –asiente–. Un semestre y…

–Y luego volverás, los dos estaremos en una de las sociedades secretas y todo habrá valido la pena –termino con la sonrisa de vuelta en mi rostro. Él extiende la mano para acariciar mi

mejilla.

–Sobrevivir aquí ya es difícil, ¿y de todas formas dedicas tanto tiempo para hacer esto por mí?

Al escucharlo en esos términos, mi próximo aliento se siente atorado en mi pecho. Quiero decirle que no es así, que no lo hago solo por él. Tengo mucho más en juego que él.

–Claro –respondo con empatía. No soy justa con él; no tiene idea de lo que los listones significan para mí, y es mi culpa, no suya–. Volverás –digo con sinceridad, pero con la mandíbula apretada–. Y todo estará bien.

Connor se inclina para besarme en los labios, un beso en el que ambos nos sumergimos y nos aferramos los brazos mutuamente mientras descendemos sobre el colchón.

–Todo estará bien –repite con la tranquilidad que lo caracteriza. Con la misma confianza que implica ser Connor Whit y saber que, la mayoría de las veces, consigue lo que quiere. Luego acomoda un mechón de cabello suelto detrás de mi oreja y continúa–: Pero dime, ¿qué pasó? Con tu padre.

–Nada. –Cierro los ojos y descanso la frente en su hombro.

–Mm. –Tararea con seguridad, pero su expresión no es de tranquilidad. Me conoce muy bien para saber lo que significa mi "nada".

–Nada que deba sorprenderme, al menos –clarifico–. Él… Su nueva novia tiene una hija. Al parecer no era alérgico a la paternidad después de todo.

–Andie –advierte con delicadeza.

Odiaría escucharlo de alguien más. Odiaría que esta parte de mi vida, por la que siento una vergüenza extraña, estuviera expuesta aunque sé que no es mi culpa. Pero con Connor se siente como hablar con una extensión de mí misma. De todas formas, mi voz suena apocada cuando sigo hablando.

–Es que, por mucho tiempo, sentí que yo debí haber hecho algo mal, que no era suficiente. Pero parece que otra niña lo es, y él debió haber sabido que me molestaría, porque ni siquiera se molestó en hablarme de ella.

–*Tranquila*, Andie. –Él presiona mi rostro contra su hombro como para absorber las lágrimas que no llegan a salir. Hay algo en la situación (en el hecho de que Connor se mezcle con mi nuevo mundo), que me desencaja demasiado como para sentir mucho más–. Él… es muchas cosas, pero debió decírtelo. No debió abandonarte para empezar. Mereces ser amada. Mereces personas que se queden a tu lado.

Una vocecita distante se abre paso en mi cabeza y me recuerda que Connor podría no ser una de esas personas. El semestre pasado, estuvo muy cerca de renunciar a nosotros. Pero quizás ese sea el punto: prevalecimos a pesar de eso, como lo hacemos siempre. Aparto la idea de mi mente. Estoy en sus brazos y hay muchos listones sobre mi escritorio, esperando a que los dos los usemos para reclamar nuestro lugar aquí; esperando a que yo descifre el misterio de mi madre, y

a que ambos estemos uno junto al otro.

–Yo siempre estaré aquí, Andie. Sabes que lo haré.

–Lo sé –afirmo y hundo la cabeza en su hombro. Se siente bien decirlo y permitirme creerlo.

–Mis padres creen que el ensayo para mi solicitud de transferencia podría mejorar un poco. –Percibo la sonrisa cómplice en su voz–. Creo que le serviría una buena lectura de una chica que no teme decir las cosas como son.

–¿Quién podría ser esa chica? –Río sobre su camiseta.

–No lo sé. Quizás sea la misma que salvó el promedio de este tonto una y otra vez.

Eso me provoca una punzada inesperada, pero que reconozco. La misma que sentí en segundo año de la secundaria, cuando las calificaciones de Connor empezaron a bajar y yo dediqué tanta energía a ayudarlo que las mías también cayeron. Y cayeron al punto que nunca pude recuperarme. Al punto en que ni siquiera con mis esfuerzos, actividades extracurriculares ni resultados decentes en mis exámenes logré ingresar a la Estatal Blue Ridge en el primer intento.

Mis ojos se desvían hacia los listones y recuerdo la advertencia de Valeria sobre mis hábitos de estudio, pero hago todo a un lado. Ahora estoy aquí, y pronto Connor también lo estará. Llegaremos a donde queremos estar como siempre lo hacemos, tomando turnos para animar al otro en el camino.

–Solo te ayudé un poco. Tú eres suficientemente inteligente –desvío el tema.

–Y tú eres lo suficientemente linda para ayudarme –replica con un beso en mi cabeza–. Te amo.

Las palabras se atoran en mi pecho antes de llegar a mi garganta:

–Yo también te amo.







CAPÍTULO DIECISÉIS

A la mañana siguiente, Milo se nos adelanta para llegar al estudio. Apenas atravieso la puerta antes de que se acerque a zancadas y me entregue su termo desgastado con el logo de la Estatal Blue Ridge. Lo recibo mirándolo a los ojos, que lucen igual de cansados de lo que yo me siento.

–Es té –me informa. Luego agrega–: Supuestamente.

Pasamos un momento en silencio en el que sus ojos cuidadosos analizan los míos. Ya se había disculpado ayer, pero ahora siento su sinceridad. La veo en la cautela detrás de sus ojos y en la caída apenada de sus hombros altos. Aunque ya lo había perdonado, mi pecho se llena de calor de todas formas.

–¿Por qué yo no tengo té? –Shay se acerca detrás de mí y observa el termo con curiosidad.

–Porque ayer no me porté como un idiota contigo. –Milo voltea de forma abrupta en dirección a su asiento.

Mis orejas están más calientes que el termo en mis manos. Shay me mira con las cejas en alto, clara señal de “lo discutiremos cuando no tengamos un programa que poner al aire”, antes de enfocarse en la computadora.

–¿Puedes ser un idiota conmigo hoy? –pregunta–. Me gustan las infusiones gratis.

–Intentaré hacerte un lugar en mi agenda –bromea Milo.

–Gracias, Milo. Pero no era necesario –le digo mientras presiono el termo contra mi pecho para sentir el calor a través de la chaqueta.

–No me lo agradezcas todavía. Nunca había hecho té hasta ahora.

Pruebo un trago: tiene suficiente azúcar para todo un lote de las famosas galletas de la abuela Nell y tanta leche que apenas llego a sentir algo parecido al té. Pero aunque se sienta terrible en la boca, el calor en mi corazón es infinito.

–Espera. –Miro el termo y luego a sus manos vacías–. ¿Y tu café?

–Puedo sobrevivir una hora antes de la primera taza –declara.

Es casi ridícula la forma en la que mi pecho parece hincharse por un gesto pequeño pero extrañamente personal. Hasta que Shay parpadea y nos mira a uno a la vez, tan sorprendida como yo.

–Bueno, creo que el programa tiene que seguir aunque sea el Mundo del Revés –anuncia al retirar las notas de la impresora y colocarlas frente a Milo–. Saldrás en cinco.

Al terminar el programa, Milo se retrasa frente al micrófono, desde donde me mira a los ojos con disimulo. Shay me da una palmada en el hombro antes de irse a clases; entonces, me acerco a Milo para devolverle el termo. De repente, la habitación se siente más pequeña sin Shay aquí.

Él abre la boca, pero niego con la cabeza porque ya sé lo que dirá.

–De verdad, Milo, no tienes que disculparte –insisto–. Yo no debí haber dicho nada.

Suelta un suspiro apenado y se hunde en su asiento; aunque esté sentado, tengo que levantar la vista para mirarlo a los ojos. Luego recupera el termo con cuidado de tomarlo por debajo, de modo que nuestros dedos no se toquen.

–No te di opción –murmura.

–De todas formas, no era asunto mío. –Me acerco con intención de que mi mire a los ojos y vea que estoy bromeando–: Me dejé llevar por, eh, mi obsesión por arreglar cosas, como dicen tú y Shay.

Pero cuando me mira, me sorprende su expresión seria.

–Tampoco debí haber dicho eso. No creo que tengas una obsesión.

–¿No? –Siento que pierdo parte de la compostura.

–No. Creo que amas ayudar a las personas. –Su voz es firme, sin rastros del temblor de ayer. Es como si hubiera estado pensando en esta conversación desde entonces, o incluso desde antes–. Pero también creo que te presionas demasiado para hacerlo.

Percibo un cosquilleo desconocido bajo la piel. Es la sensación cercana de que alguien está viendo algo que no quieres que vea.

–Bueno, es lo que quiero hacer para vivir –afirmo en voz demasiado alta para mis oídos–.

Quiero dar lo mejor.

–No es a lo que me refiero. Es… –Milo se lleva una mano a la nuca mientras aprieta la mandíbula como si estuviera evaluando sus siguientes palabras con cuidado. Cuando decide que está listo, me mira y continúa–: Sabes que no le *debes* ayuda a nadie, ¿cierto? No tienes que probarle nada a nadie.

–Yo no… –se me cierra la garganta–. Lo sé. No se trata de eso en absoluto.

Él no se echa atrás como esperaba. Deja que hable, pero no deja que las palabras se asienten.

–Puede que no, pero creo que necesitabas escucharlo –afirma.

Me sudan tanto las manos que no puedo evitar frotarlas contra mi abrigo. Busco algo que decir, alguna forma de contradecirlo, pero es como si mis pulmones no me lo permitieran. Como si el aire no pudiera llenarlos.

–A veces, tus amigos necesitan ayuda y otras, la necesitas tú. Pero eso no implica que tengamos que solucionar todo uno por el otro. –Tuerce los labios de costado–. Ese es el punto de tener amigos, en plural. Es un sistema de apoyo. Todos ayudamos cuando está a nuestro alcance, pero no abarcamos más de lo podemos.

–Yo tampoco –tercio en voz baja.

–¿No? Estás muy ocupada intentando solucionar problemas. La especialidad de Shay. Mi horario de sueño. Los listones para tu novio. Los correos del programa *y* tu columna. ¿Me dirás que nada en tu vida se está desmoronando en el proceso?

Necesito terminar con esto. Tengo que encontrar la forma de darle un fin elegante a la conversación antes de que me lleve a un lugar al que no quiero ir sola, mucho menos con alguien más.

–Es solo que… –Inhalo con fuerza e intento recurrir a la misma excusa que le di hace unas semanas, cuando mencionó mi necesidad de solucionar problemas la noche de trivia–. Me hace feliz poder ayudar.

Pero me mira con la cabeza de lado como diciendo *¿Segura?*, como si delatara en silencio algo muy complicado para nombrarlo, demasiado arraigado en mí para definirlo.

–Creo que primero deberías ser feliz con tu propia vida –afirma.

–¿Parezco infeliz? –Mis cejas se elevan antes de que pueda detenerlas.

–Bueno, en ocasiones –responde y se encoge de hombros–. A todos nos pasa a veces. La diferencia es si estás dispuesta a reconocerlo. Y a veces pienso que tu obsesión con solucionar problemas ajenos es tu forma de *no* reconocerlo.

En este preciso momento, siento que algo en mí se quiebra; una especie de barrera que me separaba de la verdad que evité durante tanto tiempo que, a pesar de mis esfuerzos, está grabada en mí. Es estruendosa y sé que si contemplo lo que siento (si en verdad me permito sentirlo en lugar de hacerlo a un lado como siempre), no será felicidad, sino alivio. No es la suma de algo

bueno, sino la ausencia de algo diferente. Porque la verdad es que saber que puedo ayudar implica que no soy una carga. Durante los años en los que mi padre se ausentó, en los que me dejó con dos mujeres que me amaban muchísimo pero nunca imaginaron tener que criarme después de haberse retirado, no pude evitar sentirme como un peso para ellas. Nadie sabía qué hacer conmigo. Ni mi padre, que de repente dejó de ser un padre; ni mis abuelas, que dieron lo mejor, pero nunca pudieron llenar el vacío que dejó mi madre; ni los Whit, que me trataron como parte de la familia, pero hasta cierto punto.

Sí, cuando era niña, el deseo de ayudar fue natural; mi madre ayudaba con su lengua filosa y su habilidad para echar luz sobre los problemas. Yo lo hacía escuchando y echando luz sobre las personas. Estábamos unidas por la satisfacción mutua de saber que podíamos usar nuestras capacidades para hacer que otras personas se sintieran escuchadas y protegidas.

Sin embargo, después de que mi madre murió, y yo comencé a sentirme desconectada de todos, ayudar dejó de ser un instinto para ser más una necesidad, una obsesión. Mientras más ayudaba, más fácil me resultaba dejar de lado la sensación de ser una carga.

No tienes que probarle nada a nadie. Aun cuando las palabras intentan asentarse en mi mente, no puedo evitar resistirlas. Cuando te habitúas a vivir de cierto modo, a medir tu vida y tu valor con ciertos parámetros, es mucho más fácil seguir así que intentar adoptar un parámetro desconocido.

Me arden los ojos por la singular convergencia de revelaciones que me sacuden al mismo tiempo. No es solo la estructura mental con la que me guie todos estos años, sino todas las partes de mi vida que dejé en espera por ella.

Y aquí está, esta es la esencia de lo que quería decir el padre de Milo. Estos son los pedazos que no recogí, el caos que estuve ignorando. No puedo barrer la tierra y fingir que no pasó nada. Blue Ridge es mi oportunidad de empezar de nuevo, pero tengo que mirar atrás antes de poder mirar hacia adelante.

–Quiero…

El potencial de esa palabra es avasallante. Siempre supe lo que quería; siempre tuve mi vida planeada, pero eran logros concretos y medibles. Sin embargo, nunca me permití considerar las cosas que *quiero*, cosas que no estoy segura de poder tener siquiera.

Quiero amar y ser amada sin tener que preguntarme si es condicional. Quiero una vida que me pertenezca, sin sentir que soy responsable de nadie ni que alguien es responsable de mí. Quiero recuperar lo que perdí; al menos lo que aún queda por recuperar.

–¿Qué? –pregunta Milo en voz baja.

Presiono los puños a los lados para armarme de una confianza que parece prestada. Siento que la traje del pasado, del corazón de mi versión más joven. Le toma unos instantes, pero se instala en mí, se adapta a mi nueva forma y a las grietas en ella. Miro a Milo a los ojos con

determinación.

–Quiero hacer el programa los viernes –afirmo, apenas más fuerte que el retumbar de mi corazón.

Él despliega su sonrisa lenta de satisfacción, la que resulta tan cautivadora que, por un momento, tengo que esforzarme al máximo para no perderme en ella. Para no preguntarme por su origen; si habrá sonreído así con frecuencia o la reservará para momentos singulares como este.

Mi próximo aliento es un poco tembloroso, pero mi voz es firme:

–Todavía no estoy lista para hacer cosas de forma impulsiva, pero si puedo hacer un segmento de consejos, algo que pueda grabar con anticipación, creo que lo lograré.

Su sonrisa parece suavizarse. Le siente bien, resalta el verde musgo de sus ojos y arruga sus mejillas de un modo que no creo haber visto antes.

–Bienvenida a *La guardia de Caballeros*, Escudera.







CAPÍTULO DIECISIETE

La primera vez que grabé el segmento para el programa, lo ensayé no menos de veinte veces y me senté con las notas tan cerca de mi rostro que, cuando Shay me mostró la fotografía que me tomó, parecía que quería comerme el papel. La segunda vez también fui un manojo de nervios, pero logré mantener las notas a una distancia prudencial. La tercera, solo tuve que mirarlas un par de veces, porque me sentí cómoda con mis ensayos, al punto en que incluso pude hacer comentarios improvisados.

Pero el estrés verdadero llega cada viernes, cuando Milo reproduce el segmento en medio de la transmisión. Para la cuarta semana, ya casi me habitué al pavor y la emoción de escuchar mi propia voz, pero me alivia bastante cuando la grabación termina y Milo acepta la primera llamada del día.

–Hola. Eh… Llamo porque, bueno, necesito un consejo. Es sobre una relación a distancia.

Mis cejas se disparan. No recibimos llamadas pidiendo consejos desde que empecé el segmento porque solicitamos que los pidieran por correo.

–¿Tienes nombre o te llamo Oyente de relación a distancia? –pregunta Milo.

–Puedes llamarme… Bea. –La voz es nasal, como si la persona estuviera resfriada.

Él me lanza una mirada breve, y yo ya estoy sudando como para formar una laguna.

–Muy bien, Bea. Cuéntame.

–Bueno, esta es la situación, tengo esta especie de relación a distancia. No estoy muy segura de cómo definirla. Ambos decimos estar dispuestos a hacer que funcione, pero no estoy segura de que él esté comprometido. Las cosas son un poco confusas hace un tiempo. Quiero darle una oportunidad, pero también me siento confundida por otra persona. Alguien que está aquí.

–¿Confundida? –repite Milo con ironía.

–Sí. No sé si se deba a que en verdad somos uno para el otro o a que estamos cerca físicamente. Me preguntaba si, tal vez…, tú o la Escudera podrían darme un consejo.

–Bueno –expresa Milo mirándome–, el segmento de la Escudera de esta mañana ya terminó, así que… eh, me tienes a mí. Mi consejo profesional es que olvides todo el asunto, el amor es una estafa.

–Milo –chista Shay.

–Eso no ayuda en nada, ya sabes –se enmienda–. Así que mi verdadero consejo es que, eh…

Entonces, me percato de que Milo no solo me mira con complicidad, sino que lo hace porque no tiene idea de qué decir. Está mirándome porque yo sé qué decir y ambos lo sabemos. Y luego, por primera vez, no apelo a la versión más valiente de mí que fui alguna vez. Ahora es ella la que parece hacer su aparición por su cuenta. Ella parece tomar el control.

Le hago una seña con la cabeza a Milo, que se levanta del asiento para dejarme el lugar y baja el micrófono a mi altura. Espero que mi corazón se descontrole y sentir la distancia extraña que me hace creer que no puedo conectarme con las personas siendo mi verdadero yo igual que como lo hago con mi versión ensayada. Sin embargo, cuando abro la boca, me siento más como yo misma que nunca.

–Aquí está la Escudera, Bea.

–Ah, genial. Hola.

–Hola a ti también –respondo con una sonrisa inesperada–. Escucha… Sé lo difíciles que son las relaciones a distancia. Créeme.

–¿Sí?

–Así es. No te diré qué hacer, porque no puedo, pero te haré una pregunta. ¿Amas a la persona que está lejos?

Es como volver a mudar a una piel vieja. Una que ya llevo usando un tiempo y que comienza a sentirse nueva otra vez.

–Me importa –responde la oyente con un suspiro pesado.

–Entonces sabes que la distancia no es para siempre –digo con entusiasmo. Son mis palabras, pero veo la sonrisa amplia de Connor mientras las digo–. ¿Crees que si lo esperaras, podría funcionar?

La mirada de Milo está sobre mí otra vez, aunque esta vez el peso es diferente. Intento ignorarlo, pero eso es lo curioso sobre él, siempre soy consciente de su presencia. Sé dónde está, cómo se mueve, conozco las fuerzas contrapuestas que forman su mundo. Incluso soy consciente de mí misma cuando soy una de esas fuerzas.

–Sí –dice la oyente del otro lado–. Si ambos podemos esperar.

Me acomodo en el asiento de Milo con una tranquilidad que no había sentido hasta ahora, que no creo haber sentido en años.

–A fin de cuentas, tienes que seguir a tu corazón. Pero si lo que te preocupa es solo la distancia, confío en que puedan hacer que funcione.

–Gracias. –La oyente suspira aliviada–. Gracias, comoquiera que te llames en realidad. Esto… me ayuda mucho.

Sonrío como si la chica estuviera en la habitación y lo siento en todo mi rostro.

–Me alegra mucho –respondo con sinceridad, a pesar de que resuena cierta falsedad. *Comoquiera que te llames en realidad*. Es como si hacerme llamar Escudera pusiera una distancia entre la oyente y yo que no es solo por las ondas de radio, sino que yo la impuse.

Giro para devolverle el asiento a Milo, pero él no se mueve, solo señala el micrófono y hace señas para que cierre el programa.

–¿Yo? –balbuceo con incredulidad.

–No hay tiempo –susurra. Olvidé que estuvo despotricando de más sobre el programa de estudio y trabajo antes de mi segmento.

Contemplo el micrófono un momento. El segmento es autoconclusivo, así que nunca tuve que usar una frase de despedida, excepto el *tachán* fatídico del día en que Milo se quedó dormido. Me esfuerzo por recordar la frase de Milo o una de las de mi madre, pero es como si mi mente se hubiera quedado en blanco. Hasta que desvío la mirada del micrófono hacia Milo y el blanco toma color. Se trata del caos, de los pedazos que tenía que recoger, de todo lo que estuve intentando hacer y todo lo que quiero transmitir en mis consejos a partir de ahora; no es empezar desde cero, sino empezar con lo que tienes.

–Bueno, eso fue todo por hoy. Sáquenle provecho, porque cada día es una oportunidad para empezar otra vez.

Percibo la sonrisa de Milo desde el otro lado de la habitación y también sonrío frente al micrófono. Una vez que Shay corta la transmisión, me quedo sentada esperando el impacto (es decir, repensar cada palabra que dije durante las últimas veinticuatro horas y desmenuzar letra por letra), pero nunca llega. Recogemos nuestras cosas para irnos y, de camino, me permito dedicarle una mirada a la fotografía de mi madre y, por primera vez, le sonrío.

Milo está esperándome en la entrada con la puerta abierta para mí.

–Es una pena que no vuelva a verte un viernes, ya que te harás cargo del programa.

–Eso fue una locura. –Suelto una risa profunda desde mi estado de felicidad e incredulidad.

–Fue genial –replica él.

Resisto el impulso de desestimar el cumplido, pero no puedo evitar agregar:

–Bueno, al menos fue una pregunta fácil de responder, ya que estoy en la misma situación.

–Me alegra que esté funcionando –afirma rápido pero con sinceridad y mete las manos en los bolsillos de su abrigo.

–Gracias –respondo, sorprendida por un momento, pues no hizo referencia a Connor ni una vez en las últimas semanas. El comentario deliberado se siente extraño, como si intentara poner a prueba algún límite entre nosotros–. También a mí.

Pero antes de que pueda procesarlo, Milo me saluda y se desvía para ir al trabajo.

Entonces, saco mi teléfono del bolsillo por reflejo. Debería escribirle a Connor y contarle sobre el programa. Es solo que la idea parece romper parte de la magia que siento desde que tomé el micrófono.

"¿Y si haces algo detrás de escena?", me dijo Connor. Cada vez que me presioné, que intenté superar ese miedo, estuvo ahí con alguna variación de esas palabras. "Si hicieras algo, pero nadie supiera que eres tú, ¿te daría miedo?". En su momento, creí que me hacía sentir fuerte, pero al mirar atrás, pienso que solo me hizo sentir pequeña.

Al llegar a mi dormitorio, redacto un correo electrónico para mi exprofesora de Psicología, diciéndole que estoy lista para delegar el mando de mi columna *Caricias de rosas*. No dudo en enviarlo, ya que parte de mí sabía hacía tiempo que este día llegaría. Pero nada lo había confirmado como lo que sucedió hoy, como la energía de hablar con alguien en tiempo real, de arriesgarme a enfrentar un desafío como se me presentó; como el fuego que me recorrió, con calor suficiente para alimentarme pero no para quemarme; como los amigos que creyeron en mí en silencio y esperaron a que yo creyera en mí misma.







CAPÍTULO DIECIOCHO

–Marzo es un mes insulso –protesta Shay mientras mira con el ceño fruncido el aguanieve en la acera de camino a la biblioteca.

–Eres de Piscis –le recuerdo.

–Y como parte de uno de los signos con más consciencia emocional, siento mejor que nadie lo aburrida que es esta época del año –replica y lo enfatiza con un suspiro largo.

No se equivoca. Hay una energía inquieta en el campus. Es la sensación post exámenes de mitad de semestre, previa a saber si los pasamos, que nos tiene a todos un poco en alerta.

Al menos, el clima es un poco más cálido, porque por razones que no llego a comprender, todos los eventos de listones amarillos hasta ahora fueron al aire libre. Aunque no puedo decir que me moleste, ya que me sirvieron de excusa para explorar el arboreto. Incluso me encontré con la madre Milo algunas veces, mientras ella se ocupaba del lugar. Una tarde, después de que me quedé mirando atónita cómo movía una colmena, me preguntó si me gustaría unirme a la sociedad de voluntarios al aire libre que dirigía. Me encantó la idea, pero le dije que tendría que esperar hasta el final del semestre; o al menos hasta terminar la recolección de listones.

–Bueno, aquí están mis compañeras, campeonas actuales de las noches de trivia –saluda

Valeria, que ya se instaló en una mesa para la clase de apoyo de hoy–. Feliz viernes.

Shay la saluda con un abrazo rápido, ya es mucho más cercana a ella que yo. Los Caballeros de la noche compartimos un café de vez en cuando y nos vemos fuera de las noches de trivia, pero ellas dos leen tan rápido que empezaron a intercambiar libros varias veces a la semana. Incluso hicieron maratones de lectura en ese lugar de crepas que mencionó mi padre, suficientes para que Shay tenga más de un suéter manchado de Nutella como evidencia.

–La reunión de la revista literaria no debería durar mucho más de una hora –dice Shay con una mirada al círculo de sillas en las que comienzan a reunirse sus otros amigos–. ¿A qué hora terminan ustedes?

–También en una hora, más o menos. ¿Quieres cenar antes de la trivia cuando terminemos? –Antes de que Shay responda, Valeria extiende la mano para acariciar la bufanda gruesa rosada que tejió la hermana de Shay–. Ay, me encanta. Es muy suave.

–Gracias. Eh… Tu sombra de ojos también es muy linda.

–La llevaré a la noche de trivia de la semana próxima para que puedas probarla –ofrece Valeria con su sonrisa de chica de portada.

–Genial. –Shay lleva una mano al mismo lugar de la bufanda que Valeria tocó antes–. Y sí, la cena suena bien. Vendré a buscarte.

Contengo la sonrisa mientras nos acomodamos en nuestros rincones de la biblioteca. En ocasiones, Shay y Val parecen subir a un tren de cumplidos mutuos que está a punto de descarrilarse, y yo no puedo evitar preguntarme si habrá algo más.

Pero, dadas las circunstancias, la alegría que pude haber sentido ante la idea queda aplastada de inmediato por las matemáticas.

–La última vez, te aniquiló un problema como ese –señala Valeria cuando llegué a un punto muerto, en el que mi cerebro no sabe qué hacer a continuación–. Por cierto, ¿siquiera fuiste a tu cita con la profesora auxiliar? –En lugar de responder, me muerdo el labio–. ¡Andie! –dice con desaprobación.

–Lo sé, lo sé. –Ya no me molesto poniendo como excusa los listones ni *La guardia de Caballeros*. Ya perdieron sentido–. Pero creo que estuve bien en mi examen, al menos.

Las dos bajamos la vista, yo para fruncirle el ceño al problema que no logro resolver, pero Valeria se quedó congelada. La miro sorprendida, preguntándome si es posible que se haya molestado tanto porque no fui con la profesora auxiliar. Luego sigo su mirada entornada al otro lado de la habitación, donde se encuentra el grupo de la revista literaria. Hay una chica en el podio, sonriéndole al grupo y con la edición de este mes en las manos.

–Si nadie quiere leer el fragmento de *El reino de Lumarin*, una novela en proceso por lo que oí, yo lo haré –anuncia–. ¡Pero me encantaría que el autor se presente! Es un trabajo de escritura fantástico. Nos emocionó mucho publicarlo en la edición de este mes.

Desvío la mirada hacia Shay, que tiene los ojos abiertos como platos para servir *bagels* en ellos. Y luego, ambas volvemos la mirada al podio, donde la estudiante empieza a leer.

–"La noche del baile del príncipe Colton fue la misma noche en la que se cumplió la profecía de la bruja" –narra para el club de literatura que escucha con atención plena–. "Se suponía que estaba terminando los últimos retoques de mi traje, pero en cambio me encontré limpiando entrañas de un espectro del tocador de mi madre".

Para el final del primer párrafo, Valeria ya terminó de recoger todos sus libros y de meterlos en una bolsa. La imito y me esfuerzo por no sobresaltarme por el hecho de que es evidente que esto es lo último que ella querría que pasara. Intento hacer contacto visual con ella, pero sus labios son una línea tensa y sus ojos penetran el suelo, decididos a no dejarme verlos.

Cerca del final de la lectura, Valeria se levanta de forma abrupta, y Shay y yo la seguimos hasta la puerta. Aunque todos están aplaudiendo, lo único que escucho es a Valeria hablando entre dientes.

–Afuera. *Ahora* –exige.

A pesar de la altura del tacón de sus botas, Shay y yo apenas logramos seguirle el ritmo fuera de la biblioteca, por las escalinatas y hasta los enormes árboles junto al camino exterior. Antes de que nos detengamos, Valeria gira en el lugar y por fin me mira a los ojos.

–Andie, ¿en qué estabas pensando?

–¿Qué?

–¿Enviaste mi novela *personal* a la revista literaria?

–¡Claro que no! –Levanto las manos en señal de rendición.

Sus labios tiemblan, es evidente que no quiere seguir acusándome, pero no sabe qué más hacer.

–Pero estabas tan obsesionada con que descubriera cómo terminarla. ¿Quién más…?

–Fui yo –confiesa Shay.

Eso borra todo el dolor del rostro de Valeria. Cuando gira hacia Shay, su expresión es incrédula.

–¿*Tú* lo hiciste? –pregunta en voz baja.

–No creí que fueran a publicarlo. –Shay asiente despacio con la cabeza y analiza la mirada de Valeria como si buscara dónde apoyarse–. En general, primero lo consultan con el escritor, dejan que elija una fotografía que acompañe la publicación. Pero lo envié de forma anónima, supongo que por eso no lo hicieron.

Valeria baja la vista al suelo y aprieta los puños. Yo retrocedo un paso porque no sé qué sería lo peor, si alejarme y dejarlas solas o quedarme aquí y presenciar algo que no sé si querrán que vea. Pero antes de abrir la boca para seguir, Shay me echa una mirada con un pedido claro de que me quede.

–El plan era decirte si querían publicarlo para que pudieras pensarlo. Así podrías ver que hay personas que *quieren* leerlo.

–¡Ese no es el punto, Shay! ¡El problema es que *yo* no quiero que lo lean! –Los ojos de Valeria están cargados de lágrimas y su rostro, desfigurado por la rabia.

–Val… –Shay sacude la cabeza–. Eres fantástica. ¿Por qué no?

Val se lleva una mano a la frente como para protegerse antes de que el cumplido la alcance.

–Porque… Porque todavía no está listo. Y es mío. Es lo único que es solo mío y te lo confié a ti. Y ahora está ahí afuera, donde veinticuatro mil estudiantes pueden odiarlo, burlarse de él o usarlo como papel higiénico.

–O pueden amarlo tanto como nosotras –replica Shay con terquedad. Entonces, Val suelta una risita ahogada, al borde de las lágrimas.

–Es como si… como si alguien hubiera tomado mi diario y lo hubiera publicado en Internet. Así es como se siente. ¿No lo entiendes?

Shay intenta tocarle el hombro, pero Valeria se aleja.

–Nunca fue mi intención que lo publicaran sin que lo supieras.

–No debiste haber hecho nada en primer lugar. Era mi decisión, no tuya. –Val se pasa una mano por el cabello y cierra los ojos–. Mierda. Ya no hay escapatoria, ¿cierto?

–Nadie tiene que saber que es tuyo –ofrece Shay por lo bajo.

–No implica que no oiré sus opiniones. Y… no estoy lista.

El viento invernal elige justo este momento para soplar con la intensidad inesperada y escalofriante que a veces llega cerca del arboreto. Las tres nos miramos como si algo fuera a resolverse por sí solo de repente, como si alguna de las tres tuviera las palabras mágicas.

–Lo siento –dice Shay.

–Lo sé –concede Valeria con los hombros caídos–. Pero ahora… tengo que irme.

–Val –implora Shay. Val gira mientras se seca los ojos con la manga del abrigo.

–Hablaremos después, ¿sí?

Ninguna de las dos responde, solo la observamos girar hacia el camino que lleva a su dormitorio. Ya estaba anocheciendo cuando salimos, pero ahora las nubes taparon el sol por completo e hicieron que oscureciera a un ritmo sobrenatural.

–Mierda –maldice Shay por lo bajo, al tiempo que gira hacia el lado contrario. Una vez más, casi tengo que trotar para seguirla.

–Todo estará bien. Necesita tiempo para tranquilizarse –le aseguro–. Una sola estupidez no arruinará toda una amistad.

–Amistad –repite con amargura.

–O lo que sea –corrijo. Acelero el paso para seguirle el ritmo.

–Es que realmente me *gusta* –responde con la voz cargada de frustración, tanto que varias

cabezas giran hacia nosotras.

–Vaya –logro decir. Ya había imaginado esta conversación; esperaba que dijera algo de camino al dormitorio desde el estudio o una de esas noches en las que estábamos prácticamente ebrias por falta de sueño, preparando los exámenes. Imaginé que, al principio, le daría vergüenza, pero luego le ganaría la emoción del enamoramiento reciente y me lo contaría.

Lo que *no* imaginé fue que me lo escupiera así, en medio del campus mientras escapamos de la biblioteca.

–Sí, *vaya* –repite.

Bien. La emoción quedará para después. Ahora, control de daños. Los engranajes de mi mente están en marcha, pensando en mañana, en la próxima semana, en la conversación que deben tener y lo que deben entender.

–Podemos arreglarlo –digo, pero Shay se detiene de forma tan abrupta que casi resbalo en el aguanieve del pavimento para seguirla.

–No, no podemos –sentencia–. Lo arruiné, Andie.

Pienso decirle que no lo arruinó, que solo cometió un error con buenas intenciones. Pero me previene con una mirada de alerta.

–Bueno, es verdad, no estuvo bien –digo en cambio–. Pero no es que esto arruine para siempre sus posibilidades de tener una relación.

Levanta una mano para detenerme.

–Ni siquiera puedo pensar en eso ahora. –Toma aire y mira alrededor como si le preocupara que alguien pueda escucharnos. Por primera vez, no hay nadie más. Cuando habla, la determinación en su voz es inconfundible–: No quiero tu ayuda con esto. No te involucres, ¿de acuerdo?

Es más punzante que el viento intenso, pero esto no se trata de mí y lo sé. Así que asiento con la cabeza.

–De acuerdo. No lo haré.

–Lo siento –agrega con un suspiro–. Estoy enojada conmigo misma.

–Lo sé –afirmo también en voz baja.

Después de que se aleja, me quedo ahí un momento más mientras intento decidir qué hacer. Antes de que lo haga, mi móvil vibra y me sobresalta, porque estoy segura de que debe ser mi padre (estuve respondiendo a sus mensajes de voz de forma pasivo agresiva durante las últimas semanas), pero es un correo que informa que ya está disponible mi calificación del examen de Estadísticas.

Sesenta y siete de cien.

La sangre en mis venas debe detenerse mientras bajo por la pantalla, segura de que leí mal o de que mi examen se atoró en la máquina de evaluación automática.

–*Pretzels* cubiertos en chocolate –balbuceo–. Uff.

Como voy con la nariz casi contra el teléfono, impacto con el brazo de una persona muy alta. Huele a café y un rastro cítrico, por lo que sé bien quién es antes de que me tome del codo para ayudarme a mantener el equilibrio.

–Lo siento –decimos al mismo tiempo.

–Estaba… –dice señalando su móvil.

–Yo también –respondo con una risa avergonzada.

Pero Milo no se ríe. De hecho, luce como si se hubiera topado con el fantasma que todos dicen que acecha en el lago del arboreto. Eso basta para que la calificación del examen desaparezca de mi mente.

–¿Estás bien?

–Sí, eso creo. –Parpadea y me enseña su móvil a modo de explicación, también estaba leyendo un correo electrónico.

–"Felicitaciones, Milo Flynn" –leo en voz alta–, "ha sido aceptado en…". Espera. –Intento que las palabras de la pantalla cambien, pero no lo hacen–. ¿Esta universidad no está en California?

–Sí.

Esencialmente, está lo más lejos posible de la Estatal Blue Ridge. Le devuelvo el móvil e intento sonreír, pero mi rostro es inestable. Él no lo nota, sigue mirando la pantalla como si fuera a decirle algo.

–Tienen, eh… un buen programa de Medios –explica.

Me muerdo el interior de la mejilla y pienso *aquí también*. Pero él ya lo sabe. Fue tan cuidadoso en mantener su identidad como el Caballero en secreto, que Shay y yo asumimos que seguiría el programa de Medios de Blue Ridge. Los directivos todavía resienten que *La guardia de Caballeros* funcione fuera de su jurisdicción, por lo que si se enteraran arruinaría sus posibilidades.

Quizás sea por eso que me toma por sorpresa. Sabía que pensaba transferirse, lo supe desde el primer día en que nos conocimos. Pero, de algún modo, durante los últimos meses entre mañanas en el estudio de grabación, tardes en Bagelópolis y noches de trivia, lo olvidé.

Este sería el momento en el que una buena amiga le preguntaría cómo se siente o qué piensa hacer. Sin embargo, en cuanto pienso en las preguntas, sé que no quiero escuchar las respuestas. En lo único que pienso es en que nuestro pequeño grupo de amigos se desmorona antes de llegar a solidificarse.

–Me alegro por ti. –Soné forzada, así que tomo aire y me estabilizo–. Es decir… Sé que te esforzaste mucho para conseguirlo.

Él asiente con la cabeza. Yo también. Un grupo de estudiantes sale del edificio de Ciencias y

ambos usamos el alboroto como excusa para despedirnos y seguir nuestros caminos. Con cada paso, aumenta el peso de las noticias de los dos correos.







CAPÍTULO DIECINUEVE

El fin de semana llega un frente frío que nos tiene a todos puertas adentro; a todos menos a Shay, que fue a su casa. Después de pasar casi todo el sábado y el domingo sentada en la cama, pensando en absolutamente todo y sin hacer nada de nada, me arrepiento de no haber hecho lo mismo.

El problema es que tengo mucho para meditar; como el miedo que me invadió desde que recibí la carta de aceptación, miedo a no encajar aquí. Miedo a no estar a la altura de estos chicos superlistos y competitivos en una de las mejores universidades, al igual que mis padres. Miedo a nunca sentirme parte como todos los demás, como Connor parece sentirse, a pesar de que ya no es alumno de aquí.

También están Shay y Valeria, un problema al que ya le encontré mil posibles soluciones, a pesar de que la respuesta más obvia es que debo mantenerme al *margen*. Pero eso no lo borra de mi mente, porque sé que Shay está enfadada consigo misma y que Val está avergonzada porque hay personas leyendo sus palabras, mientras que yo estoy aquí sentada sin poder hacer nada.

Y en la periferia, está lo que intento ignorar: la llamada que le debo a mi padre; la noticia de Milo; el temor a no conseguir suficientes listones. Esos son los pensamientos más punzantes, los

que tengo que hacer a un lado antes de que me tomen por sorpresa. Así que los ignoro. En cambio, hago listas que no llegan a ningún lado. Le escribo un correo a la profesora respecto a mi examen, pero nunca lo envío. Observo mi móvil con intensidad suficiente como para quemarlo.

Y luego el móvil suena, y siento un alivio instantáneo, casi desesperado. Le contaré todo a Connor, quizás él sepa qué hacer, qué decir.

–Hola –digo. Por mi voz ronca, me percato de que no había hablado con nadie en todo el día–. ¿Cómo estás?

–Yo, eh… –Oigo una puerta cerrándose y lo imagino en su habitación en casa de sus padres–. Bueno, supongo que podría estar mejor.

–¿Qué sucede?

–Te decepcionarás de mí.

–Nunca podrías decepcionarme –afirmo y me siento derecha en la cama. Suspira, como si fuera lo último que quisiera oír ahora.

–Eh… Resulta que no voy muy bien en mis clases.

–Ah. –Siento empatía instantánea, seguida por un alivio arrollador–. Bueno, yo tampoco, en realidad.

–¿De verdad?

–Sí –respondo. Mi ánimo ya mejoró solo con escucharlo–. Acabo de fallar en un examen. ¿Y tú?

–Yo… –hace una pausa–. Estoy fallando en dos clases.

Me alegra que no sea una videollamada, porque no puedo evitar ampliar los ojos.

–Bueno, aún tienes tiempo para revertirlo.

–Sí, pero lo verán en mi solicitud para transferirme de vuelta. –Inhala con tal pesadez que puedo sentirla aún a tantos kilómetros de distancia–. Andie, no creo que pueda volver allí.

Las palabras me cubren como un baño de agua helada. Quiero olvidarlas, pero ya se instalaron en mi mente, y es como si adormecieran mis neuronas, porque lo único que puedo decir es:

–Pero tus listones.

–Lo siento, Andie –dice después de un instante de silencio–. Lo único que quería era que estuviéramos juntos.

Cierro los ojos para pensar un momento y se derrama una lágrima de ellos. Puede que no se lo haya pedido, pero se transfirió allí por mí. Y ahora no puede volver.

–Yo podría… –Sé lo que se supone que debería decir, pero no puedo. En su lugar, recreo la versión de nuestras vidas que ideé en mi mente desde que llegué aquí. Imaginé que, el próximo semestre, Connor viviría en un apartamento con sus amigos frente al apartamento que yo compartiría con Shay. Que se uniría al equipo de trivia y yo iría a alentarlo a sus partidos. Que

nos incluiríamos en las vidas que creamos aquí, presentándonos a nuestros amigos y mostrándonos nuestros lugares preferidos del campus.

Pero ahora, cuando intento revivir esas imágenes, no logro formarlas. Es como si solo tuviera que intentar alcanzarlas para darme cuenta de que estaban hechas de humo.

–¿Podrías transferirte de vuelta? –concluye por mí.

Sé que los dos estábamos pensando en eso, pero escucharlo decirlo duele de todas formas. Duele saber que *espera* que lo haga. Presiono los labios y trago con fuerza, pero el dolor no desaparece.

–Aún no es un hecho. Quizás logres ingresar.

–Quizás –dice dudoso.

Cierro los ojos otra vez e intento centrarme en la realidad para decidir qué sigue. Debería ser fácil, pues a estas alturas, ya estoy acostumbrada a que los planes se desmoronen. El problema es que pensé que, si me aferraba lo suficiente, Connor no sería uno de ellos.

Sin embargo, siento que al pedirme algo así, parte de él ya no está. Por más incierto que sea el futuro, de algo estoy segura: nunca, jamás, le pediría que hiciera lo mismo por mí.

Durante el resto de la llamada siento que la mitad de mí está en mi cuerpo y la otra no. Hablamos de nuestras clases, nuestros amigos de la escuela y del futuro. Luego nos decimos “te amo” el uno al otro y colgamos. Al final, mis párpados pesan como rocas y me quedo dormida antes de que Shay vuelva de su fin de semana en casa. Duermo tan profundo que tiene que despertarme de un sacudón para el programa del lunes por la mañana.

Cuando llegamos al estudio, Milo no dice nada respecto a la carta de aceptación, y yo tampoco. Ni esa mañana ni el resto de la semana, que transcurre en una nebulosa inquieta y sin sentido. El primer momento de alegría llega el viernes: no solo logro hacer todo el segmento sin mirar mis notas, sino que tomo dos llamadas de improviso.

Milo me ofrece una sonrisa tan cansada como la mía antes de recuperar el micrófono para cerrar el programa.

–Muy bien, esas fueron las últimas noticias. A menos que seas uno de los que solo nos escuchan para hallar listones. En ese caso, he oído que deberían reunirse en el quiosco del arboreto a las tres de la tarde. No tengo idea de lo que sucederá ahí, pero dado que no estoy tan loco como para salir con este frío, no es mi problema.

Eso es. Tengo un lugar en donde descargar toda mi energía caótica. Conseguiré otro listón y le diré al universo que no me rendiré, ni con la búsqueda de listones, ni con Connor ni con el legado de mi madre.

Después de clases, vuelvo al dormitorio para prepararme con capas extra de ropa, porque el viento sopla con fuerza detrás de la ventana. Me congelo al salir hacia el camino con destino al quiosco, pero, por primera vez en días, tengo un propósito que me impulsa, acompañado por una

tranquilidad adormecida.

La tranquilidad dura hasta que me percato de que quienquiera que haya anunciado el clima de Blue Ridge para el día de hoy, estaba parado frente a una pantalla verde de mentiras.

–Tostada de masa madre con queso –siseo con el viento que me sacude de costado–. ¿Qué *demonios*?

Miro al frente, anonadada. Está nevando, pero no es una simple nevisca. De un momento a otro, la nevada es tan intensa que no llego a ver a más de dos metros de distancia. Al principio es asombroso, así que me detengo a contemplar la cortina blanca, fuerte y hermosa que borra todo a su paso. Siento como cae a mi alrededor, y el asombro arrollador hace que, por un momento, olvide por qué estoy aquí.

Hasta que, de repente, cae un rayo cercano como si dispararan fuego del cielo, seguido por un trueno tan fuerte y profundo que lo siento hasta los huesos.

–Una tormenta de nieve. –Me llevo la mano a la boca por el asombro. No es la primera vez que veo una, pero sin dudas sí es la primera vez que me descuido y quedo atrapada en medio. Llevo la mano al bolsillo para sacar mi móvil, como si la aplicación del clima pudiera salvarme de mi estupidez, pero, en ese preciso momento, una ráfaga de viento sopla nieve en mis ojos y me hace retroceder varios pasos.

–¡Andie!

Levanto la vista, pero no veo a nadie, solo al viento que sopla y a la nieve arremolinada. Logro evitar un tropezón y, cuando recupero el equilibrio, es casi imposible saber a qué dirección apunto. Es como estar dentro de un globo de nieve que un niño sacude con violencia en una tienda. Intento tranquilizarme para elegir en qué dirección seguir. Pienso en algún consejo que pudo haberme dado mi padre cuando salíamos en toda clase de clima. Pienso en la vieja brújula de mi madre, que nunca usaba, pero a veces me la entregaba para ver si yo podía orientarnos. Me pregunto dónde estará ahora y si podrá sacarme de este dilema en el que me metió el recuerdo de mi madre.

Otro relámpago cercano hace que suelte un grito, y el trueno llega de inmediato, seguido por una serie de chasquidos y un crujido profundo e inquietante. Fue el sonido de un árbol cayendo al suelo.

Hice estupideces en la vida. Olvidé reseñas de libros. Usé vaqueros para la reunión de té por el cumpleaños de la señora Whit. Me metí en peleas de amigos en las que no tenía nada que ver. Pero esta es una estupidez diferente, y me percato de ello demasiado tarde. Es la clase de estupidez por la que podría terminar muerta.

El árbol cae a poca distancia, y lo único que puedo hacer es quedarme mirando cómo se sacude con tanta fuerza que vuelan ramas hacia mí, una directo a mi rostro. Me escudo con los brazos, pero no soy lo suficientemente rápida y la rama golpea mi frente. Cuando retrocedo a

toda velocidad, mi pie resbala sobre una capa de hielo que logró formarse debajo de la nieve.

–*Andie*. –Alguien me sujeta del brazo a tiempo para que no caiga al suelo.

Todavía tengo los brazos frente a mí y el cuerpo tenso. De alguna manera, la voz es más inverosímil que toda la furia de la naturaleza desatada contra mí al mismo tiempo.

–Milo –suelto–. ¿Qué haces…?

–Mierda. –Él me toma por los hombros y me hace girar para enfrentarlo–. ¿Estás bien?

Me arde la frente, me tiembla el cuerpo y tengo tanto frío que podría quebrarme como el hielo.

–Sí –digo de todas formas, el no haber sido aplastada por un árbol es suficiente para estar bien.

Milo frunce el ceño con la mirada por encima de la mía, pero me mira a los ojos antes de que defina por qué.

–Mi madre tiene un cobertizo de provisiones cerca. Toma mi brazo, ¿de acuerdo?

Estoy en piloto automático, aferrada a él como si fuera el último elemento sólido del mundo y reviviendo la caída del árbol una y otra vez. Atravesamos la cortina intensa de nieve con la guía de Milo, y los cuerpos pegados para protegernos de la tormenta. Algo me nubla la vista, pero por más que parpadee para despejarla, solo empeora.

La puerta se cierra de un golpe antes de que pueda notar que llegamos al cobertizo, una construcción con luz tenue, de la mitad del tamaño de un dormitorio y llena a más no poder de palas, fertilizantes y conos anaranjados. En un instante, todo se queda quieto y en silencio, excepto por Milo, que gira de prisa para mirarme otra vez y sisea por lo bajo.

–¿Qué? –pregunto. Él no responde mientras lleva los dedos a mi rostro y me acomoda el cabello detrás de las orejas.

–Estás sangrando.

Mi mano también sale disparada hacia arriba y choca con la suya.

–*Auch* –exclamo al notar el dolor en cuanto percibo el calor de la sangre en los dedos–. Ay, no. *Rayos*. ¿Es grave?

Milo se acerca, aparta mi mano y levanta mi gorro para echar un vistazo.

–Creo que solo sangra mucho. Estarás bien.

Frunzo los labios porque no quiero hacer la pregunta que tengo en mente en realidad, si necesitará puntadas y qué tanto afectará a mi rostro. Veo a Milo observarme y me preparo para un merecido escarmiento, pero en cambio su mirada se suaviza.

–De verdad, Andie, una vez que se cure, no creo que nadie note que estuvo ahí. –De todas formas, sigo presionando la herida como si hacerlo fuera a deshacer lo hecho en primer lugar.

–¿Cómo… cómo supiste que estaba afuera?

Milo encuentra una caja llena de suministros y prueba su resistencia con el pie. Cuando queda satisfecho, me indica que me siente.

–Llamé a tu puerta y como no respondías… –baja la capucha de su abrigo y revisa los estantes

bajo la luz tenue–. Recuerdo que mencionaste que nunca sincronizaron tu aplicación de la universidad cuando te transferiste. Enviaron una alerta a todo el campus para avisar que cancelaron todas las actividades, incluso el evento de búsqueda de listones de hoy.

–Y así supiste dónde estaba –concluyo casi balbuceando.

–Ten esto ahí –indica al sentarse a mi lado y colocar una tela limpia sobre mi cabeza.

Mi mano roza la suya cuando la aparta para buscar algo más en el botiquín de primeros auxilios que encontró.

–Atravesaste este infierno por *mí*.

–Bueno –expresa con el rastro de una sonrisa–. Soy el presentador que te hizo salir y el asistente de residencia responsable de mantenerte con vida. Así que si hubieras muerto en la tormenta, probablemente tus abuelas hubieran venido a matarme.

No planeaba reírme, pero la imagen de su metro ochenta acobardado frente a mis diminutas abuelas vengativas lo amerita. La sonrisa se amplía en su rostro, como si estuviera complacido consigo mismo, pero vuelve a enfocarse en las toallas desinfectantes antes de que la vea en toda su extensión.

–¿Tienes una liga para el cabello o algo? –Antes de que responda, vuelve a revisar los estantes–. Estoy seguro de que mis hermanas dejaron alguna por aquí. Ellas usaban este escondite más que nosotros.

Entiendo que por “nosotros” se refiere a sus hermanos varones. A pesar del sangrado en mi frente y del escándalo del cielo en el exterior, tengo mucho cuidado con la elección de palabras.

–¿Y cuál era su escondite?

–Buen intento, pero no te revelaré todos los secretos de la familia Flynn en un día. –Encuentra una liga que parece más vieja que nosotros y me la entrega. Cuando aparto la tela de mi frente, él se inclina para echar un vistazo; sus ojos verde pálido están tan cerca y enfocados que ni siquiera me molesto en evitar mirarlos–. Esto arderá.

Aunque me estremezco cuando el alcohol me toca, la adrenalina aún es muy intensa como para sentir demasiado. Otra ráfaga de viento azota el cobertizo y sacude las paredes y la puerta como si un gigante intentara derribar el lugar, pero Milo no parece notarlo. Está concentrado colocando una tirita en mi frente con tanto cuidado que incluso yo dejo de respirar un instante.

–Gracias –le digo. Él solo se encoge de hombros, luego se sienta sobre la caja a mi lado y frunce el ceño hacia la ventanita junto a la puerta–. No puedo creer que nieve tan fuerte. Fue como una escena de película.

–Y aun así estabas dispuesta a ser aplastada por un árbol por un listón –replica. Su tono es una mezcla de exasperación y una familiaridad más profunda de lo que debería, potenciada por el hecho de que estemos tan cerca uno del otro.

–Debes pensar que soy una idiota. –Cierro los ojos cuando la vergüenza me azota más fuerte

que el viento. Milo mantiene la vista en el suelo, pensativo.

–¿Tanto quieres estar en una de esas sociedades?

–Sí. Yo… –Presiono la tela húmeda de mis vaqueros.

Aunque no es un secreto, es algo mío. Bueno; mío, de mi abuela Maeve e incluso de mi padre. Es una parte de mi madre que no pertenece a nadie más, al menos a nadie que haya conocido. De todas formas, al pensar en decírselo a Milo, no se siente extraño. Más bien se siente como un alivio.

–Mi madre era parte de una de ellas. No sé de cuál. No puedes saber qué estudiantes estuvieron en cada una a menos que califiques para ellas. Y… me preocupa no tener suficientes.

–Tienes tiempo para conseguir muchos más –afirma Milo, con la mirada en mis manos, que aún aferran la tela como si fueran los propios listones.

–Sí, serán suficientes para mí, pero necesito más para Connor. –Me muerdo el labio inferior para evitar decir más, pero es inútil–. No es que eso importe ahora.

–¿Qué quieres decir?

Agradezco el escozor en la frente, pues es la distracción necesaria para no volver a llorar.

–Le va mal en algunas clases. No creo que pueda transferirse de vuelta.

Milo también parece haberse tomado a pecho la discusión que tuvimos en su coche.

–Así que seguirán con una relación a distancia –comenta.

No respondo, porque sé que estaría negando la realidad. La verdad es que Connor y yo no funcionamos a distancia. Supongo que ya lo sabía el semestre pasado, pero aún no quería creerlo cuando aconsejé a esa chica en el programa. Ahora estoy segura. Para tener un futuro juntos, tenemos que *estar* juntos. Y si él no puede estar aquí, si ese futuro posible desapareció, todo lo demás cambiará con él. Cambiará como cuando mi madre murió; como cuando perdí el valor para hablar en público. No sé cuál será la consecuencia de perder a Connor, pero ya he perdido suficiente para saber que dejará su marca.

Respiro hondo. No quiero pensar en transferirme de vuelta. No quiero pensar en renunciar a Shay, a Milo, a Valeria, a nuestros amigos de Cardenal, a Bagelópolis, al programa de radio, ni siquiera a este momento, en el que estoy atrapada en una tormenta de nieve con un chico que tiene la injusta habilidad de leer las cosas que no quiero decir, las cosas que ambos sabemos.

–Espera –digo y me enderezo de golpe–. ¿Por qué fuiste a llamar a mi puerta?

–Eh… –suspira–. No importa.

–Vamos –insisto chocándole el hombro–. No iremos a ningún lado por un rato.

–Si quiero ir a California, tengo que enviar un adelanto pronto –confiesa.

–¿Y querías mi consejo? –pregunto incapaz de contenerme.

–Sí, sí. No seas tan engreída, chica nueva. –El afecto inconfundible en su mirada supera la burla de sus palabras–. Pero se dice que tienes buen juicio.

Bajo la vista a mis botas para que no pueda ver cómo flaquea mi sonrisa. Suelo tener buen juicio… cuando se trata de extraños. Cuando debo aconsejar a personas cuyas decisiones no me afectarán. Pero en algún momento de los últimos meses, las decisiones de Milo comenzaron a afectarme.

–Bueno –me aclaro la garganta para ganar tiempo. En general, los consejos se presentan a sí mismos. Con suficiente información, puedo evaluar el panorama y observarlo con objetividad y compasión antes de decir algo. Pero en este momento, lo único que veo es a Milo bebiendo Oscuridad eterna, lo veo cobrando vida frente al micrófono, chocando puños con nosotras después de ganar una noche de trivia–. ¿Pensaste en cómo será tu vida allí?

–De hecho pensé en cómo sería alejarme de aquí –Ahora es él quien mira sus botas.

Otra ronda de truenos sacude el cobertizo por completo y hace que nos peguemos uno al otro. Ni siquiera me molesto en alejarme, no tengo nada que pensar ni que considerar, solo nos mueve el miedo y la confianza mutua, que parece superar todo lo demás.

–Mierda –maldice él.

–Cereales azucarados –digo al mismo tiempo, y él suelta una risita–. ¿De qué te ríes?

–Tú y tus… –comienza, pero lo interrumpe otro relámpago.

–¡Oreos de caramelo! –balbuceo y él dice “Jesús”, por lo bajo.

Nos atajamos del trueno que sigue al relámpago riendo al mismo tiempo.

–¿Oreos? –pregunta entre risas–. ¿De dónde sacaste esa forma de maldecir?

–Son mis comidas preferidas, obviamente.

–¿De eso se trata? ¿Cuando pasa algo malo piensas en lo que te gustaría comer? –Con un nuevo relámpago, yo chillo de sorpresa, pero él grita–: ¡*Bagel* de *pretzel* y queso unicornio!

Y así de fácil, echo a reír tan fuerte que apenas escucho los truenos.

–¿Te gusta el queso unicornio?

–Mi sabor preferido es el de fruta indiscriminada –dice sin una pizca de pena–. Lucky Charms, Gogurt, y todo lo que puedas ponerle al queso crema unicornio.

–Nunca lo hubiera pensado. Bebes Oscuridad eterna sin azúcar, nadie diría que te gusta algo tan dulce.

–Contengo multitudes. –Se reclina en la caja para apoyarse contra la pared y continúa en voz muy baja, difícil de escuchar con los aullidos del viento–. Entonces, ¿qué piensas?

Me tomo un instante, a pesar de que ya sé la respuesta. Lo que no sé es si a él le gustará escucharla.

–Pienso que… Ambas universidades tienen programas de Medios excelentes. –Milo sonríe de lado otra vez al descubrir que debí haberlo investigado, y mis mejillas se encienden–. Y sé que, en un principio, dejaste Biología porque estabas enfadado con Harley –agrego enseguida antes de que me mire a los ojos–. Pero, al final, tuvo sentido, pues es evidente que estás hecho para esto.

–Qué halago –comenta con su ironía habitual.

–Es una evaluación objetiva –lo corrijo–. Y es importante, porque el punto es que tuviste suerte de que funcionara. El haberlo hecho porque estabas enfadado con tu hermano, quiero decir. Pero no sé si tendrás suerte otra vez. La cosa es que… quiero que estés seguro de que, si tomas la decisión de irte, sea solo por ti.

–El otro programa tiene más reconocimiento –repone con la mandíbula tensa y la mirada en una esquina selecta del cobertizo–. Y Blue Ridge es más pequeña, eso la hace más competitiva, pero también implica más posibilidades de tener experiencia práctica –concede.

No hace falta mencionar el programa que se supone que conduzca hasta que se gradúe y ayude a entrenar al siguiente Caballero. No sería la primera vez que uno de ellos se vaya con anticipación; sí sería la primera vez que se iría alguien importante para mí.

–Ambos son buenos programas –repite mis palabras.

–El asunto es que nunca sabrás si lo haces por ti o por tu hermano, a menos que te sientes y hables con él primero.

–Tengo algunas semanas para hacer el depósito –resopla–. No veinte años.

–Es tu hermano –digo y choco su hombro con el mío–. Y parece que eran cercanos.

Él no devuelve el golpe, pero tampoco se aleja, y nuestros hombros permanecen en contacto, apenas, como un punto de estabilidad en el alboroto de la tormenta.

–Sí. En especial después de… de que nuestro padre murió. Nosotros éramos los menores y los que menos tiempo compartimos con él. Así que nos… así que siempre estábamos juntos. –Por primera vez, sus palabras no son inmediatas y determinantes como parecen siempre. Esta vez, tiene que hacer una pausa para considerarlas–. Creo que después de eso fue… Bueno, todos estábamos sufriendo, pero nosotros teníamos un dolor particular que nuestros hermanos mayores no llegaban a entender.

Pienso en el dolor singular que compartimos la abuela Maeve y yo, las lentes con las que vemos el mundo de un modo que se siente diferente al de todos los demás. Un modo que sé que mi padre debe compartir, si es que alguna vez hablara de eso.

–Entiendo lo que dices –afirmo en voz baja.

–Es más, creo que Harley quería ir a estudiar fuera del estado, pero se quedó para estar conmigo. –Se aclara la garganta, parpadea con fuerza y cambia la actitud. Su postura se endurece–. Pero supongo que no fue solo por mí. Al parecer, también fue por Nora.

Elijo las siguientes palabras con detenimiento. Me pidió un consejo sobre la universidad, no sobre su hermano, pero el asunto es que son un mismo problema.

–Parece que no era su intención lastimarte.

–Pero lo hizo. –Presiona y extiende los dedos, con lo que hace tronar varios de sus nudillos mientras piensa–. Nora era mi… Mierda. Era mi mejor amiga. Él es mi hermano. Y yo era un

grandísimo *idiota*, que pensaba que era muy afortunado de tenerlos a los dos en mi vida después de que todo se fuera al demonio, mientras que ellos estaban… esperando, supongo. Quién sabe por cuánto tiempo.

Mejor amiga. Esas palabras resuenan en de mí, sobre todo por cómo las eligió. Me ocurre con Connor, primero, es mi mejor amigo.

–Y la forma en que lo descubrí fue humillante –agrega con cierta agitación, como si el recuerdo escociera bajo su piel–. ¿Qué creían que pasaría?

Suena como si se hubiera hecho esa pregunta cientos de veces y hubiera intentado responderla muchas más. Me estremezco al imaginarlo en ese cine, descubriendo a la pareja. Imagino el dolor, la vergüenza. Pero, más que eso, la sorpresa.

–No es que lo hubiera aceptado si me lo hubieran dicho –admite–. Pero que lo hayan hecho a mis espaldas… Mierda. Sabía que no todo era perfecto, pero creí que Nora y yo éramos felices. Y que Harley y yo nos estábamos ayudando a seguir adelante. Creí que yo los necesitaba a ellos y ellos a mí, pero supongo que solo se necesitaban el uno al otro. –Inhala profundo y parte de la tensión desaparece para dar paso a las palabras que emergen de algún lugar profundo en su interior–. ¿Yo no era…?

Pero sacude la cabeza con fuerza. Iba a decir "suficiente". Es una sensación familiar que me cierra la garganta, pues me acompaña desde que mi familia se desmoronó, durante todos los años que pasé intentando encajar en la familia de alguien más. A veces me aterra que vaya a acompañarme por el resto de mi vida.

Muevo una mano hacia la suya y extiendo sus dedos tensos. Con su mano en la mía, la aprieto como si pudiera hacer que ese sentimiento desapareciera. Sé que las palabras no tienen fuerza suficiente para combatirlo; al menos no en este momento en el que está hurgando en lo más profundo de sus recuerdos. No puedo hacer que desaparezca, pero podemos compartir una parte de él por un momento.

Milo observa nuestros dedos entrelazados, adapta el calor de los suyos a los míos y presiona igual que yo. Es por *esto* que amo lo que hago y por lo que quiero hacerlo el resto de mi vida: los momentos movilizadores y asombrosos en los que, si nos reducimos a nuestras partes más elementales, todos somos iguales.

–Creo que todo eso es cierto –respondo–. Que se necesitan unos a otros y que se aman. Es solo que, a veces, la vida cambia la naturaleza de las relaciones, pero no les resta importancia. Y tampoco convierte a nadie en culpable. –Él suelta una risa tensa, pero no me contradice–. Milo, tú eres bueno, con las personas que conoces y con las que no. –Puede que no quiera mirarme mientras hablo, pero siento cómo le llegan mis palabras, así que sigo adelante–: Y ellos lo saben. Todo el que te conoce lo sabe. Y te apuesto lo que sea a que fue por eso que te mintieron. Porque nunca harías nada para merecerlo.

Nuestras manos siguen unidas, y él presiona la mía como si lo mantuviera anclado en su lugar.

–Debes extrañarlos –afirmo sin pensarlo.

Toda la dureza en el rostro de Milo se suaviza. Es lo opuesto a escudarse, como si el golpe lo alcanzara antes de que lo vea llegar.

–Apesta saber que, probablemente, no me extrañen ni una cuarta parte –dice en tono apagado, sin su tinte habitual.

Tarareo dudosa, porque los dos sabemos que eso no es verdad, aunque decirlo lo haga sentir mejor.

De repente, algo parece cambiar en la habitación, en la luz exterior. El sol asoma un instante detrás de una nube de tormenta y nos devuelve a la realidad. El hechizo que se había apoderado de Milo se rompe con el brillo, y presiona mi mano un segundo antes de soltarla.

–A diferencia de ustedes, que de seguro no me extrañarán en absoluto –bromea, aunque su garganta sigue cargada de emoción–. Probablemente cambien la receta de Oscuridad eterna en cuanto ponga un pie fuera de aquí.

Contemplo la ventana diminuta esperando que vuelva la luz. Estoy tan concentrada en ella, que las palabras se me escapan antes de que defina si en verdad las pienso.

–Tampoco sé si estaré aquí.

–Espera, ¿qué?

–Bueno… –Trago saliva y aparto la vista de la ventana, pero no lo miro a los ojos–. Aunque no fuera por Connor, tampoco me está yendo bien en mis clases. Quizás volver sería lo mejor.

Espero que resople o haga algún comentario que, sin dudas, merezco. En cambio, Milo hace la clase de pregunta que atraviesa los enredos del problema y va al centro del asunto.

–¿A qué le tienes miedo?

Abro la boca, pero estoy demasiado perpleja para pensar en una respuesta. Al menos en una que no sea una deformación de la verdad.

–Puede que dejar Blue Ridge, en mi caso, sea una forma de escapar –continúa él–. Pero para ti sería acobardarte, y tú no eres una gallina.

–¿Quién lo dice? –mascullo–. Me viste en el programa.

Milo sacude el pie para patear mi talón.

–Te vi ser más valiente cada semana. ¿Cuál es la diferencia con esto?

La diferencia es lo que está en juego, es que, a pesar de todo (de los planes, los sueños y las listas detalladas que hice para mí), a veces siento que no sé quién soy en realidad. Pero saber que siempre tengo un lugar junto a Connor y a su familia me brinda una solidez que no encuentro en nada más. Es la primera vez que lo admito por completo, aun para mí misma, y me siento aliviada, en cierto modo. Aunque entenderlo también carga con la magnitud de todo lo que podría perder.

–Es como tú dijiste –logro articular–. Acerca de que Nora era tu mejor amiga. Bueno, él es el mío. Y su familia, también es mi familia.

–Si en verdad es así, lo superarán.

No quiero volver a poner eso a prueba como cuando me transferí aquí. Pero Milo tiene razón, y lo sé. Es como la visión panorámica que tengo de los problemas de los extraños; de repente, ver el mío a través de los ojos de él hace que también pueda empezar a verlo.

Si los padres de Connor me aman de verdad, si Connor me ama de verdad, estaremos bien. Podremos estar bien.

–Mientras tanto, si los listones son tan importantes para ti, consíguelos para ti misma. –Luego sacude mi pie otra vez, ahora con actitud juguetona–. Y quizás, quién sabe, podrías estudiar, ¿no?

–Lo capto –digo apenada–. Intentaba ser justa y conseguir listones para los dos.

–Bueno, podrías hacerlo para ti –replica–. Se trata de tu madre, ¿no? Él debe entenderlo.

Pero no es así, ya que nunca se lo dije. Y nunca me había resultado extraño hasta ahora que se lo conté a Milo sin pensarlo dos veces.

–Y eres demasiado lista para estar perdiendo una clase.

Mi cabeza cae y mi mirada se enfoca en mis piernas. Esa es la parte más vergonzosa: tengo muchas expectativas en mí misma y muchos planes detallados, pero de algún modo me alejé tanto de ellos que parece imposible retomar el camino. Es como la confirmación de que no debería estar aquí, de que no soy lo bastante buena como para progresar en este lugar donde mis padres sobresalieron.

–Así que, soluciónalo –insiste antes de que tenga que pensar en qué responder–. ¿Para qué es todo este asunto del programa de estudio y trabajo si no es para estudiar?

–¿Por los *bagels* gratis? –Sonrío sin emoción.

–Sin dudas. Pero también para cumplir todos esos sueños tan ambiciosos y organizados por colores que tienes.

Esta vez, la determinación que siento no es exigente, es gentil y tranquila, como el regreso de una sensación ya conocida. Ahora, al mirar los ojos de Milo, pienso que el dolor al que estoy acostumbrada es más leve que nunca.

–Supongo que podría ir con la profesora auxiliar y ponerme al día antes de que termine el semestre –reflexiono.

–Esa es la actitud, chica nueva –celebra. Luego se inclina un poco para ver el vendaje de mi cabeza–. Y, oye. Si te quedas, quizás podrías hacerte cargo del programa por mí. –Niego con la cabeza con tal energía que él me mira alarmado–. Bueno, si *tanto* te espanta ser mi sucesora…

–No tiene nada que ver con eso. –Me descubro sonriendo a pesar de que los truenos siguen rugiendo, distantes pero intensos.

–Sí, claro –lleva una mano al pecho fingiendo estar herido.

–Eres el rey del drama –bromeo y pateo su pie despacio.

–El *dictador* del drama –me corrige–. A todo o nada.

Nuestras sonrisas se vuelven genuinas. Se siente como un respiro en la tormenta aunque afuera no haya cesado, y es suficiente para que nos relajemos, complacidos de estar viviendo este momento y no los momentos de incertidumbre que se avecinan. En cierto punto, comienza a oscurecer en el cobertizo con la caída de la tarde, que agudiza la intensidad de la luz tenue en el techo. Entonces, los dos nos percatamos de que la tormenta terminó hace mucho tiempo.

Milo es el primero en levantarse y se inclina para ver mi frente.

–Antes que nada, iremos a la enfermería.

–Preferiría hundirme debajo de las sábanas y maldecir a cada molécula de aire que provocó esta tormenta.

–Qué pena que sea el asistente de residencia. Mi palabra es la ley. De lo contrario, te meterás en problemas con el director de la residencia.

–Uh, qué miedo.

–*Y* perderás el privilegio de usar la sala de recreación –agrega con los ojos brillantes. Sabe que con eso me tiene. Las noches de lobo feroz se salieron de control, tanto que se amontonan personas de otras siete residencias en Cardenal para fingir que se asesinan unas a otros mientras comen pasteles miniatura. Incluso comenzamos a apostar si Tyler o Ellie invitará a salir al otro primero. Y, al igual que la mayoría de las competencias entre estudiantes de la Estatal Blue Ridge, se ha vuelto algo intensa.

–Bien, te haré caso –cedo. Me levanto y sacudo mi ropa.

No paso por alto cómo Milo se retrasa, con las manos extendidas lo suficiente para atajarme si tropiezo. Me conmueve de todas formas.

Es así hasta que llegamos a la salida y se detiene con las manos en la puerta. Luego gira hacia mí con una mirada tan deliberada que casi me siento débil frente a ella, pero no es necesariamente incómoda. Me siento *demasiado* vista y lo suficiente al mismo tiempo.

–Andie…

Y así, de repente, me invade el miedo. Es irracional e inesperado, pero tengo la estúpida sensación de que dirá algo que nos cambiará por completo. Algo que sentí en los pocos momentos impactantes en los que estuvimos solos y que estuvo zumbando entre los dos durante la última hora que pasamos encerrados.

Pero me equivoqué, para bien o para mal.

–Ahora que nos metimos en los asuntos del otro, déjame decirte… Habla con tu padre.

Lo miro anonadada; ni siquiera le mencioné las llamadas que estuve ignorando. No lo hice en las últimas semanas ni ahora que fuimos más abiertos que nunca el uno con el otro.

Él contempla su mano, que sigue en la manija de la puerta.

–Si yo pudiera volver a hablar con el mío… Bueno, es diferente, pero ya sabes.

Asiento con la cabeza. Aunque sí, *es* diferente. Su padre no decidió irse. De todas formas, ambos sabemos cómo se siente perder a un padre y todos los momentos que podrían haber compartido.

Desde que intenta ponerse en contacto, estuve deseando olvidar esos momentos con mi madre. Puede que yo no haya tenido parte en la decisión de que se alejara, pero sí la tengo en su regreso. No puedo evitar sentir resentimiento al saber que, si la situación hubiera sido al revés, mi madre se hubiera quedado y yo no tendría que haber tomado una decisión como esta.

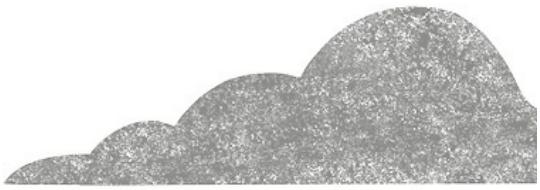
No solo las palabras de Milo me impactan en ese momento, las de mi padre también. Los mensajes de voz que dejó; la risita de una niña a la que no conozco; mi propia voz, preguntándose cuándo volverá a ser todo como era, cuándo recuperaré a mi padre. Presiono los puños al pensar en eso. Él volvió. Intenta hacerlo. Pero yo ya no sé qué forma tiene la relación, así que tampoco sé cómo dejarlo volver a entrar.

En ese momento, Milo por fin abre la puerta hacia el aire frío posterior a la tormenta, la nieve tan blanca y el cielo superclaro. Nos detenemos un instante a procesar la visión del arboreto como si hubiéramos salido a una realidad alternativa. Aquí no hay tormentas, no hay padres fallecidos, no hay dudas sobre el futuro que nos detengan.

–Por cierto, Milo, yo te extrañaré –expreso en voz baja frente al aire nuevo. No cambiará nada, pero creo que es importante que él lo sepa. O quizás es importante que yo lo diga; quizás reconocerlo ahora haga que el dolor de extrañarlo sea menor.

Milo gira hacia el otro lado para cerrar la puerta con cuidado. Cuando se vuelve hacia mí, su mirada es decidida, pero no llego a distinguir qué piensa por mucho que lo intente.

–Por cierto, Andie, yo también.







CAPÍTULO VEINTE

Tenía toda la intención de llamar a mi padre en la noche, solo que toda la población de la residencia se lanzó sobre nosotros cuando llegamos. Al parecer, tener cuatro puntadas en la cabeza es suficiente para convertirse en una celebridad de la Estatal Blue Ridge. Shay preparó té, llamó a la puerta de Harriet para reunir efectivo y sacar todos los paquetes de Cheetos y Reese polvorientos de la máquina expendedora. Ella, Milo y yo nos sentamos en el suelo, con una pila de almohadas que armó junto a la biblioteca.

Milo olisquea su taza (la que está llena de fotografías de gallinas, que ahora reconozco de casa de su madre), y prueba un sorbo.

–Debo admitir que no es lo peor que he probado.

–Y solo hizo falta que un árbol estuviera a punto de matarte –resoplo.

Shay nos mira con las cejas en alto; no es la primera vez desde que llegamos.

–Nunca volveré a salir –nos dice.

–Hicimos enojar a los dioses del clima –comenta Milo en tono sombrío–. ¿Deberíamos llamar a Valeria? Debe odiar perderse la… –Lee la etiqueta del té con los ojos entornados–, infusión herbal de coco y macadamia.

–Eh… –suspira Shay. Y entonces, con la actitud resignada de alguien que superó la conmoción inicial, pero no sabe qué hacer después, le revela todo lo que ocurrió con la revista literaria, su atracción y la tensión desafortunada entre ellas.

Milo exhala varias veces entre dientes con empatía.

–Lo ves, por eso digo que el amor es una estafa. Huye, Shay. Huye.

Shay pone los ojos en blanco antes de dirigirse a mí.

–Necesito un plan B. Estoy segura de que ya pensaste hasta la Z.

–De hecho, sí, podría ofrecerte todo el alfabeto. Si es que quieres mi ayuda.

–Estoy autorizándote –dice con una mano sobre la mía como si fuera uno de los entrenadores de Connor.

Entonces, bebo un trago de té y paso el resto de la noche confabulando con ellos. Casi toda, al menos, ya que no puedo evitar comprobar si el evento de listones amarillos de mañana sigue en pie. Antes de comprobar que sí se llevará a cabo, tomo una decisión, una que parece una absoluta falta de respeto a todo lo que el sábado representa: dedicarme a las matemáticas.

El problema es que, cuando me presento a la oficina de la profesora auxiliar, no la encuentro allí. En su lugar, encuentro a la profesora Hutchison sentada en la silla giratoria frente al escritorio, con los ojos de acero fijos en los míos antes de que alcance siquiera a atravesar la puerta.

–Lo siento –digo con un paso inconsciente hacia atrás–. Debo haber confundido el horario.

–Christine fue a casa el fin de semana. Yo cubriré su horario de oficina. –Sus músculos parecen inmóviles, pero tiene la autoridad para dirigir a un país cuando me ordena–: Siéntate.

Trago saliva con fuerza, tanto que espero que haga eco por el corredor. La profesora ya desplegó el resultado de mi examen en la pantalla gigante de la computadora antes de que llegue a sentarme, y resulta que hay algo peor que ver un aplazo y es verlo cuatro veces más grande en una pantalla ajena.

Sin mediar palabra, se inclina para buscar una pila de papeles y los revisa hasta encontrar el examen en el que hice todas mis anotaciones. Desliza la hoja frente a mí por el escritorio y, luego, para mi horror, se pone de pie y se ubica detrás de mí.

–Intenta con este problema otra vez y cuéntame cuál es tu razonamiento.

De algún modo logro gimotear una explicación bajo el peso de su sombra intimidante. Ella no me interrumpe ni una sola vez, ni siquiera cuando termino con la misma respuesta errónea que antes. De hecho, me indica que haga lo mismo con el segundo problema que hice mal, luego con el tercero. De repente, la sombra se mueve detrás de mí, y la profesora vuelve a su asiento.

–Estás demasiado concentrada en las matemáticas –declara, a lo que yo resoplo e intento no echarme a reír. Entonces, alza una ceja hacia mí.

–Lo siento. Es que… nunca pensé que alguien me diría esas palabras.

–¿Por qué?

–Porque soy pésima en Matemáticas.

Niega con la cabeza, con la impaciencia de alguien que ha oído esa excusa demasiadas veces.

–Es más probable que te hayan enseñado a abordarlas desde un ángulo que no funciona para ti. –Desliza mis notas del examen de vuelta hacia mí–. Ahora lee ese escenario. *Léelo* de verdad, en el sentido práctico, y piensa en cuál es el objetivo.

Observo el problema que resolví de forma desastrosa; se trata de un estudio longitudinal sobre la felicidad que reportan varias parejas a lo largo del tiempo. La consigna era encontrar grupos diferentes dentro del estudio para extraer diferentes conclusiones. Pero, al parecer, yo solo encontré una mala calificación.

Pero ahora que no solo miro la información, sino el contexto (los años que transcurrieron durante el estudio y las implicaciones de la información cruda), mi pensamiento empieza a cambiar.

–¿El resultado al que llegaste parece encajar en este escenario?

–No –concluyo. No es que eso ayude a descubrir *cómo* resolverlo en realidad, pero una vez que observo el contexto provisto, es suficiente para reconocer que hay un problema en mi razonamiento.

–Intentas separar las matemáticas de la psicología. Es frecuente que los estudiantes que no confían en la estadística quieran atenerse a las fórmulas originales y dejen de lado lo que perciben, pero así es como pasan por alto otras variables. Las matemáticas y la psicología detrás de ellas van de la mano.

–¿Las matemáticas tienen sentimientos? –pregunto conteniendo la sonrisa, y la profesora está a punto de poner los ojos en blanco.

–Si los tuvieran, estarían decepcionadas de tu desempeño de este semestre –dice en tono leve.

–Estuve yendo con una tutora –comento con la atención de vuelta en la página.

Ella repiquetea los dedos sobre el escritorio entre nosotras para recuperar mi atención, y su mirada de acero me centra una vez más y hace que cada una de sus palabras penetre en mi mente.

–Una hora de apoyo a la semana no reemplaza el tiempo de práctica. Y, sin dudas, no se acerca a ser la mejor forma de progresar, que es aprender de tus errores. –Me arden las orejas; al parecer, estuve aprendiendo mucho de ellos últimamente–. Sé que no viniste a tus clases aquí hasta ahora y es una lástima. La mayoría de los estudiantes con dificultades lograron una base más firme para mejorar después de comprender en qué se equivocaban.

–Estuve… muy ocupada –balbuceo.

–En esos eventos de búsqueda de listones, asumo –sentencia en tono demoledor. Mi expresión apenada debe ser respuesta suficiente para ambas, pues la profesora Hutchison se inclina hacia mí–. Dime, ¿qué esperas de esta experiencia?

–Quiero mejorar mis calificaciones –respondo con la espalda erguida–. Quiero poder seguir estudiando en una universidad competitiva.

–No. Me refiero a la *experiencia*, no a lo que quieres conseguir. –Señala la nieve medio derretida que brilla con el sol por la ventana–. ¿Qué recuerdo quieres llevarte de este lugar una vez que te vayas?

Sus palabras penetran más profundo de lo esperado. Pero cuando mi sonrisa se debilita y el lápiz en mi mano por fin se relaja sobre la página, se hace evidente que llegaron a donde ella esperaba.

Tengo la respuesta en la punta de la lengua, pero sofoca mi pecho. Quiero recordar las risas con mis amigos. Compartir nachos en las noches de trivia. Guardar los listones junto a los de mi madre. Caminar tranquila por el arboreto. Tomar el micrófono de Milo los viernes por la mañana y sentir el potencial chispeando en el aire.

–Los jóvenes están demasiado enfocados en hacer muchas cosas. Todo a la vez. Pero lo que necesitan es equilibrio, prioridades. –Se asegura de que la mire para agregar–: Tienes que decidir qué es importante para ti, sino nada lo será, ¿entiendes?

Dejo caer la cabeza al procesar la verdad en sus palabras. Estuve haciendo demasiadas cosas sin poder dedicarme por completo a ninguna de ellas. Sobre todo, a las más importantes. No solo a las que son importantes mientras estoy aquí, sino también en lo que sigue.

–Pero también tienes que venir a estas citas de estudio –advierte con seriedad–. Si es que quieres pasar mi clase, claro.

–¿No es muy tarde para eso? –pregunto.

–Creo que esa es tu decisión. Ahora, explícame tu lógica del primer problema otra vez para que podamos identificar dónde está el error.

La siguiente hora es iluminadora y tortuosa al mismo tiempo. Puede que la profesora Hutchison comparta algunos métodos con Valeria, pero no tiene ni una pizca de su gentileza. Cada vez que me equivoco, casi puedo ver cómo irradia la desaprobación de ella antes de que abra la boca. De todas formas, logro salir de la oficina con mi examen resuelto de nuevo en mi propia letra, esta vez con respuestas correctas. También llevo una versión del examen del año pasado para intentar resolver problemas similares. Me queda la sensación de que ya no solo estoy mirando la superficie del proceso, sino que estoy profundizando en el aprendizaje.

Mientras camino por el parque, recordando las palabras de la profesora Hutchison, “¿Qué esperas de esta experiencia?”, me percato de que no pensé en Connor en absoluto.







CAPÍTULO VEINTIUNO

En ocasiones, todavía recibo correos a la cuenta en desuso de *Caricias de rosas* y los reenvío a la nueva columnista que se hizo cargo de ella en Little Fells. Pero unos días después, al salir de clases, encuentro uno de una dirección que reconozco de inmediato. “Intento que mi hija superexigente y ocupada en la Estatal Blue Ridge devuelva mis llamadas. ¿Algún consejo?”.

Mi rostro se enciende por completo, en parte por vergüenza, en parte porque me siento conmovida. No había planeado que fuera una clase de prueba para él, pero, de todas formas, me da seguridad saber que no aprovechó la excusa para alejarse esta vez.

Espero salir de clases para llamarlo.

–¡Super-A! –contesta de inmediato.

Suena tan feliz de escucharme que, por un momento, se siente absurdo. Después de toda mi aprehensión y de sobrepensar por semanas, está feliz solo de que lo llame.

–Hola, papá –respondo de camino a un rincón más apartado del parque–. ¿Cómo estás?

–Ocupado, pero bien. Igual que tú con todos esos listones, ¿no?

Parpadeo sorprendida de que los mencione de inmediato. Nunca habíamos hablado de eso, ni

cuando decidió guardar los de mi madre y menos cuando ingresé aquí. Supongo que mis abuelas lo mantienen actualizado.

–Sí –afirmo mientras lo proceso.

–¿Te estás divirtiendo en la búsqueda?

–Sí, bastante –digo con la imagen del árbol caído y de la mirada adusta de la profesora Hutchison demasiado frescas en mi mente.

–Esos fueron de mis mejores recuerdos de la universidad. Además de… –Su voz adquiere el tono suave que parece tener siempre que se pierde en un recuerdo demasiado lejano para llevarme con él.

–Mamá –ofrezco con dureza. Es un desafío en sí mismo. Un desplante. Pero él no se queda en silencio como suele hacerlo.

–Sí –afirma–. Me alegra que también puedas disfrutarlo.

–Sin dudas –replico. Me tomo un segundo para recomponerme, en el que recuerdo que nunca supe que mi padre también participó de la búsqueda de listones. Quiero preguntarle al respecto, pero interrumpe para ir directo al grano.

–Escucha, yo…eh. La última vez que hablamos, sonabas un poco confundida. Así que quería saber cómo estabas.

Unos estudiantes abandonan una banca cercana, así que decido desplomarme en ella a pesar del frío de marzo.

–Confundida –repito–. Papá, no tenía idea de que Kelly tuviera una hija.

–Es mi culpa. –Creo que llego a percibir su expresión apenada–. Se llama Ava. Tiene ocho años. Debí decírtelo, pero pensé hacerlo en el momento en el que Kelly y tú se conocieran o que tus abuelas ya te lo habrían dicho.

–¿Ellas la conocieron o algo? –Siento una punzada de paranoia desconocida.

–No, no. Solo les pedí algunos consejos.

–¿Sobre qué? –pregunto de inmediato.

–Bueno, más que nada, le pedí consejo a tu abuela Maeve sobre cómo salir con alguien con hijos –explica apocado–. Ya que ella tuvo algunos novios con hijos. Es territorio nuevo para mí.

Me alivia un poco, pues pensé que, quizás, había pedido consejos sobre niños en general. Me hubiera tocado muy de cerca que quisiera mejorar esta vez porque está dispuesto a aprender, mientras que no lo estuvo conmigo.

Pero el punto es que, cuando yo tenía ocho años, era todo lo que debe ser para Ava ahora: divertido, confiable y amable. Cortaba los sándwiches con formas divertidas y se comía los bordes. Conducía en círculos por el parque en Navidad porque yo quería seguir viendo el espectáculo de luces. Estaba *allí* para mí. Así que no es que no sepa cómo ser padre. Solo lo olvidó por muchos años y ahora que lo recordó, no sé si puedo confiar en él.

–Tiene sentido. Así que, ¿Ava es…? –No estoy muy segura de lo que quería preguntarle. ¿Si le agrada? ¿Si se parece en algo a mí a su edad? Aún no me acostumbro a la idea de que esté en su vida, por lo que nada suena natural en mi mente, mucho menos en mi boca.

–Me encantaría que se conozcan. Le hablé mucho de ti. Piensa que eres genial, y creo que ella también te encantará.

Es la primera vez que la palabra "hermanastra" cruza por mi mente, pero no me inquieta para nada. La verdad es que me haría feliz que mi padre se casara con Kelly. Aunque no la conozco mucho, soy buena jueza de carácter para saber que es una buena persona. Y aun si no lo fuera, la evidencia está a la vista en esta versión nueva de mi padre o, mejor dicho, esta versión que ella está ayudando a reflotar. La versión de alguien a quien conozco.

Sin embargo, me decepcionó muchas veces como para tener esperanzas ahora. Se perdió demasiados días festivos, rompió tradiciones y enterró recuerdos en un depósito fuera de la ciudad.

–Sí –respondo de todas formas, preparándome para un futuro que podría o no llegar–. También me gustaría conocerla.

En ese instante, se oye un pitido agudo en mi móvil, por lo que jadeo sorprendida.

–¿Qué ocurre? –pregunta mi padre.

–Eh, recibí una alerta en la aplicación del campus. –Alejo el móvil de mi oído para leerla. Después de la tormenta de nieve, Shay se aseguró de llevarme a la oficina administrativa para que alguien del equipo informático sincronizara mi aplicación–. Habrá un evento para conseguir listones en la biblioteca. Debería…

Pero niego con la cabeza. Hace menos de una semana, Milo me advertía que el asunto de los listones debía ser algo para *mí*, no una obsesión con conseguir todos los que pueda para Connor. Y hace menos de cinco minutos, mi padre me recordó, sin pensarlo, por qué hacemos la búsqueda de listones en primer lugar: no es algo que tachar de una lista, sino algo que debería ser divertido.

–Siempre lista para los eventos, igual que tu madre –ríe él. Su franqueza y calidez me toman por sorpresa. Es confuso escucharlas de él–. No te retendré más. Pero revisa tu agenda, ¿de acuerdo?

Estoy demasiado impactada para insistir. Debería mantenerlo al teléfono, ver si tiene algo más que decir sobre mi madre ahora que estamos tan cerca, más cerca que nunca. El problema es que me sorprendió demasiado para pensar en qué preguntar. *Igual que tu madre*, dijo. Las palabras penetraron muy profundo en mí.

–Sí, lo haré –aseguro.

–Te quiero, Super-A.

–También te quiero –respondo con el teléfono presionado contra la oreja.







CAPÍTULO VEINTIDÓS

–Bueno, ¿qué les gusta hacer juntos?

La llamada de hoy es de una mujer mayor, que pide consejo porque está distanciada emocionalmente de su esposo. Reconocí desde un principio que es un blanco duro; tiene el tono exasperado de alguien que no puede creer estar haciendo esto. Esperaba que me descolocara, pero la adrenalina ya no me provoca esa reacción amarga inesperada de antes. Ahora, en cambio, se siente cálida y energizante. Es como un desafío.

–Quizás ese sea el problema. Ambos tenemos nuestros propios intereses. –Su voz es controlada, como si se estuviera reservando lo demás.

Me tomo un instante, a pesar del temido aire muerto. Cuanto más tiempo paso en mi transición de esconderme detrás de mi columna a conectarme con las personas en tiempo real, mejor comprendo que hay muchos momentos en los que las personas no buscan consejos en realidad, sino a alguien que las escuche. Solo quieren saber que no están solas. Y sospecho que es el caso de esta mujer, aunque ella no lo sepa. La idea de poder ayudar a alguien con tan solo escucharlo hace que esto sea menos intimidante. No tengo la necesidad de arreglarlo, solo de comprenderlo.

Como imaginaba, la oyente suelta un suspiro y continúa:

–Al principio, era agradable ser independientes, pero ahora… no lo sé. Con los años, nos hemos distanciado.

–¿A qué se refiere?

Y entonces, un poco a regañadientes, se abre conmigo. No me cuenta los detalles, pero sí lo que siente, y me devuelve al momento que compartí con Milo en el cobertizo, al sentimiento más universal: la duda constante y humana de si seremos suficiente.

Sospecho que ella se benefició más que nada de poder descargarse, pero es mi segmento de *consejos*, así que le ofrezco lo que puedo.

–¿Hay algún lugar en el que sabes que estará feliz? ¿Algo en lo que sea bueno y te permita aprender más de ti misma? Y al revés, ¿hay algún lugar al que puedas llevarlo para que conozca un poco más de tu mundo?

–Bueno, ahora que lo mencionas… –La mujer se aclara la garganta–. Supongo que sí. Estuvo hablando de una conferencia a la que podría acompañarlo.

–Pueden convertirlo en un viaje de fin de semana –la animo.

–Tienes razón, podría hacerlo –afirma con entusiasmo gratificante.

–Buena suerte a ambos –respondo con sinceridad.

–Gracias –dice con sarcasmo.

–A su disposición –concluyo cuando la llamada se desconecta–. Eso fue todo por hoy –agrego, ya que mi segmento se convirtió en el cierre del programa. Mi frase final ya se volvió natural–: Sáquenle provecho, porque cada día es una oportunidad para empezar otra vez.

Salto de mi asiento con una sonrisa radiante; la energía que me recorre es tan lejana a mi antiguo dolor que a veces creo que mi interior cambió. Me siento sólida, como si la madera de la que estoy hecha por fin coincidiera con lo que quiero hacer con ella.

Milo tiene que darse prisa para llegar a su turno en Bagelópolis, pero no sin antes decirme al oído:

–Parece que tienes todo bajo control. Quizás mi amiga la Escudera pueda dejarme dormir el próximo viernes.

Aún me siento extasiada cuando llego a mi clase de apoyo con Valeria en la biblioteca una hora después.

–Alguien está muy animada en este día lluvioso –comenta.

–Hoy es noche de trivia –le recuerdo mientras dejo mi bolsa y busco el libro de Estadísticas–. Aplastaremos al equipo de Caballeros búhos.

–No estoy segura de si deba ir o no. –Valeria presiona los labios.

En general, sería sutil, pero estaba demasiado ansiosa por encontrar un puntapié como para detenerme.

–Shay lo lamenta muchísimo.

–Lo sé. –Se reclina en la silla como si hubiera estado pensando en eso–. Yo también –agrega en voz baja–. Por haber exagerado.

–Es algo importante para ti. No te molestaste por nada –replico.

–Gracias por decirlo –responde con una sonrisa complacida.

–Claro. –La miro con la cabeza de lado; se inclina otra vez con la mirada en mi libro, estoy segura de que desviará el tema.

–Es extraño –dice en cambio–. Sé que ustedes son cercanos, y… me preocupaba que siguieran siéndolo sin mí.

Resulta que, en todo el tiempo que estuve preocupada por encajar aquí, nunca se me ocurrió que alguien que llegó hace tanto como Val pudiera sentirse igual en cierta medida. Quisiera haberlo notado antes, para que no dudara de nuestra amistad.

–Claro que no, Val –aseguro y tomo su mano–. Los Caballeros de la noche somos un equipo. Uno para todos y todos para compartir las patatas fritas o lo que sea que Shay escabulla de la cocina.

De repente, siento una punzada de pena por el equipo, ya que hasta donde sé, nadie más sabe que Milo podría irse. Pero hago la idea a un lado para concentrarme en Valeria, cuya sonrisa de labios cerrados ahora es más profunda y genuina y resalta los hoyuelos de sus mejillas.

–Tienes razón. Estaré ahí.

Le doy un respiro, aunque no tanto como para que abandone los sentimientos para volver a las matemáticas.

–Creo que debo preguntar –aventuro con cuidado–. Quieres ser una autora publicada algún día, ¿no?

–Bueno. –Toma aire, temblorosa–. Sí.

–Y entonces ¿cuál es tu plan? –pregunto mirándola de lado. Esperaba que dudara, ya que no está segura de cuál es el plan ni de si quiere contármelo, pero en cambio parece relajarse en el lugar.

Cuando habla, es con tal determinación que su idea toma forma en mi mente.

–Pienso en un seudónimo. Mi segundo nombre es Beatrice. Así se llamaba mi abuela y ella… ella fue quien me mostró el mundo de las novelas románticas –explica con una sonrisa–. Me gusta la idea de usar su nombre, es una forma de que sepa lo mucho que significó para mí. Pero también es una forma de poder tener un trabajo fijo en otro rubro sin que las búsquedas de Google se desvíen en direcciones opuestas.

–Muchas personas tienen trabajos de oficina y escriben novelas románticas –comento con el ceño fruncido, porque no estoy segura de cómo interpretarlo–. No es nada de qué avergonzarse.

–No, no me avergüenza –afirma con más confianza–. Es solo que… Lo que escribo es… mío. Es *solo* mío. Y me agrada la idea de compartirlo para que otros puedan leerlo algún día, pero no la idea de perder la parte que es solo mía, ¿entiendes?

Asiento despacio cuando comienzo a entenderla, aunque aún no se me ocurre nada útil que

responderle.

–Creo que si fuera algo tan público, con mi nombre completo, y tuviera que salir al mundo a hablar de ello en persona, no lo sé. Sentiría que me pertenece menos. –Se recorre el cabello con una mano y agrega–: No tiene sentido, lo sé.

–Sí, lo tiene. Yo soy anónima también, así que lo entiendo.

En realidad, mientras lo estoy diciendo, me percato de que no lo entiendo en absoluto. Ahora soy anónima, pero no es que quiera guardarme mis consejos de la vieja columna *Caricias de rosas* o a *La guardia de Caballeros* para mí, del modo en que Valeria mantiene su trabajo cerca de su corazón.

En mi caso, la distancia tiene otro origen.

Para mí, es miedo.

Me acomodo, dejo esa preocupación a un lado para después y me inclino para mirar a Valeria a los ojos.

–De cualquier manera, creo que tienes un futuro brillante en la escritura. Shay dijo que a los lectores les gustó tanto que recibieron un récord de correos preguntando cuándo saldría el resto.

–Me alegra que lo estén disfrutando –responde, tan roja que me preocupa el bienestar de sus mejillas.

–Bueno, acostúmbrate, *Beatrice* –bromeo con un golpecito a su pie bajo la mesa.

Y así, de repente, al mencionar su nombre, despierta algo de las profundidades de mi mente. Beatrice. *Bea*. La oyente de hace unas semanas que se debatía entre su ex, con el que intentaba hacer que las cosas funcionaran, y otra persona por la que se sentía atraída. *Sin dudas*, Valeria también siente algo por Shay.

Hasta ahora, me contuve de interferir entre ellas. Shay me habrá pedido ayuda, pero todavía no sabía nada de Valeria, así que no estaba segura de actuar. Y de un momento a otro, la operación Ayudar a Shay y a Val a encontrar el verdadero amor está en el aire, con una idea inspirada por el oyente que llamó esta mañana.

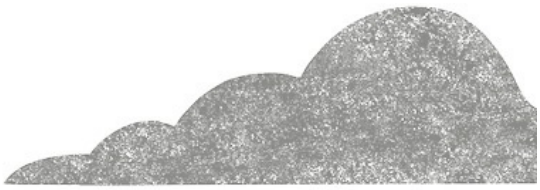
–Oye, Val, ¿tienes planes para mañana? –pregunto mientras salimos de la biblioteca al final de la clase.

Quizás esté abusando de mi suerte, ya que apenas logré convencerla de que viniera a la noche de trivia. Pero estoy segura de que ella y Shay intercambiarán disculpas enérgicas y después todos comeremos patatas y gritaremos respuestas a consignas como "¿Quién fue la segunda scout de *Sailor Moon*?", como si nada hubiera pasado. Esta es una oportunidad de comprobar si las dos quieren algo más que amistad y no pienso dejarla pasar.

–No, la verdad. ¿Por qué? –pregunta al tiempo que sacude su cabello a un costado para poder colgarse el bolso.

–Entonces, ahora los tienes –afirmo de frente a la puerta de la biblioteca con una sonrisa

conspirativa en el rostro.







CAPÍTULO VEINTITRÉS

–La tormenta de nieve no nos mató, así que pensaste en congelarnos hasta la muerte, ¿no? –Le doy un golpe al brazo de Milo con poca energía, con un guante que apenas resuena contra su abrigo gigantesco. Aunque no se equivoca, hace demasiado frío para finales de marzo. Me sorprende que el lago no esté congelado.

–Tú te ofreciste a ayudar –le recuerdo.

Él contempla el lago, el bosque que lo rodea y las montañas que se elevan a la distancia; la vista es tan impactante como el frío. Los destellos de la escarcha, el agua en calma, el follaje espeso, los picos serrados y el cielo de un azul cristalino.

–¿Lo hice? –replica con las manos en los bolsillos–. Suena irresponsable de mi parte.

En ese momento Piper, su hermana mayor, asoma la cabeza del puesto de alquiler de kayaks. Es alta y delgada como sus hermanos y sus rizos negros asoman rebeldes por debajo del gorro de lana.

–Dijiste que serán cuatro, ¿cierto? ¿Quieren cuatro kayaks?

–Sí, pero ¿pueden ser dos simples y uno doble? –le pregunto.

–Tenemos suficientes individuales, puedo sacar dos más –dice confundida.

–No, no es necesario. Dos simples y uno doble sería genial –insisto con una sonrisa demasiado grande y, quizás, demasiado agresiva.

–Entendido, jefa –indica y desvíala la mirada asombrada hacia Milo, que suelta un suspiro con el que forma una nube entre los dos.

–Al menos Piper le dirá a mi madre que la amo después de que la hipotermia acabe con nosotros.

–Gracias otra vez por mover tus influencias –digo ignorando su comentario macabro. Podrá fingir todo lo que quiera, pero vinimos tan tarde solo porque él hizo que lo esperara hasta que terminó su turno en el trabajo–. No creí que fuera a estar tan cerca de recrear la escena del bote del libro de Valeria, pero funciona. Si entornas los ojos.

Viviendo en un lugar tan frío que los globos oculares amenazan con convertirse en hielo, hay que entornar mucho los ojos para fingir que estamos en una incursión veraniega para robar un escudo de armas encantado de una cueva secreta en el océano.

–¿De qué sirve tener tantos hermanos repartidos por el campus si no es para conseguir descuento para nuestro propio deceso congelado? –replica encogiéndose de hombros.

De repente, mi móvil suena con el tono de llamada de Connor.

–Dame un segundo –le digo antes de alejarme hacia la esquina nevada del estacionamiento.

–Intenta no perder ningún dedo de los pies –exclama Milo.

–¡Hola! Solo tengo un minuto, pero vi que me llamaste anoche. ¿Sucedió algo? –La voz de Connor es cálida pero apresurada.

Quizás sea el frío, la semana que pasé esforzándome al máximo o el complejo de todopoderosa que me genera intentar que Shay y Valeria estén juntas, pero me siento extrañamente animada. Así que no lo dudo.

–Estuve yendo a clases con la profesora auxiliar. Mejoré mis calificaciones y le demostré a mi profesora que de verdad quiero ponerme al día con la clase. Intenta ayudarme y… me siento mucho mejor. Aunque no puedas transferirte aquí de vuelta, quizás no sea tarde para que también mejores algunas de tus calificaciones.

–Le encontraste el encanto a Blue Ridge, ¿eh? –replica con una risa baja–. No quieres volver a Little Fells.

El dolor que me provoca es silencioso, inesperado, y tengo que alejar el teléfono por un instante.

Le encontré el encanto. Como si no fuera el lugar en el que estudiaron mis padres, donde estudió mi madre. Como si no lo estuviera planeando prácticamente desde que tengo consciencia. Siempre quise venir a la Estatal Blue Ridge y ser un Caballero.

¿De verdad piensa que me transferí solo por él? ¿Que es la única fuerza que me atrajo hasta aquí y que podría hacer que me quede?

Estuve deambulando por el límite del estacionamiento, pero una idea hace que me detenga: no importa qué fue lo que me trajo hasta aquí. Blue Ridge ya no es solo una universidad para mí, comienza a sentirse como mi hogar. Y no es que le haya encontrado el encanto como dice él, sino que creció desde que estoy aquí.

–No, no volveré –afirmo en voz baja pero firme–. Quiero estar contigo, pero no volveré.

No me da miedo decirlo porque no se siente como un riesgo, al menos no todavía. No será un riesgo hasta que sepamos qué pasará el año próximo ni dónde estaremos. Es como dijo Milo, seguiremos a la distancia. Nos amamos hace muchos años, no debería ser muy difícil.

Connor permanece unos segundos en silencio.

–De acuerdo –dice por fin.

–¿De acuerdo?

–Sí, lo entiendo. –Luego suelta un suspiro–. ¿Y quién sabe? Quizás logre volver y nada de esto tendrá importancia.

–¿Y si no? –No puedo ignorar lo implícito en sus palabras.

–Por ahora… digamos que lo haré. Si no, pensaremos en eso cuando llegue el momento. Mientras tanto, esperemos que no llegue.

–Está bien. –Sueno muy animada, demasiado radiante entre los restos de nieve semiderretida, y me percato de que estoy sonriendo con mi sonrisa televisiva.

–Superé peores dificultades.

La frase resuena como el chirrido de los frenos de un automóvil a toda velocidad. Lo vi salir de suficientes dificultades como para saber que no lo logró esforzándose. Cuando lo estuvo por llevar la marea, se valió de su encanto o de la ayuda de sus padres. En el pasado, siempre le resté importancia atribuyéndolo a su buena suerte o a parte de su naturaleza. Quizás, también lo hice porque era algo de lo que yo también me beneficiaba, sin dudas. Pero puede que esté siendo injusta, no creo que nada de eso tenga valor para el equipo de admisiones de la Estatal Blue Ridge.

–Mantenme al tanto –le digo tras hacer a un lado mi inquietud.

–Claro. Y te enviaré más ensayos. Siempre sabes cómo mejorarlos –responde.

En cuanto cortamos la llamada y termino de registrar sus palabras, siento una descarga de rabia de una inmediatez impactante, como si hubiera estado esperando dentro de mí a que la notara por mucho tiempo. Pero este no es el momento, así que la guardo otra vez y vuelvo enseguida al puesto en el que Milo me espera aplastando césped congelado con sus botas.

–¿Estás bien? –pregunta.

Por fortuna, Shay y Valeria nos interrumpen con risas estruendosas, que llegan a nuestros oídos antes de que las veamos aparecer desde el estacionamiento.

–Perdón por llegar tarde. Nos cruzamos con el venado más tonto del mundo. No es broma, era

extremadamente tonto.

–Le tocamos bocinas unas quince veces –agrega Valera entre risitas.

Me alivia escucharlas de vuelta en su dinámica habitual, tanto que, por un momento, olvido que tengo la siguiente línea en el plan que ideé.

–¿Les importaría compartir kayak? –les pregunto–. Milo es experto y yo soy nueva, así que creo que sería mejor que estuviéramos cada uno en el suyo –continúo antes de que Milo o Piper puedan intervenir–. Y ya que tienen el mismo nivel, tiene más sentido que ustedes compartan el doble, ¿no?

Valeria no es la única que puede jugar la carta de una sola cama para compartir. Por suerte, no parece notar nada extraño.

–Claro –dice–. ¿Está bien para ti, Shay?

–Sí. Necesitaré litros de Oscuridad eterna para calentarme después de esto –responde Shay con una mirada alegre.

Celebro con los puños apretados cuando se alejan delante de nosotros y espero a que están lejos para decir:

–Comienza la fase uno.

–Te reto a estar más involucrada emocionalmente –dice Milo, por lo que le saco la lengua y él pone los ojos en blanco antes de señalar el agua con la cabeza–. Vamos. Te ayudaré a ponerte en marcha antes de que vuelques intentando espiarlas.

Estuve a punto de mandarlo a volar (es un simple botecito, no puede ser muy complicado), pero cinco minutos después, estoy flotando a la deriva, no progresé en absoluto con el dominio de los remos y no logro usarlos para moverme.

Milo se acerca siguiendo mi zigzagueo con una facilidad humillante.

–Así es como se pierden los marinos en el mar, ¿no? –balbuceo devastada, porque Shay y Valeria se alejaron demasiado y ya no hay forma de que logre escucharlas–. Alguien tendrá que escribir una triste canción de marineros sobre mí.

–Solo toma tiempo acostumbrarse a los remos –comenta y esquiva por poco el agua que sacudo al sumergir mi remo con fuerza excesiva–. Ya encontrarás el ritmo.

No lo encuentro antes de terminar en el otro extremo del lago. El bosque parece estar embrujado, pero al menos Milo está decidido a lograr que todos volvamos a la costa en una sola pieza.

–Bueno, tal vez es mejor. Puse el escenario, ahora depende de ellas.

–Oye. –Su aliento forma una nube de niebla que se detiene en el aire, dudosa igual que él–. Ya que estamos aquí y eso. Me preguntaba… Si me fuera…

–Si –repito, más para mí que para él. Me alegra que diga *si* y no *cuando*.

–Bueno. Sé que es probable que digas que no, pero quería preguntártelo por si acaso.

–¿Qué quieres preguntar? –De repente, mis mejillas están en llamas a pesar del frío absurdo. Respondí muy rápido, con los dientes castañeando y el corazón acelerado. Hay cierta energía potencial en la espera de la pregunta, algo emocionante y aterrador, que quiero y no quiero escuchar al mismo tiempo.

O eso siento hasta que pregunta algo inesperado por completo.

–Quería dejar en claro que fue una oferta auténtica, que no bromeaba. ¿Quieres reemplazarme en el programa?

La confusión llega primero, antes de que el pánico haga su aparición, la empuje a un lado y tome protagonismo.

–Ah. Eh, sigue siendo un no.

–¿Puedo preguntar por qué? –Sus remos se quedan quietos y nuestros kayaks se acercan a pesar de la quietud del agua.

–Porque… –Ya no es porque tenga miedo. Bueno, al menos no un temor que me deje petrificada como antes. Tampoco es por la presión de llenar los zapatos de mi madre. Llegar a la radio era su sueño; para mí, es uno de muchos medios para llegar a un fin–. Me gusta ser la Escudera. Eso es lo que quiero. La parte de la transmisión de radio… no es lo mío en realidad.

Por un momento, espero que algo cambie debajo de nosotros, que se genere un remolino espontáneo en el lago que me succione por completo. Algún castigo por faltarle el respeto al legado de mi madre ahora que estoy más cerca que nunca de él.

Pero me sorprende entender que esa es la verdad. Mi papel como Escudera es importante porque me pertenece, porque me conecta con las personas de un modo que estuve evitando por años. Ahora que llevo tiempo dentro de *La guardia de Caballeros*, que vi más allá de mi miedo y del enigma de su legado, puedo valorarlo por lo que es: un logro de mi madre. No necesito probar que soy digna de él; ahora estoy encontrando el camino para cumplir mis propios objetivos.

–Bueno, sabes que cada Caballero tiene “lo suyo”. –Milo me hace señas con la cabeza, como una invitación a considerar algo–. Lo tuyo podría ser dar consejos. Puedes poner las reglas sobre la marcha. Somos una radio pirata desde los noventa. Yo digo “mierda” suficientes veces en los primeros diez minutos de cada programa como para hacer llorar a los críticos. ¿Quién te detendrá?

Me rio, pero de todas formas dejo la idea a un lado para evaluarla más tarde. El problema es que es difícil imaginarlo ahora. De hecho, es difícil imaginar cualquier cosa con tantos factores en juego.

–Supongo que tienes razón –respondo. Él asiente con la cabeza, consciente de que es la única respuesta que conseguirá.

–De acuerdo, en caso de que me vaya, no seas dura con mi reemplazo –concluye con alegría

en sus ojos verdes, notoria a pesar de la niebla–. A menos que sea ridículamente más atractivo que yo. En ese caso, siéntete libre de hacerle la vida imposible.

–¿Aún no te decides? –pregunto y amago a salpicarlo con el remo.

–En realidad, lo estoy retrasando –dice. Tengo demasiado frío para presionarlo, pero él se castiga por mí–. Lo sé, lo sé. Pero postergar decisiones trascendentales es el deporte oficial de la familia Flynn.

–Ese y maniobrar una de estas trampas mortales fluorescentes –protesto señalando el kayak. Él se ríe por lo bajo.

–Sí, mejor te enseño antes de que nos convirtamos en paletas heladas. Me adelantaré, tú intenta imitar los movimientos de mi remo.

Avanza por el agua con una gracilidad que me hace contemplar la línea de sus hombros y la firmeza con la que lo impulsan hacia adelante. Pero sacudo la cabeza y vuelvo a enfocarme en mi torpe remo.

–¿Tus brazadas de persona hiperalta de brazos largos? –replico antes de que se aleje demasiado.

–Mantendré una velocidad nivel Polly Pocket. –Deja que el kayak se deslice por sí solo para que lo alcance.

–¡Eso me ofende! –exclamo.

–Genial, úsalo como motivación para no morir congelada.

Shay y Valeria ya nos dejaron atrás en una vuelta constante y controlada alrededor del perímetro del lago. En comparación, Milo y yo somos inútiles, nos limitamos más que nada a evitar que nuestros kayaks choquen mientras me ayuda a entender cómo remar. En algún momento, llegamos al centro del lago, donde la quietud y el silencio son tales que parece que entramos a otro mundo.

Los dos nos detenemos sin pensarlo para apreciar el momento.

Giro para mirar a Milo, y su mirada ya está sobre mí, esperando con su sonrisita conspirativa. Por una vez, no siento la necesidad de decir nada, de llenar el silencio ni de tranquilizar a otra persona. Simplemente nos sentamos en silencio, disfrutando la quietud.

De repente, un ave atraviesa la niebla y nos sorprende a ambos. Yo me río, Milo se sobresalta, y ambos miramos hacia el muelle, al que Shay y Valeria ya están llegando.

–Doritos rancheros –balbuceo mientras intento hacer girar el kayak–. Las perdí.

–Alto ahí, marinera –advierte Milo–. No irán a ningún lado sin nosotros.

–Pero tenía *un trabajo* y era intentar arreglar esto.

–¿Por qué es tu trabajo? –inquiere al redireccionar su kayak para seguirme. Habló con cuidado, igual que la primera vez que hablamos de mi "obsesión" con solucionar problemas hace varias semanas. *Sabes que no le debes ayuda a nadie, ¿cierto? No tienes que probarle nada a*

nadie.

Esta vez, sus palabras me impactan. Es como si hubiera pasado una eternidad desde que las dijo, porque las tuve en cuenta en todo lo que hice desde entonces, pero ahora se sienten diferentes.

–Porque… Porque es posible que yo lo haya arruinado –confieso–. Creo que fue Valeria la oyente que llamó el otro día. ¿La que habló de estar confundida con su ex?

–¿La que sonaba como si se hubiera tragado un mosquito?

Cielos. ¿Los remos no pueden ser más rápidos?

–Creo que intentaba ocultar su voz. Como sea, si tengo razón, la alejé de Shay al presionarla para que siguiera la relación a distancia con el ex. Y tal vez ese no era el consejo correcto. Tal vez lo dije por mi situación personal, creo.

–Yo creo que debes ir más despacio.

–De haber sabido que era Valeria, jamás hubiera apostado por ese chico, porque es un idiota que la dejó y la hizo llorar muchas veces y…

–¡Andie, tu kayak!

–…si hay algo entre ella y Shay, y creo que lo hay, ¿tú no? Lo menos que puedo hacer es disponer las condiciones apropiadas para que…

El kayak se sacude, seguido por un vuelco en mi estómago al reconocer el peligro inminente. Agradezco mucho el sermón de Piper sobre chalecos salvavidas y medidas de seguridad cuando el kayak se voltea sin decoro, arrojándome con él al agua helada.

Después, en lo único que puedo pensar es en que la naturaleza fue *muy* atrevida al permitir que el agua se enfríe tanto. Por suerte, Milo mantiene la compostura, porque la mía está congelada. Antes de que termine de procesar el grado de mi estupidez, él me jala de la mano para subirme a su kayak.

–Mierda. ¿Estás bien?

–Creo que vi al kraken. –Escupo agua entre los dientes, que castañean con tanta violencia que ya no los siento míos.

Milo hace que apoye una mano en su kayak para estabilizarme mientras se ocupa de enderezar el mío.

–Es amigo de la familia, así que no creo que se meta contigo.

–De-deja que lo haga –gimoteo. Mis piernas tiemblan sin control a pesar del chaleco y de la seguridad del kayak de Milo–. Así no tendré que morir de vergüenza.

–Lo sostendré –dice con una mano en mi kayak–. Si fuera tú, volvería lo más rápido posible, antes de que pase la adrenalina.

–No me mires –lamento mientras me abrazo al kayak e intento arrojarme de vuelta sobre él como si fuera una foca bebé.

–Me siento en la obligación moral de no sacarte los ojos de encima, dada la ridícula cantidad de estupideces que hiciste esta semana. –Me estremece la preocupación legítima en su voz, pues lo último que quería era hacer que alguien se preocupara por mí–. Recuérdame nunca hacer equipo contigo para *The Amazing Race* –agrega como si lo percibiera.

Mientras repto de vuelta en mi kayak, con los músculos gritando por el frío, alcanzo a ver a Valeria y a Shay en el muelle; están enlazadas en un abrazo apretado. Los brazos de Shay rodean el abrigo acolchonado de Valeria; el mentón de Valeria apoyado en el pecho de Shay.

–Ay, no –balbuceo.

No identifico la categoría precisa del abrazo, pero a juzgar por la decepción en el rostro de Shay, no es la que esperaba.

–Estamos cerca. ¿Puedes seguir? –pregunta Milo con un empujón a mi kayak.

–Sí –respondo, aunque no ansío llegar.

Creí que iba por buen camino con ellas y no estoy acostumbrada a equivocarme. Pero no es solo eso, sino que no estoy acostumbrada a equivocarme con personas a las que conozco bien.

Quizás me esté adelantando. La prioridad ahora: hablar con Shay y descubrir qué pasó en realidad. Aunque, por desgracia, el plan cae por la borda cuando Shay nos ve acercarnos y suelta un jadeo audible.

–Cielos. ¿Qué te pasó?

–Eh. Me caí al agua. –Sacudo una mano para restarle importancia, pero entonces me doy cuenta de que está entumecida por el frío.

–Tienes los labios azules –señala Valeria con los ojos tan desorbitados como Shay.

–Tienes hielo en el cabello –agrega ella.

–Elsa no es la única que puede lucir el hielo –bromeo con esperanzas de que podamos dejar mi idiotez de lado para averiguar qué pasó entre ellas. Esperanza que muere en el instante en que Piper toma mi mano para ayudarme a subir al muelle, y me percato de que no solo tengo entumecida la mano, sino todo el cuerpo.

Por suerte, Piper sí que es fuerte, porque me levanta con la facilidad de alguien acostumbrado a sacar a malos remeros del agua.

–Ah, mierda. Será mejor que la lleves a casa –dice.

De algún modo, Milo sube al muelle. Con las manos sobre mis hombros, me guía con cuidado hacia el estacionamiento.

–Vamos. Te subiré a Stella antes de que quieran rentarte como escultura de hielo. –Lo sigo, pero no olvido mirar a Shay y a Valeria.

–Pero ¿y ustedes?

–Iremos por un café –responde Shay y señala el auto de Milo con la cabeza para que siga adelante.

Quizás las esperanzas no estén perdidas, después de todo. Aunque no me devuelve la sensación en las extremidades, es un alivio. Sigo a Milo, confundida de que mis piernas me lleven a pesar de apenas sentirlas. Mientras estoy distraída mirando a las chicas, el peso del abrigo de Milo cae de forma inesperada sobre mis hombros. La tela no me abriga mucho, pero su aroma familiar, con el calor del jabón cítrico y del café, sí.

–Gra-gracias.

–Te diría que siempre a tu disposición, pero tengo esperanzas de que sea la última vez que te arrojes a un lago congelado –replica. Sube la calefacción de Stella al máximo, a pesar de que la casa está al final de la calle, y me lanza una mirada rápida antes de salir del estacionamiento. Piper debió haberle enviado un mensaje a su madre, porque Jamie salió a la puerta con una mirada compasiva aun antes de que aparquemos, lo que no es tarea fácil con todas las gallinas que andan alrededor.

–Ven aquí, muñeca –indica Jamie, al tiempo que toma el abrigo de Milo y me ayuda a sacarme el mío–. Te llevaré a la ducha y te traeré ropa seca. Nadie ha perdido un dedo por la hipotermia en esta casa y espero que siga así.

Balbuceo un agradecimiento indescifrable antes de revivir mi cuerpo helado en la ducha de invitados. Afuera, me esperan unos vaqueros de hombre, una camiseta, calcetines gruesos y un abrigo de franela enorme, junto con mi ropa interior, que debió haber pasado por un ciclo rápido de la secadora. Me visto, agradecida de que la mayor parte del frío ya haya pasado, y salgo descalza a la sala.

Milo salta del sofá en cuanto me ve, con lo que hace que Bozo, el perro, se lamente por haber perdido su calor corporal. Sus cejas se elevan por una fracción de segundo cuando me ve con calcetines gruesos, vaqueros desgastados y un abrigo que me llega a las rodillas. Imagino que la ropa debió haber sido suya.

–Ah, qué bien. Estás viva –declara. Su expresión es neutral otra vez al llegar a mi rostro.

–Sí, gracias de nuevo. –Bozo baja del sofá y se acerca para frotarse contra mi pierna. Me inclino para rascarle las orejas, a lo que responde con un ladrido bajo de gusto–. Eh, debería volver al campus. Y averiguar qué pasó entre Shay y Valeria.

Milo toma aire entre dientes.

–Lo siento, no puedes –dice.

–¿Stella se descompuso? –Frunzo el ceño confundida en medio de una caricia de oreja.

–No. Pero tu esquema de prioridades debe estar un poco alterado.

–¿*Cómo*?

Él suspira como diciendo “soy el asistente de residencia”, gesto que suele tener reservado para los estudiantes ebrios que gritan por los corredores.

–Andie, Shay y Val son adultas. Resolverán sus propios asuntos. –Cuando da un paso hacia

mí, noto que tiene mi mochila con todos mis libros en el sofá. La levanta de forma incriminatoria–. Tienes que estudiar.

–Sí. Después de que piense cómo ayudar.

El escozor de la compulsión volvió. No estaba ahí cuando ideé el plan para Shay y Valeria, pero reapareció en cuanto colgué la llamada con Connor. Es mi reflejo de probarme a mí misma, de ser útil. De saber que, a pesar de que el resto de mi vida sea un caos, aún hay una cosa que puedo hacer bien.

Milo se agacha del otro lado de Bozo para nivelar su mirada con la mía.

–No seré el Escudero, pero ¿es posible que te estés enfocando demasiado en los problemas de los demás para evitar los tuyos?

–*Touché* –respondo mirándolo con los ojos entornados.

–Llamamos a esa habitación la Cárcel Flynn –dice señalando una puerta con la cabeza–. No hay distracciones. No llega la señal de internet. Solo sofás, libros y una ventana, porque no somos monstruos por completo.

–¿Me… pondrás en una cárcel de estudio?

–Scarlett ya está ahí. Trabaja en su tesis de grado. Al menos tendrás buena compañía.

Antes de que se me ocurra cómo protestar, camina hacia la puerta, la abre y deposita mi mochila del otro lado. Bozo me sigue esperanzado, hasta que Milo extiende una pierna frente a la puerta para separarnos.

–Te veré en dos horas.

Con eso, cierra la puerta detrás de mí y me deja en una habitación pequeña de paredes blancas, ocupada por una chica de aspecto estresado, a la que reconozco de inmediato como la gemela de Piper. Las diferencias son que el cabello de Scarlett es un poco más largo, sus ojos están mucho más faltos de sueño, y su vestimenta es mucho más campestre que el estilo de guía de expedición moderna de Piper.

–Hola, compañera reclusa –saluda, como si fuera de lo más normal que encierren a extraños en esa habitación, cubierta con letreros inspiradores que dicen cosas como: **LO QUE NO TE MATA, QUIZÁS TE HAGA MÁS LISTO** y **¡NO LO ARRUINES! PERO SI LO HACES, AL MENOS HAY PASTEL**.

–Hola –respondo. Luego me instalo en una silla del otro lado y me cubro con una manta, segura de que estoy alucinando.

–Que Dios te ayude –dice y me ofrece una caja abierta de Oreos.

Cuatro Oreos y una tonelada de problemas de estadística más tarde, Scarlett bosteza de forma exagerada. Cuando levanto la vista, noto que afuera ya anocheció por completo.

–Necesitamos sustento –dice al tiempo que cierra mi libro.

–Sí. –Todavía intento procesar el hecho de que fui víctima de un secuestro académico por parte de la familia Flynn, pero debo admitir que logré un gran avance. Mucho más del que pensé

que tendría con la mente enfocada en Shay y Valeria, seguidas de cerca por Connor. Scarlett se estira antes de salir, así que cierro mis libros y la sigo.

En la sala, las luces están bajas y no hay nadie a la vista, ni siquiera Bozo. Scarlett avanza hasta la cocina, pero se detiene de forma abrupta. Un segundo después, veo la razón: hay dos personas sentadas a la mesa de la cocina. De un lado está Milo, con los hombros tensos y la mirada en las manos entrelazadas. Del otro lado está Harley, desplomado en su silla y con la mirada fija en su hermano.

Jadeo al ver la situación y retrocedo incluso antes que Scarlett.

–¿Está bien si yo te llevo? –ofrece Jamie en voz baja. Apareció con un sigilo que creo que solo una madre de siete puede lograr. Asiento con la cabeza y luego levanto mi mochila para seguirla a su camioneta familiar–. Gracias –dice una vez que ocupo el asiento del acompañante.

–¿Por qué "Gracias"? Gracias a ti por acoger a un cubo de hielo durante la tarde.

Jamie me ofrece una sonrisa cómplice de labios apretados al estilo Milo.

–Esos chicos hace mucho tiempo que necesitan hablar. Y presiento que tienes algo que ver con que Milo por fin esté dispuesto a escuchar.

–No sé nada de eso. –Me alegra que el coche esté oscuro, porque mis mejillas se encienden de inmediato.

–Date crédito por tus méritos –dice con una palmada poco sutil en mi hombro.

–Bueno, si es que ayudé, me alegra –respondo con una risa inesperada–. Sé que Milo todavía no está seguro de lo que hará con la universidad, pero creo que esto lo ayudará a decidir.

–Tiene suerte de contar con una amiga como tú –reconoce mirándome por el espejo retrovisor.

Mi sonrisa irradia la energía de una estrella, pero la dirijo hacia mis piernas porque es un poco vergonzoso que su halago signifique tanto para mí. Solo es comparable con la aprobación de la señora Whit, que es mucho más difícil de ganar. Pero la apreciación de Jamie se siente igual de valiosa; la diferencia es que no tuve que hacer acrobacias para ganármela; ella parece valorarme solo por ser quien soy.

–Espero que tu chapuzón no te aleje de participar del grupo de voluntarios al aire libre el próximo año –comenta con una sonrisa provocadora.

El próximo año. Las palabras se sienten más fuertes, la promesa es más sólida que nunca. Puede que la llamada de Connor haya dejado muchas cosas en el aire, pero afirmó la más importante: me quedaré, sin importar lo que pase.

Siento que pasé la mayor parte de mi tiempo aquí limitando el crecimiento de mis raíces, intentando aferrarme a elementos del pasado; *Caricias de rosas*, la obsesión con solucionar problemas, los listones para Connor. Pero ahora que sé que me quedaré, es como si las últimas ataduras que me contenían se soltaran, como si encontrara el equilibrio del que hablaba la profesora Hutchinson. Ya nada de lo que vivo aquí se siente condicionado como antes.

Parte de lo que quiero hacer desde que llegué aquí es explorar más el lugar. Quiero reconectarme con la niña a la que mis padres llevaban en sus aventuras, la que absorbió cada una de las enseñanzas para poder aplicarlas en sus propias expediciones. Quiero encontrar satisfacción en algo que sienta solo mío. Implicaría despedirme de la idea de conseguir más listones amarillos, pero, por una vez, pensarlo no me causa pánico. Tendré suficientes para entrar al grupo en el que estaba mi madre o no, es algo que no puedo controlar. Pero esto sí.

–De hecho, mis fines de semana ahora están más libres. Me encantaría unirme.

–Bueno, tómate tu tiempo –responde con una mirada cálida–. Eres bienvenida cuando gustes. Le pediré tu email a Milo para enviarte algunos detalles.

Pasamos el resto del viaje compartiendo historias divertidas sobre Milo. Yo relato la ocasión en la que impuso la regla de "no llorar con baladas de Disney en lugares públicos después de las once de la noche"; ella me cuenta que Milo bautizó a cada una de las gallinas y que se ofende cuando otro miembro de la familia las confunde. Al final, cuando me dispongo a bajar del automóvil, me entrega dos sándwiches envueltos en aluminio y dos contenedores con sopa de tomate. De repente, sentir ese calor me provoca ganas de llorar.

–Para Shay y para ti –explica con un guiño–. Un día de estos vendrán a comer queso grillado con nosotros, ¿de acuerdo?

–Suena genial –respondo y correspondo a su sonrisa.

De camino a la residencia, me permito imaginar cómo sería una mesa llena de gente, todos hablando entre sí. Mucha comida, risas y miradas cruzadas en todas las direcciones. Es algo que quise toda mi vida y por lo que creí que tendría que esperar.

Pero quizás no sea así. Quizás esa mesa esté mucho más cerca de lo que creo, solo tengo que darle una oportunidad.

A continuación, busco mi móvil, reviso la aplicación del calendario y luego le envío un mensaje a papá diciéndole cuál es mi próximo sábado libre. Él responde en menos de un minuto: "Estoy libre también, Super-A. Te veré entonces".







CAPÍTULO VEINTICUATRO

Entre Shay y yo, debe haber más de diez colores de barniz de uñas en el suelo. Yo elegí pintarme como el arcoíris, con un color diferente en cada dedo, salpicados con brillos plateados. Shay eligió un tono púrpura lúgubre con apliques de luna creciente (dice necesitar energía brujeril después de todos los eventos del día).

–Tienes razón –me dice–. Ahora que lo pienso, *sí* creo que fue Val la que llamó a la radio.

Me sobresalto, por lo que me embarro el dedo meñique con el barniz púrpura brillante. Por suerte, supongo, tengo toda una mano de dedos embarrados de colores para acompañarlo; estoy demasiado preocupada para concentrarme en la tarea.

–Quisiera poder volver el tiempo atrás y responder otra cosa.

–Aún siente algo por él –replica Shay–. Al menos, eso fue lo que me dijo en el muelle.

Ya repasamos los eventos varias veces: una mientras comíamos el queso grillado, otra mientras atacábamos la provisión de Twix de emergencia que guardo bajo mi cama (claro, la mayoría de los días son “emergencias”), y ahora, mientras arreglamos nuestras uñas para superar la vergüenza que pasamos esta tarde. Shay por el rechazo de Val, yo por haberme convertido en el monstruo del pantano.

Sin embargo, cuanto más me esfuerzo por analizar la situación, menos sentido le encuentro.

–De todas las cosas que más me preocupan de la situación, el hecho de que a Val todavía le guste un chico que tanto la hizo sufrir es la principal –admito con el ceño fruncido.

–Creo que no le gusta –niega Shay–. Sino que en realidad aún está muy herida por todo lo que ocurrió. –Desvía la mirada hacia el suelo–. Y teniendo en cuenta por todo lo que la hizo pasar, no la culpo.

Dejo el barniz púrpura y contemplo el mismo punto en el suelo, como si fuera a brindarnos claridad.

–Sí. Cuando la conocí, parecía muy molesta. Quienquiera que sea ese imbécil… –Dejo la frase inconclusa, porque ya la dijimos en unas doce variantes en lo que va de la noche–. ¿Y no dijo nada más mientras bebían café?

–No, fue una charla normal –suspira–. Creo que le dolerá por algún tiempo. Pero me alegra que podamos ser amigas mientras. Hubiera apestado que nos distanciáramos.

Se despliega una pequeña sonrisa en mis labios contra mi voluntad. Tenía la sensación de que, a pesar de ser reciente, la base de nuestro pequeño grupo de amigos era sólida. Y aunque el plan de hoy no haya resultado como quería, es prueba de ello. Sin importar lo que nos golpee (sentimientos, atracción entre nosotros o caer en un lago congelado), aún nos apoyamos unos a otros.

–Gracias de todas formas –agrega Shay. Cuando alzo la vista, sus ojos me miran con calidez–. Por tu ayuda.

Esta vez, el calor en mi pecho es diferente al alivio que acostumbro a sentir cuando logro solucionar algo. Es más profundo y fuerte, porque siento que esta es la clase de amistad que no tiene condiciones, en la que nunca debemos preguntarnos si somos suficientes. Atravesaremos nuestros problemas juntas, uno a la vez, y agradeceremos estar allí aunque no podamos solucionarlos.

Shay extiende una pierna para sacudir mi pie.

–Al menos, todo el drama de la revista literaria terminó. Val volvió a escribir. Mañana irá a casa de su hermana para intentar definir el final de su novela. –Comienza a levantar las pinturas de uñas del suelo mientras continúa–: Y yo aprendí la lección: no revelar el trabajo de otras personas sin su consentimiento.

De repente, algo inesperado encaja en mi mente y le doy una palmada determinada a la alfombra entre nosotros.

–Shay.

–¿Qué?

–Tu especialidad podría ser marketing. –Siento que corre brillantina por mis venas, directo hasta mi cerebro.

–Sí, claro. Porque no lidio con suficientes chicos de fraternidad en el campus.

Me levanto de un salto con la pintura fresca en los pies y revelo el panel de ideas para la especialidad de Shay de debajo de la cama con una reverencia dramática. Ahora es mucho más caótico, dada la cantidad de actividades que probamos y rechazamos. También es bastante inútil, ya que la respuesta no está ahí, sino gritando desde cada rincón de la habitación.

–Rechazamos la industria editorial demasiado rápido.

–Te dije que solo leo libros que *quiero* leer.

–Exacto. Y luego hablas sobre ellos. Como hiciste con el de Valeria. Y como haces en tu Instagram. –Señalo su biblioteca con tanta vehemencia que Shay da un paso atrás.

–Si ser *bookstagrammer* fuera un trabajo de tiempo completo, no lo haría, créeme –afirma y sigue guardando los barnices con tranquilidad, al tiempo que yo experimento la que creo que podría ser mi revelación más importante del semestre–. Tendrías a una belleza sureña y enérgica como compañera, y yo estaría leyendo en alguna playa.

–Tengo mis dudas respecto a la playa. Pero, Shay, si lees solo lo que quieres, y después lo promocionas con el entusiasmo que tienes hace tantos años, ¿no podrías intentar ser agente? ¿O parte de un equipo de marketing editorial? ¿Que te *paguen* por promocionar libros?

Shay parpadea confundida; parte de ella está considerando mis palabras, la otra, sin dudas, busca como refutarlas.

–Hago esto porque me encanta hacerlo. Tu idea suena como si me vendiera. No me agrada pensar en promocionar libros con los que no tengo una conexión. Ese es el punto de mi Bookstagram, poder hablar de historias *queer* y negras, historias que merezcan mucha más atención de la que reciben. Me gusta tener el control de la narrativa.

Me lanzo a responder con tal velocidad que Shay, acostumbrada a mi exageración a estas alturas, alza las cejas alarmada.

–Los agentes pueden decidir a quién representan, así que podrías elegir las historias que quieres desde un principio. Y en cuanto al marketing, si no te agrada la idea de no poder decidir qué leer, ve a una editorial pequeña, una en la que ya sepas que te gusta lo que publican. Podrás ayudar a posicionar los libros antes de que se publiquen. –Al principio del semestre, no sabía nada como para aconsejarla, pero después de haber escuchado sus conversaciones con Val sobre el mundo de los libros, tengo mucho conocimiento editorial en la cabeza para hacerlo–. Tendrás que encontrar las oportunidades *precisas* y será difícil, pero serás tú misma.

Sé que toqué las fibras correctas en la mente de Shay, porque ni siquiera intentó tomar aire para convencerme de que me equivoco. En cambio, está mordiéndose el labio inferior, al tiempo que recorre con la mirada su biblioteca abarrotada, ordenada por colores.

–Podría ser –dice al final.

Es posible que hayamos progresado y abierto una puerta potencial. O quizás volvimos al

principio. Pero para mí, donde había una necesidad de solucionar problemas ajenos, ahora hay respeto por las complejidades de la vida, por el hecho de que las cosas más importantes toman tiempo. Y cuando nos vamos a dormir, con las uñas mucho más coloridas y los corazones un poco más llenos, agradezco que Shay y yo tengamos mucho tiempo para compartir.







CAPÍTULO VEINTICINCO

Estoy en el parque, con los ojos entornados por el reflejo del sol, cuando veo a un chico igual a Connor caminando hacia mí.

No, un momento, *Connor* está caminando hacia mí.

Me detengo donde estoy, y el día se enmarca a mi alrededor como la página de un libro de cuentos. Es demasiado perfecto: el sol radiante; el aroma a césped recién cortado; el rastro de calor en la brisa; los estudiantes riendo o discutiendo reunidos en picnics. Y mi novio, mi chico atractivo, firme y magnético en medio de la imagen; como si este día hermoso lo hubiera hecho aparecer aquí.

Vino a sorprenderme. No logro procesar la emoción y *dolor* que siento al mismo tiempo y me congelan en el lugar. Quiero estar feliz, pero, más que nada, siento alivio. Y, quizás, algo más; algo que se asienta en la boca de mi estómago, silencioso y confuso.

Como si sintiera el peso de mi mirada, Connor gira la cabeza. Entonces, su cabello dorado y alborotado brilla con el sol, y sus ojos se amplían anticipando lo que vendrá. Yo me armo de valor, porque este será un comienzo, pero también un final. Es el fin del futuro que imaginé sin él, al que me hice a la idea desde que supe que no volvería a estudiar aquí y de que no

duraríamos juntos.

Pero si está aquí, debe ser para decirme que quiere hacer que funcione. Debería estar feliz. Debería estar *feliz*. Debería…

–¿Qué rayos haces aquí?

Es la voz de Valeria, que aparece entre Connor y yo tan rápido que su melena negra se agita tras ella como una capa. Los observo a los dos como si fuera la escena de un sueño, como si de repente hubiera olvidado que también soy parte de ella. Estoy demasiado concentrada en lo que está pasando frente a mí, al punto en que estoy por salirme de mi cuerpo.

–Te dije que me dejaras en paz –continúa Valeria–. No puedes aparecerte aquí e intentar… ¿Qué es lo que quieres en realidad, Whit? ¿Recuperarme? ¿Tenerme detrás de ti como una chica suplente?

Ya es extraño ver a Valeria hablando con Connor, pero, de algún modo, es peor ver que él le responda.

–Eh… No vine por ti, lo juro. Pensé que estabas en casa de tu hermana.

–Iba de camino –replica ella apuntándolo con un dedo–. Pero es bueno saber que aún espías mis historias aunque te bloqueé.

–Escucha, solo… vine a ver a unos amigos –explica Connor con las manos en alto–. No tiene nada que ver contigo. Ve con tu hermana. Haz de cuenta que no me viste.

–Claro que no quieres hablar –ríe Valeria–. Tiene sentido, ya que solo sé de ti cuando te sientes solo o estás ebrio.

–Lo siento, Valeria. ¿Sí? Pero tengo que irme antes de…

–¿Antes de qué, Connor?

Mi voz es tan dura que ni siquiera yo la reconozco. Connor gira hacia mí a una velocidad que resulta casi cómica, pero yo estoy rígida como la estatua del parque. Mi cuerpo sabe algo que mi mente todavía no procesó, y todos mis huesos me dicen que me mantenga firme.

–Andie. Hola. –Su voz suena afectada, y exhibe una sonrisa que nunca había visto, que se desmorona antes de tiempo. Pero persevera, mirándome con ojos amplios–. Vine… Quería sorprenderte.

En general, tengo palabras suficientes como para llenar un tablero de Scrabble. Pero ahora es un zumbido simple y conciso, como si otra Andie hubiera tomado mi lugar.

–Esta es una sorpresa, sin dudas –digo de brazos cruzados.

–¿Se conocen? –pregunta Valeria con las cejas en alto.

–Sí. Él es mi… –La palabra nunca se había sentido amarga antes–. Connor es mi novio.

–¿Whit es tu novio?

Whit. No había pensado que usaría su apellido fuera del equipo de fútbol. De lo contrario, Valeria hubiera reconocido que hablaba del mismo Connor hace mucho tiempo.

Este es el momento en el que debería decir algo como “No, ya no”. Vi suficientes comedias románticas y aconsejé a muchas personas que fueron engañadas. Sin embargo, jamás me imaginé a mí misma en esta clase de escenario.

Entonces, siento el verdadero peso de la palabra. *Engañada*. Mientras que yo estaba desviviéndome, no solo para poder ingresar a la Estatal Blue Ridge, sino para mantener nuestra relación a flote, Connor ya había seguido con su vida. Y en lugar de decirnos la verdad, nos mintió a ambas, a mí el semestre pasado, a Valeria ahora.

Parece todo claro como el agua de forma demasiado repentina, tanto que es como si hubiera atravesado un muro de cristal. Tendría que haberlo visto venir. La facilidad con la que lo proceso y acepto es vergonzosa, pues probablemente haya estado rondando en la periferia todo este tiempo.

Connor baja la vista para hablarme en el tono que solo usa cuando estamos solos. Es gentil, íntimo. Como si dijera un secreto que solo nosotros supimos durante todas nuestras vidas.

Solía hacerme sentir muy especial. Ahora, no me hace sentir nada.

–Andie, vamos… Déjame invitarte a almorzar –suplica–. Puedo explicarlo.

–Ah, me encantaría ver que lo intentes –agrega Valeria con un pie entre los dos como si fuera un guardaespaldas. En este momento, es evidente que está más enfadada por mí que por ella misma, y nunca me sentí más agradecida por su amistad.

De todas formas, quiero que Connor lo explique. Necesito que lo explique, porque necesito tener una forma de perdonarlo. Busco una forma de hacer que todo esté bien, de solucionar esto como solucioné tantas otras cosas entre nosotros. Pero en el centro de la cuestión hay una pregunta que no puede hacer más que quebrarnos. No quiero hacerla, pero no tengo opción.

–¿Por qué te transferiste a Little Fells por mí si ya tenías a alguien más?

Él busca mis manos, pero las alejo antes de que las alcance. El dolor en sus ojos es inmediato y se dispara hacia mí, porque estoy muy acostumbrada a sentir lo que él siente y no puedo evitarlo ni siquiera en este momento.

Su mirada se desvía un instante hacia Valeria, como si quisiera que desaparezca. Pero ella se para con firmeza, y su abrigo rojo y mirada implacable emanan un aura intimidante.

–No encontré a alguien más –niega Connor–. Fue un período confuso, y te agradezco mucho por…

–Maldito miserable. Dile la verdad. –Valeria está tan alterada que se hinchó una vena en su frente que nunca había visto–. Dejaste la mitad de tus clases y te pusieron a prueba. Y yo sentí *pena* por ti. Te dejé llorar en mi hombro durante semanas. ¿Y todo este tiempo le estuviste mintiendo a Andie y haciéndola sentir *peor*?

Me zumban los oídos. No es por dolor ni por tristeza, sino por algo que no acostumbro sentir. Es una sensación que cierra mis puños y arde desde mi pecho hasta mis mejillas.

–Dejaste tus clases –repito.

–Estaba abrumado. –Connor frunce el ceño, desesperado, como si intentara mirarme a los ojos a pesar de que ya lo está haciendo–. Sabes la presión que tengo sobre mí…

–Me mentiste a mí y a tus *padres*. A *todos*. –Finalmente doy un paso al frente, pero él no se atreve a avanzar hacia mí–. ¿Tienes idea de la culpa que sentía? Creí que había arruinado tu futuro. Dejaste que tu madre se desquitara conmigo. Tu madre, la persona más cercana a una madre que tuve en años.

Entonces, la rabia rompe hervor e intento usarla para controlarme, pero es demasiado tarde. Las lágrimas ya comenzaron a correr por mis mejillas y a apagar el fuego.

Connor ya no intenta hablar. Incluso el enfado de Valeria parece haber desaparecido de su rostro.

No solo perdí a Connor, sino que lo perdí hace mucho tiempo sin saberlo. En algún momento que desconozco, todo se derrumbó: el amor con mi mejor amigo; el futuro que habíamos planeado juntos; unos padres que me querían como si fuera de la familia, que me cuidaron cuando mi madre no pudo hacerlo y mi padre ni siquiera estaba conmigo para intentarlo.

No puedo moverme, pero no es necesario. La tierra ya se abrió bajo mis pies antes de que pudiera caer.

–Andie –pronuncia Connor como si fuera un salvavidas.

Lo ignoro y, en cambio, giro para tomar la mano de Valeria.

–Hablaremos después, ¿de acuerdo?

Asiente comprensiva, consciente de algo que ambas sabemos: sea lo que sea que descubramos hoy, confiamos la una en la otra. Esto no arruinará nuestra amistad. Eso es consuelo suficiente para que tome aire y controle las lágrimas por un tiempo mientras me alejo.

–Iré contigo –ofrece Connor. Sus palabras forman lazos en el aire, que intentan atraparme y conmoverme. Su voz me es tan familiar como la mía; es lo primero que quiero escuchar cuando tengo noticias, sean buenas, malas o cualquier cosa en medio. Pero ahora, ni siquiera llegan a atravesarme.

–No.

Camino hasta el edificio de Psicología en piloto automático, hasta que me encuentro en el estudio con luz tenue, de frente al retrato de mi madre, mirando su sonrisa amplia y sabia, al brillo en sus ojos, a la determinación en su postura. Es el fantasma de un fantasma, una versión de ella que nunca conocí, pero que en los últimos meses se volvió más familiar que la que conocía. Las lágrimas vuelven a brotar.

–Lo arruiné –le digo tocando el marco de la fotografía–. Lo arruiné.

Ni siquiera sé a qué me refiero. Puede que la noticia de Connor haya sido como una granada, pero nuestra relación ya era bastante cuestionable, ¿no? Será a mis calificaciones. A mi miedo. A

mi obsesión con solucionar los problemas de los demás en lugar de enfrentar los míos. A mi forma de reprimirme a mí misma una y otra vez, diciéndome que no merezco las oportunidades que me ofrecen: la Estatal Blue Ridge al aceptarme; mi profesora al darme una segunda oportunidad; Milo al incluirme en el programa.

–Andie. Mierda. ¿Estás bien?

La voz de Milo me sorprende demasiado como para evitar voltearme hacia él, a pesar de las lágrimas gigantes y vergonzosas.

–Eh, hola –logro decir antes de que el hipo silencie todo lo demás. Abro la boca e intento recomponerme, pero no es necesario, porque Milo atravesó la habitación y me envolvió entre sus brazos, tan rápido que me presiono contra su pecho de forma instintiva, demasiado agradecida por su presencia y su firmeza como para hacer cualquier otra cosa.

Dedico el minuto siguiente a buscar algo que decir, alguna forma de recuperarme, de reírme de esto y escaparme. Puede que Milo me haya visto en mi peor momento, pero no tiene que *seguir* viéndome así. Solo que, en cierto punto, me queda claro que me sostendrá todo el tiempo que sea necesario, que me dejará empapar su chaqueta con mis lágrimas, que capeará esta tormenta conmigo al igual que ese día en el cobertizo del bosque. Entonces, me permito llorar. No sé por cuánto tiempo, pero el suficiente para sentir que me liberé de algo que necesitaba salir. Algo que me pesaba tanto que tenía su propia fuerza de gravedad y que ahora que se fue, podría salir flotando.

–Valeria nos dijo lo que pasó –explica Milo por lo bajo una vez que el grueso de mis lágrimas se detuvo–. Estuvimos buscándote. No sé por qué, pero… sentí que estarías aquí.

Cuando nos separamos, la habitación se siente un poco más fría. Él analiza mi mirada con un cuidado y preocupación que me hacen sentir más expuesta que nunca; como si no viera solo la superficie, con mis ojos hinchados, mi nariz roja y mi dolor, sino más allá, hasta percibir lo que sea que acaba de liberarse. Su mirada se desvía un segundo casi imperceptible hacia la fotografía detrás de mí. Debió haberme visto mirándola cuando entró.

Siento que es importante contarle. Vimos mucho el uno del otro, tiene sentido que lo sepa. Quizás debí habérselo contado mucho antes.

–La primera Caballera –comienzo mirando la fotografía otra vez–, Amy Janson, eh… es mi madre.

–Ah. –Quizás lo tomé por sorpresa, pero no tarda mucho en recuperarse–. ¿Por eso pasaste todo este tiempo aquí?

–Quizás un poco, al principio –respondo y niego con la cabeza–. Pero después… Siento que encajo aquí. Contigo y con Shay.

Milo choca mi hombro despacio, su forma de decirme que él siente lo mismo.

–¿Así que tu madre era Amy Rose? –Mira la imagen, luego a mí y nota la ligera sorpresa en

mi rostro–. Tendría que haber atado cabos. Escuché su programa todas las mañanas durante años.

–¿Sí? –Siento el escozor de las lágrimas otra vez, pero ahora no intento contenerlas. Aunque no son de felicidad, son de las buenas. Me duele escucharlo y, a su vez, significa mucho más de lo que yo podría decir.

–Sí. Era increíble –afirma y aparta la vista para darme lugar a reaccionar.

–No compartí suficientes años con ella, pero… –Me seco los ojos con el dorso de la mano–. Sé que las personas romantizan el pasado y que todo es más luminoso cuando miras atrás. Pero mi madre era como un ser mágico, ¿sabes? Siempre quería embarcarse en una aventura, así fuera subir a una montaña para ver las estrellas a medianoche o atravesar tres pueblos para probar una heladería nueva. –Ahora, las lágrimas son un alivio, una forma de abrir mi amor por ella al mundo; quizás, la energía de ese amor es más grande que yo, a pesar de haber pasado años intentando guardármelo para mí–. Podía consolar a cualquiera, hacer reír a todos. Convertía cualquier momento aburrido en un juego.

–Lo recuerdo –afirma en voz baja, con la mirada fija en el retrato, al igual que la mía.

–Así que me entiendes. –Aparto la mirada para enfocarla en él con intensidad–. Aunque me esfuerce al máximo, nunca seré como ella; hacía que todo brillara.

Milo levanta una mano hacia mi rostro como si quisiera acunar mi mejilla y secar mis lágrimas, pero se detiene y niega con la cabeza. Hay algo más urgente, algo que me mantiene pegada a mi lugar mientras lo expresa.

–Tienes razón, Andie. No eres como ella –dice con certeza que supera su brusquedad habitual–. Tu madre se dedicaba al entretenimiento. Sabía lo que los demás necesitaban escuchar, así fuera haciendo chistes o dándole voz a sus problemas. Ayudaba a las personas a superar sus conflictos, y tú también lo harás, a tu modo. Ayudándolas a enfrentarlos.

Por un momento, me siento demasiado perpleja para responder. No sé qué es lo que más me impacta, que comprenda a mi madre de ese modo, a una persona que jamás imaginé en el mismo mundo que él, o que me entienda tanto a mí.

–Creo que siempre me preocupará estar viviendo por los méritos de ella –admito–. Ni siquiera sé si ingresé aquí por mí misma. Fui la única persona que pudo transferirse en mi clase, me preocupa que hayan descubierto quién era mi madre y me hayan aceptado por eso.

–Yo sé que no es así –me contradice, con tanta facilidad que me da envidia–. Es decir, mira este lugar.

–Exacto. Me admitieron por lástima –afirmo con desdicha.

–No existe tal cosa. –Esta vez, sí extiende la mano y la apoya sobre mi hombro.

Parte de mí confía en Milo desde mucho antes de que se lo haya ganado. Siento la confianza en la presión cálida de su mano, que hace que quiera creer en sus palabras, y comprendo, objetivamente, que tal vez lo sean.

Sin embargo, al tiempo que proceso sus palabras, me impacta otra revelación, triste pero reconfortante. No se trata solo de la universidad; esta sensación está mezclada en muchos aspectos más, en todo lo que hago, en todos los momentos en los que no podré mirar hacia atrás para preguntarle a mi madre lo que piensa o sentir su orgullo.

Siempre sentí que el hecho de pertenecer aquí o no era algo mesurable, que era digna del legado de mi madre o no. Pero la verdad es que los momentos que perdí con ella no pueden medirse y que no importa cuánto dude de mi admisión aquí, de mi desempeño en el programa o de cualquier otra comparación que pueda hacer con su legado, nada la traerá de vuelta.

Este se siente como uno de esos momentos en los que podría llamarla o ir a casa con ella. Tal vez ni siquiera existiría si ella estuviera aquí, porque Connor no hubiera tenido que llenar el espacio que dejó en mi vida.

Entonces, el conflicto con él impacta de vuelta en mi pecho.

–Y además de eso… este asunto con Connor.

Presiono los dientes por el dolor y la humillación. Es demasiado para procesar en este momento, quizás en cualquier momento. Partes de mí comienzan a desenmarañarse, fragmentos que siempre supe que estaban ahí. Pienso en las estúpidas memorias que planeé escribir desde que tengo consciencia y en todos los capítulos que intenté hacer encajar a la perfección. Ahora, todas las páginas están desparramadas a mis pies antes de que las haya unido siquiera. No puedo creer haber sido tan inocente como para creer que podría escribirlas en primer lugar. Ni puedo creer haber permitido que Connor fuera uno de los hilos que las mantenía unidas. Recién ahora tomo consciencia de que se debe a que no tenía fe en mí misma y creo que es la revelación más brutal en toda esta situación.

–Me siento tan estúpida… –admito–. En verdad pensé que… que podría hacer que esto funcionara. Lo amo.

Lo amo, en presente. No puedo borrar eso ni olvidar toda una vida de amor de mi corazón. Aunque intente ver el futuro más lejano posible en este momento, no estoy segura de que alguna vez suceda.

Pero no tengo que explicarle eso a Milo, porque él lleva meses con el mismo dolor en su corazón. Con la sensación extraña de tener que rearmarte cuando no puedes olvidar tu amor por alguien, sino que debes esperar a que adopte una forma nueva. Connor siempre será mi mejor amigo desde la infancia y mi primer amor, al igual que Nora lo es para Milo.

–Bueno, como decía mi padre –comenta presionando mi hombro–, todo lo que vale la pena, empieza con un caos. Quizás este sea el tuyo.

No es la primera vez que pienso en esa frase desde que me la dijo hace varias semanas, pero sí la primera vez que las valoro de verdad. Toda la vida tuve un plan cuidadoso y organizado. Siempre me adapté como una llave para encajar en los cerrojos de otras personas y sentir que sus

hogares eran míos también.

Pero el hecho de que la familia de Connor ya no sea mía no significa que esté sola. Quizás ahora sea un caos, pero también estoy en medio del caos de todos los demás. Del de Shay, Val y Milo. Aunque aún no sepamos a dónde pertenecemos, nuestra unión es muy fuerte y, tal vez, eso sea todo lo que podemos esperar en esta etapa de nuestras vidas. Tal vez eso sea lo único que necesitamos.

–Tienes razón. Él tiene razón –me corrijo y respiro temblorosamente para explicarme. No quiero poner excusas para el tiempo que me tomará superar esto, sino intentar que él me entienda–. Creo que, por un tiempo, estuve… Bueno, mis padres se conocieron aquí. Primero fueron mejores amigos y después se enamoraron. Y fueron felices. –Inclino la cabeza como si el mundo se inclinara conmigo, como si quisiera entender este nuevo punto de vista–. Y pensé que también podría tener eso. Podría recrear la misma magia que mi madre emanaba y tener el mismo brillo. Sentí que el universo quería que… Connor y yo nos conocemos casi desde que nacimos. Nuestras madres eran mejores amigas, y la suya era…

Milo asiente comprensivo y no intenta decir que me equivoco al pensar en él de ese modo. Ni intenta restarle importancia a todo esto ni a la magnitud de lo sucedido.

–Haré la gran Andie Rose en este momento, así que perdóname por preguntar esto… –Se muerde el labio inferior, dudoso, y adivino su pregunta antes de que la formule–. ¿Hablaste con tu padre sobre lo que sientes?

–No. –Me acerco y dejo caer la frente contra su pecho–. Pero respondí a sus mensajes.

–Bien –dice y lleva la mano de mi hombro hacia mi cabeza para sostenerme.

–Parece que tú también hiciste avances con Harley.

–Eh, sí. –Aparta la mano para que nos separemos otra vez; luce apenado, como si se hubiera olvidado de eso hasta ahora.

–¿Y cómo quedaron las cosas?

–¿Podemos, por favor, pasar cinco minutos sin que te preocupes por los problemas de otra persona? –replica rodando los ojos de forma afectuosa.

Pero el asunto es que, en algún momento, sus problemas comenzaron a sentirse míos. Y no es como al principio del semestre, cuando quería solucionar problemas solo por hacer algo, sino porque quiero estar para él como estuvo para mí. Igual que creo que estaremos mucho tiempo después de hoy.

–Milo –digo en tono suplicante.

Por un instante, su mirada permanece fija en la mía, y el aire entre nosotros se silencia. Luego parpadea varias veces como si despertara de un trance.

–Bueno, tú… Me alegra que me dijeras lo que pensabas, porque tenías razón acerca de lo que motivó a Harley. Y de… cómo afectó el asunto de nuestro padre.

–¿Sí?

–Sí –afirma y se aclara la garganta–. Al parecer, se enamoraron mucho antes del accidente de mi padre. Ella pensaba romper conmigo y luego esperar para hacer algo con Harley. Pero después del accidente, no encontraban el momento correcto y todo… escaló desde entonces.

Asiento con la cabeza, porque ambos sabemos que el dolor no sigue las reglas de nadie.

–Siempre me dolerá cómo se dieron las cosas –admite con la cabeza gacha y los hombros caídos–. Pero ahora puedo entenderlo mejor, más que nada porque sé que son sinceros. Lo último que querían era lastimarme, pero los dos estaban sufriendo demasiado como para mantenerse separados. Y creo que lo entiendo ahora que lo intento.

–Debe ser un alivio –digo con voz suave.

Milo suelta un suspiro pesado y se frota la nuca.

–Bueno, tengo un largo camino por delante, pero… lo extrañé. Y a Nora. Y hablar con ellos. Dijeron que ellos también me echaron de menos –agrega con la voz afectada.

Su expresión tiene un rastro inseguro, casi aniñado; una parte de él que siempre supe que estaba bajo la superficie, pero es la primera vez que me permite verla. Es cauto. Precavido. Como si solo me dejara verla porque sabe que soy un lugar seguro.

–Espero que funcione –respondo.

A pesar de su altura descomunal, nuestros rostros están a centímetros de distancia, tanto que se siente como si no solo estuviéramos separados de las personas detrás de la puerta, sino de todo lo demás.

–Yo también. Y ahora tengo más en claro este asunto del cambio de universidad. Puede que aún no sepa qué hacer, pero… al menos me sentiré bien cuando lo decida.

–Qué bien –logro decir con la garganta cerrada. Aunque haya bajado la vista un segundo al decirlo, ambos sabemos que soy sincera.

–Andie.

Levanto la vista hacia la profundidad de sus ojos verdes.

–Sé que quieres ser como tu madre. Créeme, lo entiendo. –Su voz adquiere un tono áspero, como si estuviera por tocar un tema que no suele mencionar–. Aun al perdonar a Harley… parte de mí estuvo dispuesto a hacerlo porque sé que es lo que mi padre hubiera hecho. Yo también quiero ser como él.

Deja caer la cabeza, y los rizos le cubren la mitad del rostro. Siento el impulso de apartarlos y de hacerle saber que no tiene que ocultarse de mí. Pero él ya lo sabe. A estas alturas, ambos lo sabemos.

–Me hubiera gustado conocerlo –digo por lo bajo–. Pero no necesito conocerlo para saber que estaría orgulloso de ti.

Ahora son sus ojos los que se llenan de lágrimas. Sucede tan rápido que noto cómo intenta

reírse para cubrirlas. Al final, me mira y procesa las palabras antes de responder con su propia selección precisa de palabras.

–Lo mismo digo. Y no tienes que imitar el brillo de tu madre. Tienes el tuyo.

Me siento un poco mareada, y otra lágrima amenaza con caer, pero no puedo contener la sonrisa que se despliega en mi rostro.

Quiero decirle que se equivoca y dejar que el mensaje llegue a algún lugar donde sienta que no lo merezco. Pero, de repente, nos encontramos en este momento hipnótico y paralizante en el que su palma cálida acuna en mi mejilla, mi mano toca su antebrazo, y nuestras miradas se encuentran y todo lo demás desaparece. Las dudas, el dolor, la improbabilidad de todo lo que sucedió hoy y todas las formas en las que impactará en mi vida.

Me arden las pantorrillas y me tiemblan los muslos por la anticipación, así que me elevo en puntas de pie, al tiempo que Milo se inclina hacia mí. Nuestras frentes se encuentran. Siento su aliento con aroma a café, a menta y a Milo.

–Quiero… besarte –dice en voz baja.

Las palabras tocan fibras profundas antes de llegar a mis oídos y debilitar mis piernas como nunca. Mis ojos se cierran. No reconozco la sensación; no es desesperada ni ansiosa, no exige prisas. Pero quema. Quema como nunca creí que nada pudiera hacerlo.

–Pero… –Y entonces, algo cambia. Un rayo de realidad impacta entre los dos. Milo presiona su frente en la mía, pero ahora se siente como una disculpa, no como una despedida.

–Mierda. Soy… El asistente de residencia.

–*Milo* –protesto con una risa ahogada. No me molesto en recordarle que mientras lo informemos al comité de residencias, no tiene importancia. En realidad, no puedo decir nada en este momento porque estoy recuperándome del impacto, de la inmensidad de los sentimientos que están resurgiendo en la superficie, como si llevaran más tiempo allí del que podría admitir.

Lo miro con una inseguridad que se siente íntima, con menos temor a lo que veré en su rostro que a lo que sentiré al hacerlo. Pero su mirada está fija en el suelo.

–Y… Ni siquiera sé qué haré el próximo año –balbucea.

Ahí está la verdad que aunque no estuve ignorando, olvidé al calor del momento. No puedo tener resentimiento en absoluto; la realidad es que estoy orgullosa de él. Me enorgullece que se haya arriesgado, que se dé la oportunidad de ir al otro extremo del país. Y, más importante, que se esté esforzando por resolver las cosas con Harley antes que nada.

Este remolino de emociones que estoy sintiendo, esta atracción, este ardor, es conservador. Mi vida acaba de entrar en un vórtice fuera de control, que no hizo más que aumentar la intensidad, atraído hacia Milo. Pero él es demasiado importante como para arrastrarlo conmigo.

–Y yo… –digo con voz débil–, diría que acabo de romper con Connor, pero no llegamos a eso.

Es extraño pensar que debe seguir por aquí. Que el mundo que construimos juntos podría

haber implosionado y podríamos estar más cerca que nunca. Siento una oleada de náuseas y pavor al mismo tiempo que la realidad se cuela bajo mi piel.

Milo parece no saber qué decir, así que intento aliviar los ánimos con un chiste.

–Y tú ya no crees en el amor de todas formas –digo al pasar–. ¿Qué fue lo que me dijiste al principio del semestre? ¿Qué el amor es una estafa?

Esperaba que se riera, pero, en cambio, sus ojos se oscurecen y se desvían al suelo.

–Creo que… –Respira hondo–. Tienes razón. Esto es… un día raro.

No sé si deba insistir. Entre todas las sorpresas del día, esta debe ser la más extraña: la forma en la que mi corazón no solo galopa en mi pecho, sino que lo tomó por completo, con fragmentos de Milo alojados tan profundo en él que debió haber cambiado de forma.

Mientras intento decidirme, mi móvil vibra en mi bolsillo. No me sorprende ver el nombre de Connor en la pantalla. Antes de contestar, siento el peso de la mirada de Milo. Sus ojos no dicen, "¿Contestarás?" ni "¿Qué harás?", sino "¿Me necesitas?", y me conmueven.

–Gracias… Por todo –le digo. Luego asiento con la cabeza, más para mí misma que para él–. Terminaré con esto.

–Puedes con esto, chica nueva. –Milo también asiente y le da un último apretón a mi hombro.

El calor de su mano permanece conmigo mucho después de que él se va.







CAPÍTULO VEINTISÉIS

Solo que no termino con nada. Descubro que Connor me envió una infinidad de mensajes de disculpas y súplicas para que lo perdone. Luego escribió: **Por favor, no me digas que romperás conmigo.** Le respondo, **Necesito que me dejes en paz en este momento**, y vuelvo a guardar el móvil. Después camino hasta el arboreto y me siento en mi banca preferida a esperar. Permanezco ahí lo suficiente para que el sol se esconda y Connor haya tenido que irse a casa con él.

Sé lo que tengo que hacer, pero es demasiado y muy pronto para dejarlo ir. ¿Cómo borras a una persona de tu vida? ¿Cómo renuncias a alguien que define casi todas las variantes del amor que conoces?

Me parece injusto tener que ser quien se ocupe de la parte más difícil de ponerle fin. Al igual que con mi padre, con quien me molesté por haberme forzado a decidir si formaba parte de mi vida o no, una vez más, me encuentro obligada a tomar una decisión. Una que no puedo ignorar, solo puedo retrasarla hasta que esté lista para enfrentarla. Y ahora, con la conmoción aún fresca, sé que no puedo hacerlo.

Cuando por fin me levanto, mi plan es hundir el rostro en mi almohada y no despertar hasta

que suene la alarma de Shay para el programa del lunes. En cambio, cuando abro la puerta del dormitorio, encuentro a Valeria y a Shay sentadas en la cama y a Milo sentado en la silla de mi escritorio. La pequeña mesa plegable que Shay suele usar para fotografiar libros está ocupada por una botella a medias de vino rosado a temperatura ambiente, bocadillos Tastykakes y Goldfish.

Ver a Milo despierta algo en mí, una sensación que conozco bien porque ya la sentí antes. Primero, la tarde en la que caímos juntos durante la guerra de nieve. Luego, la primera vez que lo vi adoptar su papel de Caballero en el estudio de grabación. Cuando su hombro descansó contra el mío en el cobertizo del bosque. Esta tarde, en sus ojos color primavera y en el calor de su frente en la mía. Fueron muchos los momentos que dejé pasar e ignoré, que reprimí tan rápido que dan punzadas dentro de mi pecho, agudas y dolorosas, porque son demasiados para contenerlos.

–Aquí estás –exclama Valeria.

Por suerte, las dos tienen tan poca tolerancia al alcohol que ninguna nota mi pausa momentánea. Aunque apenas bebieron medio vaso cada una, Shay está extasiada, Valeria parece haber perdido un calcetín y uno de sus aretes, y Milo… Es Milo. Sus ojos transparentes me observan con la misma ironía de siempre, que ahora, de algún modo, me afloja las rodillas como no lo habían hecho antes.

–Yo nunca estuve aquí –dice con las manos en alto–. A fines legales, estuve en mi habitación, ajeno a que había menores bebiendo en mi piso.

–*Tú* eres menor, genio –replica Shay con una patada al aire para más énfasis.

Valeria saltó de la cama para darme un abrazo tan fuerte y efusivo que me hizo tronar las vértebras. Le correspondo con fuerza, al tiempo que comprendo que lo que esperaba no era llegar a un cierre con Connor, sino esto. Lo que necesitaba era a mis amigos, reunidos esperándome con mis bocadillos preferidos, su amor incondicional y, a juzgar por el sonido inconfundible de *Since U Been Gone* de Kelly Clarkson en la computadora de Shay, una lista de música de ruptura a todo volumen.

–A la mierda con Connor –dice Valeria. Por su voz algo congestionada, sé que estuvo llorando, pero ahora es pura indignación y vino–. Lo siento mucho, Andie.

A decir verdad, me abruma lo agradecida que me siento de que todos los Caballeros de la noche piensen en Connor en este momento.

–Amigos…

Antes de que me ponga sentimental, Shay me arroja un paquete de dos Tastykakes a la cabeza con una sonrisa cómplice. Suelto una risotada (quizás, la primera risa verdadera en todo el día), y atrapo los bocadillos antes de que caigan al suelo.

–Me tomé la libertad de cambiar el nombre del grupo por “A la mierda Connor Whit” –me informa ella, sacudiendo el móvil con orgullo.

–Ah, sí –comenta Milo con hosquedad antes de beber un trago de lo que parece ser Oscuridad eterna–. El grupo del que supliqué que me eliminaran todo el semestre.

Valeria me libera para darle un golpecito en la cabeza y volver con Shay a la cama. Milo parece muy ofendido por la reprimenda, así que vuelvo a reír a pesar de todo.

–Nos amas –afirma Valeria.

–No pongas palabras en mi boca –replica él–. Las tolero con afecto.

Luego usa el pie para arrastrar la silla de Shay cerca de él y me indica que me siente a su lado. Me siento allí con una mezcla de emoción y de culpa que no puedo procesar en este momento. Por suerte, recibo una escapatoria en forma de taza llena de vino rosado, que Shay me entrega con una formalidad absurda.

Reconozco las gallinas de Milo en ella de inmediato.

–Ay, Dios. Es Rosaline –exclamo señalando a una de ellas.

Cuando giro a mirarlo, la extensión de su sonrisa es suficiente para detener mi corazón. Espera a que beba un trago antes de inclinarse para señalar a las demás gallinas.

–Y ahí están Patricia. James, Abigail, Camille…

Nos tomamos una pausa para molestarlo, no solo por haber bautizado a todas las gallinas de su madre, sino por reconocerlas a simple vista. Al final, me relajo un poco más en la silla, libre del último rastro de tensión. El vacío ya no se siente tan vacío, sino como si hiciera espacio para algo nuevo, algo que se parece mucho a esto.

–Hablando en serio, Andie, lo siento –interviene Shay–. Cuando quieras hablar de verdad… estaremos aquí.

–Siempre –enfatiza Valeria.

Debería decirles que aún no terminó de verdad. Al menos, no como ellos creen. Pero Shay tiene la cabeza en el hombro de Valeria, Valeria apoyó la mano en el muslo de Shay, y Milo tiene esa sonrisa adormecida y exasperada que despierta algo dulce dentro de mí que no quiero que desaparezca.

Los cuatro levantamos las tazas para brindar por una despedida, y se percibe el choque de la cerámica, el amor entre nosotros en el aire y la solidaridad en los tragos largos que damos a las bebidas. Dedicamos otra hora a comer, beber, contar historias de nuestros ex y estallar en ataques de risa intermitentes por cosas que pasaron o pudieron haber pasado.

Luego Shay intenta irse disimuladamente con Valeria, con la excusa de conocer al gato de su compañera de dormitorio. Milo se detiene en la puerta, con la taza vacía, los rizos oscuros alborotados y las mejillas encendidas.

–Oye –dice en voz baja para que nadie más escuche por el corredor–. Te conozco, así que sé que todo estará bien.

–Lo mismo digo. –Alzo su taza de gallinas y reprimo la oleada de culpa.

Milo se despide y despeja la entrada, pero no sin que note algo en sus ojos. Un anhelo igual al mío, que toma forma antes de que comprenda su extensión por completo. Es la revelación de que, sin importar lo que pase (si los dos seguimos aquí o volamos a miles de kilómetros de distancia), somos importantes el uno para el otro y lo seremos para siempre.

En cuanto todos se van, apago las luces. No más pensamientos. No más sentimientos. Me duermo tan rápida y profundamente que mi cuerpo puede olvidarlo todo, aunque el tamborileo de mi corazón siga su ritmo durante toda la noche.







CAPÍTULO VEINTISIETE

El ritmo de la mañana siguiente es normal, tanto que casi puedo olvidar que mi vida volcó más rápido que el maldito kayak en el lago. Excepto porque, de pronto, no sé cómo mirar a Milo, igual que nadie sabe cómo mirar un eclipse. Quiero mirarlo. *Tengo* que mirarlo. Pero sé que no será bueno.

Al parecer, ayer abrí unas compuertas que ahora no puedo cerrar. Cedí un centímetro y mi cuerpo avanzó un kilómetro. De repente, no puedo escuchar la risa de Milo sin recordar cómo ayer, cuando me abrazaba, podía sentir la vibración de su voz en su pecho. No puedo mirarlo a los ojos sin que mi mente piense en césped fresco, primavera y menta. No puedo hablar con él sin mirarle los labios y recordar lo cerca que estuvieron de los míos. Lo cerca que estuvo *todo*.

Son sensaciones tan intensas que debo tener un colapso de cuerpo completo. Debería buscar en internet “manos sudorosas” e “incapacidad de funcionar frente a una persona con la que se limitaron a ser solo amigos hace meses”. Aunque la parte más reveladora es que no estoy colapsando, sino que me siento aliviada. Estuve esperando a permitirme sentirlo y ahora que lo hice, es evidente que nunca podré volver a reprimirlo.

Y justo cuando Milo está por transferirse a otra universidad. Y cuando yo me encuentro en una

especie de limbo con Connor, al que mi mente se rehúsa a procesar ahora. Por toda la jalea de fresa, estoy perdida.

El hecho de que Milo brille durante el programa, mientras que Shay y yo intentamos espabilarnos después del vino rosado, no ayuda. Lo que haya pasado con Harley parece haberle quitado un peso de los hombros. No sé si alguien más notará que se ríe con más ganas, que sus comentarios irónicos son un diez por ciento menos hoscos, que está más emocionado por comenzar el día en lugar de solo prepararse para enfrentarlo.

Al final, el universo decidió tenerme un poco de piedad en este momento de confusión, porque Milo debe irse corriendo a cubrir su turno en Bagelópolis y nos deja a Shay y a mí a convertir el programa en podcast antes de nuestro turno, una hora más tarde.

–Así que –comienzo mientras me acerco junto a Shay enfrente a la computadora–, ¿cómo estaba el gato de Valeria?

–Darcy es un canalla. –No paso por alto el hoyuelo que se forma en su mejilla cuando intenta contener la sonrisa–. Voy a secuestrarlo.

–¿Antes o después de cambiarte la ropa de anoche? –la provoco mientras retuerzo un mechón de cabello con inocencia.

–Andie Rose –protesta ella con una sonrisa y un golpe en mi hombro–. No es lo que piensas. Se hizo tarde, eso fue todo.

–Sí, claro. Con su ex *muy* fuera del panorama… –Me estremezco, porque la imagen de Val y Connor discutiendo en el parque sigue siendo tan desgarradora como fue en la vida real–. Argh. Perdón. Es demasiado pronto para hacer chistes.

Shay se concentra en escribir otra vez, por lo que pienso que el tema quedó atrás. Hasta que se queda mirando la pantalla por unos segundos y vuelve a hablar.

–Creo que… Ayer fue muy divertido. Como dije, me alegra que podamos ser amigas. –Frunce los labios, pensativa–. Y, de hecho, pienso que después de ayer…

El tono bajo de su voz es cohibido, incluso cauteloso, poco característico en ella. Es como si quisiera decirlo, pero no echarme la carga a mí.

–¿Qué? –presiono para dejar en claro que no me importa.

–No quiero ofenderte, ya que es tu ex y todo –se excusa negando con la cabeza–. Pero Connor era una herramienta. ¿*Ese* es el chico que le gustaba tanto que no sabía si salir conmigo o no?

Resisto el impulso de defenderlo; me avergüenza que sea un reflejo inmediato.

–Yo no lo vería de ese modo –digo, por Valeria y por mí. Aunque odie admitirlo, Connor siempre tuvo cierto magnetismo; su confianza, su encanto de pueblerino, la forma en la que me… bueno, hace que las personas se sientan especiales cuando les dedica un poco tiempo. Cuando sabes que todos en la habitación quieren estar con él, pero solo tiene ojos para ti.

Intento que las dos puntadas de mi corazón desaparezcan, pero no lo hacen. Una de ellas es

por el dolor de perder a Connor; la otra, aunque sea pequeña, es salvaje y desesperada y me recuerda que, en realidad, todavía no terminó y no tengo que dejarlo ir.

–Lo siento. No debería… Ni siquiera me puedo imaginar cómo te sientes con todo esto. Por haber terminado con él después de tantos años.

–Bueno. –Suelto una risa estrangulada.

–Como sea. Ya sé qué nos hará olvidar toda esta mierda –concluye señalando las notas que Milo usó como guion para el programa–. El baile en el parque.

Miro la pantalla con la cabeza de lado. Sí, será una fiesta, pero también es una oportunidad clave para conseguir listones, ya que los estudiantes avanzados que la organizan lanzan puñados de todos los colores a la multitud. Todo está planificado a la perfección, y sé cuál será la lista de música del evento, porque uno de los organizadores pactó que se transmitiera desde nuestra estación y la pegó en la pared para que todos la tengan de referencia. Es una de las pocas ocasiones en las que alguien que no sea Shay, Milo o yo entrará aquí, pero el hecho de que transmitan la música por la radio, en lugar de conectar algún móvil a un altavoz, es un guiño a los orígenes de la búsqueda de listones.

Anticipo el nudo en el estómago que sentí antes de cada evento anterior, pero, en su lugar, solo siento alivio. Ya no es temor, sino emoción ante la idea de salir con mis amigos y bailar por simple diversión, sin otro plan u objetivo en mente.

–Empieza a las tres –me recuerda Shay.

Justo después de nuestro turno en Bagelópolis, si fuéramos directamente. Además, me deja tiempo de sobra para llegar al examen de Estadísticas, para el que estudié encerrada en casa de Milo.

–¿Podré dejar mis cosas aquí y buscarlas después? –le pregunto. Sé que un bolso colgado al hombro afectará mi capacidad de saltar y cantar a todo pulmón.

–Siéntete libre, si encuentras dónde –comenta mirando alrededor al tumulto de cosas que dejaron la ingeniera de sonido y el DJ.

–Dadas mis habilidades para el baile, será mejor que no me libere mucho hoy.

–Te cuidaremos de ti misma –afirma con una palmadita en mi brazo.

Esperaba que el resto del día fuera un sufrimiento como ayer, que la sombra de lo que hizo Connor tiñera todo de colores sombríos. Así que preparé mi sonrisa televisiva y me puse a trabajar, con esperanzas de que el movimiento me salvara de pensar. Sin embargo, en algún momento, dejo de forzarme a olvidar lo sucedido y tan solo lo olvido. Es un día ajetreado en Bagelópolis, de los que marcan una diferencia de quién era en enero y en quién me estoy convirtiendo ahora. La Andie a la que ya no solo la atrae la idea de este lugar, sino también las personas en él. Shay, que pasa toda la mañana haciéndome reír inventando *bagels* horrendos para personajes de libros famosos (Peeta Mellark ganó el "*bagel* dentro de un bagel con queso sabor

bagel, por amor al pan"). Valeria, que aparece a la hora del almuerzo para darle un libro a Shay y hacerme algunas preguntas antes de mi examen. Milo, que a pesar de pasar casi todo su turno en la cocina, logra hacerme reír a carcajadas con un nuevo gafete que dice "Andie Rosé", en referencia a la leve resaca de vino rosado.

A la hora de liberarnos para la fiesta, me siento de un buen humor absurdo, alimentado por la amistad, el queso crema con sabor a galletas y la canción de Beyoncé que resuena a la distancia. Milo se despide para encontrarse con una de sus hermanas en el campus y Valeria, Shay y yo nos mezclamos en la horda de estudiantes peligrosamente excitados por los cambios de ritmo de Love on Top.

–Andie –advierte Shay y sacude mis hombros arriba y abajo–. Tienes que bailar.

–Estoy bailando –protesto.

–Estás rebotando. –Valeria niega con la cabeza. Shay se ríe por lo bajo, pero sin maldad.

–¿Cómo? –Quiero saber.

–Eso que haces… –En lugar de explicarlo, imita con mucha precisión cómo paso el peso de un pie al otro y apenas muevo los brazos al compás–. Rebotas.

–No sé bailar –insisto y dejo de moverme.

–Tonterías –declara Shay, antes de tomarme de un codo con una mano y a Valeria con la otra–. Bailar no es una habilidad, es un derecho. Y ahora eres una mujer soltera, nada te detiene.

Siento la presión de los cuerpos a mi alrededor y el sonido de la música, aplacada por los chillidos y gritos de la gente que canta a viva voz. Mi corazón comienza a latir como nunca lo había hecho antes, tan fuerte que siento que podría estallar. Me aferro a mis amigas, dominada por la emoción y el terror en partes iguales, como si en lugar de adentrarme en un grupo de extraños, estuviera abriéndome paso a una nueva versión de mi vida. Una versión que no podía ver por mí misma antes, pero que ahora es nítida con dos de mis mejores amigas impulsándome.

–Ahora baila como si *quisieras* –grita Shay sobre el bullicio.

Le sonrío y luego me tapo la nariz con una mano, mientras hago de cuenta que me hundo en el mar con la otra y bajo hasta el suelo.

–¡Eso cuenta! –celebra Valeria.

Shay se dobla de la risa, tan fuerte que desciende casi al mismo nivel que yo.

–¿Qué más tienes, Andie?

Finjo conducir un autobús con una mano y usar la otra para abrir una puerta invisible para dejar subir a un pasajero. Valeria sube a mi "autobús" al instante, ocupa el asiento trasero y sacude el cuerpo conmigo, con mucha más gracia, pero con torpeza de todas formas. Shay resopla, golpea la puerta invisible hasta que la dejamos subir y comienza a bailar con nosotras.

–¿A dónde va este autobús infernal? –pregunta.

–¡Al reino de Lumarin! –exclamo.

Casi puedo sentir el calor de las mejillas de Valeria a mi lado, pero en medio de esta multitud, es como si toda nuestra vergüenza habitual hubiera desaparecido.

–Entonces, será mejor que ajusten sus cinturones, ¡porque habrá *muuuucha* hechicería y romances confusos! –advierte.

–¡Enfrentaré lo que sea! –Shay desenvaina una espada imaginaria.

Luego, durante un largo tiempo, el resto del mundo desaparece. Nos dedicamos a tontear, saltar, bailar y gritar; somos tres personas entre miles, con listones volando por todas partes, pero ninguna de nosotras se molesta en intentar atraparlos. Somos manojos de sudor, risas y energía, como si no tuviéramos un pasado del que preocuparnos ni un futuro que planificar. Es de esa clase de momentos que se tatúan en el corazón antes de que comprendas lo que significaron para ti, los que ves desde dentro y fuera al mismo tiempo y conviertes en parte de tu historia antes de saber cómo terminará.

Hay una pequeña pausa pautada en la música, en la que los estudiantes avanzados hacen un resumen de los eventos de búsqueda de listones de este año. Sé que terminará con una suelta de listones a la multitud porque estuve haciendo preguntas. Antes del final, abrazo a Shay y a Valeria; las tres estamos pegajosas, sonrientes y pegadas unas a otras.

–Volveré en un minuto –les digo.

–Iré por unas botellas de agua –señala Valeria.

–Y yo tengo que ir al baño –agrega Shay apuntando a la izquierda–. ¿Nos reencontramos aquí?

–Perfecto –respondo y busco mi móvil aun antes de salir de entre el tumulto. Estoy cargada de adrenalina, bullicio y ritmo, pero me da claridad. No sé si alguna vez pude pensar con más nitidez, si alguna vez estuve tan segura de algo.

Será terrible y dolerá por más tiempo del que puedo anticipar, pero no puedo retrasarlo más. Tengo que romper con Connor.

Cuando logro escuchar mis propios pensamientos en lugar del ruido de la multitud, me llevo el móvil al oído. Suena, suena y suena, al tiempo que mi corazón sigue latiendo tan fuerte que también lo siento en los oídos, en el mentón y en cada parte de la pantalla contra mi rostro.

Justo antes de que vaya al buzón de voz, escucho la voz de Connor.

–¿Andie?

Alejo el móvil para intentar comprender por qué suena como si estuviera frente a mí, hasta que me percato de que, de hecho, está justo delante de mí.

Su cabello está alborotado; sus ojos, casi amoratados por falta de sueño, y su ropa, arrugada. Me impacta demasiado verlo; mi mente hace un esfuerzo desesperado por procesar lo que tengo frente a mis ojos.

–Yo, eh. No volví a casa anoche –me explica–. Me quedé con unos amigos del equipo de fútbol.

–Estaba… –comento con el móvil en la mano. *Llamándote para romper contigo*.

–Todavía seguimos en la misma sintonía, ¿eh? –dice con una sonrisa apenada.

Aunque yo no haya dicho esas palabras, dejan un sabor amargo en mi boca. Sigo alejándome del parque, como si no quisiera que la presencia de Connor manchara la magia de la que todavía no termino de despertar. Él me sigue de cerca, mirándome fijo.

Cuando llegamos afuera de un edificio y ya no hay tanta gente, me detengo.

–Connor, lo siento, pero… –Se siente muy extraño decirlo. Es por el sentido terminante con el que unas pocas palabras pueden acabar con algo más grande de lo que puedo imaginar–. Es todo.

Su expresión se desmorona tan rápido que no puedo evitar que mi corazón se estremezca con él; como el día en que se cayó en un partido de fútbol y se lastimó la rodilla o cuando éramos pequeños y alguien se burló de su leve tartamudeo. Siento un impulso demasiado fuerte de consolarlo, de borrar el dolor de su rostro.

–Andie, por favor –suplica con la voz afectada por las lágrimas–. ¿Podemos hablar en otro lugar? Tengo mucho que decirte. Cosas que debí haberte dicho hace mucho tiempo.

–Tengo un examen. –Miro mi móvil para tomar fuerzas para no flaquear–. Puedes acompañarme al estudio a buscar mis cosas. Pero después tendré que irme.

–Está bien –responde con la cabeza gacha–. ¿Podemos hablar ahí?

–Sí. –Resoplo entre dientes, sorprendida por mi propia impaciencia–. Claro.

Seguimos caminando sin decir otra palabra. Connor arrastra los pies con las manos en los bolsillos y sin perderme de vista. Le envío un mensaje a Shay y a Valeria para decirles que no me esperen antes de acelerar el paso. Necesito terminar con esto.

Pasé mucho tiempo preocupándome por mi futuro con Connor. Creo que no comprendí cuánto hasta que pasé la mayor parte del día sin preocuparme por él en absoluto. Siempre tuve un lugar para él, al igual que para todas las personas a las que amo; pero después de hoy, de haberme sentido ligera y libre como nunca, soy consciente de que el suyo tenía un peso particular. Lo estuve cargando por años, pero se volvió más pesado en los últimos meses.

Ya no puedo aferrarme a él.

Si percibió que tendremos una conversación terminal, no lo demuestra. En cuanto atravesamos la puerta del estudio, contempla el lugar como si estuviera de visita y esperara que le hiciera un recorrido. Se oye la música de la fiesta desde el cubículo, y él intenta bailar en broma para mejorar los ánimos. Hasta que ve mi bolso en una esquina y los listones que asoman del bolsillo delantero.

–No puedo creer lo que habrás tenido que esforzarte para conseguir todos esos –comenta, y el temblor de su voz arruina su actitud valiente.

–Sí. Quizás alguien más los quiera –respondo. Mi voz es implacable.

Él da un paso hacia mí, pero retrocedo tan rápido que se queda perplejo.

–¿Es en serio? –pregunta, desanimado otra vez–. Después de todo este tiempo, de verdad renunciarás a nosotros.

Su tono tiene ese matiz romántico y trágico que podría haberme tocado el corazón en alguna otra circunstancia.

–Me engañaste, Connor –sentencio para romper el hechizo–. Y me mentiste a mí y a todos los que conocemos respecto a tu cambio de universidad, de un modo en el que me hiciste ver como la peor basura de Little Fells.

–Y nunca dejaré de arrepentirme –afirma–. Sabes que estaba bajo mucha presión. Me sentía muy avergonzado. No quería que supieras la verdad.

–Pero supongo que tu *otra* novia sí podía saberlo.

–Lo de Valeria sucedió porque tenía mucha vergüenza. Era mi tutora, así que ya lo sabía. No es una excusa –agrega enseguida al ver mi ceño fruncido–. Solo quería explicártelo.

Luego se revuelve el cabello, se sienta junto a la consola de sonido, en la silla de Shay, y mira la silla de al lado esperando a que me siente a su lado. Pero si me pongo cómoda, tendrá más tiempo para convencerme, y es lo último que necesito ahora.

–Sé que no puedo esperar que me perdones tan fácil…

Deja la oración inconclusa, como si yo fuera a poner condiciones o darle un plazo para perdonarlo.

–Connor, fuiste tú el que repitió una y mil veces lo difícil que era estar distanciados –digo en su lugar. Si no puedo apelar al daño que me causó, puedo recordarle lo que nos espera–. Eso no cambiará. Tú estarás en Little Fells y yo aquí.

–Con respecto a eso –interfiere, a lo que inclino la cabeza y lo miro con los ojos entornados–. Em… Mi padre tiene un amigo. Sería un favor enorme, pero… –Toma aire y una sonrisa dudosa se despliega en sus labios–. Podría conseguir que vuelva a Blue Ridge el próximo año.

Mi mandíbula se tensa con fuerza suficiente para romperme un diente.

–Bien por ti –digo con sequedad.

Connor es serio e insistente. Es como si estuviera rebajando su orgullo por mí y por nadie más.

–Estaremos juntos.

–No –niego con tranquilidad–. Estoy terminando contigo.

–¿Después de todo lo que hemos pasado? ¿Así como así?

Connor se inclina sobre la consola para mostrarse confiado, como si supiera muy bien qué decir a continuación. Se parece a su padre más que nunca.

–Te conozco, Andie. En pasado, presente y futuro. Estuve contigo en todo momento. ¿Crees que podremos encontrar a otras personas que nos conozcan la mitad de bien que nosotros? –Se sienta al borde de la silla con una mano en el pecho–. Sé cómo hacerte feliz. *Quiero* hacerte feliz.

–No creo que alguno de los dos sea feliz hace mucho tiempo –digo lo más suave posible a

pesar de hablar entre dientes, pero él continúa como si no me hubiera escuchado, ni siquiera dedica un segundo a procesar las palabras.

–Todo esto es… parte de crecer. O quizás es por estar tanto tiempo lejos de Little Fells. Quizás este sitio sea el problema. No se suponía que estuviéramos en un lugar así. –Señala al campus detrás de estas paredes–. ¿De verdad sientes que perteneces aquí?

–¿Disculpa?

Reconoce la irritación en mi voz e intenta recuperarse.

–Lo que intento decir es que teníamos muchos amigos en Little Fells. Éramos muy felices. Nunca tuvimos problemas allí.

–Connor, tú creaste los problemas, no yo –replico sin rodeos–. Y ahora, además de todo ¿te sentarás ahí a dejar entrever que no soy lo bastante buena para estar aquí?

–Bueno, Andie, ni siquiera ingresaste en el primer intento.

No es fácil hacerme enojar. Y hasta ahora, ni siquiera creía tener dentro de mí la capacidad de llegar a sentir rabia. Sin embargo, me invade de forma abrupta, es una llama ardiente que se enciende en mi pecho y me atraviesa tan rápido que casi me embriaga desde adentro.

–No ingresé por ti, Connor. –Aunque no estoy gritando, por la forma en la que se queda boquiabierto, podría estarlo. Si yo nunca me vi a mí misma tan alterada, él tampoco, por supuesto.

Pero hace muchos años que guardo esto en mi corazón; la ansiedad por mis calificaciones; la decepción por el rechazo; el agotamiento de hacer todo lo posible por venir aquí con mi madre. Por seguir el sueño que tengo antes de saber que ella no estaría para verlo cumplido.

–Pasé todo el tercer año de escuela preocupándome por tus clases y la presión de tus padres y terminé con bajas calificaciones –continúo–. Me pediste ayuda. Pediste y pediste, y yo te la di. Nunca lo resentí porque fue mi elección, pero… –Necesito hacer una pausa, porque nunca sentí tanta furia antes. No sé cómo seguir, pero es necesario. Tengo que soltar todo esto para no tener que cargarlo dentro de mí por más tiempo–. ¿Cómo te atreves a decir algo así? Deberías saber muy bien por qué no pude ingresar y por qué tuve que esforzarme el doble para que me permitieran transferirme.

–Pero nunca quise que fallaras a costa mía –replica en tono defensivo–. Vamos, Andie.

Niego con la cabeza, porque él sabía que estaba dejando de lado mi propio trabajo para estudiar con él, y también supo todo lo que hice este semestre. Por un momento, estoy de vuelta en el día de San Valentín, sentada en la cama con su voz suave en mi oído: “¿Y de todas formas dedicas tanto tiempo para hacer esto por mí?”.

–Y lo estoy haciendo de vuelta, ¿no? –digo con una risa ahogada. Al principio, me sentía muy perdida aquí, así que recurrí a algo que sabía que podía hacer: ayudar a Connor. Todo ese esfuerzo dedicado a reunir listones, cuando debí usarlo para estudiar, conocer el campus o estar

con mis amigos. Estaba tan preocupada por conservar mi lugar a su lado y en su familia que no me permití encontrar mi lugar *aquí*.

Pero ya no necesito ese apoyo para seguir. Ya no estoy perdida. Y sé que Connor lo comprendió, porque se levanta de repente, irritado, pero no tanto como yo.

–Hablas como si yo fuera el único que cometió errores.

–¿Ah, sí? –Esta vez, soy yo la que da un paso hacia él. Mide treinta centímetros más que yo, pero jamás me sentí más alta en la vida–. ¿Y yo qué hice?

–Es evidente que te gusta alguien más.

–Ten cuidado con lo que dirás, Connor, porque hay un solo infiel en esta habitación. –Mi piel quema lo suficiente para arder en llamas.

–No finjas que no te atrae tu asistente de residencia.

La culpa que siento es tan inmediata que, por primera vez, sé que es verdad. Sí, me gusta Milo. La atracción se coció a fuego lento durante los últimos meses y ahora hierve y borbotea. Pero esa es la diferencia entre Connor y yo: yo nunca hubiera hecho algo al respecto. Me conozco a mí misma y conozco a Milo. Yo nunca engañaría a nadie y sé que él nunca se pondría en ese lugar.

Connor aprovecha mi momento de aturdimiento para seguir.

–Es decir, mira esto, me trajiste a una habitación sin ventanas con su fotografía colgada en la pared. Quién sabe que estuvieron…

–Este es un estudio de grabación. Él es el Caballero –interrumpo.

–¿Y tú pasas tiempo aquí porque…?

No pensaba decirlo, pero la forma acusatoria y sugerente en la que alza las cejas me revuelve el estómago, por mí y por Milo.

–Porque soy la Escudera –respondo.

–¿Que eres *qué*? –replica con una risa que suena casi malvada.

–Olvídalo –balbuceo. Dado el tono de la conversación, intentar explicárselo sería un desperdicio de saliva–. No importa.

–Sí importa. Te conozco. Ayer no pensabas romper conmigo, me habrías dado otra oportunidad. –Señala la imagen de Milo, con lo que también señala la de mi madre sin intención. Ni siquiera nota que está ahí y, de alguna manera, eso me duele más que todo lo que dijo hasta ahora–. Dime que si ese tal Milo Flynn no existiera, no seguiríamos juntos.

Abro la boca para decirle que se equivoca, pero la puerta se abre de pronto, y una ingeniera de sonido nos mira a ambos con los ojos desorbitados por el pánico, luego se acerca a la consola de sonido detrás de Connor y baja un interruptor. Una luz cambia de verde a rojo. La observo como si fuera una maldición, al tiempo que comprendo lo que pasó antes de que la ingeniera abra la boca.

–Eh, estaban transmitiendo en vivo.

Connor debió haber movido el interruptor cuando se inclinó sobre la consola. Y estamos demasiado cerca del micrófono.

–La fiesta en el parque –digo horrorizada.

–Llegué lo más rápido posible. Pero toda la conversación se reprodujo sobre la música –lamenta la chica.

–Ay, no. No, *no*.

Al parecer, es la única palabra que queda en mi vocabulario, porque no encuentro nada más dentro de mi cerebro.

–Genial –resopla Connor. Es claro que no comprende lo que pasar.

Aunque no estoy segura de reconocerla tampoco. Estoy petrificada, reproduciendo la conversación como una especie de recorte de película de terror, al tiempo que la ingeniera retrocede como si hubiera presenciado una escena del crimen y no quisiera quedar involucrada.

–Revelamos la identidad del Caballero frente a toda la universidad –digo más para la habitación que para Connor. Se siente como si él ya no estuviera aquí. Solo estoy yo con mi autodesprecio y con la certeza de que acabo de fallarles a Milo y al legado de mi madre.

–¿Por qué te preocupa tanto? –pregunta Connor.

Giro para mirar al chico que conocí y amé mucho tiempo. El chico con el que hicimos comecocos de papel, con el que nos besamos en el estacionamiento de la escuela, con el que compartimos mantas en juegos de bienvenida a clases, con el que elegimos canciones de bodas. El que me conoció con mi madre y sin ella; que compartió a sus padres conmigo por años, aunque nunca sentí que perteneciera del todo; el que me dio forma en tantos sentidos que siempre será parte de mí, aunque no esté presente.

Y, aun así, nunca le conté que mi madre fue la primera Caballera. Solía preguntarme porqué era importante que el secreto fuera solo mío, pero ahora, creo entenderlo. No es que no pertenezca a Blue Ridge, la verdad es que nunca encajé con Connor en realidad. Pude haberme convencido de que era así, pero el recuerdo de mi madre fue demasiado preciado y estableció el límite entre nosotros.

–Tengo que irme –le digo.

Él tiene el descaro de mostrarse perplejo.

–Así que… ¿es todo?

Ya no quedan rastros de irritación. Es solo Connor, de ocho y dieciocho años al mismo tiempo. Luce perdido, y siento que no ser su guía va en contra de todos mis instintos.

Quizás algún día podamos ser amigos otra vez. Cuando nos hayamos liberado de la presión y el dolor que nos trajo hasta aquí y podamos vincularnos de otro modo. Pero, por ahora, solo puedo decir:

–Es todo.

Él deja caer la cabeza y permanece en silencio un instante. Es un momento de aceptación.

–Lo arruiné de verdad –dice por fin.

No lo niego, solo me acerco a la silla en la que volvió a sentarse y apoyo una mano en su hombro.

–Cuéntales a tus padres lo que pasó el semestre pasado, Connor. Ellos te aman y quieren ayudarte.

Siento cómo tiembla debajo de mi mano mientras asiente sin mirarme. Luego salgo y le cierro la puerta a él y a muchas cosas más.







CAPÍTULO VEINTIOCHO

De camino a mi examen de Estadísticas, llamo a Milo, pero va directamente al buzón de voz. Llamo por segunda vez, tercera, cuarta.

–Queso crema unicornio –suelto y guardo el móvil en mi bolsillo.

Considero correr a Cardenal para disculparme con él frente a frente y arriesgarme a llegar tarde al examen y arruinarlo. Pero conozco a Milo. Se molestará más conmigo por perderme el examen que por no disculparme de inmediato.

De todas formas, compruebo la hora para calcular si podría lograrlo. Si corriera…

–¿Qué demonios, Andie?

Al levantar la vista del móvil, me encuentro a Shay con expresión indignadísima, esperándome afuera del edificio en todo su esplendor sudoroso postbaile y con las manos en las caderas.

En cuanto hacemos contacto visual, su rabia se suaviza. Mi rostro debe lucir mucho peor de lo que pensé.

–Milo no me responde.

–No me digas. –Shay afloja los brazos y patea una rama de la acera.

–¿Está bien? –pregunto con un paso hacia ella.

Analiza mi rostro con la mirada, como si todavía intentara decidir cómo procesar lo que acaba de pasar. Lo que ella y Valeria y la mitad de los estudiantes de la universidad habrán escuchado en el parque.

–No lo sé –responde después de un momento–. Tampoco pude encontrarlo. Pero, piénsalo, Andie, después de un año manteniendo su identidad en secreto…

Expuse su secreto con luces de neón.

–Lo siento. –La magnitud me impacta en oleadas.

–No es solo eso. Es que… –Shay le echa un vistazo al edificio detrás de mí, como si esperara ver a Connor siguiéndome. Dada la suerte que tengo hoy, es posible–. Nos hiciste creer que habías terminado con él.

Sería fácil poner excusas, pero no cambiarían la verdad. Y Shay no pide explicación, lo que hace que todo sea peor, de algún modo. No necesita que lo explique por qué lo hice, porque resulta que no solo soy una idiota, sino que soy predecible.

–Lo siento –repito. Es lo único que puedo decir y que diré hasta el fin de los tiempos.

–Sé que lo lamentas –dice pellizcándose el puente de la nariz–. Pero ahora tenemos una nueva avalancha de problemas que resolver, empezando por el programa.

–Milo piensa irse de todas formas. –Odio decirlo porque parte de mí todavía espera que no sea cierto.

–Ah, sin dudas se irá –afirma de forma tan terminante que logra sacudirme aun después de todo lo que pasó hoy–. ¿Recuerdas que iría a ver a su hermana? Trabaja en admisiones. Estoy segura de que iba a dejar todo en orden aquí antes de irse. –Frunce el ceño con más fuerza antes de seguir–. Aunque hubiera una posibilidad de que se quedara por el programa de estudios de aquí, creo que ya quedó en el olvido.

De repente, me impacta la extensión de su preocupación. Ahora, los directivos del programa de Medios de Blue Ridge deben saber quién está detrás del programa de radio pirata infame y no se lo tomarán muy bien. Aunque lo admitan, los demás estudiantes de seguro lo resentirán por haber conseguido la mejor oportunidad en medios de la universidad sin siquiera especializarse en el tema. Bien podría haberle comprado un boleto de ida a California.

Los ojos se me llenan de lágrimas demasiado rápido como para esconderlos. Los de Shay se desvían al suelo; se resiste a mirarme a los ojos.

–No quiero que las cosas cambien –admite como si también estuviera a punto de llorar–. El semestre pasado fue… Mi excompañera no quería estar aquí. Los compañeros de piso apenas nos hablábamos, y me sentía muy sola. Pero ahora somos como una pequeña familia y me gusta mucho lo que tenemos.

Una nueva sensación de arrepentimiento me cierra la garganta. Cuando llegué aquí de

improviso, estaba muy preocupada por encajar y no veía más allá. No comprendía que aunque yo me sintiera fuera de lugar con mi crianza singular, la pérdida que la condicionó, mis calificaciones enclenques y mis miedos, no era la única estudiante en busca de un lugar de pertenencia.

Ahora entiendo que nunca lo encontramos, sino que lo construimos juntos. Y hoy, gracias a mí, podría desplomarse.

–A mí también –digo en voz baja.

Entonces, se acerca para envolverme en un abrazo. Es un perdón silencioso, que no creo merecer.

–Espero que no sea tarde para arreglarlo –lamenta.

No puede ser tarde. No lo es. Puede que ahora no sea capaz de hacer nada, pero, en cuanto salga de ese examen, se me ocurrirá algo.

Shay me libera y me empuja en dirección al edificio de psicología. Llego a último minuto, y los demás ya están sentados, listos para comenzar. Solo queda un lugar vacío, el mismo que ocupé el primer día. El que tiene la "A" icónica tallada en la madera. Después de un momento de aceptación, comienzo a caminar hacia él, deseando que nadie comente sobre mi llegada a último momento.

Las esperanzas terminan cuando, en el pasillo, me encuentro frente a frente con la profesora Hutchison mirándome como si fuera un fantasma.

–Estás aquí –dice, y cien pares de ojos giran a mirarme. Es la recreación de ese primer día de pesadilla.

–Sí –respondo con sequedad al tiempo que dejo caer el bolso de mi hombro.

–Después de lo que pasó en el programa de radio, pensé que… –Sacude la cabeza para dejar de lado algún pensamiento.

Mi estómago da un vuelco. Los cien pares de ojos se aguzan un poco más, registran cada palabra y esperan mi reacción. Y luego, si es posible, todo empeora cuando se desata una ola de murmullos por la habitación. Aunque no escucho todo lo que dicen, lo que alcanzo a entender es suficiente. "Escudera", "Programa de radio", "Metió la pata".

Estaba demasiado aterrada por haber develado la identidad de Milo y nunca se me ocurrió que también develé la mía. Connor dijo mi nombre fuerte y claro; si una profesora dedujo de inmediato que yo era la Andie a la que mencionó, ¿por qué no iban a hacerlo los demás?

–¿Este es el examen? –pregunto en voz alta como para silenciar a las demás mientras me acerco a la profesora en piloto automático.

–Sí. Sí, ten –responde y me entrega las hojas engrampadas y una planilla de respuestas.

–Gracias –digo con todo el ánimo que me es posible expresar. Intento exhibir mi sonrisa televisiva, pero resulta un gesto diferente, más duro y desafiante. La dedico a todos los

estudiantes que pretenden ver mejor lo que está pasando al fondo de la clase, pero, para mi sorpresa, los ojos de la profesora Hutchison se amplían como si reconociera algo en mi sonrisa.

Ignoro su mirada y me siento para concentrarme en el examen, pero, en cuanto me acomodo, es como si mi cuerpo recibiera una señal. El flujo de adrenalina se interrumpe, mi corazón deja de latir en mi garganta. Solo quedan el zumbido del auditorio y demasiados pensamientos en mi mente para llenar el silencio; ideas que circulan mucho más rápido de lo que podría procesar cualquier anomalía estadística de este examen.

La profesora Hutchison lo sabe, lo que implica que todos los demás podrían saberlo. Y que no solo arruiné la identidad secreta de Milo, sino que todos saben quién lo hizo. Seré reconocida como la chica infame que arruinó *La guardia de Caballeros*; la chica que desató un incendio en la creación de su madre, tan vertiginoso que arrasó con todo a su paso.

Bajo la vista hacia las preguntas sobre el papel e intento concentrarme, pero mis ojos se desvían hacia la "A" con florituras tallada en la mesa, hasta que no puedo ver nada más.

–Muy bien, clase, se acabó el tiempo.

Cuando levanto la vista, descubro que soy una de las últimas veinte personas que quedan en el auditorio. Respondí muy pocas consignas de mi examen y apenas las recuerdo.

Sin embargo, no puedo sentir nada al respecto ahora. Todas las horas de práctica con Valeria, las páginas que repasé en mi dormitorio y en casa de Milo, el tiempo que pasé acribillando a preguntas a la asistente desprevenida de la profesora Hutchison, todo fue en vano.

Mientras dejo mi examen sobre la pila con todos los demás, entiendo que si fallo, perderé la clase. Si pierdo esta clase, no podré inscribirme a todas las demás clases de psicología para las que es requisito, las que se supone que debo tomar el año próximo y los que siguen. Me retrasaría todo un semestre, por lo que de seguro me graduaría más tarde y, en consecuencia, incrementaría la deuda que ya tenía prevista.

Pero puedo con eso. Nunca dejé que los problemas de dinero me afectaran, son parte de la vida.

Lo que me afecta es más profundo. Es la carta de rechazo que recibí durante mi último año de escuela, cuando ni las anécdotas de la abuela Maeve ni los malvaviscos con mantequilla de maní de Nell alcanzaron para consolarme. Es el hecho de que Connor me preguntara si de verdad creía pertenecer aquí. Es la taza de la Estatal Blue Ridge en la que mi madre bebía café cada mañana, en la que recorría el pequeño mapa con los dedos para llevarme a lugares en nuestras mentes a los que nunca podría llevarme en persona.

Siento el peso de la mirada de la profesora al tiempo que dejo mi examen. Pero lo único que puedo hacer es asentir con la cabeza, girar sobre los talones y escapar del auditorio lo más rápido posible.

Lo siguiente que sé es que me encuentro golpeando la puerta de Milo, con un agujero en el

estómago que bien podría ser un cráter. Cuando abre, luce tan cansado como yo, sus ojos están irritados y alerta como el día en que lo conocí, y sus rizos son un alboroto.

–Milo.

Él abre un poco más la puerta y me invita a pasar con una señal de la cabeza. Me siento un poco aliviada, hasta que usa el tope junto a su escritorio para dejar la puerta abierta y mira a ambos lados del corredor antes de dejarme entrar. Es evidente que le preocupa que alguien nos vea a solas.

Cierro los ojos con resignación. Había olvidado el lado B, que él es asistente de residencia y que la idea de que una de las residentes se enamore de él ya es mala noticia, mucho peor si dicha estudiante lo transmite en vivo para toda la universidad.

Apoyado contra el escritorio, me evalúa con precaución en sus ojos verdes.

–¿Estás bien? –pregunta, y algo se quiebra en mi corazón.

–¿*Tú* estás bien? –replico.

–No hay nada que hacer –dice con un suspiro.

–Lo siento, Milo. Lamento haberte expuesto. Sabes que me tomo muy en serio *La guardia de Caballeros*. Odio haberte hecho esto. Lo siento muchísimo.

–Andie… no me preocupa el programa –afirma con las cejas en alto por la sorpresa.

–¿No?

Niega con la cabeza mientras se aferra al borde del escritorio como para no hundirse.

–Sé lo que significa *para ti* y entiendo por qué crees que estoy molesto por eso, pero… –Me mira a los ojos por primera vez desde que entré y se siente como un choque de frente. No solo me impacta la fuerza de lo que siento por él, sino de lo que él siente por mí–. Me molesta que pensaras seguir con él –continúa en voz baja–. No por mí, sino porque mereces algo mejor. Tus *amigos* lo saben. No nos hubieras dejado creer que se había terminado si no lo supieras.

Todavía no me acostumbro a este lado de él, a la capa más profunda y solemne debajo del sarcasmo, el rechazo y la ocasional falta de sueño. Es una parte de él que ve a través de mí más rápido de lo que creía posible.

–No pensaba seguir con él. Solo estaba elaborando todo lo que pasó y necesitaba tiempo. Todo fue… muy incierto durante mucho tiempo en mi vida. A excepción de Connor y de su familia. Siempre fueron una constante para mí. –Lo miro a los ojos para confesar mis sentimientos–. Me esforcé mucho para encajar en su mundo. Y ahora ya no está.

No es una revelación, pero decirlo en voz alta lo vuelve real, no solo a los años que pasé obsesionada con tener un lugar, sino al futuro que tendré que enfrentar ahora.

–No tendrías que esforzarte por encajar, Andie –afirma Milo–. Eso no te da una constante, sino que hace que cambies todo el tiempo por el bien de otros.

Dejo caer la cabeza y la vista a mis pies. Después de tantos cambios, nunca me sentí más firme

e independiente que ahora. Aunque es liberador, también me da miedo. Me saqué un peso de los hombros, pero una responsabilidad extraña ocupó su lugar. Mis elecciones y sus consecuencias ahora son solo mías.

–Si algo aprendí gracias a que te metiste en mis cosas a la fuerza y me obligaste a socializar en contra de mi voluntad, es que tendrás toda clase de constantes en tu vida. Y te conozco, ya las tienes. Tus abuelas. Shay. Valeria.

Su respiración parece cortarse un instante. Yo cierro los ojos para tomar valor antes de volver a abrirlos.

–Pero tú no –digo para que él no tenga que hacerlo.

Recién entonces alza la vista, y su mirada repentina es impresionante. Es como si alguien encendiera una luz en una habitación oscura; como levantar la vista después de una caminata muy larga por el bosque y encontrar a alguien en tu camino.

–¿Por qué lo dices?

–Shay dijo que te irías. –Intento sonreír, pero no lo consigo.

Cuando desvía la mirada, la habitación se siente más fría.

–Sí –afirma presionando el escritorio tan fuerte que sus nudillos pierden el color–. Supongo que tienes razón.

No esperaba que lo confirmara así. De hecho, esperaba mencionar la idea para que lo negara. Como dijo Shay, somos una *familia*. Aunque me haya preparado para que se fuera, eso no evita que saber que me equivoqué profundice el dolor en mi pecho. Me siento ridícula y avergonzada de lo mucho que me equivoqué.

–Lo siento –repito con la voz apenada–. Sé que dices que no te preocupa el programa, pero… a mí sí. Por eso necesito que sepas cuánto lo lamento. Eso y todo lo demás.

–Yo también. Es decir, tú y yo…

Aunque espero que termine la frase a pesar de saber que no la terminará. Me ofrece una ventana, pero sin importar lo que espera que diga, no lo haré. No ahora que sé que se irá a la otra punta del país y que su futuro está en juego.

Pasé la mitad de mi vida sintiéndome atada por una relación, y si algo tenemos Milo y yo en común, es que ambos queremos que el otro progrese.

–Voy a extrañarte –le digo.

Él solo asiente con la cabeza, aunque es más para sí mismo que para mí. Es una señal de aceptación.

–No desapareceré, Andie. Siempre seremos amigos.

No quiero su amistad. Quiero cerrar esa puerta, cubrir la distancia entre los dos, llevar las manos a su nuca y atraerlo hacía mí. Quiero sentir el calor de su cuerpo contra el mío y saber cómo se sentirá que el beso potencial de ayer se haga realidad.

–Claro. Siempre. –Mi voz no se quiebra y mis manos no tiemblan.

Antes de que voltee para marcharme, su expresión se graba en mi memoria. No es aceptación, sino resignación. De vuelta en mi habitación, mientras busco a tientas el interruptor de la luz, mi móvil se ilumina con una notificación de la aplicación de estudiantes. Mi corazón se desploma aun antes de ver mi calificación: un enorme e indiscutible aplazo.

¿De verdad sientes que perteneces aquí?

Esta vez, la duda es diferente, brutal y amarga. Esta vez, cuando miro el campus por la ventana y dejo que me invada, no puedo culpar a nadie más que a mí misma.







CAPÍTULO VEINTINUEVE

A la mañana siguiente, cuando suena la alarma de Shay, me escondo debajo de las sábanas y dejo que se vaya sin mí. Más tarde, me despierto con el sol, mucho después del final del programa. Soy incapaz de escucharlo. No sé cómo manejó Milo las consecuencias de que todos sepan quién es y, aunque sea egoísta, no quiero saberlo, porque eso volvería más real lo que hice.

Envío una alerta para los estudiantes del programa de estudio y trabajo buscando un reemplazo para mis turnos en Bagelópolis de la semana. Cuando lo consigo, comienzo a empacar cosas al azar en una maleta, sin una idea clara de qué haré ni por qué. Solo sé que necesito salir del campus, alejarme del estudio, del aplazo de mi examen, de mis amigos y de esta sensación tonta de fragilidad en mi corazón, como si bastara una conversación con Milo para romperse en dos.

Iré a casa unos días. Avísame si hay algo que pueda hacer por el programa, le escribo a Shay.

Justo cuando estoy a punto de llamar a mis abuelas para que vengan a buscarme, el número de papá aparece en la pantalla. Es extraño que me llame a esta hora, así que respondo sin dudarlo.

–Hola.

–Hola, Super-A –responde con la voz normal, por lo que descarto cualquier tipo de accidente

trágico–. Sé que dijiste que nos viéramos la semana próxima, pero hoy estoy cerca de Blue Ridge, por si quieres ir por un *bagel* o algo.

Escuchar su voz me provoca una sensación extraña de alivio. Soy una niña, con el teléfono pegado al oído.

–Ah. –Tengo el impulso de rechazarlo, pero otro impulso lo aleja de un golpe–. Bueno, yo… eh, estaba pensando en ir a casa.

–Genial, entonces deja que te lleve –dice de inmediato.

–¿No tienes trabajo? –pregunto mirando el caos de mezclilla y tela rosa dentro de mi maleta.

–Eh. Es un día tranquilo. ¿En media hora te queda bien?

–Sí, de acuerdo. –Estoy demasiado perpleja para cuestionarlo–. ¿Te espero en Bagelópolis?

–Me parece bien –responde animado–. Te veré en un rato.

Todo el intercambio es muy fluido y… casual. Es como Shay habla por teléfono con su padre o como todos hablan con los suyos en televisión. Sé que tenemos una historia difícil y nunca pensé que pudiera ser así de simple. *Ven a buscarme*, y un padre ahí para hacerlo.

Guardo algunas cosas más en la maleta, sin saber por cuánto tiempo planeo quedarme en casa, y luego llamo a Bagelópolis para ordenar un *bagel* de queso y ajo con queso crema de fresa y uno de *pretzel* con queso crema con masa de galletas. Por suerte, Milo y Shay no trabajan hoy, así que puedo retirarlos sin que nadie me preste atención ni pregunte por mi maleta. Mi padre llega unos segundos después y baja la ventanilla del acompañante.

–¡Buenas mañanas para ti! –Es su forma tonta y paternal de saludar, que me avergonzaría si no la apreciara tanto. Exhibe la misma sonrisa natural que vi más en la abuela Nell que en él y viste el abrigo de franela que le compré con la abuela Maeve para Navidad en un centro comercial a pocos kilómetros de casa. Subo a su coche, donde me recibe el aroma de sus amadas donas de vainilla de Dunkin' Donuts y a gasolina.

–Te traje tu bagel preferido –le aviso al dejar la bolsa blanca característica de Bagelópolis entre los dos.

Él toma la bolsa de inmediato, inhala profundo y luego, como una especie de sabio de los bagels, enumera los sabores no solo del suyo, sino también del mío.

–Vaya, estoy impresionada –comento mientras abrocho el cinturón de seguridad.

–Y yo, agradecido. ¿Quieres comerlos ahora o salir de aquí primero?

Me alegra que lo pregunte, aunque la oferta sea algo sospechosa. Hasta donde sé, lo único que quería era llevarme a conocer los alrededores del campus, pero debe saber que algo anda mal para que quiera ir a Little Fells en medio de la semana.

–Eh, salgamos, por ahora.

–Entendido –afirma, luego pone la marcha atrás y gira para ver el tráfico. Es un gesto familiar, que acostumbraba a ver desde el asiento trasero cuando era pequeña. Solía mirar los espejos,

extender el brazo detrás del asiento de mi madre y girar para mirar hacia atrás otra vez.

Aparto el recuerdo de mi mente y emprendemos camino. Mi padre pregunta por la especialidad de Shay; por el bagel de temporada en Bagelópolis; por el grupo de voluntarios al que me uniré. Son pequeñas cosas que dejan en claro que estuvo siguiendo mis pasos, aun cuando yo estuve evitándolo.

Por mi parte, me mantengo entera y respondo a todas sus preguntas lo mejor posible, a pesar de ir mirando por la ventana, esperando llegar a casa con mis abuelas para poder desmoronarme.

Pero cuando detiene el automóvil, no estamos en casa, sino en el estacionamiento de la hamburguesería Big League a unos kilómetros, la que está junto al parque de juegos al que él y mi madre solían llevarme los fines de semana. Compartía un batido enorme con Connor, una porción de patatas fritas con mi madre y croquetas de pollo con mi padre, y perseguía a todos mis amigos por los túneles y toboganes, que parecían enormes e infinitos en ese entonces, como un laberinto de plástico multicolor que formaba nuestro propio mundo en miniatura.

–Siempre te gustó este lugar –afirma.

Asiento con la cabeza, y él lo toma como señal para apagar el motor y bajar del auto. Adormecida, lo sigo hasta las mesas exteriores en las que nos sentábamos con mis padres y Connor.

–Podría entrar a comprar un batido para acompañar los *bagels* –ofrece señalando la hamburguesería con el pulgar–. ¿Todavía te gusta el de chocolate y caramelo?

Solo el universo sabe por qué, pero su oferta es la gota que rebalsa el vaso. Se me cierra el pecho y me tiemblan las manos mientras abro la bolsa de *bagels*, tanto que termino rompiéndola.

–Arruiné todo.

Por algún motivo, a mi padre no le sorprende mi arrebato emocional después de dos horas de normalidad.

–Estoy seguro de que no es así –afirma y toma la bolsa para ayudarme a sacar los *bagels*.

–Ni siquiera lo sabes –replico en tono desdichado.

Él no dice nada por un momento; nunca fue muy bueno con las emociones. O, más bien, nunca fue muy bueno presenciándolas.

–Bueno, si te refieres al asunto de *La guardia de Caballeros*… –comenta justo cuando esperaba que cambiara de tema.

–¿Supiste de eso? –pregunto perpleja.

Ya es muy mortificante que todo el campus lo sepa. ¿Ahora es conocimiento de todo el *estado*, de alguna manera?

–Escucho el programa todas las mañanas –explica mientras corta mi *bagel* en cuatro partes, como hacía cuando yo era niña–. Escuché que el Caballero hizo referencia a algo que sucedió ayer, así que investigué un poco para averiguar qué fue.

Distraída, tomo uno de los cuatro trozos que cortó, al tiempo que busco el sentido a sus palabras. Yo escuché el programa por años, pero tenía una buena razón: quería mantener el legado de mamá. Hasta donde sabía, mi padre lo evitaba como a una plaga.

–¿Escuchas el programa? –pregunto con cautela. Luego, con mucha menos precaución, agrego–: ¿Por mamá?

Él niega con la cabeza. Un niño chilla al deslizarse por el tobogán, seguido de cerca por una niña; los dos caen al final entre risas.

–Lo escuchaba de vez en cuando por tu madre. Pero hace unas semanas reconocí tu voz y lo escucho desde entonces.

No sé cómo tomar esta revelación. El estudio fue un escape durante mucho tiempo, un lugar tranquilo en donde nadie más que Milo y Shay podían verme. Ahora es como si hubiera descubierto que hubo una ventana secreta todo el tiempo.

–Ah, ¿sí?

De repente, comprendo que su llamada no fue por coincidencia; él ya sabía lo que había pasado. No fue una oferta, sino una llamada de rescate.

–Claro. Naciste para estar al aire. –Mi padre se entretiene con un trozo de su bagel, mientras mira de reojo cómo proceso la información–. Además, tenía que hacer algo para tener mi versión de *Caricias de rosas*, ya que nunca me enviaste las columnas.

–Eh… –Bajo la vista a mi *bagel*–. Estuve muy ocupada. No pensé que escucharas el programa –digo con la garganta cerrada.

–Siempre quiero saber lo que pasa en tu mundo.

Levanto la vista tan rápido que noto cómo se ataja, con las manos sobre la mesa y los hombros contra la brisa. Aquí es donde se supone que diga algo como, “Tienes una forma extraña de demostrarlo”, algo combativo, que le cause al menos una fracción del dolor que sentí por años.

Él está listo para el golpe, pero de pronto no siento deseos de lanzarlo. No quiero causar más daño, solo quiero entender, así que sigo con la conversación.

–Valoro que lo intentes, de verdad. Es solo que… –No puedo mirarlo mientras lo digo, así que contemplo las sombras de los niños dentro de los túneles, con las palmas y rodillas golpeando el plástico–. Hubo momentos en los que creí que estarías más presente y no fue así. No quiero hacerme esperanzas y que tú…

Empieces de nuevo con otra persona, pienso. Pero ya me siento demasiado expuesta con lo que dije. No puedo decir más sin saber qué responderá, cómo reaccionará.

–El tiempo que me ausenté… fue más largo de lo que pensé.

Sé que es el puntapié para una disculpa, pero no puede empezar así. Si nos diremos todo ahora, debe ser todo. “Más largo de lo que pensé” no será suficiente.

–Estuviste ausente por años. –Estoy demasiado tranquila. Creo que, en parte, se debe a que

estuve imaginando versiones de esta conversación por mucho tiempo. Versiones en las que lloraba o gritaba, en las que llegaba al fondo de lo que necesitaba decir, de lo que él necesitaba escuchar. Después de imaginarlas, solo era cuestión de armarme de valor para hacerlas realidad.

La otra parte se debe a que tengo la voz de Milo en la cabeza, "Si yo pudiera volver a hablar con mi padre…".

Quiero tener esa oportunidad, no solo para tener esta conversación, sino todas las que puedan venir después. Las que solo significarán algo si intentamos salvar nuestras diferencias ahora.

–Sentí que estabas escapando. –Me enderezo; el *bagel* quedó olvidado y las voces de los niños desaparecen–. De mamá, de Little Fells y de mí.

Él cierra los ojos por un momento.

–Nunca quise estar lejos de ti, Andie.

Mientras veo cómo intenta ordenar sus pensamientos, me percato de que todo lo que imaginé estaba mal. No se trata de lo que necesito que escuche, sino de lo que necesito que diga. Así que no lo contradigo ni señalo los momentos que ambos conocemos. Me limito a observarlo y a esperar.

–Tienes razón. Estaba evitando Little Fells. –Observa la arboleda más allá del parque, donde se encuentra el camino que llega al centro de la ciudad y se ramifica en callecitas donde viven todos nuestros conocidos–. Era como… El día de la marmota. Quería seguir adelante, por mí y por ti. Pero todos conocían a tu madre y la amaban. Todas las conversaciones comenzaban con pesar, con pena. Todos sufrían cada vez que sonaba el nombre de tu madre. –Sacude la cabeza como si las palabras no transmitieran lo que intenta decir–. Y ella no hubiera querido eso. Hubiera querido que todos la recordaran con una sonrisa. Pero nadie lo entendía, y a veces me hacía enfadar mucho que creyeran entender y saber lo que habíamos perdido cuando… cuando parecía que no la habían conocido en absoluto.

Odio saber perfectamente a qué se refiere. Es el mismo dolor que siempre compartimos la abuela Maeve y yo en privado. Una pequeña parte de Amy Rose pertenecía a Little Fells, pero una mucho más grande nos pertenecía solo a nosotros.

–Y a dondequiera que fuera era como estar en su funeral. Una y otra vez. –Acomoda su gorro de béisbol hacia sus ojos y luego hacia arriba otra vez–. El dolor ya era como una montaña y crecía con cada día que pasaba aquí. Como si estuviera cargando el de todos los demás.

Es más de lo que lo había escuchado decir sobre la pérdida de mi madre hasta ahora. No había pensado que pudiera ser así de franco, que, tal vez, hubiera estado pensando en esta conversación tanto como yo. Cuando me mira a los ojos, es evidente que sí.

–Quería que vinieras conmigo.

Recuerdo su invitación. En realidad, fue por cortesía, dos semanas antes de mudarse.

–Nunca hubiera podido dejar Little Fells. En ese momento, al menos. –Me muevo en mi

lugar–. Pero entiendo lo que quieres decir. Yo también me sentí así, como si no solo hubieran cambiado nuestras vidas, sino las de todos los que nos rodeaban. Como si nunca pudiéramos volver a ser quienes habíamos sido antes. No podía definir si todos habían cambiado o lo había hecho yo.

–Quisiera haber hablado más contigo en aquel entonces –lamenta con la cabeza gacha.

Hago lo mismo y observo mis piernas mientras pienso en la primera asamblea escolar en la que me ahogué, y todo cambió. Al mirar a los chicos frente a mí, sentí que estaba en una isla y que, sin importar lo fuerte que remara, nunca podría llegar a la costa de enfrente. La sensación empeoró con cada año que mi padre permanecía lejos, cada año que me debatía entre volver a ser mi antiguo yo e intentar encontrar una versión mejor. Una versión que pudiera encajar en otro lugar, dado que el viejo mundo ya no existía.

–Yo también –afirmo con una mirada hacia él–. Todo el asunto me hizo sentir muy sola. –Cuando me devuelve la mirada, sus ojos están vidriosos. Trago el nudo en la garganta para seguir–. En especial porque no le encontraba explicación. Por mucho tiempo pensé que, tal vez, me parecía demasiado a ella o algo. Quizás por eso sentías que necesitabas alejarte.

–Andie –dice con una risa suave que nos sorprende a ambos–. No te pareces nada a tu madre.

–¿Cómo? –La conmoción repentina es bien recibida después del peso de todo lo demás. La sonrisa de mi padre se suaviza como los límites de un recuerdo.

–Te pareces en aspectos importantes. Pero tú planificas las cosas, eres metódica y cuidadosa. Tu madre también lo era, claro, pero ella era un torbellino. –Aunque me habla a mí, su mirada está perdida en la distancia–. Nunca le gustó tener un plan. Iba a donde el viento la llevaba.

De repente, se levanta el viento y, por primera vez en mucho tiempo, siento la presencia de mi madre con tanta fuerza que es como si la hubiéramos convocado aquí, como si estuviera mirándonos, en parte como animadora y en parte como entrenadora. La idea me anima y hace que indague un poco más, que llegue hasta el fondo para que sepamos cuánto debemos subir para volver a la cima.

–Si no fue por eso, ¿por qué? –pregunto–. Porque no fue solo la distancia, sino todo lo demás. Apenas llamabas y cuando estabas aquí, era como si tuvieras un pie afuera.

Siento cómo mis puños se presionan por la frustración familiar. A veces me sentía como un juguete a cuerda frente a él; intentaba pensar en algo que pudiera decir o hacer para llamar su atención y para hacer que se quedara. Hacía listas de películas que podíamos ver juntos; le mostraba proyectos escolares; le enviaba fotografías de cosas que horneaba con la abuela Nell. Pero no pude seguir así por mucho tiempo.

Guarda silencio un rato largo, incluso temo que quiera negarlo.

–No era mi intención –dice al final. Cuando vuelve a mirarme, lo hace de un modo al que aún no me acostumbro; como si ya no me viera como a una niña, sino como a una persona formada,

alguien con quien puede ser honesto–. Pero la parte planificadora la sacaste de mí. Tu madre proponía grandes ideas; yo hacía los planes y ayudaba a ponerlas en marcha cuando era posible. Nos equilibrábamos. Creo que es lo mejor que puedes esperar cuando te enamoras, equilibrarse uno al otro y hacerse más fuertes.

Intento recordar a mis padres juntos, pero solo recuerdo la sensación de saber que estaban enamorados y de no cuestionarlo jamás. Nunca tuve motivos para hacerlo, porque lo que tenían estaba hecho para durar.

–Pero ese es el problema de ser quien hace los planes. Cuando se desmoronan…

Escucho el motor de un automóvil detrás de nosotros. En algún momento, los padres se llevaron a los niños que estaban jugando, y ahora hay tanta quietud que parece que fuéramos las únicas personas en Little Fells. No tenemos que lidiar con el dolor de nadie más que el nuestro.

–Todo desapareció. Estaba agobiado. La vida que había planeado para los tres… Yo… Ella era mi ancla. La necesitaba. No sabía cómo existir sin ella.

Entonces, surgen las palabras que estuve evitando todo este tiempo, las que se enterraron bajo mi piel por años, tan privadas y crudas que eran demasiado hasta para permitirme pensarlas.

–Yo te necesitaba a *ti* –admito.

Mi padre agacha la cabeza y asiente una vez antes de enfocarse en la mesa. Otra brisa sopla a nuestro alrededor, y siento que otra clase de viento abandonó mi cuerpo, una ráfaga que contuve por mucho tiempo y ya era como una tormenta en mi corazón.

Ahora solo queda quietud, la que aún necesito que él llene después de tanto tiempo.

–Nunca quise evitarte –dice con la voz afectada–. Es solo que… parecías muy feliz con tus abuelas. Volviste a sonreír como nunca lo hacías conmigo, y sabía que era mi culpa, que yo te tiraba abajo. –Se aclara la garganta antes de seguir–. Lo que siempre quise es que fueras feliz, Andie.

–Prefería estar triste contigo que feliz sin ti –suelto tan rápido que no puede ser más que la verdad.

Por un momento, él no dice nada.

–Debí haberlo sabido. –Apoya las manos sobre la mesa como si quisiera mantenernos en este momento. Como para guardarlo en algún lugar de su interior para que no lo dejemos de lado–. Quisiera poder cambiarlo. No te pediré que empecemos de vuelta, pero… me gustaría tener una oportunidad para empezar algo, Andie.

Cuando me mira a los ojos, parte de la amargura que aún sentía desaparece. Ahora veo con claridad el dolor, el arrepentimiento. Y aún más profundo, la pena. Aunque nublan sus ojos, aclaran otras cosas. Me dejan ver la parte de él que nunca podrá expresar en palabras, porque no creo que pueda entenderla él mismo; nunca quiso que viera sus debilidades. Creo que, tal vez, necesitó todos estos años para que la parte de él que quiere enmendar nuestra relación tenga más

peso que la parte que quería que lo viera fuerte.

Pero nunca lo había visto ser más fuerte que ahora. Quisiera que hubiera una forma de decírselo y, al menos, ahora parece que tendré mucho tiempo para encontrarla.

–Sé que no te lo hice fácil –admito.

–No esperaba que lo hicieras. –Presiona los labios para recomponerse–. Y seguiré esforzándome. Si eso te parece bien.

Mis ojos se llenan de lágrimas de forma inesperada. Esa es la clave de la cuestión, estuve alejándolo antes de que pudiera marcharse. Y aun ahora tengo miedo; aun en esta supuesta versión adulta de dieciocho años que no debería necesitarlo, que ya no debería dejar que él la decepcionara. Pero parte de mí asoma por el mismo rincón que a los once, a los catorce, a los diecisiete, esperando a que la desilusionen.

–No sé si alguna vez se sentirá del todo normal otra vez –confieso–. Pero nunca me rendiré contigo. Así que, tampoco lo hagas conmigo.

–Nunca.

Me rodea de forma brusca por los hombros con un brazo y me atrae hacia él. Luego relaja la presión y permanecemos unidos, observando cómo otro grupo de niños sale de una camioneta y corre hacia los toboganes.

–Me gustaría conocer a Ava –le digo.

–¿Sí?

–Sí.

Él golpetea la mesa con un dedo.

–No quiero que pienses que debes hacerlo para que seamos una familia. Estaré aquí para ti pase lo que pase, ¿de acuerdo?

Asiento con la cabeza, demasiado abrumada para responder. Por mucho tiempo, la palabra “familia” fue una sombra amenazante, algo que podía perder en cualquier momento. Pero por la forma en que mi padre la pronuncia, no es algo que deba ganarme, sino algo que es.

Tal vez ahora que comienzo a entender que cada familia adquiere su propia forma, no me da tanto miedo. Tengo suerte de tener más de una. Como dijo Milo, tengo a mis abuelas, a mis amigos de Blue Ridge, a este pueblo que sigue ahí para mí, aunque esté lejos. Son cosas que, aunque no di por sentadas, tal vez no las haya valorado por lo que eran. Me brindan la paz de ser conocida y de siempre tener un lugar suave para caer.

Si tengo suerte, Kelly y Ava podrían ser otro de esos lugares. Pero nunca lo sabré si no me permito seguir adelante y darles una oportunidad.

–Gracias por decirlo –respondo con sinceridad, porque necesitaba escucharlo–. Pero en serio, si estás libre el próximo fin de semana, también me gustaría verlas.

Él tan solo asiente con la cabeza sin hacer planes todavía para darme tiempo a cambiar de

parecer. Yo pensaría igual, intentaría ver el futuro en la mente de otra persona y considerar todas las aristas de la decisión que está tomando o que intenta tomar. Es extraño ver esta similitud entre nosotros. Pasé muchos años obsesionada con seguir los pasos de mi madre y nunca pensé que los míos podrían parecerse más a los de él.

De repente, surgen muchas preguntas que quiero hacerle. Pero es un alivio dejar que lleguen y que se vayan y saber que no necesito hacerlas ahora, porque la puerta no se cerrará. Él volvió a mí, y yo también estoy buscando la forma de volver a él. Por fin tenemos tiempo para hacerlo.







CAPÍTULO TREINTA

Mientras coloco nuestro batido gigante de Big League Burger en el soporte de bebidas, golpeo mi bolso por accidente y los listones caen del bolsillo delantero.

–Ups –balbuceo y los aparto de la consola. Aunque no alcanzo a hacerlo antes de que mi padre los note y se ría con fuerza–. ¿Qué? –le pregunto con una sonrisa cohibida.

–Eh, nada. Es que… sin dudas tienes más listones de los que podrías necesitar –comenta al tiempo que me ayuda con algunos que cayeron en su asiento–. Digna hija de tu madre.

–¿Sí? –Tomo los listones que recogió y los guardo de vuelta en el bolsillo.

–Sí. Era insoportable con ellos –explica y se seca una lágrima de risa–. Obtuvo más que cualquiera en su año.

Me echo atrás sorprendida, tanto que mi mente decide olvidar el funcionamiento de los cinturones de seguridad.

–¿Lo recuerdas? –exijo y por fin logro abrocharlo en el tercer intento.

–Por supuesto que sí. –Conduce fuera del estacionamiento; ahora la risa es una sonrisa traviesa–. Yo fui uno de los estudiantes que inició la búsqueda de listones en primer lugar.

La forma en que se toma todo su tiempo para avanzar deja en evidencia que disfruta cada

segundo de mi asombro.

–¿Tú *qué*?

–Así fue como nos conocimos.

–¿Cómo?

Mi padre vuelve a soltar su risa fácil y suave, la que recuerdo de un tiempo lejano. Es como si en lugar de descubrir cosas nuevas sobre él, estuviera redescubriéndolas. Me pregunto si sentirá lo mismo.

–Tu madre estaba furiosa porque no había conseguido un listón en la competencia de comer pastel. Dijo que ella debía haber ganado, porque tendrían que haber descalificado a la chica que vomitó en medio del evento. Creo que sus palabras exactas fueron, "Lanzó al menos medio pastel, así que yo gané". –Sacude la cabeza entre risas–. Vino a tocar a mi puerta a las diez de la noche.

–Nunca me lo contaste –lo acuso también entre risas.

–Tu madre me hubiera asesinado –comenta con una mirada cómplice–. Pero imagino que a estas alturas ya hubiera dejado que lo sepas.

Puede ser extraño, pero no me cuesta imaginar a mi madre encontrando el verdadero amor en medio de una batalla con pasteles. La otra parte de la historia es la que no puedo procesar.

–¿Tú iniciaste las búsquedas de listones?

–Sí. –Se aclara la garganta con repentina timidez–. Bueno, yo y como una docena de estudiantes más.

–¿Qué? –Para ser alguien que quiere responder a las preguntas de otras personas para vivir, de repente no se me ocurre ni una palabra para salvar mi vida–. ¿Cómo? *¿Por qué?*

–Como dije, me gusta hacer planes –dice encogiéndose de hombros–. Necesitábamos una forma de sortear la prohibición de nuevas organizaciones estudiantiles, así que… La busqué. Planeamos una serie de eventos que luego se convertirían en organizaciones. No podían prohibir algo que, técnicamente, no se había formado. Es por eso que todos los que participaran debían tener uno de esos. –Señala el listón blanco–. Para probar que querían jugar y no delatarnos.

Siento que mi cerebro está por estallar al intentar procesar toda esta información. Por mucho tiempo, pensé en los listones como algo de mi madre y nunca, ni una vez, consideré a mi padre en la ecuación. Nunca pensé que podría haber tenido otra razón para guardar sus listones por tantos años. Que los recuerdos tras ellos no eran solo de ella, sino de los dos.

Miro a mi padre con cautela, pero está sacudiendo la cabeza con una expresión cariñosa que lo hace lucir más joven.

–En cuanto a tu madre, apenas la escuché despotricar por los pasteles, lo supe. Su voz era inconfundible. Ella era la "Caballera" que nos reveló la malversación de fondos administrativos que luego derivó en la prohibición. La misma que había estado trabajando con nosotros para

entregar las pistas.

En un extraño momento de reversión de papeles, soy yo la que tiene que desviar la mirada, la que necesita un instante de silencio para recomponerse y absorber esta parte de su historia, para hacerla mía. Siempre supe que caminaba por los senderos que ellos habían recorrido, pero no comprendía la relación directa y afortunada que había tenido este lugar con todo lo demás. Con su enamoramiento, con su vida juntos, conmigo.

–Es increíble –comento cuando logro encontrar la voz.

–Éramos bastante audaces en nuestros días –afirma esbozando una sonrisa.

Nos detenemos en el semáforo. Esperé mucho tiempo por este secreto. Demasiado tiempo. Y ahora que todos estos secretos salen a la luz, necesito saberlo.

–Entonces, ¿sabes para qué es cada color?

Él me saca el batido de las manos y le da un sorbo absurdamente largo mientras me mira entretenido.

–Tienes amigos que no están en primer año. ¿Nadie te lo dijo?

–Nop. –Al recuperar el batido, hago una nota mental para interrogar a Val y a Milo.

–Me impresiona mucho el compromiso que tienen con el secreto –comenta con las cejas en alto–. Cielos, ¿cuántos años pasaron? ¿Veinte?

–¿Y cuál es el secreto? –insisto.

–¿Segura que quieres saber? –El semáforo cambia, así que sus ojos se centran en el camino, pero no pierden la chispa de alegría.

–Quiero saber en cuál estaba mamá –suelto incapaz de controlarme.

Mi padre echa la cabeza atrás por la sorpresa, pero luego lo evalúa en silencio. Es como si esto significara más que cualquier otra pregunta que pudiera haberle hecho.

–Ah, es una pregunta fácil. Estaba en el grupo rojo.

No puedo explicar por qué se me llenan los ojos de lágrimas; el rojo no significa nada para mí. No tengo forma de diferenciarlo de los demás. El asunto es que por cada fragmento de mi madre que todavía puedo descubrir, hay miles que nunca conoceré; cosas que podría haberme contado y otras que podría haber descubierto por mi cuenta. Ahora no importa cómo las sepa, son muy preciadas para mí.

–¿Sí?

–Sí. Y yo estaba en el azul –responde mi padre con cariño.

–Y… ¿qué significa cada uno? –pregunto, consciente de que estoy tentando a mi suerte.

Por un momento, finge que no me lo dirá, con una expresión casi burlesca. Creo que es el gesto más paternal que tuvo en la vida.

–Tienes más que suficientes para entrar a cualquier organización, así que supongo que no está mal que te lo diga. Son grupos de voluntarios. –Le echa un vistazo a mi bolso–. Debes haber

notado que los eventos de cada color tienen rasgos en común. El rojo es de actividades sociales y del campus; el azul, de actividades académicas; el amarillo es de eventos en la naturaleza. Si consigues suficientes listones de todos los colores, puedes elegir a qué sociedad unirte y ayudar en las tareas voluntarias.

Sociedades de voluntarios. De repente, siento el corazón tan lleno que podría explotar. Confiaba en la idea de "sociedades secretas" porque creía en que mi madre no se metería en nada malo, pero, de todas formas, es un alivio saber que hice bien al confiar en ella. En los dos.

–En estos días, ya no son secretas y están abiertas a cualquiera, incluso para los ingresantes. Los listones te dan la posibilidad de votar en sus decisiones desde segundo año, en lugar de esperar al tercero –explica mi padre–. Solo puedes votar en uno de los grupos, pero puedes unirte a los que quieras. Rayos, ya podrían haberte invitado a alguno.

Por poco me echo a reír al percatarme de que tiene razón. Todo este tiempo estuve obsesionada con seguir los pasos de mi madre, pero al unirme al voluntariado al aire libre, ya había elegido una sociedad.

Espero a que me invada la preocupación o a sentir el golpe de la decepción., porque, de acuerdo a la decisión que tomé, todos mis esfuerzos por unirme al mismo grupo que mi madre podrían haber sido en vano. Sin embargo, la preocupación es superada por la idea reconfortante de que, quizás, no la necesitaba tanto como pensaba. De que pude haber tomado el camino largo, pero tal vez me haya llevado a donde tenía que llegar por mí misma.

–¿Y tú ayudaste a organizar todo eso? –pregunto.

Mi padre presiona los labios; nunca le gustó darse crédito por nada. La abuela Nell le insiste con que abogue por sí mismo en el trabajo desde que tengo memoria.

–Sí, pero tu madre cambió las cosas al unirse al grupo rojo.

Recién ahora soy capaz de apreciar algunas de las diferencias entre mi padre de entonces y el de ahora. Puedo ver por qué necesitaba alejarse de aquí. Solía hablar de mi madre con un pesar inconmensurable, pero ahora, la alegría en su voz es innegable. Es como si por fin pudiera mirar hacia atrás y ver la dicha de lo que fue, en lugar del dolor por lo que pudo haber sido.

–Ella fue la que tuvo imaginación para proponer qué más hacer con el programa. Algunos de los mejores eventos fueron idea suya, como el concurso de muñecos de nieve, limpiar la basura del arboreto, la fiesta en el parque…

Mis ojos se amplían por el impacto. Esos fueron todos los eventos que marcaron y definieron mi corta estancia en Blue Ridge, para bien o para mal. Fueron los que me ayudaron a construir amistades, a superar los límites que me había puesto a mí misma, a descubrir lo que era importante para mí de verdad y lo que no. Es como si ella me hubiera tomado de la mano todo este tiempo.

Mi padre malinterpreta mi reacción como si siguiera preocupada por el incidente de la

transmisión durante la fiesta.

–Escucha, sé que estás molesta por lo que pasó. Pero Milo lo resolvió muy bien. Deberías escuchar la grabación, ya lo verás.

Intento no sobresaltarme y me enfoco en ver pasar la calle principal de Little Fells por la ventana. Veo la acera que recorrí miles de veces, llena de gente que siempre supo mi nombre.

–Revelé el gran secreto de mamá.

–Super-A. –Percibo la sonrisa en su voz sin tener que mirarlo–. Te prometo que, dondequiera que esté, tu madre debe estar desternillándose de risa en este momento.

–¿Eso crees?

–No había nada que le divirtiera más que un plan fallido. –Llegamos a la calle de mis abuelas y reduce la velocidad más de lo necesario para tomarse su tiempo–. Y sé que no hace falta decirlo, pero estaría muy orgullosa de ti.

–¿Aún después de todo el desastre que causé? –insisto con la cabeza contra el vidrio frío.

–En especial después de todo el desastre que causaste –asegura–. Estos años nunca son fáciles, pero estoy seguro de que los abordarás de frente como siempre lo haces.

No es extraño que las personas tengan esta clase de fe absoluta en mí. Mis abuelas siempre la tuvieron; Shay, Valeria y Milo la tienen. Y, hasta cierto punto, yo también tengo fe en mí. Pero viniendo de él cobra un sentido diferente; no es que sume o reste nada, sino que es más significativo de lo que creí que sería.

Cuando estaciona en la entrada, levanto la cabeza y le digo algo que no le había dicho en años:

–Gracias, papá.

Él no asiente, solo me mira como si lo que dijo no fuera algo que yo debía aceptar, sino algo que debería ser obvio.

–Por cierto, yo también estoy muy orgulloso de ti –agrega.

–Harás crecer mi ego –bromeo con el labio inferior tembloroso. Él vuelve a reír con ganas y, finalmente, apaga el motor.

–Si sucede, será por esas abuelas increíbles que tienes, no por mí.

–También heredé muchas cosas de ti. –Le ofrezco una sonrisa insegura, genuina, confundida y agradecida al mismo tiempo.

Los ojos de mi padre se suavizan cuando nos mira a mí y a la casa en la que crecí, llena de las mujeres que me hicieron quien soy.

–Bueno, si eso es cierto, soy un padre muy afortunado.







CAPÍTULO TREINTA Y UNO

El resto del día se siente como una versión de un libro de cuentos de mi infancia. Los cuatro pasamos el día juntos. Preparamos masa para las famosas galletas de la abuela Nell, de mantequilla de maní con chispas de chocolate y rellenas de caramelo. Después salimos para ayudar a la abuela Maeve con su parte del jardín (que es la mayor parte, dado que decidió que no podía confiar en que Nell cuidara la suya), mientras ella fuma como una chimenea y nos cuenta historias de sus años de universidad en San Francisco. Más tarde, empezamos un rompecabezas con la imagen de un bosque que alguien le regaló a mi padre en un cumpleaños, pero él nunca abrió. Seguimos armándolo cuando mis abuelas ponen su codiciado DVD de *Definitivamente, tal vez*, que solo sale a escena en ocasiones especiales. Pedimos pizza de nuestro lugar preferido de Little Fells y, para cuando las galletas de Nell salen del horno, recibimos a un pequeño ejército de niños del vecindario en la entrada.

Mientras las saboreo en la mecedora de la entrada, la abuela Maeve se acerca y, sin contexto alguno, dice:

–Espero que lo que se haya jodido se sienta menos jodido ahora, polluela.

–Me alegra estar en casa. –Termino de masticar la galleta, pero no la pila enorme de

arrepentimientos que estuve ignorando durante todo el día.

–Y a nosotras nos alegra tenerte aquí –afirma con una mano en mi mejilla–. Aunque es martes. –Sus cejas finas se elevan en su frente arrugada, con más marcas de risas que cualquier persona que haya conocido–. Si me lo preguntas, huele a que estás evitando algún conflicto.

Amortigua la observación ofreciéndome el último borde de su pizza y la mantequilla, porque sabe muy bien que me encanta untar la masa en ella. Acepto ambas con los ojos entornados.

–Imagino que papá ya te contó lo más importante –comento. No puedo fingir que me molesta. De hecho, la normalidad de la situación es bastante agradable. Por una vez, mi padre se involucra demasiado en algo.

–Claro que sí –afirma la abuela Maeve con una sonrisa–. Y solo puedo decir, desde el fondo de mi frágil y viejo corazón… –Me preparo para que concluya con un comentario sincero y pícaro, pero sus ojos pierden la ironía y conservan la chispa–. Que siempre has estado a kilómetros de ese Connor Whit.

–Tú lo has dicho. –La abuela Nell se acerca con una taza de té.

Mis ojos se amplían como un par de planetas.

–Esperen. ¿Cómo lo supieron? Ni siquiera lo mencioné.

–Tenemos nuestras fuentes –responde Nell con un guiño.

–Fuentes que pidieron nuestra dirección hace unas dos horas –agrega Maeve y mira hacia afuera, expectante. Como si hubiera dado la señal, alguien llama a la puerta–. Será mejor que abras –dice y me guiña un ojo.

Llevo mi borde de pizza como apoyo emocional, al tiempo que intento pensar quién podría ser, pero no tengo idea. Tampoco tengo mucho tiempo para adivinarlo, porque Valeria comienza a hablar antes de que termine de abrir la puerta.

–La cagamos –anuncia. Luce abatida por el viento y agitada. Su cabello lacio está enmarañado y su abrigo rojo, mal abotonado.

–Sabía que me agradabas –comenta la abuela Maeve con su carcajada característica–. Pasa.

Valeria abre los ojos alarmada, porque las dos veces que vio a mis abuelas en el campus, fue de lo más correcta. Pero antes de que pueda disculparse por el exabrupto, la abuela Nell empezó a sacarle el abrigo y la abuela Maeve cerró la puerta.

–¿Qué más arruiné? Y, ¿qué haces *aquí*? –pregunto.

Ella me mira de pies a cabeza como si hubiera esperado encontrarme hecha pedazos.

–Eh, ¿dónde está tu teléfono, Andie?

Está guardado en el fondo de mi bolso, tan profundo que podría estar en el centro de la tierra.

–Palomitas dulces –protesto por lo bajo y me agacho para buscarlo–. ¿De qué me perdí?

La pantalla de mi móvil responde antes que ella. Tengo cuatro mensajes y una llamada de

Milo. **¿Estás por aquí?**, dice el primero. **Sean me dijo que te pediste toda la semana libre**, el siguiente. **En serio, ¿dónde estás? ¿Te fuiste del campus?**

Y el último antes de la llamada: **Respóndeme cuando leas esto, me tienes preocupado, chica nueva.**

Mi rostro se calienta más que el mismo centro de la tierra.

–Le envié un mensaje a Shay.

–Sí, bueno, ella está con su hermana –explica sobresaltada.

–¿Está bien? –pregunto mientras dejo mi bolso.

–Eh. –Suspira y se mueve de un pie al otro–. Puede que le haya confesado mis sentimientos en el parque esta mañana. Y ella solo… ¿salió huyendo?

Mis abuelas ya abandonaron el sitio. Se llevaron su té y su vino al porche de atrás, donde mi padre sigue mirando su rompecabezas metódicamente y con el ceño fruncido. Yo guío a Valeria hasta la sala, que se ve tan dispareja como mis abuelas: la mitad decorada con flores delicadas, la otra mitad con tonos rosados intensos y negros profundos. Es como el acogedor hijo de varias eras de Taylor Swift entremezcladas.

Nos sentamos en el sofá de terciopelo rosa viejo. Valeria está demasiado distraída como para notar que arrojo el almohadón de **VIVE, RÍE, PÚDRETE**, a un lado. Ahora que estamos sentadas y que el impacto de su presencia en mi casa mermó, noto que sus ojos están hinchados y desmaquillados, como si las lágrimas hubieran limpiado su máscara de pestañas hace bastante tiempo.

–¿Qué dijo exactamente?

–Eh… Dijo que no podía manejar el cambio vertiginoso de la situación. –Se hunde en el sofá, más desdichada que nunca desde que la conozco–. No sé si me haya creído. Y, después de que la rechacé la semana pasada, creo que no puedo culparla.

Los engranajes de mi mente empezaron a girar, pero luego dice algo que los detiene un momento.

–Además, Sean le dijo a Milo que te vio en Bagelópolis con una maleta. Lo llamé para saber si había visto a Shay, pero él estaba enloqueciendo porque creyó que estabas abandonando Blue Ridge definitivamente.

Eso explica por qué habló en plural cuando abrí la puerta. Ya se me agotaron las comidas para maldecir el día de hoy, así que no me queda más que hundir el rostro entre las manos e intentar no gruñir.

–No es así, ¿cierto? –pregunta con cautela, por lo que levanto la cabeza de golpe.

–No, yo… –Sé que no puedo huir. De todas formas, el peso de todos los factores en juego vuelve a impactarme; mis calificaciones, el programa de radio, mi atracción inconveniente hacia un chico que se irá, las cosas que estuve evitando todo el día, pero que seguirán siendo un

problema mañana–. Déjame enviarle un mensaje a Milo.

Intento controlar la culpa, en vano, enviándole una disculpa profusa y diciéndole que se suponía que Shay le dijera que estaría con mis abuelas y volvería pronto. Quisiera darle más detalles o llamarlo, pero en una evaluación de los pequeños desastres que me rodean, Valeria al borde de las lágrimas, después de haber conducido dos horas por mi ayuda, es prioridad. Así que dejo el móvil y me siento en el sofá con ella.

–¿De verdad sientes algo por Shay? ¿Estás segura? –pregunto por ella y también por Shay. No quiero que ninguna de las dos se arriesgue a salir lastimada si no están en la misma página al cien por ciento. Conozco a Shay y sospecho que ella todavía lo está. Solo tiene miedo de salir lastimada otra vez.

–Siempre lo supe –afirma Valeria desde algún lugar profundo en su interior–. Ahora tengo que hacer que ella lo crea. –Me mira como si también necesitara confirmar que yo le creo. Señal de que debe ser momento de que empiece a hablar.

–Yo también sabía. Eres la Bea que llamó al programa de radio, ¿o no? –Una de sus manos descansa sobre el sofá. Me inclino hacia adelante y pongo la mía sobre la suya y le doy un pequeño apretón–. Te di un mal consejo.

–Sí. –Presiona los labios con timidez. Debió haber descubierto que era la Escudera con la que se había confesado después de que me expuse por accidente–. No te conté la historia completa –balbucea con la mirada en nuestras manos.

–¿Y cuál es la historia completa? –pregunto mirándola con la cabeza de lado.

–Creo que no lo entendía hasta este fin de semana. El asunto de Connor. En parte se trataba de él, pero también de mí. Tenía miedo.

–¿De qué?

–Hace mucho tiempo que escribo romances, pero con Connor todo era muy diferente a otras personas con las que había salido –reflexiona más metida en sí misma–. Fue la primera vez que entendí cómo una sola persona podía afectarme, tanto que se filtró en todos los aspectos de mi vida. –Me mira con cautela, preocupada de haber dicho demasiado. Cuando le sostengo la mirada, continúa–. Creo que eso me daba miedo. Dejar entrar al amor otra vez, sabiendo que podría tener ese poder sobre mí.

–Creo que así debe ser, hasta cierto punto –respondo con cuidado. Ignoro la punzada en el pecho que me provoca saber bien a qué se refiere con Connor. Saber que si hubiera observado mi vida en profundidad, lo hubiera sabido hace años–. La diferencia está en cómo usas ese poder, para apoyar o perjudicar.

–Y así es Shay –afirma mientras se hunde más en el sofá–. Alguien que te apoya sin importar lo que pase.

–Sí –coincido y, no por primera vez, agradezco en silencio a MTV por haberse llevado a su

compañera anterior para que ahora sea la mía–. Lo es.

–Solo necesitaba tiempo para sanar esa sensación antes de poder permitirme confiar otra vez. Porque lo que siento por Shay… parece mucho más fuerte. Y al principio eso lo hacía más aterrador y más fácil de ignorar. Pero espero no haber arruinado demasiado las cosas, porque sea lo que sea que tengamos, espero que sea por mucho tiempo.

Asiento con la cabeza, porque sé exactamente a qué se refiere. Milo, Shay, Valeria y yo cruzamos esa línea en algún momento, y ahora siento la fuerza de mi gratitud por ello.

–Lo siento, Andie. Sé que pensabas lo mismo sobre Connor.

Este día ya duró suficiente como para sentir que duró un año, y eso me provoca un alivio extraño, pues incluso los pensamientos sobre Connor se sienten lejanos.

–Creo que ya le dedicamos demasiado espacio mental.

–Lo sé. –Esta vez, es ella la que presiona mi mano–. De todas formas, quiero decir que lo siento. Sé que no fue culpa de ninguna de nosotras, pero lamento que hayas pasado por eso.

No sé si alguna vez tendré un verdadero cierre con Connor. No sé si alguna vez podremos volver a hablar o si siempre será eso que definió mi vida hasta que dejó de hacerlo. Pero aquí sí hay un cierre, una certeza, algo más firme que lo que tenía con Connor.

–También lamento que tú pasaras por esto. –Nos tomamos de las manos durante un momento más que marca cuánto nos entendemos. Valeria aparta la suya con una sonrisa silenciosa–. La buena noticia es que comprender todo esto liberó mi mente, en cierto modo. Y… ya tengo un final para el libro.

–¿Sí? ¿Cómo termina?

–¿Quieres leerlo? –pregunta mirando su bolso con timidez.

Es extraño saber el final antes de que me lo entregue; puedo verlo en el brillo de sus ojos y en la esperanza de su ceño. También es extraña la calidez de la certeza en mi pecho, la misma que siento por este momento.

–Ya mismo. –Mientras ella busca el libro enseguida, siento la chispa de un plan que cobra vida–. ¿Sabes algo? Creo que ya tengo algunas ideas para arreglar todo esto con Shay y con Milo.

–Él te gusta, ¿verdad?

Aunque considere mentirle, sus ojos sobre mí lo saben muy bien.

–Se irá. –Después de pronunciar las palabras, siento como si mi garganta estuviera magullada–. Quiero enmendar nuestra amistad, eso es todo. Puedo superar un pequeño enamoramiento.

Ella analiza mi rostro un momento, pero no indaga más, solo se arremanga el suéter.

–¿Qué puedo hacer? –pregunta.

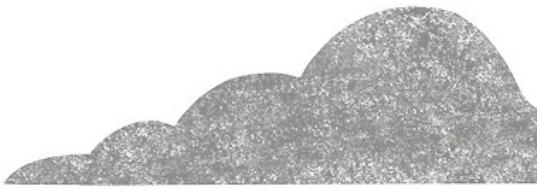
Asiento con la cabeza para centrarme y buscar una receta en mi móvil.

–Espero que no le tengas miedo al colorante alimenticio.

Valeria, con una sonrisa radiante, me quita el móvil de la mano y me entrega su manuscrito.

–Nunca hay un momento aburrido con los Caballeros de la noche, ¿eh?

–Ni uno solo –respondo con otra sonrisa.







CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Valeria y yo pasamos despiertas la mitad de la noche. Yo leyendo su manuscrito y enviándoselo a Shay; ella, en la cocina, creando un brebaje impío con los colores del arcoíris, al tiempo que le detallo el plan para mañana y reúno provisiones. A la mañana siguiente, la abuela Nell nos besa en las mejillas, la abuela Maeve escabulle una botella de vino blanco en el maletero, y mi padre me abraza y dice que me verá el sábado. Puede que subamos al coche de Valeria con el terror de dos personas que tienen mucho en juego, pero al menos lo hacíamos juntas.

Valeria me deja en Cardenal, y me siento muy tonta arrastrando mi maleta casi intacta por las escaleras. A mitad del corredor, Milo emerge de su dormitorio con el aspecto soñoliento que tiene siempre que hace el programa sin haber dormido bien.

Abro la boca para saludarlo, pero me ve antes de que lo haga. Aferro la manija de mi maleta, preparándome para que me dé un sermón por haber desaparecido ayer.

–Estás aquí –dice en cambio.

No suena sarcástico ni finge estar molesto. Tan solo atraviesa el pasillo como si este momento fuera inevitable, como si no tuviera que hacer nada más que envolverme entre sus brazos. Es tan

firme que no puedo evitar fundirme en su abrazo, no puedo evitar corresponderle y abrazarlo con fuerza.

–Pensé que… Mierda –dice. La cercanía a mi oído hace que sienta el zumbido de su voz por todo mi cuerpo–. No sé. Me alegra que hayas vuelto.

Apoya el mentón sobre mi cabeza, y hundo el rostro en su pecho para inhalar su calidez, su esencia a Milo. Todos los pensamientos que estuvieron abrumándome estos últimos días desaparecieron, reemplazados por su tarareo firme y bajo.

Busco algo que decir antes de que nos separemos. Una disculpa, una broma para aliviar la atención, cualquier cosa excepto las palabras "te quiero", que son las únicas que están en mi mente.

Cierro los ojos cuando su magnitud me impacta de lleno. Lo que siento por Milo (el ardor, las ansias, la *necesidad*), es como Valeria lo describió, mucho más fuerte y aterrador que cualquier cosa que haya sentido antes. Al principio, eso lo hacía fácil de ignorar; nunca me dejé llevar por mis sentimientos, más bien fui la arquitecta de mis emociones. Me decía qué sentir y lo sentía. Había orden y reglas.

Pero ahora este chico, con las manos en mi espalda y todo su cuerpo vibrando con cada latido de mi corazón, hace pedazos cada una de mis reglas.

No es un enamoramiento momentáneo, pero sea lo que sea, me aplastará en un momento.

Cuando nos separamos, por poco me tambaleo por la repentina inestabilidad. Él luce tan a la deriva como yo, y sus ojos verdes recorren mi rostro como si por fin hubiera encontrado el faro en medio de una tormenta.

–Lo siento –le digo sujetándome de mi maleta–. Pensé que…

–Ven –interrumpe antes de que pueda terminar con la disculpa–. Ayer quería mostrarte algo.

Lo sigo en una especie de trance, al tiempo que las palabras *te quiero, te quiero, te quiero* se repiten como un mantra a cada paso. Él deja la puerta abierta otra vez, pero no se molesta en revisar si alguien nos siguió antes de tomar una pila de papeles de su escritorio.

–Tenía que ver a mi hermana Cleo el otro día, la que trabaja en admisiones. Como el asunto de la radio cambió los planes, al final la vi ayer y…bueno.

Me entrega los papeles. Esperaba ver su expediente académico o algún documento oficial para su transferencia de universidad. En su lugar, veo el logo de *Caricias de rosas* que encabeza todos los artículos que escribí para el periódico escolar.

–¿De dónde…?

–Dijiste que te preocupaba que te hubieran admitido por lástima, que podría haber tenido algo que ver con tu madre. –Señala los papeles, insistente–. No tenían idea de quién era tu madre, Andie. *Esto* fue lo que hizo que te aceptaran. Está en tu expediente. Cleo me lo mostró.

Ojeo las páginas al tiempo que caigo en la cuenta de lo que pasó. El día que los envié, tenía

dos sobres; uno tenía una copia de mi expediente académico para complementar los archivos electrónicos de mi solicitud para la Estatal Blue Ridge; el otro contenía las columnas de *Caricias de rosas* que me había pedido mi padre.

–¿Por eso fuiste a ver a Cleo? –Aferro los papeles contra mi pecho–. Todo este tiempo…

Todo el tiempo que pasé preocupada por la clase de persona que tendría que ser para encajar aquí, resultó ser que debía ser yo misma desde el principio. Lo que me trajo aquí fue algo más profundo que cualquier cosa que pudieran haber medido sobre mí. Algo que evolucionó aquí un poco cada día, con cada correo de oyentes que respondí, cada segmento en la radio, cada esfuerzo por ser más valiente de lo que fui en años.

Mi sonrisa se vuelve tan amplia que siento que podría desgarrar mi rostro. Florecí poco a poco este semestre aquí, pero gracias a esto, ahora sé que fui yo quien plantó la semilla.

–No tenía idea de que había enviado esto aquí –le explico a Milo–. Se suponía que fueran para mi padre.

–Bueno, ahora puedes volver a enviárselo –dice con esperanzas y con cautela a la vez–. Y tendrán una oportunidad para hablar.

–De hecho, ya lo hicimos. Estuve con él ayer.

–¿Y cómo resultó? –pregunta un poco más cerca.

–Mejor de lo que esperaba. –Contemplo los papeles en mi mano; quiero contarle acerca de la conversación con mi padre y lo haré, pero ahora estoy demasiado conmovida por lo que hizo como para pensar en eso–. No tengo palabras para agradecerte por esto.

–Perteneces aquí, Andie –afirma con una convicción que suena diferente, más tranquila y más firme–. Siempre lo hiciste.

Arrojo los papeles sobre el escritorio con tal descuido que comienzan a deslizarse mientras me lanzo hacia Milo y lo abrazo otra vez, ahora con fuerza suficiente para dejar marcas. Él resopla, más por dramatismo que por sorpresa, y no duda en corresponderme.

–Gracias –le digo.

Me abraza más fuerte y se encoge de hombros. No necesito verlo para saber que sus mejillas tienen ese tinte rojizo afable que adquieren cada vez que complace a alguien.

–Bueno, más que nada lo hice para probar que tenía razón. Y Cleo me debía un almuerzo.

–Ajá –rio mientras nos apartamos–. Espero que haya valido la pena.

–Más que eso. –Su sonrisa es pausada, y sus ojos están fijos en mí, de un modo que hace que toda su habitación se sacuda.

–Yo también tengo algo para ti –anuncio tan rápido que me mira alarmado. Le entrego un recipiente que saqué de mi bolso, y él lo abre con precaución–. Es un Pastel unicornio –explico, en puntas de pie para poder ver el contenido con él–. Inspirado en el queso unicornio. Chocolate blanco teñido con los colores del arcoíris, chispas multicolores, toneladas de Froot Loops y un

toque de Trix. Como dijiste, “fruta indiscriminada”.

–Eres… un ser humano ridículo –comenta con más cariño en la voz del que mi corazón puede contener.

Si el Pastel unicornio era una disculpa, la expresión en su rostro es lo único que necesito para saber que la aceptó. Por un momento, permanecemos parados a centímetros del otro; mi cuello inclinado en un ángulo absurdo para mirarlo. El suyo, agachado, de modo que siento su sombra en todo el cuerpo. Abro la boca para decir algo, aunque ni siquiera sé qué. De repente, no confío en lo que podría llegar a decir ni hacer. Mis funciones normales fueron avasalladas por muchas cosas apabullantes a la vez. Una de ellas es la gratitud que siento hacia este chico que me entiende de formas que nadie más lo hizo hasta ahora; que me conoce bien como para no intentar arreglarme, sino para darme el lugar a que lo haga yo misma; que está ahí parado, con su rostro sonrojado y perfecto, que exige todo mi esfuerzo para no acercarme y besarlo ahora mismo.

La puerta sigue abierta, así que cuando Tyler grita: “¡No, es tu turno de decidir la cita del viernes!”, y Ellie responde entre risas: “¡Lamentarás habérmelo recordado cuando estés en el autocine viendo una maratón de películas de Marvel!”, los dos nos sobresaltamos.

Milo se rasca la nuca. Sus rizos oscuros crecieron durante el semestre y lucen más rebeldes. Me obligo a no mirarlos ni imaginar cómo se sentiría hundir las manos en ellos.

El asunto es que no importa lo que sienta por él. No tendremos noches de cita ni de autocine. No tendremos tardes mirando a las gallinas corretear; ni chistes internos con sus hermanos y hermanas; ni triunfos en noches de trivia, ni experimentos aterradores con *bagels*. Milo estará en California y yo, aquí. Ambos brillando en lo que amamos, pero a un país de distancia.

–Hay algo más que quería decirte –comenta.

En ese preciso momento, mi móvil suena en mi bolsillo, pero decido ignorarlo.

–¿Qué? –pregunto mirando a Milo a los ojos. Pero él mira mi bolsillo.

–Eh, deberías ver de qué se trata.

–No, no, dime –insisto.

Necesito que arranque la tirita de una vez, que me diga que se irá para poder arrancar esto de raíz o, al menos, cortarlo tanto como pueda. Ya creció dentro de mí, se enredó por muchos lugares y echó raíces en mi corazón.

–Es el sonido de las notificaciones cuando un profesor te envía un mensaje directo. Será mejor que lo leas.

–Ah. *Uh* –suelto boquiabierta.

Saco el móvil de mi bolsillo, con la mitad de la atención en la pantalla y la otra mitad en Milo, que saca un trozo del Pastel unicornio del contenedor y emite un tarareo de felicidad encantador al probarlo.

El mensaje es de la profesora Hutchison.

Estaré en la oficina a las once, ¿puedes acercarte?

Once de la mañana. Faltan cinco minutos.

–Tengo que irme –anuncio. Si existe una posibilidad de revertir mi calificación, la aprovecharé.

Milo asiente; ya está arrastrando la maleta fuera de la habitación por mí.

–¿Todo está bien?

–Eso espero –respondo con sinceridad. Por poco arrojo mi bolso como una catapulta dentro de mi habitación después de abrir la puerta, antes de girar para abrazar a Milo otra vez, rápido y con fuerza, en un momento más desgarrador de lo que debería ser. Ya estoy contando los minutos hasta que se vaya. Ya me estoy preparando para el dolor que me provocará–. Pero ¿qué ibas a decirme?

–Te lo diré después. –Señala el elevador con la cabeza–. Tengo mi último turno en Bagelópolis.

Su último turno. Es como un golpe en el estómago, pero estoy demasiado alterada para sentirlo.

–Iré a buscarte –prometo.

Él no se molesta en tomarme la palabra, solo me insta a que me dé prisa.

–Ve, ve.

Y entonces, salgo disparada como una bala; corro por el campus tan rápido que me adelanto al equipo de corredores de Blue Ridge en medio de su entrenamiento matutino. Llego al edificio de psicología a las diez y cincuenta y nueve, con un minuto de sobra para respirar e intentar recomponer mi cuerpo falto de sueño y de ejercicio antes de llamar a la puerta de la oficina de la profesora Hutchison.

–Adelante.

Es la primera vez que la veo en su oficina después de la clase particular que tuvimos. Desde ese día, siempre estuvo la profesora asistente y una fila de estudiantes recorriendo el camino de la vergüenza estadística conmigo. Me detengo en la entrada y miro atrás como si fuera a aparecer alguien más en cualquier momento.

–Hoy seremos solo tú y yo –anuncia sin apartar la vista de la pantalla de su computadora.

–Ah –reacciono, mi voz decidida a chillar más alto de lo necesario. La profesora tampoco desvía la mirada de su pantalla al indicarme que me siente. Obedezco y, de repente, mi piel cosquillea como si el fracaso fuera una hiedra venenosa, de las que se esparcen rápido. Ella no dice nada por un buen rato, hasta que no puedo soportarlo y rompo el silencio–. Estudié, de verdad, lo hice. Lamento haberlo arruinado, pero no quiero que piense que no me tomo su clase en serio.

–Lo sé –dice con suavidad. Luego minimiza la ventana en la computadora, mueve la silla de

escritorio y señala un archivo–. La profesora asistente lleva un registro de todos los que pasan por aquí. Has venido más que cualquiera durante el último mes.

Me hundo en la silla. Lo que dice es verdad, esta oficina me es casi tan familiar como mi habitación.

–Así que, deberías haberlo hecho mejor –concluye.

–Lo sé –digo en tono miserable y con los ojos cerrados–. Es solo que…

–Estabas recuperándote de ese episodio vergonzoso de la transmisión de radio.

A estas alturas, sé que la profesora Hutchison no se anda con rodeos, pero suelto una risa de sorpresa de todas formas.

–Sí… eso.

–Te creo. Creo que lo hubieras hecho mejor de no haber sido por eso. –Señala la carpeta otra vez–. Son muchos estudiantes, pero sigo el progreso de todos. Has avanzado a un ritmo parejo desde el examen de mitad de curso.

Al menos, me alivia que no piense que fui holgazana y, aunque estoy preocupada por mis calificaciones, no puedo evitar preguntar:

–¿Cómo supo que era yo en el programa?

La profesora parece dudar por primera vez desde que la conozco. Es como si estuviera habituada a tener el control de las conversaciones, a usarlo para mantener la distancia con los estudiantes, y supiera que lo que diga a continuación lo cambiará.

–Por un tiempo, no lo supe. Al principio, cuando iniciaste y todo sonaba guionado. Incluso llamé para pedir consejo –admite desconcertada–. Pero a medida que avanzaba el segmento, en algún punto, tu voz comenzó a sonar muy parecida a la de Amy como para confundirla.

Es disonante que alguien la llame “Amy”, porque, desde que tengo memoria, siempre la han nombrado como “tu madre” y no mucho más. Antes de seguir con las preguntas, tengo la sensación extraña de revelar otra capa de ella que nunca creí poder ver.

–¿La conoció?

La profesora Hutchison se queda quieta como una estatua.

–Bueno, alguien tenía que reclutar a los Caballeros –dice después de un momento.

–¿Y eligió a mi madre? –recuerdo que Shay mencionó que Milo fue reclutado por los anuncios que daba en la cafetería, pero que no podía explicar cómo.

Esta vez, la profesora no duda, y tengo la sensación de que quiere contar la historia tanto como yo quiero escucharla.

–Ah, no. Tu madre se eligió a sí misma. El día que comenzó, acudió a todos los profesores que pudo para hacerles preguntas sobre la prohibición de organizaciones estudiantiles. Yo era nueva en aquella época, y los profesores titulares no se cuidaban de chismear frente a mí, así que sabía que era por malversación de fondos y se lo dije. –Se inclina sobre su lado del escritorio y su

sonrisa de satisfacción se amplía–. Menos de diez horas después, transmitió lo que le había dicho, palabra por palabra, y logró que la expulsaran del programa de radio de la universidad.

Su sonrisa se habrá ampliado, pero la mía es de oreja a oreja. Aunque a veces me resulte difícil imaginar a mi madre a mi edad, no es nada difícil imaginarla en esa situación.

–Luego volvió a verme y a preguntar si tenía más información. No sabía nada más –continúa. Su mirada se pierde en la puerta, en el corredor y más allá–. Ella quería una forma de volver a salir al aire, y yo tenía mi oficina original.

–El estudio –deduzco. Es un espacio reducido, que veinte años atrás, bien podría haber sido la oficina de uno de los empleados más recientes de Blue Ridge.

–No tuve nada que ver con la búsqueda de listones ni nada. Todo cobró vida propia, como sucede con cada uno de los Caballeros. Pero, cuando se graduó, me preguntó si podría ayudar a continuar con el programa eligiendo a los presentadores, y eso hago desde entonces.

Sacude las manos como si nunca hubiera pensado en involucrarse emocionalmente en todo el asunto, pero la forma en la que parpadea antes de desviar la mirada hacia su computadora la delata. Igual que el tono bajo de su voz cuando vuelve a hablar.

–Amy tenía la fuerza de un torbellino.

–Sí, la tenía –afirmo sonriente.

Pasan unos segundos hasta que toma aire como si fuera a decir algo más. Suele ser la parte en la que me dicen que lo sienten, que no pueden imaginar dónde estaría el día de hoy si siguiera con vida. Pero noto cuando decide no hacerlo; no es que no lo piense, sino que ambas conocíamos muy bien sus capacidades y no hace falta mencionarlo.

–En fin –dice tras aclararse la garganta–, te llamé para hablar de tus calificaciones. Las dos sabemos que, con ese resultado, tendrías que tomar la clase de vuelta.

–Sí. –Bajo la vista a mis manos; todavía tengo cera de vela en las uñas por las aventuras de anoche con Valeria.

La profesora se adelanta sobre el escritorio para hacer contacto visual, de forma extraña y deliberada.

–Por eso te diré algo que no le revelo a muchas personas. Al final del semestre, elimino el examen con la menor calificación.

–¿De verdad? –Siento que mi cuerpo se derretirá por el alivio.

–Así que, sin la calificación anterior y con el último aplazo, todavía tienes oportunidad de salir a flote. Siempre que sigas yendo con la tutora y la profesora asistente. –Me acerca una hoja–. Suelo estar aquí en estos horarios sin mi asistente. También eres bienvenida, si quieres.

–Gracias –respondo con sinceridad. Luego muerdo mi labio inferior, preocupada. No quiero preguntar, pero sé que el alivio no durará si no despejo la duda ahora–: Pero no… hace esto porque le agradaba mi madre, ¿cierto?

–Pude haber tardado unos meses en descubrir que eras la Escudera, pero supe que eras hija de tu madre en el instante en que vi ese tonto listón en tu bolso –afirma con su expresión antitonterías habitual–. Si hubiera pensado en darte un trato preferencial, habría empezado en ese momento. –Me siento un poco más erguida, avergonzada y complacida al mismo tiempo. Ella vuelve a señalar el papel–. Lo de las calificaciones es un secreto, así que no se lo digas a nadie. Supongo que estaba en deuda contigo –agrega sin mirarme.

En algún momento de la charla, uní los puntos. No recibimos muchos llamados de no estudiantes, y el suyo fue notorio.

–Así que, ¿funcionó? ¿Ir a la conferencia?

Sigue sin mirarme a los ojos, pero noto un rastro entretenido en los suyos.

–Comenzamos a involucrarnos un poco más en los intereses del otro, sí. Y nos ha ayudado. –Luego presiona los labios y alza las cejas lo suficiente para darme a entender que no dirá nada más.

–Me alegra –afirmo, y ella vuelve a sonreír con satisfacción.

–Por cierto, me desentiendo de lo que Milo y tú decidan respecto al programa. Pero tienen mi bendición de cualquier manera.

Dadas las circunstancias, es lo más cerca que estaré de tener la aprobación de mi madre sobre mi participación en *La guardia de Caballeros*. Es extraño y reconfortante, pero no cambia mucho. Ya no la necesito como creí necesitarla al principio del semestre, cuando sentía la presión de estar a la altura de su legado.

Ahora, por fin, siento que todo es como ella hubiera querido que fuera: estuve trabajando para crear mi propio legado desde el principio.

La profesora Hutchison me lanza otra mirada intensa.

–Siempre que te esfuerces con tus calificaciones.

–Por supuesto –respondo de inmediato–. No la decepcionaré.

En cuanto pongo un pie fuera de la oficina, sé que ya evité lo suficiente el programa de ayer. Si quiero volver como Escudera, reemplazo de Milo o incluso como la persona que responde los correos, tengo que escucharlo y hacerme cargo de lo que siga.

Pero primero salgo del campus por el camino zigzagueante que llega hasta el quiosco del arboreto. Me lleva a través de árboles iluminados por el sol y pimpollos nuevos; es un mundo tan colorido y diferente al del día de la tormenta que siento que entré a una nueva realidad. Entro con cuidado, por supuesto, porque lo último que quiero es interrumpir el plan de Valeria.

Sin embargo, cuando por fin las veo, es evidente que podría caer un meteorito del cielo y ninguna de las dos lo notaría. La escena está preparada como la planeamos, pero de alguna manera se ve mucho más dulce. Es una recreación de la escena final del libro, en la que la heroína escapa de su propia coronación y revela que solo asistió para conseguir la llave secreta,

el último objeto encantado para romper la maldición sobre su reino y el de la hechicera; la misma maldición que inspiró la rivalidad milenaria entre los dos reinos y que la hechicera había pasado toda su vida intentando romper. Excepto que, una vez que se encuentran en el bosque, la heroína y la hechicera descubren que la llave no era la última pieza, sino ellas dos, con el sacrificio de la magia de ambas combinada. Entonces, disponen las velas, las hierbas y los cristales necesarios según la antigua profecía y, justo antes de conjurar el hechizo que podría ser mortal, se confiesan su amor en un momento exultante de romance bajo el sol.

Nos arreglamos con guirnaldas de luces del cobertizo, velas flotantes alrededor de la alfombra, cristales prestados de Harriet y comida de verdad en lugar de hierbas. Pero es evidente por la forma en que se acercaron, por la comida intacta y por sus manos entrelazadas que no necesitaban tomar prestado ni comprar el romance para la ocasión. Está presente en la sonrisa tímida de Valeria y en el brillo en los ojos de Shay.

Siento el corazón tan colmado que no entra en mi pecho. Nunca creí en cuentos de hadas, solo en el poder que tenemos sobre nuestros propios destinos. Pero, pase lo que pase a continuación, siempre tendremos esto, un momento que prueba que la magia no está solo en las páginas de un libro, sino que podemos encontrarla nosotros mismos.







CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Me siento culpable al no ir a buscar a Milo a Begelópolis. Hace unas horas, quería que me dijera que se iría para poder enfrentar los hechos. Ahora, envuelta en el éxtasis por la felicidad de Shay y de Valeria, quiero seguir así como si fuera un capullo. Quiero seguir viviendo un poco más en un mundo en el que seguiremos todos aquí durante los años que nos quedan, no solo hasta el final del semestre.

Intento convencerme de que será más fácil; Milo no quiere una relación, si se va, será mucho más fácil superarlo. No tendré el recordatorio constante de su aroma a café recién hecho, de cómo puedo convertir su sonrisa burlona en una genuina ni de cómo me duelen las pantorrillas después de estar con él mucho tiempo por pararme en puntas de pie.

Como dijo Shay respecto a Valeria; seguirían siendo amigas, y eso hubiera sido más que suficiente. Pero, de todas formas, sería más fácil si no lo tuviera frente a mí a diario.

Con eso en mente, me pongo los auriculares y me siento en una banca frente al camino principal que delimita el campus. La voz de Milo llena mis oídos igual que otros cientos de veces, y me dejo llevar como si fuera alguna clase de bálsamo que me recorre por dentro.

–Buenos días, Caballeros. Estuve desconectado este fin de semana, ¿de qué me perdí?

Si no me equivoco, creo escuchar cómo Shay resopla de fondo.

–Hablando en serio, lo bueno de que mi identidad haya sido revelada es que ninguno tiene idea de quién soy de todas formas. Así que no tiene caso que esto se vuelva incómodo. Sigo siendo el Caballero, y ustedes… bueno, a juzgar por el estado del parque después de la fiesta, deben tener resaca. Así que todo está bien. Seguiré dándoles las noticias del campus y previniéndolos de las monstruosidades más recientes del comedor, y ustedes seguirán ignorándome y comiendo perros calientes con chile de todas formas. Hemos recuperado el equilibrio.

Es rápido, ocurrente y con gran desempeño. Es un profesional, sin dudas. Sigue con las noticias del día sin decir otra palabra sobre lo ocurrido, y yo me dejo arrullar por el ritmo familiar de su relato de los eventos y anuncios. Hasta que se detiene en medio de su despedida.

–Vaya, tenemos un llamado. –Silencio–. Tenemos varias llamadas. Eh… de acuerdo, son las seis y media de la mañana de un miércoles, ¿por qué no castigarnos un poco más? Oyente uno, estás al aire.

Reconozco la voz de inmediato, no es nada menos que Harriet, de nuestro piso.

–Solo quería decir que adoro a la Escudera. Gracias a ella, mi compañera dejó de mirarse el trasero e invitó a su actual novio a salir. Todos estamos muy orgullosos.

Milo suelta una risita, algo que no suele hacer al aire.

–Sí. Causa ese efecto en las personas.

–Así es. Quienquiera que sea ese idiota que estaba con ella… Soy del equipo Escudera. Y sé que no soy la única.

Milo tararea en respuesta.

–Debo ser honesto, la Escudera no está aquí hoy. Pero conociéndola, sé que lo escuchará más tarde, así que queda registrado. –Después de un segundo, agrega–: Y nosotros también estamos en su equipo. Gracias.

Aferro el teléfono al tiempo que las palabras se agolpan en mi pecho, cálidas y familiares.

–Eh, diría que “gracias a ti”, pero no quisiera hablar muy fuerte y violar el horario de silencio –comenta Harriet, un guiño cariñoso a la posición de Milo como asistente de residencia. Él suelta otra risa breve antes de seguir.

–Bien, tenemos más llamadas. Adelante, oyente número dos.

Sigue con más de lo mismo: personas que llaman para decir que adoran a la Escudera y que aportan tesoros preciados que no suelo encontrar; actualizaciones de lo que han logrado después de pedirme consejos. El que llamó porque tenía problemas para ponerle límites a su jefa. Alguien que envió un correo electrónico porque no lograba independizarse de sus padres, a pesar de ser mayor de edad. Otro que tenía problemas con su compañero de dormitorio. Personas que están mejor que antes y que están dispuestas a ir a la guerra por mí por eso.

Que me defiendan significa mucho para mí, pero saber de sus progresos vale muchísimo más. Solo había podido ver el resultado de mis palabras con personas de mi círculo íntimo. Comprender su alcance completo inunda mi corazón de alegría.

Una de las oyentes es más efusiva que los demás.

–Siempre tuve miedo de llamar e incluso de enviar correos –dice–. Pero la vi ayudar a mis amigos y la escucho todos los viernes. Suelo ser una absoluta cínica, y ella fue la razón principal por la que volví a creer en el amor.

La sigue una pausa tan larga que escucho la voz de mi madre advirtiendo sobre el aire muerto. Pero no está muerto, está más vivo que nunca. Lo entiendo cuando Milo recupera la voz para responder.

–Sí. Debo decir que yo también.

Las palabras me dejan sin aliento; no solo las palabras, también la sinceridad con la que las dijo. Conozco muy bien la voz de Milo como para dudar de ellas.

–Entonces, ¿volverá o no? –pregunta la oyente.

–Cielos, eso espero. ¿Se imaginan si fuera yo el que diera consejos? El campus estaría en llamas para el fin de semana.

Otra pausa breve en la que la oyente se ríe y Milo, que asume que dirá algo más, espera. Como la chica no responde, él sigue hablando en voz baja pero firme.

–Fuera de broma, todos estamos mejor desde que está aquí. Me alegra que todos estemos de acuerdo. –Se detiene para respirar hondo–. Muy bien, fueron llamadas suficientes para toda una vida, así que vayan a molestar a alguien más. Y tengan un buen día, supongo. O lo mejor que puedan con la amenaza de perros calientes con chile sobre nosotros.

Cuando la grabación del programa llega a su fin, sigo sin mover un solo músculo, y las palabras de Milo me quedaron grabadas como tinta sobre papel.

“Debo decir que yo también”.

Me levanto de forma abrupta y mis manos temblorosas casi hacen que deje caer el móvil al suelo. Milo no hubiera dicho algo así si no lo pensara, nunca dice algo sin intención. Quería que yo lo escuchara; que yo lo supiera.

Los pies me llevan a la intersección entre el camino al campus y la calle principal antes de que mi mente sepa a dónde voy o para qué. Pasé mucho tiempo analizando las cosas, y esto… esto es lo más fácil y aterrador que haré en mi vida.

El exterior de Bagelópolis está tranquilo, igual que el interior. Su ambiente acogedor y aromático invita a entrar. Esperaba encontrar a Milo en la cocina, pero por una vez está ahí, parado detrás de la caja registradora, mirando una planilla de inventario con el ceño fruncido. Tiene el delantal azul ajustado al cuerpo y las mangas de franela enrolladas, con lo que deja al descubierto los músculos firmes de los antebrazos. Sus rizos alborotados están largos y se

mueven en sincronía con cada sacudida mínima de la cabeza, y sus mejillas lucen encendidas con la energía posterior al almuerzo.

Siempre supe que era atractivo, pero cuando levanta la vista y me ve aquí parada, el corazón me da un vuelco dentro del pecho, porque es mucho más que eso. Es el ritmo estable de algo conocido, algo que comprendo. No tengo que construir un mundo a su alrededor, sino uno con él.

–Hola –saluda con los ojos brillantes y señala la cocina con el pulgar–. Estaba por tomarme el descanso. ¿Quieres un té o…? Vaya.

Llego al mostrador e inhalo para armarme de valor, luego tomo la taza de café que Milo tiene junto a la caja, que sé que estará llena de Oscuridad eterna casi hirviendo. Cierro los ojos, hago a un lado el último rastro de autopreservación y *trago*.

Por poco lo escupo cuando llego al sedimento al fondo de la taza.

–¿Por qué siento que acabo de presenciar un crimen contra la naturaleza? –La expresión de Milo varía entre intriga y preocupación.

–*¿Cómo lo haces?* –jadeo.

–Más bien, ¿por qué lo hiciste? –replica al sacarme la taza de las manos.

Me aclaro la garganta al tiempo que resiento a cada grano de café sobre la faz de la tierra.

–Necesitaba valor líquido –logro responder–. Tengo que decirte algo.

–Ah…

Sean aparece desde la cocina y le da una palmada en el hombro a su hermano.

–Ve a tomar tu descanso antes de que la chica empiece a columpiarse de las lámparas de techo.

Milo me guía hacia la puerta trasera, mirando hacia atrás como si le preocupara que la cafeína haga combustión dentro de mí. Tal vez lo haga; mi corazón late como si hubieran diez más en todo mi cuerpo y bombea tanto calor por mis venas que podría calentar el infierno. Él me sostiene la puerta, y los dos salimos hacia el sol radiante del estacionamiento con los ojos entornados.

Tomo aire antes de empezar. No planeaba hacer esto frente a un basurero repleto; en realidad, no planeaba hacer esto de ninguna manera. Pero si algo aprendí este semestre es que, a veces, hay que arrojar los planes por la ventana.

–El asunto es que…

La mirada de Milo es tan intensa que si hay un mundo más allá de sus ojos, no puedo verlo. Tal vez debería tener miedo, pero es difícil hacerlo cuando miro sus ojos y sé que no tengo nada que perder; cuando sé que lo que sentimos uno por el otro es muy fuerte y podría tomar cualquier forma. Así esta amistad cambie o se transforme en algo totalmente diferente, siempre nos tendremos el uno al otro.

Así que dejo que las palabras broten; aunque las dije muchas veces, tienen un nuevo

significado ahora que se las digo a él.

–Te quiero.

Se siente como saltar de un risco sin saber dónde aterrizaré. Quiero cerrar los ojos con fuerza y protegerme de lo que vendrá, pero no puedo hacerlo cuando los ojos de Milo están firmes en los míos; de repente son suaves y profundos.

–Andie, yo…

–Y quizás tú no sientes lo mismo y está bien. Solo quería que lo supieras –agrego cuando la ansiedad se apodera de mí más rápido de lo que esperaba–. Necesitaba que lo supieras, porque, pase lo que pase, quiero que seamos parte de la vida del otro. Puede que California esté lejos, pero tendremos vacaciones, llamadas por FaceTime y…

–Andie… –intenta otra vez con el rastro de una sonrisa, pero yo no terminé.

–No será perfecto, pero es como dijo tu padre, ¿no? Todo lo que vale la pena empieza con un…

Y entonces, las firmes manos de Milo sujetan mis mejillas, acercan mi rostro al suyo mientras se inclina hacia mí y silencia mis palabras con su boca. Me dejo llevar por su tacto, por el calor suave del beso, por lo embriagador de todo su ser.

El ardor y las ansias que sentí antes eran apenas el origen de un mar revuelto que me tapó por completo y me mueve a su antojo. Nunca había besado así; nunca *me* habían besado así, con esta necesidad repentina, con la desesperación increíble de dos personas tan desbordadas por la sensación y por las posibilidades que es casi absurdo. Por este beso y por los que vendrán; por este momento y por la inmensidad que se abre paso a partir de él.

Me fundo con Milo; su espalda está apoyada contra la pared de ladrillos y sus manos me aferran como si fuera algo demasiado preciado para dejarme ir. El beso se vuelve más lento, suave y exploratorio. Los dos sabemos a café, a algo dulce y a algo que es solo nuestro, que me hace sentir más audaz que nunca.

Cuando nos separamos, el verde de sus ojos es más brillante que nunca; son como hojas de primavera, como copas de árboles perennes, como nuevos comienzos.

–Oye, chica nueva –dice con la frente contra la mía.

–¿Sí? –No tengo idea de quién le respondió, porque perdí por completo el sentido común. Sus manos presionan mi espalda baja y hacen que algo cálido y suave le transmita sus palabras a todo mi cuerpo antes de que las pronuncie en voz alta.

–Yo también te quiero.

Por primera vez, no tengo palabras, así que solo inclino la cabeza y vuelvo a besarlo. Es un beso inocente y dulce, de los que me hacen sentir más expuesta que el primero y definen lo que somos el uno para el otro más que cualquier palabra.

–Y –agrega en voz baja–, no me iré.

–¿No? –Se siente demasiado parecido a un sueño como para creerlo.

Milo se ríe, pero hay algo diferente, algo desinhibido, como si hubiéramos tomado prestada la alegría propia de la infancia.

–Eso era lo que quería decirte más temprano –explica con una mano en mi mejilla y la mirada en mi rostro. Espera que sonría por la noticia, pero niego con la cabeza contra su palma.

–No es por… –Me apoyo en él e intento que me entienda–. Milo, lo último que querría en la vida sería retenerte.

–Lo mismo digo –responde enseguida mientras aparta el cabello de mi rostro. Nos alejamos apenas lo suficiente para que sus manos sigan en mi cuello y las mías, en sus caderas–. Pero es por culpa de Cleo, no por ti. También me mostró mi expediente. Hizo que leyera el ensayo de mi solicitud, que recordara cómo escribí sobre la ciudad que me vio crecer, sobre el hecho de que estudiar en Blue Ridge no solo era una oportunidad de aprender, sino de tomar lo aprendido y devolvérselo a este lugar.

Sonrío con ternura al pensar en el legado de la familia Flynn, arraigado no solo a esta ciudad, sino a cada uno de ellos. Tienen una cercanía que no se la da solo la sangre, la da el amor.

–La verdad es que, cada vez que pensaba en California, no se sentía real –admite–. Pero este es mi hogar. No quiero ir a un lugar nuevo, quiero hacer algo nuevo de este lugar. Quiero hacer lo que hizo tu madre, ser la voz para esta comunidad. –Luego baja la voz–. Y quiero pasar más tiempo con mi familia. Y con mis amigos.

Esas palabras parecen emanar su propio calor, que se esparce desde las puntas de sus dedos a todo mi cuerpo.

–Entonces, te quedarás. –Me alejo para poder darle un golpecito en el pecho–. Me asustaste. Dijiste que era tu último turno en Bagelópolis.

Sus ojos se amplían cuando se percata de lo que debí haber pensado.

–Mierda. Eso era lo otro que quería decirte. Después de que dijiste mi nombre en la transmisión… Resultó que la estación de radio local estuvo intentando reclutarme para una pasantía. Paga. –Levanta una mano para presionar mi barbilla, y siento un escalofrío en la espalda al pensar en todos los gestos pequeños como este que podré compartir con él ahora–. Empiezo la próxima semana.

No creí poder alegrarme más de lo que estaba, pero la sonrisa amenaza con explotar en mi rostro.

–Milo. Felicitaciones –digo y lo abrazo otra vez–. Los dejarás a todos boquiabiertos.

–Ya lo veremos. Pero con la pasantía y el comienzo del programa de Medios aquí, tendré la agenda mucho más ocupada.

–Ah. –El programa de Medios, lo había olvidado— ¿Y no les importa que seas el Caballero?

–Ah, sí, les importa –responde con orgullo palpable en la voz–. Pero lo dejarán pasar. Creo

que haber entrado en la pasantía debió haber ayudado.

El alivio me arrasa como una ola, que por fin aplaca el miedo que ardió dentro de mí desde que noté que había develado su secreto. Pienso en pedirle más detalles, pero está sonriéndome, listo para dármelos sin que lo haga.

–Pero el punto es que no puedo hacer las dos cosas. Lo que significa que… necesitamos a un nuevo Caballero. –Sus ojos destellan–. Alguien que conozca los pormenores del programa, que pueda hacerle honor. Una chica un tanto entrometida, bajita, que hace presentaciones de PowerPoint exhaustivas sobre las decisiones vitales de sus amigos por diversión…

–Está bien, sí –interrumpo entre risas–. Capté el mensaje, fuerte y claro.

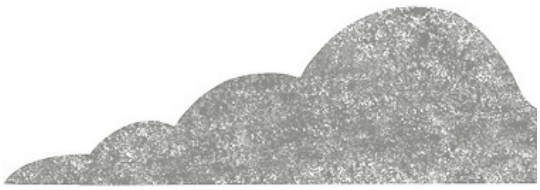
–¿Entonces lo harás? –Su sonrisa se vuelve más suave.

Esta vez, no lo dudo. Ya no siento el peso del legado de mi madre; ni de las expectativas de Connor y sus padres; ni de los años que pasé intentando encajar, preocupada por no ser suficiente, como si tuviera que probar mi valor a los demás. Ahora solo se trata de lo que tengo que probarme a mí misma.

–Sí, lo haré –afirmo.

Milo se inclina para besarme una vez más, y me sorprende la facilidad con la que mi cuerpo responde a algo de lo que todavía no entiende el alcance. La facilidad con la que puede confiar en algo que se siente seguro y salvaje a la vez y que nunca fue parte del plan.

Me sorprende que, de forma repentina, el mundo pueda sentirse más amplio que nunca y que yo me sienta más preparada para enfrentarlo que nunca.







OCHO MESES DESPUÉS

–No quiero exagerar, pero debemos irnos ya mismo. –Shay, con su suéter tejido y falda de mezclilla, espera con la mano en la puerta de nuestro apartamento fuera del campus–. Es mi festividad preferida.

–Pero Halloween fue ayer. –Me acerco para apartar un brillo que queda en su frente. Santos cielos, tenemos toda una galería de fotos vestidas como personajes de *El reino de Lumarin* para probarlo (Milo no participó. Él usó su ropa de siempre y dijo que era un lector).

Shay responde sacudiendo una hebra de tela de araña de mi bolsa.

–Olvídate de Halloween. Estamos por conseguir boletos gratuitos para ver el desastre más épico del *año*.

De camino, llama a la puerta de un apartamento en el mismo corredor, desde donde Valeria responde:

–¡Un segundo! –Sale un instante después, con los rizos y el maquillaje intactos, sin evidencias de brillos, telas de araña ni de la pizza fría que comimos en el suelo hace unas horas.

–Hola –saluda animada y se acerca para besar a Shay.

–Debería ser ilegal estar tan feliz por la mañana –protesta ella en broma cuando se apartan.

–Milo y tú pueden hacer una demanda colectiva –responde Valeria con un vistazo a la habitación de él. Cuando Milo decidió dejar de ser el asistente de residencia y mudarse fuera del campus, él y Valeria pensaron que sería más fácil si se mudaran juntos. Desde entonces, vivimos en un estado excesivamente adorable de citas dobles en este complejo de apartamentos.

–Pero sin personas que disfruten las mañanas ¿quién haría nuestros amados *bagels*? –le recuerdo.

–*Touché* –suspira.

Usamos uno de los senderos exteriores del arboreto para cortar camino hacia el campus; las hojas de los árboles tienen tintes dorados, anaranjado y rojos como llamas, el aire huele dulce y terroso, y el sendero de tierra se siente suave bajo nuestros pies. El otoño es la única estación que me faltaba ver en Blue Ridge, y ya sé que será mi preferida.

–Lindos señaladores –indica Shay, y me saca una sonrisa. Ayer, ayudé a colocar los círculos de colores reflectivos para marcar los diferentes senderos. Fue uno de los numerosos trabajos de mantenimiento y de mejoras que hicimos en el arboreto para que fuera más amigable y accesible para los estudiantes, como un lugar en donde puedan dejar de pensar y relajarse.

Eso me recuerda...

–¿Me prestas la supercámara de tu móvil? –le pregunto a Valeria–. Tengo que tomarles algunas fotografías para el Instagram del grupo de voluntarios.

–Una heroína de las redes –bromea mientras me pasa el móvil–. ¿Qué haría el equipo amarillo sin ti?

Devuelvo su sonrisita burlona y me detengo para hacer foco en una rama que destaca de las demás, el fondo se difumina de forma muy satisfactoria. Nunca la "perdoné" por haber sabido siempre lo que significaba cada color de los listones. En defensa de Milo, en su primer año no le importó lo suficiente para averiguar a qué se debía tanto alboroto. Pero Valeria estaba en el grupo azul, coordinando algunos de los eventos académicos en secreto; por eso tenía un listón blanco extra en su bolso aquel día en la biblioteca y por lo que comenzó a dar clases de apoyo voluntarias a los estudiantes en primer lugar.

–Todavía no puedo creer que hayas elegido el amarillo, teniendo en cuenta tu historial con la naturaleza –comenta Shay señalando en dirección al lago entre los árboles.

–Oye, ¡solo me caí al lago dos veces! –protesto indignada.

Ella resopla y comienza a hacer una lista de los diversos incidentes que tuve desde que me uní al equipo amarillo. Incluye, entre otras cosas, caer de un árbol durante la temporada de cosecha de manzanas, tropezar y caer del muelle mientras Piper me enseñaba a guiar visitas en verano y, contra todos los pronósticos, encerrarme dentro del gallinero durante horas, hasta que Jamie me encontró en un mar de plumas y huevos.

Más allá de los incidentes, a veces también me sorprende haber elegido el amarillo. Mi padre

estaba en lo cierto, tenía suficientes listones para tener derecho a voto en cualquier grupo y, aunque no los tuviera, podía unirme a cualquiera de ellos. Al principio, la respuesta era simple, unirme al amarillo por mí y al rojo, para el que me había esforzado tanto, por mi madre.

Tuve algunas semanas para decidirme y fueron cruciales; la búsqueda de listones había terminado y se me había abierto todo un mundo nuevo. Más allá de tener que estudiar, los fines de semana eran todos míos. En lugar de recolectar listones, me dediqué a recorrer los senderos del arboreto y a unirme a actividades voluntarias para conocer mejor la zona, incluso participé de varias excursiones fuera del campus con un grupo que se reunía de vez en cuando.

Tuvo toda la magia de las caminatas que hacía con mis padres, pero con otra clase de magia propia. El encanto de la independencia, de saber que podía explorar lo que quisiera, cuando quisiera, sin necesidad de un propósito o utilidad. Tenía un propósito en sí mismo, sin la motivación de una recompensa ni miedo a las consecuencias. Era algo solo mío.

Cuando llegó el momento de tomar la decisión, me sorprendió no tener nada que decidir en realidad. Me uniría únicamente al equipo amarillo. Lo sentía como una corriente bajo mi piel, compuesta por una mezcla perfecta de heredado y ganado, por un amor hacia este lugar no solo por lo que significa para mi historia sino para mi futuro. Es un amor tan profundo que me sentí obligada a hacer lo mejor posible por este lugar. Entonces, decidí concentrarme solo en lo que me generaba más alegría: ayudar a preservar la belleza natural del lugar del que me había enamorado, desde el agua hasta los árboles, desde las montañas hasta el cielo. Decidí abrir mi propio camino en la Estatal Blue Ridge, un sendero zigzagueante a la vez.

Claro, eso incluiría mi cuota de tropezones con raíces de los árboles y hiedras venenosas y estar al borde de congelarme. Pero al menos la Madre Naturaleza siempre me mantendría humilde.

–Contemplen –anuncia Shay cuando giramos en la esquina hacia la calle principal del campus. Luego se detiene con las manos en las caderas y respira profundo–. Admiren a veinte mil estudiantes fingiendo que no arruinaron sus hígados hace horas mientras sus padres descienden en el campus.

No se me había ocurrido que el hecho de hacer del primero de noviembre el día anual de la familia es la idea menos pensada o más cruel del mundo. En los cinco minutos que llevamos en el campus, ya vi a un estudiante que parece a punto de vomitar en medio de sus padres sonrientes; una chica con suficiente máscara debajo de los ojos para avergonzar a un mapache, suplicándole a su madre por un Gatorade, y a un chico que parece una abeja ebria que zigzaguea por el campus cantando *A casa llevo un pequeño abejón*.

Contengo la risa cuando el que parece su compañero de dormitorio, cansado del mundo, aparece para llevarse al abejón.

–Tienes razón, esto es entretenimiento de calidad.

–Sean *buenas* –nos reprende Valeria con un golpecito en broma a Shay–. Podríamos ser nosotras si Andie no hubiera estado a cargo de la comida y la hidratación de anoche.

–Volveré a ser buena el dos de noviembre –replica Shay mientras analiza al estudiantado con resaca–. Este día es para mí.

Nos abrimos paso a través de los zombis, figurativos y literales, hasta la entrada trasera de Bagelópolis. Ya no trabajamos aquí; Milo pasó su último mes como Caballero presionando más que nunca con el asunto del programa de estudio y trabajo y, gracias a sus esfuerzos y las ventajas de que su identidad fuera pública, comenzó a dar frutos. Gracias a la expansión del programa, Shay consiguió un puesto en la librería local y Piper me empleó como asistente para las excursiones en la naturaleza. Sin embargo, Sean mantiene nuestro descuento de empleados, que nunca tuvo más explicación que "tomen todos los *bagels* que quieran en tanto Sean coma su amado *bagel* de *prezel* con chocolate primero".

Entonces, nos ponemos en marcha. Valeria prepara los clásicos de sésamo con queso, miel y nueces para sus padres. Shay elige una versión salada para ella. Yo preparo la versión de mi padre, bagel de queso y ajo, relleno con queso crema y fresa, y tres de bagel simple con queso y masa de galleta para Kelly, Ava y para mí. Luego, cuando me dispongo a envolver otro con queso crema unicornio, me interrumpe una garra que me lo arrebata desde arriba y un beso en la sien.

–Supongo que este es mío –comenta Milo, preparado para darle un mordiscón.

Al girar, está tan cerca que puedo apoyar la cabeza en su hombro y sentir su aroma familiar dulce y terroso.

–El picnic es en exactamente diez minutos –advierto mirándolo desde abajo.

–Sí, pero estoy despierto desde la madrugada –protesta. La pasantía lo obliga a despertarse demasiado temprano toda la semana, aunque no sale al aire todos los días. Por el brillo en sus ojos, es evidente que hoy sí–. Necesito sustento para mantenerme despierto.

–¿Y eso todavía no hizo efecto? –Sonrío señalando su taza de Oscuridad eterna.

–¿Esto? Es solo para que Ava no me patee el trasero si jugamos a las atrapadas otra vez. Esa niña es un terremoto, tengo que mantenerme alerta.

Me acerco más en puntas de pies para darle un beso ligero y siento que sus manos calientan el frescor otoñal de mi piel. Mientas me ayuda a terminar de envolver los *bagels*, conversa con Valeria acerca de la solicitud para ingresar a un programa de escritura creativa y provoca a Shay, que anoche intentó recrear una escena de *El reino de Lumarin* un poco ebria, lo que derivó en media hora buscando uno de sus zapatos.

Al final, nos separamos. Valeria va a ver a sus padres, Shay a su hermana, y Milo me acompaña al parque, donde sé que mi padre y Kelly esperan hace unos minutos por los mensajes que estuvo enviándome. Ava nos ve antes que nosotros a ella y sale disparada de la alfombra

gigante, en la que Kelly dispuso frutas y brownies para acompañar los *bagels*. Impacta primero contra Milo, que suelta un bufido exagerado y la saluda con un abrazo. Luego la pequeña gira como un cachorro y por poco me derriba con otro abrazo.

–Falté a la escuela para venir de visita –anuncia y vuelve corriendo a la alfombra sin esperar a que la sigamos.

Mi padre me recibe con un abrazo de oso, seguido por un apretón alegre de Kelly, cuyos brazaletes artesanales tintinean debajo del abrigo de franela. Estuve de visita en el Lago Anna el último fin de semana, así que no tenemos muchas novedades, pero Kelly y Ava me cuentan del proyecto escolar de Ciencias, mientras que papá y Milo hablan del partido anual de Acción de Gracias entre Blue Ridge y nuestro rival. La conversación tiene un ritmo fluido y simple que no hubiera imaginado antes de que todos nos conociéramos, pero ahora me resulta natural.

Eventualmente, Milo guía a Kelly y a Ava a los baños públicos, y mi padre y yo nos quedamos con todas nuestras cosas. Él espera a que se hayan alejado para acercarse un poco más.

–¿Cómo te sientes? –pregunta.

Que podamos hacernos esa clase de preguntas es prueba de lo mucho que hablamos ahora; es como si tuviéramos páginas marcadas en las vidas del otro, a las que podemos regresar sin ningún contexto. Y si se trata de libros, el siguiente capítulo del mío podría ser trascendental.

–Bien, pero nerviosa –admito. Es una sensación tan lejana por estos días que es casi bien recibida. Ya me siento muy cómoda frente al micrófono de *La guardia de Caballeros* y es una parte feliz de mi rutina. Ahora, los nervios no parecen una señal de desastres, sino la energía de una nueva oportunidad.

El programa de hoy no será uno más, también servirá como audición. Hace algunas semanas, una graduada de la universidad que trabaja para un nuevo medio de entretenimientos local me contactó en busca de talentos nuevos para desarrollar y expandir su contenido. Después de que mi percance del año pasado se viralizara, comenzó a escuchar el programa los días en que tenía mi segmento, y siguió escuchándolo cuando me hice cargo por completo. Me preguntó si estaba interesada en grabar un podcast, inspirado en parte en el programa, para una audiencia más grande; sería un programa semanal producido por ella y vendría con la posibilidad de expansión hacia el grupo más reducido de talentos con transmisión en video.

Pasaron varias semanas desde entonces, que dediqué en gran parte a crear una nueva estructura para el podcast potencial, en la que yo estaría al mando. Fue una tarea difícil, pero la disfruté gracias a la experiencia que gané al crear mi propia versión de *La guardia de Caballeros* durante este año.

El cambio más grande del programa fue el horario de transmisión. Ahora, en lugar de ser a las seis y media de la mañana, salimos al aire a las cinco de la tarde, lo que les da a los oyentes la oportunidad de llamar sin tener que madrugar. Así, podemos preparar un segmento sobre el tema

del momento o sobre el que hayan escrito varios estudiantes y luego pasar a atender llamados en vivo. Al igual que los Caballeros anteriores, yo tengo mi estilo. En parte por decisión y en parte porque mi identidad no es secreta, ahora es más un diálogo entre el programa y los oyentes que nunca.

De todas formas, también hay componentes de otros Caballeros. La orientación hacia la comunidad es tal que muchas personas llaman por consejos o preocupaciones más prácticas, desde las reformas al programa de estudio y trabajo que encabezó Milo, hasta causas locales del campus o de la ciudad como trataba mi madre. Y sigo dando las noticias del campus al inicio de cada transmisión; al principio, pensaba que esa parte no me gustaría mucho, pero ahora entiendo que estar al tanto de lo que sucede es parte de poder ayudar. En conclusión, el alma del programa sigue intacta aunque el exterior haya cambiado un poco.

Pero a los directivos del medio emergente que me escucharán hoy no les interesa el formato del programa, sino conocerme a mí y mi personalidad al aire. Es una prueba para saber lo que puedo hacer por ellos, para el podcast y para lo que podría venir después.

Me siento confiada y creo que, en parte, se debe a que ya no me preocupa tanto lo que está en juego como cuando la idea de hacer algo así me daba miedo. Ahora que comencé a lidiar con el miedo y a confiar en mi experiencia, entiendo que los objetivos que planeé no debían ser un mapa de ruta. No debían encajar a la perfección en las memorias empaquetadas que pensaba escribir, en las que todo estaba decidido por mí, ubicado a la fuerza en su lugar. La verdad es que nada en mi camino será lineal, todo evolucionará a su propio tiempo.

Lo mismo sucederá con el programa, cuando otro Caballero se haga cargo de él y lo haga propio. Al igual que mi vida, cuando deje el programa y encuentre qué paso dar a continuación. Tendré que confiar en mí misma en el proceso.

–Estuve revisando algunas de nuestras cosas viejas –comenta mi padre. Con “nuestras” se refiere a suyas y de mi madre. Aunque ahora hablemos mucho más sobre ella, sé que ver las cosas que dejó guardadas con la abuela Maeve no es fácil para él–. Dejé muchas cosas para que veas con tus abuelas, pero pensé que debías tener esto ahora.

Me entrega una brújula de metal desgastado, la que mi madre usaba en nuestras caminatas solo para ignorarla. Tiene abolladuras en los bordes y el cristal un poco cascado, por lo que luce mucho más usada de lo que fue en realidad. Al verla, sonrío para mí misma y escucho las declaraciones traviesas de mi madre en mi mente, aunque no sean las palabras exactas. *Olvida la brújula. Tengamos una aventura.*

El recuerdo no carece de dolor, pero ahora es mucho más dulce. Es como si cuanto más habláramos de ella con mi padre, más oportunidades tuviéramos para sanar; como si parte del dolor hubiera quedado detenido en el tiempo si no comenzábamos a procesarlo juntos.

–A diferencia de tu madre, tú podrías darle uso con el escuadrón amarillo –agrega él con una

sonrisa orgullosa.

Acaricio la brújula con el pulgar y observo el mínimo movimiento de la aguja cuando la inclino con la mano. Sé que siempre necesitaré a mi madre, a los recuerdos de cómo me amaba, en especial en momentos como este, en los que puedo sentir toda la fuerza de ese amor. Lo que no necesito son sus pasos ni su camino como guía. Me guardo la brújula en el bolsillo, convencida de que, dondequiera que me lleve, el camino será solo mío.

–Gracias, papá –le digo en voz baja.

–Arrasa con ellos, Super-A –responde con voz firme y segura.

Pasamos el resto de la tarde agotando las energías de Ava y recorriendo el campus para que le muestre mis nuevos rincones preferidos a papá. Él nos entretiene con historias de su paso por aquí, hasta que Ava se aleja y puede contarnos de su primer día de la familia, cuando la abuela Nell lo encontró con tanta resaca que amenazó con dejar de enviarle cajas de provisiones llenas de galletas caseras todas las semanas. (Al parecer, abandonó la idea cuando entendió que también sería un castigo para ella).

Cuando llega la hora de que se vayan, me despido de los tres con un abrazo, que mi padre prolonga para decir que ansía escuchar el programa de hoy. Después, nos quedamos con Milo un rato más; mientras él termina la lectura para una clase, yo repaso el segmento de hoy sobre recursos de salud del campus poco conocidos. Variamos usándonos de apoyacabezas y apoyapiés en las diversas posiciones de estudio a la que nuestros cuerpos se habituaron durante los últimos meses. Hasta que Milo se despereza.

–Será mejor que vaya a ver a Harley –dice.

Escucharlo me hace sonreír, eso y el hecho de que lo diga con mucha más frecuencia por estos días. Los dos están encontrando la forma de volver a acercarse, a paso lento pero seguro. Tanto que salimos a caminar juntos con Harley y Nora y todos estamos invitados a una reunión de amigos por Acción de Gracias antes del receso.

–Pero te escucharemos esta tarde –agrega–. Toda la familia Flynn.

Levanto la vista hacia él; sus mejillas lucen un rosado perfecto por el sol, sus rizos están alborotados por el calor, y sus ojos cálidos están fijos en los míos.

–¿También las gallinas? –pregunto más cerca de él.

–Si no pelean para ver cuál llama primero –bromea y se acerca para besarme.

Sonrío cuando se aleja y me elevo para robarle otro beso.

–Para la buena suerte –explico con alegría.

–Créeme, chica nueva, no la necesitas –replica con una sonrisa más amplia mientras niega con la cabeza.

Finalmente, voy rumbo al estudio sola, inhalando el aire fresco otoñal para calmar los nervios. Cuando llego, Shay ya está frente a la computadora, haciendo lo que mejor le sale cuando estoy

nerviosa, que es fingir que será una transmisión como cualquier otra. Pero percibo que tiene una hoja de notas extra con ella por si acaso.

Saco la mía del bolso, aunque es más por costumbre que por necesidad, ya que logré un ritmo fluido en el que rara vez las necesito. Después me acomodo en mi silla y siento la seguridad que me inspira el peso de la brújula en mi bolsillo.

–¿Lista? –pregunta Shay desde el control.

Asiento con la cabeza y me centro a mí misma mirando alrededor de esta habitación familiar. Observo las paredes que alojaron algunos de mis mejores y peores momentos y a las imágenes que los atestiguaron a todos. Están la sonrisa alegre de mi madre y la pícara de Milo. Y ahora mi fotografía está justo sobre la de él, con una sonrisa radiante como si me hubiera tragado el sol.

Quizás debería estar un poco más nerviosa. Tal vez lo esté, en algún lugar debajo de la paz que me envuelve, porque siento un alivio profundo al ver mi propia felicidad retratada frente a mí. Me reconforta la sensación de haber echado raíces, de ser conocida y querida, y de comprender que la felicidad que encontré aquí (en los amigos que son familia, en los sueños que reviví y reconstruí, en el corazón que aprendí a seguir), es apenas el comienzo de todo lo que vendrá.

–Estaremos al aire en cinco, cuatro… –Shay deja de contar en voz alta y sigue con los dedos. “Tres, dos, uno”.

Veo pasar los segundos en silencio, con una sonrisa desplegada en el rostro antes de inclinarme hacia el micrófono y dejar que la aventura vuelva a empezar.







AGRADECIMIENTOS

Como siempre, quiero extender un ferviente agradecimiento a todos los miembros de Wednesday; este es mi cuarto libro y todavía no puedo creer tener la suerte de trabajar con personas tan maravillosas. Alex, gracias por tus ediciones e ideas siempre brillantes y por entender desde el alma mi necesidad de que todos los argumentos giren en torno a postres. Meghan, Alexis y Cassidy, gracias por ayudarme a darle vida a este libro y por la enorme cantidad de trabajo y de organización que requirió hacerlo. Kerry y Vi-An, gracias por esta portada, de la que estoy muy enamorada (y por aceptar mis sugerencias torpes de inspiración para el personaje de Milo; ¡no diré quién fue aquí por si algún lector quiere adivinar!).

Un agradecimiento infinito para Janna, quien ha visto cada rincón del caos de postres y brillantina en mi mente y sigue apoyando mis locuras a cada paso del camino.

Gracias a mis amigos dentro y fuera del mundo de la escritura; me alegra MUCHÍSIMO que nos tengamos unos a otros. Gaby, Erin, Kadeen, Suzie y Cristina gracias por todo por siempre (por todos los cielos, ¡miren dónde estamos todas ahora!). A JQ, a David y a… No, esta vez no le agradeceré a Harry Styles; lleva mucho tiempo inactivo en el chat grupal y me parece grosero. Mi agradecimiento a Jackie, Ashley, Heather y Noah, los miembros más recientes del escuadrón, que cobró forma al mismo tiempo que este libro, por lo que creo que, legalmente, sería su primo.

Gracias a Evan, Maddie y Lily, increíbles hermanos, que espero me hayan perdonado por

echarlos del escritorio familiar para escribir *fanfiction* de nuestras mascotas Neopets compartidas. Por último, el mayor de los agradecimientos para todos nuestros padres, que siempre creyeron en nosotros y nos apoyaron tanto que nunca nos fue difícil recuperarnos de un desafío y (discúlpenme por hacer referencia al nombre de este libro para sumar dramatismo), empezar otra vez.

Índice

Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete

Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Ocho meses después
Agradecimientos



¡QUEREMOS SABER
QUÉ TE PARECIÓ
LA NOVELA!

Encuéntranos en

www.tiktok.com/@vreditorasya

facebook.com/vreditorasya

twitter.com/vreditorasya

instagram.com/vreditorasya

COMPARTE
tu experiencia con
este libro con el hashtag
#Empezarotravez

Lord, Emma
Empezar otra vez / Emma Lord. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2024.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
Traducción de: María Laura Saccardo
ISBN 978-631-300-166-8

1. Narrativa Juvenil. 2. Novelas Románticas. I. Saccardo, María Laura, trad. II. Título.
CDD 813.9283

Título original: *Begin Again*
Dirección editorial: María Florencia Cambariere
Edición: Melisa Corbetto con Stefany Pereyra Bravo
Coordinación de arte: Valeria Brudny
Coordinación gráfica: Leticia Lepera
Diseño e ilustración de tapa: Vi-An Nguyen
Diseño de interior: Florencia Amenedo
Conversión a formato digital: Estudio eBook

© 2022 Emma Lord
© 2024, V&R Editoras
www.vreditoras.com

Publicado según acuerdo con St. Martin's Publishing Group en asociación con International Editors'Co. Barcelona.

ARGENTINA
Florida 833, piso 2, of. 203
(C1005AAQ) Buenos Aires
Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: **editorial@vreditoras.com**

MÉXICO
Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México
Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995
e-mail: **editoras@vreditoras.com.mx**

ISBN 978-631-300-166-8

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.

EDITORAS

Seguinos en tu red favorita

VR.editoras